
EL AMOR SOLO ES DEBILIDAD
Nacidos en
SANGRE
SUNNY WHITE

Nacidos en SANGRE

Saga Famiglia Lombardi



Sunny White

Copyright © 2025 Sunny White
Primera edición: Octubre 2025

Ilustraciones: @vavamasketchs
Diseño de cubierta: Sunny White
Edición y maquetación: Sunny White

ISBN: 978-84-09-76779-3
Depósito legal: A 486-2025
Código IBIC: YFB

Queda prohibida, sin autorización expresa y por escrito de la autora, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo. La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, así como con hechos o lugares reales, es pura coincidencia.

Mis queridas lectoras de Dark Romance…
Ojos en mí.

NOTA DE AUTORA

En esta historia aparecen algunas palabras en italiano y ruso, por lo que he preparado este pequeño glosario para ayudarte a entenderlas sin interrumpir la lectura. También encontrarás una breve aclaración sobre cómo funcionan los apellidos rusos, ya que siguen una lógica distinta a la occidental:

En ruso, la mayoría de los apellidos femeninos se forman añadiendo una "a" al final del apellido masculino. Por ejemplo, si un hombre se llama Nikolai Ivanov, su hija o esposa llevará el apellido Ivanova. Esta regla se aplica principalmente a apellidos que terminan en -ov, -ev o -in (como Prokhorov → Prokhorova).

TÉRMINOS ITALIANOS

Famiglia: familia. En el contexto mafioso, se refiere a la organización criminal, más allá del vínculo de sangre.

Cazzo: equivalente a "joder" o "coño" en español. Es una de las palabrotas más comunes en italiano.

Principessa: princesa. Usado como apodo cariñoso. En un entorno mafioso puede sonar afectuoso, irónico o condescendiente (como en este caso).

Stronzo di merda: insulto italiano. Significa pedazo de mierda, maldito gilipollas. Una variante sería solo *Stronzo*, que significa imbécil o capullo.

Porca miseria: literalmente significa "miseria porcina", pero su uso real equivale a un "¡Maldita sea!" o "¡Joder!" en español.

¡Madonna Santa!: expresión exclamativa italiana muy común. Similar a "¡Madre mía!" o "¡Dios santo!".

Don: título de respeto usado en la Mafia italiana para referirse al jefe de la Famiglia. Impone poder y jerarquía.

Consigliere: consejero. Figura de confianza que asesora al Don en decisiones estratégicas.

TÉRMINOS RUSOS

Bratva: proviene de brat (hermano), por lo que bratva hace referencia a la "hermandad criminal".

Pakhan: es el jefe máximo dentro de la *Bratva*. Equivale al Don en la Mafia italiana.

Sestrenka: forma cariñosa del ruso sestra (hermana). Equivale a decir "hermanita" o "hermana pequeña" en tono afectivo.

Malysh: Pequeño o niño. Aunque es gramaticalmente masculino, se usa como apodo neutro o afectivo incluso para mujeres. Equivale a "nena", "bebé" o "pequeña".

Oladyi: panqueques esponjosos rusos. Se sirven con crema agria, mermelada o miel.

Bosch: sopa tradicional eslava hecha con remolacha. Suele llevar carne, col y se sirve con crema agria.
Na zdorovje!: significa "¡Salud!" y se utiliza para brindar.

Pirozhki: bollos rellenos típicos de la cocina rusa. Pueden estar hechos al horno o fritos, con rellenos dulces (fruta, mermelada) o salados (carne, papa, repollo, huevo).

Blini con *smetana*: los *blini* son crepes o tortitas finas de la cocina rusa, muy populares en celebraciones. Se sirven tradicionalmente con *smetana* (crema agria), aunque también pueden acompañarse con miel, mermelada, caviar o salmón. Son un plato muy típico en reuniones familiares y festividades rusas.

SINOPSIS

MATTEO

Sangre…

Eso es todo lo que alcanzo a ver. Cierro los ojos y, al abrirlos, el mundo entero es rojo. El disparo resuena en mi mente una y otra vez. Pero algo ha cambiado… ahora es a mi esposa a quien veo.

Crecí con la violencia tatuada en la piel y con un padre que me convirtió en lo que soy. En mi mundo, la lealtad se jura con sangre y la traición se paga con la muerte.

No quiero una esposa. Es lo último que necesito. Pero cuando mi padre ordena que me case con la hija de Nikolai Ivanov para cerrar una alianza con la Bratva, no tengo elección.

Yelena Ivanova es fuego en estado puro. Indomable, desafiante… y cada día que pasa me consume un poco más.

Y por si fuera poco, la puta rata que ha traído a mi casa no deja de ladrar.

Todos tenemos un punto de quiebre. Y no puedo dejar que encuentre el mío.

YELENA

Nunca pedí un marido, mucho menos uno como Matteo Lombardi. Salvaje, impredecible, peligroso… un idiota arrogante tan seguro de sí mismo que me dan ganas de meterle una bala entre los ojos solo para borrar su maldita sonrisa.

Y aun así, en su violencia reconozco la mía. En sus heridas veo las mías. Y temo que el verdadero enemigo no sea la guerra que nos rodea, sino lo que empieza a crecer entre nosotros.

Claro que podría haberme negado. Pero yo obedezco órdenes. Y mi misión es Matteo Lombardi. Soy una soldado. Y él solo es mi objetivo.

Después de todo, lo mataré cuando hayamos acabado.

LA RATA

No sé qué hago aquí. Solo sé que él no me gusta. Voy a mearle el pantalón.

PLAYLIST



Si quieres sumergirte aún más en la historia,
escanea el código QR y escucha la playlist que
acompañó a la autora mientras escribía esta novela.

La lista está viva, como los personajes: cada vez que encuentre una canción que me recuerde a ellos, la añadiré. Así que puedes volver a ella cuando quieras... quizá descubras algo nuevo.

ADVERTENCIAS

Lenguaje malsonante
Consumo de alcohol
Mención de sustancias prohibidas
Escenas sexuales explícitas
Uso de armas
Violencia física
Sangre
Tortura explícita
Amputación
Canibalismo forzado
(lo siento, me di cuenta tarde)
Secuestro
Estrés postraumático
Hay otra advertencia que puede ser spoiler. Así que ya sabes: lees esto bajo tu propia responsabilidad.

CAPÍTULO 1

MATTEO

El puto vaivén de la pelota entre las manos de Bastian era lo único que lograba seguir. *«Izquierda. Derecha. Izquierda otra vez».* Iba de un lado a otro, de forma mecánica, mientras él y Salva hablaban de algo que no conseguía procesar. Ni quería. Sólo seguía el maldito movimiento como un perro persiguiendo un hueso.

La apretaba fuerte y volvía a pasarla de una mano a otra en un bucle enfermo que no llevaba a ningún sitio, pero que de alguna forma… funcionaba. Me obligaba a quedarme ahí, en ese sofá, con ellos. No en el lugar al que mi cabeza insiste en volver.

Bastian se giró hacia mí. Vi sus labios moverse pero sus palabras no me llegaban. Mi hermano es el único que entiende realmente como de jodida está mi cabeza, o al menos eso creo, después de todo es mi hermano, me conoce de sobra, quizás mejor de lo que yo me conozco. Él sabe cómo no perderse en la oscuridad de los recuerdos. Ojalá yo supiera hacer lo mismo.

—Matteo.

La voz de César me atravesó desde algún punto remoto. Sentí su mano sobre mi hombro, presionando ligeramente para traerme de vuelta a la realidad. Miré su mano unos instantes y luego dejé caer la cabeza hacia atrás en el respaldo, observándolo.

— ¿Estás con nosotros? —Esta vez fue la voz de Bastian la que llegó difusa, mezclada con todo el ruido en mi cabeza.

Volví a enderezarme hasta mirar a mi hermano a los ojos.

«Qué pregunta tan absurda».

—No.

No les estaba haciendo ni puto caso. Mi mente se pierde con facilidad. Bastian lo sabe, lo ha visto mil veces y no hay nada que podamos hacer. Mi cabeza está jodida desde aquel día.

Bastian dejó escapar un suspiro pesado, recostándose en el asiento que ocupaba al frente de nuestra improvisada base en el sótano de Modesta.

—Clay ha llamado —volvió a pasarse la dichosa pelotita de goma espuma de una mano a la otra—; el cargamento no ha llegado y ya empieza a tocarles los cojones. Tenemos que averiguar quién diablos está interceptando nuestros envíos. Padre quiere que lo rastreemos.

Sonreí. Me encanta ir de caza. Es la mejor parte de nuestro trabajo. Miento. La segunda mejor. Primero está hacer gritar a los cabrones que se lo merecen.

— ¿Vasilyev?

—Lo más probable —respondió Enzo.

Giré el cuello lo justo para ver por encima del sofá. Enzo estaba en el billar, con el portátil sobre la mesa y esa cara de concentración chulesca que se gasta cuando se siente el rey del puto mundo.

—Acaban de pasarme la información de los rastreadores —tecleó algo más sin levantar la vista—. La ruta cambió poco después de salir. Algún inútil pensó que no lo notaríamos.

—César, Bruno y tú iréis esta noche a por el conductor —intervino Bastian. Luego me miró deteniendo la pelota en su mano derecha—. Confío en que no llames la atención.

—Nunca lo hago —respondí con una sonrisa afilada.

Solo aquellos que realmente me conocen saben lo que significa. Nadie me ve hasta que ya es demasiado tarde. Me gusta acechar a mis presas, jugar con ellas. Y lo mejor de todo... nunca se me escapan.

Bastian cerró la carpeta con un chasquido seco y se la pasó a Salva para que la guardara.

— ¿Algo más? Porque hemos abierto hace un rato y me muero por una copa antes de ir a por ese hijo de puta —Bruno se levantó alisándose la camisa.

Antes de que Bastian terminara el gesto con la mano, ya estaba abriendo la puerta del despacho. No esperaba menos. Si hay alcohol, música y una mujer con piernas largas, lo tienes ahí. Cualquier cosa que nos haga olvidar la mierda que llevamos dentro siempre es bienvenida…

Enzo y Salva salieron detrás, pero César se tomó su tiempo. Lo observé de reojo, luego mi vista viajó hacia Bastian y volvió a César. Se encaminó hacia la puerta con su habitual calma y se detuvo lanzándole una mirada a mi hermano que no se había movido del asiento.

Bastian asintió, tal vez pensando que no me daría cuenta, pero lo hice. César salió y nos dejó a solas.

— ¿Ahora os ponéis ojitos? No te tomaba por uno de esos, hermano —sonreí dejando al descubierto mis dientes.

—Padre quiere vernos —soltó, ignorando mi comentario—. Quiere que vayamos a comer mañana.

La sonrisa se me borró de golpe. Comer en casa de nuestro jodido padre no es buena señal. Nunca lo es. Él no es el tipo de padre que se preocupa por sus hijos, o al menos no en el sentido normal. A Bastian puede que lo tolere, incluso puede que lo respete, después de todo, algún día todo este imperio será suyo. Él será el Don. ¿Pero yo? Para él, siempre he sido un error, el hijo que nunca debió tener.

Si no fuera por…

«Bang».

Cerré los ojos. El puto disparo volvió a retumbar en mi cabeza taladrándome los oídos. Vi la sangre salpicando el suelo. Casi podía sentir su olor metálico.

—Matteo.

La voz de Bastian irrumpió en mi cabeza, cortando de raíz el recuerdo que ya empezaba a arrastrarme hacia el pasado.

Abrí los ojos y le dediqué una sonrisa depredadora.

—Por supuesto. Quizá debería llevarle un premio al padre del año por acordarse de que tiene dos hijos en vez de uno.

Bastian se inclinó sobre el escritorio, entrelazando los dedos con un suspiro.

—Intenta dormir algo más esta noche, no sé qué quiere, pero mañana tendrás que controlarte.

Controlarme. Qué palabra tan jodidamente hilarante. Como si contener este desastre fuera tan fácil como apretar un botón. Todo esto es culpa suya y algún día le hundiré mi cuchillo en la garganta. O quizás, para variar, en un sitio más creativo…Si Bastian no lo hace antes.

—Si no es por tu vida, hazlo por María —me recordó.

Sentí cómo la rabia me subía por la espalda como un maldito animal.

—Si ha vuelto a pegarle…

—No harás nada —me cortó.

Le dediqué una sonrisa. Mi mejor sonrisa. Esa que no significa absolutamente nada.

—No moveré ni un puto músculo —mentí sin pestañear. Diga lo que diga, María no merece ese infierno que le hace vivir mi padre y mucho menos ser el saco emocional de nadie—. ¿Algo más?

Bastian me hizo un gesto con la mano mientras sacaba el móvil para llamar a Samantha.

Me levanté del sofá casi de un salto, saliendo del jodido despacho. Recorrí el pasillo de hormigón hasta las escaleras que llevaban a Modesta y subí los escalones de dos en dos. Este es uno de los negocios legales de la organización, nuestra mejor tapadera y al mismo tiempo nos sirve para blanquear grandes sumas de dinero e impulsar nuestro negocio con las drogas. No es un club exclusivo sin drogas y alcohol de por medio. Pero esa no fue la razón por la que lo montamos. Necesitábamos escapar de alguna forma, un lugar que fuera solo nuestro y que nuestro jodido padre no metiera sus manos en él. Por eso Bastian es el único propietario aunque los que nos encargamos seamos nosotros. Mi padre jamás habría permitido que mi idea del club saliera adelante de saber que era cosa mía.

La música de Modesta se filtró nada más abrir la puerta oculta de la pared, inundando el pasillo del sótano. Volví a cerrarla y salí del almacén.

Bruno estaba en la barra, sirviendo copas mientras coqueteaba con una rubia que le había pedido un gin tonic. Conociéndolo, en cinco minutos la tendría contra la pared en algún rincón oscuro o, si tenía suerte, en el reservado para follársela antes de que sonara la hora de cumplir con el encargo del cabrón de mi padre.

Barrí la pista de baile con la mirada buscando a mi presa. Entre la multitud vi a Enzo, había conseguido un ligue en tiempo récord esa noche, lo cual no significaba que fuera a ser la escogida al final de la velada. Arriba, en el reservado, Salva y César evaluaban el terreno entre sorbos de whisky, midiendo el ambiente como depredadores antes del ataque.

— ¡Matteo! —la voz chillona de Grace se alzó por encima de la música.

Justo lo que necesitaba, un polvo rápido para alejar mis demonios internos y concentrarme en ese hijo de puta al que me moría por cazar más tarde.

Grace se acercó a mí moviendo sus caderas. Llevaba un vestido rosa chillón que reflejaba las luces del local con cada paso que daba. Se echó el pelo a un lado con un gesto estudiado antes de posar una mano en mi pecho, deslizando sus uñas largas y brillantes por la apertura de mi camisa.

Le sostuve la mirada con una esa sonrisa que siempre funcionaba.

— ¿Me has echado de menos? —ronroneó, moviendo despacio esas pestañas postizas que llevaba.

«Ni me acordaba de tu existencia».

— ¿Una copa? —respondí, ignorando la pregunta.

Se enderezó dedicándome una sonrisa sensual, convencida de que esta noche conseguiría arrastrarme. Lo tenía jodido. Grace era sexo fácil cuando no tenía tiempo o no me apetecía buscar a otra, pero ya no entraba en mis planes malgastar más preservativos con ella, se estaba encariñando demasiado y no me gusta repetir más de la

cuenta. Lo que no significaba que no estuviera dispuesto a follarme su boca.

Pedí a Bruno la mierda esa con frambuesa que le gustaba tomar a Grace y un whisky cargado para mí. Se necesita algo fuerte para aguantar la palabrería incesante de Grace.

—No puedo quedarme mucho.

Lo único bueno que tiene Grace, es que su padre es un cabrón que hace negocios con nosotros y no necesito darle explicaciones de ningún tipo. Así fue como nos conocimos.

— ¿Por qué no vamos a un lugar más privado? —preguntó, jugueteando con uno de los botones de mi camisa.

¿He dicho lo único? Me he equivocado. También sabe cuándo ir al grano, lo que facilita mucho las cosas.

En cuanto Bruno dejó los vasos en la barra, agarré el mío con una mano y con la otra atrapé la muñeca de Grace, tirando de ella hacia la puerta trasera con el cartel de «Prohibido el paso».

Nada más cruzar la puerta del baño, se enganchó a mi cuello como si esto fuera algo más que lo que era. Quiso besarme, pero eché la cabeza hacia atrás antes de que sus labios rozaran los míos.

—Ya te he dicho que no tengo mucho tiempo.

—Eso tiene arreglo —sonrió, dándole un trago a su copa antes de dejarla en el lavabo con un golpe confiado.

Se arrodilló, desabrochando mi pantalón sin apartarme la mirada. El frío que había dejado el hielo en su lengua me arrancó un gruñido bajo cuando me rodeó la polla con su boca. Dejé el vaso junto al suyo y enterré los dedos en su pelo marcando el ritmo. El calor fue reemplazando al frío y me perdí en la sensación húmeda de su boca, en la forma en la que se ahogaba cada vez que embestía con fuerza. El placer subió en espiral hasta que un último temblor me recorrió, derramándome con un gruñido ahogado.

Grace se incorporó, con ese brillo idiota en los ojos, y empezó a bajarse las bragas. Creía que haberme corrido en su boca dejaba claro que aquí acababa nuestro encuentro de esa noche.

—Tengo que irme —agarré el vaso del lavabo y salí de allí antes de que pudiera replicar.

Bruno estaba a punto de irse con una pelirroja pero lo intercepté antes de que diera un paso fuera de la barra.

—Nos vamos —le dije al acercarme.

Chasqueó la lengua, le hizo un gesto a la pelirroja para que esperara y me miró como si acabara de interrumpirle el mejor polvo de su vida.

— ¿Un poco pronto, no?

—Necesito quitarme a Grace de encima, se está poniendo pesada.

Bruno ladeó la cabeza, mirando más allá de mi hombro hacia el reservado.

—César se va a cagar en ti. —Sonrió de medio lado—. Y yo también.

Me giré y miré hacia arriba. El muy cabrón ya se había llevado a una morena al reservado y Salva ni siquiera estaba a la vista.

—Podéis pedirles el número para después —dije, encogiéndome de hombros.

— ¿Y arriesgarme a que lo guarde? Olvídalo —bufó.

La pelirroja pareció oírlo. Le lanzó una mirada que mataba, pero él ni se inmutó. Se limitó a rodear la barra, dejando a la chica plantada. Otro de los nuestros ya cubría el sitio. Todo bajo control, como debe ser.

CAPÍTULO 2

YELENA

No hacía falta mirar hacia abajo para saber que el barro me cubría hasta los tobillos. Lo sentía en cada paso, pesando, cediendo, queriendo tragarse las botas. Pero ya no es algo que me moleste. Con el tiempo, todo se vuelve parte de la rutina. El frío que se cuela por debajo del uniforme, el olor a humedad, el silencio cortado solo por la respiración medida del pelotón que avanzaba conmigo… Había algo en esas caminatas hacia el cuartel que me encantaban.

El edificio apareció en la distancia, al final del camino empapado. Al llegar, me detuve junto al pelotón, ocupando mi posición en la primera fila. Ese sitio no fue un regalo. Me lo gané, por más que algunos me critiquen por la posición privilegiada en la que me encuentro gracias a quién es mi padre. Como si ser la hija del *Pakhan* de la Bratva te ayudase a ascender.

El Teniente Coronel Graves apareció con la expresión endurecida de siempre. Parecía esculpido en mármol, con la espalda tan recta como el cargo exigía y la mirada afilada. Recorrió la fila con los ojos, evaluándonos en silencio.

—Saludo.

El sonido del saludo militar rasgó el aire y quedó suspendido en el momento, preciso y sincronizado.

Graves asintió con aprobación.

—Descansen.

Bajamos las manos, pero nadie se movió hasta la siguiente orden.

—Rompan filas.

El grupo se disolvió al instante, aunque yo no me moví. Nos quedamos en silencio, observando cómo los demás se alejaban. Sus

ojos azules me buscaron cuando el último soldado desapareció. Sin una palabra, hizo un gesto con la cabeza y comenzó a caminar al interior del cuartel. Atravesamos el pasillo en silencio. Al llegar a la puerta del final, Graves entró primero, seguido por mí.

Sus manos estaban en mi cintura nada más cerrar la puerta, empujándome contra la pared con la fuerza contenida de un soldado que ha esperado demasiado. Nuestras bocas chocaron con el mismo desenfreno de siempre. El protocolo, la disciplina, la jerarquía… Todo se esfumó mientras nos deshacíamos de los pantalones y me tumbaba sobre su escritorio, apartando los papeles con la mano.

Sin dejar de besarme, llevó su mano al bolsillo y sacó el preservativo que siempre llevaba, entrando en mí sin comprobar siquiera si estaba lista. Sus caderas golpeaban contra las mías con una urgencia cruda. Me sujeté al borde de la mesa, conteniendo un jadeo que no terminaba de salir.

No tardó en venirse con un último gemido ahogado en el hueco de mi cuello y la espalda tensa sobre mi cuerpo. Yo, en cambio, no estuve ni cerca.

Se incorporó a penas para mirarme aun jadeando y con unas gotas de sudor perlando su frente.

—Lo siento, cariño, me pone demasiado verte tan sudada tras la carrera —se disculpó, apartándome uno de los mechones húmedos que caían por mi rostro y no precisamente por el sexo que acabábamos de tener, si es que se le puede llamar así.

Rodé los ojos y apoyé la cabeza en la superficie fría de la mesa, dejando escapar un suspiro pesado. Lo sentí salir de mí, seguido del sonido del cinturón mientras yo aún estaba medio desnuda sobre su escritorio. Me moría por recordarle que también tenía manos, pero no me dio tiempo a abrir la boca.

—Ha llamado tu padre. —Se dejó caer en su silla, acomodándose lo que quedaba del uniforme—. Me encanta tenerte así —añadió con una sonrisa, enredando uno de los mechones que sobresalían de mi trenza.

Le dediqué una mirada de hastío y me incorporé, bajando de un salto.

— ¿Qué quería?

Di unos pasos hacia mis pantalones tirados en mitad del despacho, me agaché para recogerlos y volví a ponérmelos bajo su atenta mirada.

—Que te concediera un permiso extraordinario. Necesita que vuelvas a casa unos días. Ah, y Polina te manda saludos.

Terminé de abrocharme el cinturón y me dejé caer en la silla frente a él, pasando un brazo por el respaldo. ¿Un permiso extraordinario? Esos son muchos días.

— ¿Entonces este polvo rápido ha sido una despedida? Qué triste —puse los ojos en blanco.

No sé en qué momento decidí que liarme con él era una buena opción. Casi podía contar los orgasmos que me había dado los últimos tres años con los dedos de una mano. Quizás era la emoción de poder ser descubiertos lo que me había mantenido a su lado todo este tiempo, porque sabía que Graves estaba colado por mí, sin embargo yo… no tanto. Era mono sí, rubio, ojos azules, mandíbula cuadrada y nariz recta… pero sin más. Muy aburrido para mí gusto. Estoy acostumbrada a otro tipo de hombres, hombres poco cuerdos como los que me han criado.

—Descuida cariño, cuando vuelvas, me encargaré bien de ti —Graves me sonrió con una expresión de suficiencia que me daban ganas de borrar a golpes—. Tu padre ha mandado un helicóptero a recogerte. Llegará a medio día.

Solté una risa seca.

—Fantástico. Por si no tenía suficiente atención en el cuartel, ahora sí que van a mirarme todos cuando vean aparecer su helicóptero con la señal de su Bratva.

—Seguro que lo suben a tu club de fans.

Fruncí el ceño. Eso no era tan gracioso. Aún me daba escalofríos saber que algún idiota había creado una página sobre mí. Ni en el colegio llegaron a tanto.

***

Sabía que me estaban mirando incluso antes de escuchar el rugido creciente del helicóptero. No era difícil adivinarlo. En este lugar, cualquier movimiento ajeno al protocolo se convertía en espectáculo. Que me observaran ya no me sorprendía, lo que me costaba era decidir si debía fingir que me importaba. ¿Qué se supone que querían? ¿Qué les saludara con la mano como si fuera la Primera Dama? No me molesté. Me limité a avanzar con paso firme, como había aprendido a hacer incluso en terreno hostil. Fingir seguridad a veces es más útil que tenerla.

Subí al helicóptero sin detenerme a mirar los rostros de los soldados apostados en el campo de aterrizaje y una vez arriba les lancé una última mirada seca, apenas un gesto mecánico que rozaba la indiferencia, y cerré la puerta tras de mí con un golpe que resonó en la cabina. Ilya me tendió los cascos desde el asiento del piloto con su habitual sonrisa. Se los arranqué de las manos y me senté en el asiento de su lado ajustándome los cascos para poder escucharlo.

—Ya podíais haber tapado el símbolo de mi padre antes de venir a por mí —me quejé.

— ¿Y que Maxim se eche a llorar por borrar su obra de arte?

— ¡Que le den a Maxim!

El despegue sacudió el aparato con un leve tirón, y luego solo quedó el sonido constante de las hélices cortando el cielo encapotado. El paisaje se volvió una mancha gris a nuestros pies mientras nos alejábamos de la base. Para cuando aterrizamos en el jardín del chalet de mi padre, ya era de noche.

Me quité los cascos y salí del helicóptero dando un salto. Al fondo del jardín, vi a Viktor dirigiéndose hacia mí con esa sonrisa ancha y desvergonzada. El tiempo y la distancia nunca habían significado nada entre nosotros. Abrió los brazos de par en par y, sin dudarlo, corrí hacia él, lanzándome de lleno en su abrazo. Me rodeó con fuerza, hundiendo la cara en mi cabello.

—Cuánto tiempo sin verte, *sestrenka* —murmuró con esa voz grave y tranquila que tanto había echado de menos.

—Demasiado —respondí dándole un empujón juguetón.

—Porque tú quieres. Podrías venir los fines de semana. —Su brazo se deslizó sobre mis hombros con familiaridad, guiándome hacia la casa—. Ah, no, espera… que estás muy ocupada con el Teniente Graves.

—Teniente Coronel Graves —lo corregí, dándole un codazo en las costillas—. Y no me tires de la lengua.

Viktor soltó una risa sacudiendo la cabeza de lado a lado. Era mi hermano mayor, pero no tenía ningún reparo en contarle sobre mi último fiasco con Graves. Al fin de cuentas el ambiente en el que me he criado no es precisamente discreto. Cuando tenía diez años encontré a mi hermano metiéndole mano a una chica en el sofá, el mismo sofá en el que solíamos ver películas por las noches cuando no tenían trabajo, y yo solo la saludé y seguí caminando hacia mi cuarto.

Entramos por la puerta doble de cristal del jardín. El caos familiar me dio la bienvenida encabezado por Pavel y Maxim gritándose desde lados opuestos del salón, por algo que, con toda seguridad, era culpa de Ilya, pero Pavel había terminado pagando los platos rotos.

La puerta principal de la mansión se abrió y, segundos después, Aleksei cruzó el salón a toda prisa, tirando de la mano de una mujer a la que no había visto en mi vida y que intentaba ocultar la cara, visiblemente avergonzada. Luego desaparecieron por una de las puertas que conducían a las habitaciones del piso inferior. No se quedaría a cenar y él, con toda seguridad, se retrasaría.

Desde la cocina, el inconfundible alarido de Boris resonó como un eco de guerra, seguramente Polina le había vuelto a atizar con la pala de madera al intentar meterle mano a los *oladyi.*

Polina salió de la cocina con la pala en mano, sin dejar de gritarle a Boris, para poner fin al escándalo que Maxim y Pavel estaban montando en el salón; no me equivocaba con lo de la pala.

Al verme frenó en seco y dio un grito que hizo detenerse a Maxim y Pavel.

— ¡Mi niña está aquí! —exclamó en ruso. Me atrapó en uno de sus abrazos aplastantes llenos de esa calidez maternal que solo ella

tenía.

— ¿Me has traído algún juguete nuevo? —Maxim se acercó con una sonrisa de crío.

—No puedo robar granadas del cuartel cuando me plazca— respondí.

Maxim se encogió de hombros y me dio un abrazo levantándome del suelo como cuando era una niña pequeña. Luego fue el turno de Pavel que casi me asfixia más que Polina.

— ¿Dónde está mi padre? —inquirí, soltándome de él.

—En el despacho, hablando con Olga —respondió mi hermano.

Arrugué la nariz. ¿Qué narices hacía hablando con Olga a estas horas? No, a estas horas no… qué narices hacía hablando con Olga. Crucé los brazos sobre el pecho respirando hondo, rezando para que no estuvieran en una de esas fases en las que Olga aparecía por aquí, se emborrachaban y volvían a acostarse.

—Ve a asearte, mi niña, debes estar agotada del viaje —dijo Polina tomándome de las manos con una sonrisa, aunque en cuanto giró la vista hacia Maxim y Pavel, su expresión se torció—. Vosotros dos, ayudad a Boris a poner la mesa. Estoy terminando mi famoso *borsch*.

Maxim y Pavel se miraron de reojo, ahogando una carcajada. *Famoso* no es precisamente la palabra que usaríamos para describir su *borsch*. Polina se percató de sus sonrisitas y volvió a levantar la pala de madera espantando a los dos hombres más grandes que mi padre tenía a sus órdenes. Si nuestros enemigos supieran lo que pasaba de puertas para adentro, seríamos el hazmerreír del crimen organizado.

Negué con la cabeza observando como desaparecían por la puerta de la cocina y me dirigí escaleras arriba a mi habitación para darme un baño en lo que mi padre terminaba su conversación con Olga y el resto terminaba de preparar la cena.

Me sumergí en el agua caliente de la bañera con un suspiro de puro placer. Si hay algo que extraño más que cualquier otra cosa en este mundo, son los baños largos y sin prisas. Eso y dormir hasta las

tantas sin que una corneta me despierte antes de que salga el sol. Pero no podía entretenerme mucho.

Solté el tapón de la bañera y me puse en pie tomando la toalla limpia que colgaba en la pared. Al salir a mi habitación, el aroma inconfundible de los platos rusos de Polina me envolvió de inmediato, un golpe de nostalgia instantáneo. Echaba de menos esa mezcla de especias y carne tanto como la bañera con patas de mi cuarto de baño. Me hacía sentir en casa.

Me vestí con lo primero que encontré en mi viejo armario y bajé al comedor donde mi padre ya estaba sentado en su sitio en la cabecera de la mesa, charlando con los muchachos. En cuanto me vio, su rostro se iluminó con esa calidez familiar y abrió los brazos.

Sonreí y me acerqué a él recibiendo su abrazo. Puede que mi padre sea el Pakhan de la Bratva que gobierna media Nueva York, pero siempre ha estado presente en las vidas de Viktor y mía.

—*Malysh* —murmuró con voz cálida. Me incliné y sus labios tocaron mi frente en un beso dulce. Al volver a incorporarme, Vi a Kiril y Roman intercambiar una mirada fugaz, demasiado sospechosa.

— ¿A qué ha venido eso? —Los encaré entrecerrando los ojos.

—Nada, nada —respondieron al unísono, bajando la vista hacia sus platos vacíos.

Mis ojos se estrecharon más sobre ellos pero decidí dejarlo pasar, ocupando el asiento al lado de mi padre, justo en frente de Viktor.

Nuestras cenas familiares siempre han sido… peculiares. En un minuto estamos hablando sobre la última película que dieron en la tele y al siguiente, Boris comenta con absoluta normalidad que el hombre que lleva días torturando en el sótano de casa se ha meado en los pantalones al arrancarle las uñas.

Aleksei entró en el comedor mientras aún nos reíamos de lo que Boris acababa de contarnos. Se dejó caer en la silla junto a Viktor y comenzó a llenar el plato con las sobras que quedaban.

— ¿El viaje bien? —me preguntó con la boca llena.

—Como dormir en una cuna —respondí con sarcasmo antes de devolverle la pregunta con una sonrisa ladeada—. ¿El polvo bien?

Aleksei levantó el pulgar, satisfecho, y siguió comiendo sin inmutarse por lo que acababa de soltarle en plena mesa. Muy normal todo.

Polina negó con la cabeza echándonos una mirada de desaprobación. Nunca le ha gustado que hablemos de este tipo de cosas en la mesa, ni de sexo ni de negocios. Se levantó dándole un codazo a Boris para que le ayudase con los platos y se dirigió a la cocina para traer el postre.

— ¿Polina, puedes traer el vodka? —gritó mi padre.

Volvió a aparecer, con una bandeja en la que traía dos botellas y unos vasos. Boris llevaba el postre en otra, era como ver a un oso llevando té con pastas.

— ¿Y el mío? —protestó Aleksei cuando vio que todos teníamos un vaso menos él.

—Estoy harta de decirte que no llegues tarde a la cena —respondió Polina volviendo a tomar asiento junto a su marido.

Mi padre sirvió el vodka, dejó la botella en el centro de la mesa y, cuando Aleksei alargó la mano para tomarla, lo ignoramos.

Di un sorbo a mi vaso, dejando que el silencio se asentara solo un par de segundos. Una pregunta llevaba rondándome desde que llegué, o más bien desde que Graves me dijo que mi padre quería verme después de ese polvo tan deprimente en su despacho.

— ¿Por qué querías que viniera? ¿Te estás muriendo?

—Algún día diré que sí y te echarás a llorar —refunfuñó.

—No sé yo… Te quiero, pero estás bastante mayor, papá —me burlé haciendo girar el vaso en mis dedos.

—Ya se lo he dicho yo —suspiró Viktor echándose hacia atrás en la silla— pero se niega a jubilarse y dejarme al mando.

— ¿Qué otra cosa iba a hacer con mi vida?

—Podrías mirar residencias. Tienen muchas actividades interesantes. Incluso las hay con bingo y piscina —propuse conteniendo una sonrisa.

— ¡No soy tan mayor! —bramó con esa indignación que nos hizo reír a todos.

Pero la risa se desvaneció tan rápido como había llegado. Crucé los brazos y lo miré en silencio. Él sabía que yo no era tonta. Mi padre no me llamaría al cuartel solo porque me extrañaba. Si ese fuera el caso, habría pedido que me tomara unos días libres, no que Graves me concediera un permiso extraordinario.

Mi padre dejó el vaso sobre la mesa, con un golpe sordo y medido, y su expresión cambió en un segundo.

—Necesito que hagas algo por mí, *malysh* —dijo con ese tono serio que solo usaba cuando hablaba de negocios.

Alcé una ceja, esperando la bomba.

—Las tensiones con Vasilyev están aumentando.

Rodé los ojos. La maldita Bratva Vasilyev había decidido expandir su negocio por Estados Unidos y no dejaba de jodernos a todos. Mi padre había hecho negocios con ellos en el pasado y nuestra relación con la Bratva Vasilyev era algo cordial, hasta ese cambio de planes por extender su negocio a nuestro territorio. Pero podía olerme por qué lo hacían.

—Sí que le sentó mal mi rechazo a Yuri.

Yuri había ido detrás de mí desde que teníamos no sé, ¿catorce años y él dieciséis? Había salido con Yuri un par de veces, pero nunca llegó a más por mi parte. Esa forma que tenía de mirarme me ponía los pelos de punta, esa obsesión enfermiza por tenerme… Entonces algo hizo clic en mi cabeza.

—No pienso casarme con él —solté señalando a mi padre con el dedo.

—Ni en broma permitiría que te casaras con ese malnacido —gruñó, golpeando la mesa con el puño. Suspiró y volvió a reclinarse en su silla mirándome con una sombra de culpa en los ojos—. He pactado una alianza con los italianos.

Una punzada de alarma me recorrió. Una alianza solo podía significar una cosa, y si yo estaba aquí significaba que esa *cosa* me implicaba a mí directamente. Mierda, me iba a casar.

— ¿Quién es el desafortunado? —pregunté con desdén fingido, aunque ya intuía la respuesta.

—Matteo Lombardi.

Alcé una ceja. En verdad pensaba que sería Bastian Lombardi, aunque el hombre no importa. No quería casarme, y no porque busque un matrimonio con amor, sino porque directamente no creo en el amor.

— ¿El hijo pequeño de Fabiano Lombardi? —quise confirmar sin molestarme en ocultar mi cara de asco.

—Bueno, "pequeño"… —Viktor ladeó la cabeza, divertida—. Tiene tres años más que tú, *sestrenka*.

—Como sea —me encogí de hombros—. ¿Por qué él? No es que me importe, los dos me dan el mismo asco, pero lo lógico sería casar al mayor, ¿no?

—El futuro Don no puede estar casado con una *sucia rusa* —bromeó Viktor, y se llevó el vaso de vodka a los labios.

Puse los ojos en blanco. Quizás Fabiano Lombardi no lo había dicho con esas palabras, pero seguro que lo había pensado.

Me llevé mi vaso de vodka a los labios y lo bebí de un solo trago. Lo necesitaba para digerir el plan de mi padre.

—Es solo temporal —continuó él—. Hasta que nos deshagamos de Vasilyev. Luego, si quieres meterle una bala en la cabeza eres libre de hacerlo, pero avisa para estar preparados.

Me crucé de brazos. Lógica no le faltaba. No es que me entusiasmara casarme con un desconocido, y menos con un italiano con pinta de tener un palo metido en el culo. Seguro que hasta Graves tiene más gracia que ellos, y eso ya es decir.

Mierda. Ahora entendía por qué mi padre estaba hablando con Olga.

—Lo haré con una condición —solté, porque casarme con el italiano había dejado de ser el mayor de mis problemas al acordarme de ella.

Mi padre me miró con cautela.

— ¿Cuál?

—Que Olga no venga a la boda.

— ¡Es tu madre!

—No, no lo es. Si lo fuera, no habría pasado toda mi vida en Rusia.

—Si no viene, me hará parecer débil.

—Entonces no me caso —lo amenacé cruzando los brazos sobre el pecho.

Mi padre dejó escapar un gruñido de frustración. Sabía que hablaba en serio y que si decía que no iba a hacerlo es que no lo iba a hacer, y él no me obligaría a algo así.

—Está bien. Diremos que está indispuesta.

Sonreí con satisfacción.

—Genial —Le arranqué la botella de vodka a Aleksei de las manos y me serví otro trago bebiéndomelo de una— ¿Cuándo será?

—La semana que viene.

Me incorporé tan rápido que casi se me sale el vodka que acababa de tragarme por la nariz.

— ¡¿Tan pronto?!

—No es un matrimonio real, *malysh*, son negocios.

Solté un suspiro pesado dejándome caer sobre el respaldo antes de preguntar:

— ¿Qué sabemos de él?

—No mucho, tiene mala fama en la Mafia, dicen que es algo inestable —dijo Viktor captando de inmediato mi atención.

—Como una bomba de relojería —comentó Maxim—. Me encantaría poder apretarle las tuercas un poco, ver qué ocurre. —Giré la cabeza en dirección de Maxim, tenía esa sonrisa infantil que ponía al hablar de armas, la que deja al descubierto sus dientes. Mi padre le dirigió una mirada de advertencia.

—Y por lo que he escuchado, la mitad de la población femenina de la ciudad ha pasado por la cama de Matteo Lombardi —añadió Aleksei— Eso es mucho, casi tantas como yo.

—No es la clase de información que quería, Aleksei—puse los ojos en blanco—. Y yo que solo los elijo para molestar a papá —murmuré

lo bastante alto como para que mi padre lo oyera. Me lanzó una mirada fulminante que ignoré sin el menor esfuerzo. Él lo sabe. Todos en esa mesa lo saben. La prueba viviente es Aleksei, sentado junto a su tío y con la cabeza aún sobre los hombros mientras daba otro generoso trago a la botella de vodka como si la cosa no fuera con él.

—También le he pedido a Harvey uno de sus relojes con localizador, por si llegara a ocurrir algo —continuó mi padre con un suspiro—. Nunca se sabe. Ah, y Kiril y Roman han ido a por tu vestido esta mañana.

Me froté los párpados con la yema de los dedos, haciendo caso omiso a lo del rastreador.

«Por eso la miradita de antes».

—Por favor, dime que no le has dejado elegirlo. Esos dos tienen gustos cuestionables —suspiré.

—Estamos presentes —se quejaron ofendidos.

—Por supuesto que no. Polina fue con ellos —aclaró mi padre, ignorándolos.

Solté un suspiro de alivio.

—Menos mal. Si voy a casarme con un idiota, al menos quiero llevar un maldito vestido en condiciones.

—Será mejor que no lo insultes a la cara cuando lo conozcas —se rio Viktor—. Los italianos son un poco sensibles.

—Lo tendré en cuenta —murmuré poniendo los ojos en blanco.

—Le pediré a Harvey que te envíe toda la información que logré reunir sobre él y los Lombardi antes de la boda, pero Lydia está a punto de dar a luz y no tiene mucho tiempo.

—Está enfadado con él porque le mandó a la mierda cuando le dijo que quería cambiar las cámaras de seguridad del perímetro que instaló el año pasado —aclaró Viktor con una sonrisilla.

«Esta Bratva no es seria».

—De todos modos —mi padre carraspeó recuperando nuestra atención—, quedé con Fabiano Lombardi que me mandaría algo

sobre su hijo. Y si descubres información nueva, lo añadiremos. Nunca está de más conocer a tu enemigo.

— ¿No se supone que la boda es para formar una alianza? — inquirí arqueando una ceja.

—Cuando todo haya acabado y te cargues al italiano las cosas cambiarán —respondió alzando su vaso de vodka.

Lo miré por un segundo, ahí llevaba razón. Cuando diéramos con Yuri y me cargará a Matteo Lombardi para poner fin a ese matrimonio, la guerra con la Mafia estallaría, y yo ya estaría de vuelta en el cuartel, lejos. Levanté mi vaso y lo choqué con el suyo en un brindis.

—Cierto —murmuré.

Sí, definitivamente mi familia es muy rara.

CAPÍTULO 3

MATTEO

Nunca me había detenido a pensar demasiado en lo que significaba ser parte de la *Famiglia*. Era un hecho, una realidad inamovible que había dado forma a mi vida desde siempre. Desde que tuve edad suficiente para comprender cómo funcionaban las cosas y mi padre me obligó a rajarle la garganta a un hombre en nuestro jardín, supe que este mundo era mi destino. No era algo que me genere dudas o conflictos, de hecho lo disfruto, supongo que es lo que tiene tener una cabeza jodida como la mía.

Pero ahora esa realidad me ponía de muy mal humor.

Mis nudillos ardían con cada golpe contra el saco de boxeo, pero no me importaba. Era un dolor sordo, casi agradable, que apenas registraba en comparación con la rabia que me retumbaba en la cabeza. César sujetaba el saco con firmeza desde el otro lado, aguantando cada impacto de mis puños. Sabía que necesitaba esto después de la *agradable* charla con mi padre. Tenía que aprovechar que estaba lo suficientemente cuerdo como para desahogarme sin joder demasiado.

— ¿Desde cuándo tiene una hija? —bufé entre dientes, sin dejar de golpear.

—Desde siempre, supongo —respondió César con su tono plano habitual. Él siempre ha tenido toda la calma que yo no—. No es que Ivanov ande publicando su árbol genealógico.

Gruñí, soltando un golpe más fuerte. César tuvo que reajustar el agarre para no tambalearse, lo que me arrancó una sonrisa de satisfacción.

—Hijo de puta —masculló, fulminándome con la mirada.

—Gracias.

— ¿Y mi hermano? —La voz de Bastian llegó desde la entrada. No me giré a verlo, pero el sonido de sus pasos acercándose fue suficiente para hacerme rodar los ojos.

Lo ignoré y fui a por la botella de agua que había dejado apoyada en la pared al llegar. Giré el tapón con calma y di un trago largo, sintiendo el sudor resbalar por mi espalda desnuda.

— ¿Estás loco? —rugió a mi espalda.

Me giré lentamente, encontrándolo con los puños cerrados y la mandíbula apretada. Su mirada, helada y calculadora como siempre, tenía un matiz diferente que indicaba que aún no se le pasaba el cabreo.

—Creía que eso ya lo sabíamos todos —le di una media sonrisa inclinándome para dejar la botella en el suelo. No le hizo gracia.

— ¿Quieres explicarme qué mierda ha pasado en casa de padre?

—Oh, no hace falta que te lo explique, estabas allí —repliqué con sorna dedicándome a desenredar el vendaje de mis manos sin mirarlo a la cara. Lo había estado esperando, Bastian tuvo que quedarse tras la comida en casa de nuestro padre, pero era imposible que no viniera a echarme la bronca por lo que había ocurrido.

—Sí, y si no llego a estar, ahora mismo estarías muerto.

Me encogí de hombros. Tampoco sonaba tan mal. No es que desee la muerte, simplemente me es indiferente, después de todo, no tengo nada que perder y dudo que nadie me echara de menos. Incluso para mi hermano, sería una carga menos, una preocupación tachada de su lista.

—Valía la pena intentarlo.

Bastian soltó una risa seca, sin rastro de humor. Esto iba en serio, él no acostumbra a reír.

— ¿Intentarlo? ¿De verdad? ¿Vas a decirme que pensaste que podías matarlo en su propia casa, con todos sus hombres en la misma jodida habitación? —siseó, bajando la voz para que los hombres de la organización que entrenaban cerca no nos

escucharan. César permanecía de brazos cruzados a unos pasos de nosotros, asegurándose de que ninguno metiera las narices donde no le llamaran.

No respondí, porque lo había pensado. Porque, durante un segundo, cuando sentí el peso del cuchillo en mi mano y lo vi sentado allí, hablando de mi matrimonio como de un maldito contrato de los suyos, ignorando una vez más que yo también estaba en esa mesa… no hubo otra cosa en mi cabeza que la necesidad de hundírselo en la garganta. Y Bastian lo supo. Claro que lo supo. Por eso me paró.

—Si hubieras sido más discreto, al menos habríamos tenido la oportunidad de hacer algo más inteligente para impedirlo —su voz se volvió más tensa—. Pero no, tenías que apretar el cuchillo hasta que casi se te rompieran los dedos. ¿Sabes cómo te miraban todos? Si hubieras movido un músculo más, no habrías salido de allí con vida.

Resoplé y pasé la mano por mi rostro arrastrando la fina capa de sudor que cubría mi piel. No podía discutirlo. Algunos de los hombres de mi padre habían llegado a desenfundar sus armas cuando clavé el jodido cuchillo en la mesa. No habrían dudado en dispararme, incluso lo habrían disfrutado. No todos los días tienes el permiso para matar a un Lombardi.

— ¿Cómo está María? —solté en un intento vano de desviar la conversación.

Bastian apretó la mandíbula. Me estudió en silencio, debatiéndose entre dejarme escapar de la charla o arrastrarme de vuelta.

— ¿Cómo esperas que esté? Se asustó cuando casi te tiras al cuello de padre. Temía por ti.

Me removí incómodo, haciendo girar mis hombros hacia atrás.

— ¿Padre la tocó? —inquirí desviando la mirada un instante.

—Conmigo delante no, pero es probable que lo hiciera luego. No me sorprendería.

Cerré los puños. La imagen de María me vino a la cabeza, con su mirada cansada y su sonrisa dulce. Lo único bueno que había en ese

infierno de casa, la única persona que realmente se había preocupado por nosotros mientras mi padre abusaba de ella y se desquitaba pegándole cada vez que tenía la oportunidad. Por suerte, al cabo de los años se cansó de ella y se centró en sus otras amantes fuera de casa.

«Si le ha puesto una mano encima…»

—No harás nada estúpido, Matteo —me advirtió Bastian leyéndome la mente.

Le sonreí.

—Yo nunca hago nada estúpido.

Bastian se pellizcó el puente de la nariz con la paciencia agotada y luego bajó la mano negando con la cabeza.

—Vístete y ven a la oficina cuando termines. Todavía quedan cosas por hablar. Asegúrate de que lo haga. —Esta vez se dirigió a César que nos observaba junto al saco de boxeo, con una sonrisa de comemierda, disfrutando que me echaran la bronca como a un jodido crío.

Chasqueé la lengua dándole otro sorbo a la botella de agua, mirando de reojo como Bastian se alejaba y salía del gimnasio.

—Deja de sonreír o te hago tragar la botella —le advertí a César.

—A la ducha —respondió.

Resoplé, agarré mis cosas del suelo y me dirigí a los vestuarios. Al abrir la puerta, solo tuve que dirigirles una mirada a los hombres de dentro para que se largaran a medio vestir. No necesité palabras. Nunca las necesito. Mis ojos son suficientes para que entiendan que no quiero compañía, aunque César no pareció entenderlo. Entró detrás de mí y se dirigió a las duchas abiertas tras coger su toalla de la taquilla.

«Joder, ni que fuera a salir huyendo».

Me quité la ropa y entré bajo una de las duchas, dejando dos de separación entre la suya y la mía. El agua caliente cayó con fuerza sobre mi espalda, un intento inútil de arrastrar la rabia con ella. No había pegado ojo en toda la noche, y no precisamente por las pesadillas.

Me froté la cara con fuerza, esta vez intentando borrar la maldita comida de mi cabeza. El cuchillo. Mi agarre en el mango. La garganta de mi padre a escasos centímetros… el jodido disparo taladrando mi cabeza una y otra vez. Cerré los ojos, volviendo a abrirlos cuando apoyé las palmas contra los azulejos fríos, inclinando la cabeza bajo la ducha mientras observaba las gotas caer en espiral por el desagüe. Un solo movimiento y todo habría acabado. Un solo puto movimiento.

Pero no.

Solté una maldición entre dientes y le di un golpe seco al grifo. El agua se cortó de golpe, pero el calor seguía bajo mi piel, ardiendo por dentro.

Me pasé las manos por el pelo, arrastrando el agua de mi cara, y salí desnudo hacia las taquillas. Abrí la mía de un tirón, tomé la toalla y me sequé rápido. Ni siquiera miré el puto traje colgado en su percha cuando lo agarré y me vestí, dejando los botones superiores de la camisa abierta.

Al llegar a Modesta, Bastian me esperaba con Salva en la oficina del sótano. Me dejé caer en el sofá subiendo una pierna y me froté los ojos con la yema de los dedos. Me ardían como el infierno.

— ¿Cuánto has dormido hoy? —preguntó Bastian, sin despegar la mirada de los papeles sobre su mesa.

— ¿Cuánto? —repetí, dejando escapar una carcajada corta y seca —. Hoy estás gracioso, hermano.

Bastian levantó la mirada de los papeles que estaba revisando, fría y seria como es habitual en él.

—Al menos tiene la mente ocupada con otra cosa —murmuró Salva a su lado, lo suficientemente alto para que lo escuchara.

Le lancé una mirada que hablaba por sí sola, pero llevaba razón, aunque me joda admitirlo. Mi estúpida boda había desplazado todo lo demás, al menos por el momento.

Bastian cerró la carpeta que tenía abierta, la sostuvo un segundo entre los dedos y luego me la extendió. Alcé una ceja, sin intención de agarrarla.

— ¿Qué es?

Al ver que no pensaba moverme, me la lanzó.

Bastó con abrirla para entenderlo. Dentro había una fotografía de una mujer, recortada de forma tosca, con los bordes irregulares y el papel desgastado, parecía que alguien la había arrancado de un álbum familiar.

Me quedé mirándola, sin saber por qué me incomodaba tanto. Quizás porque no era lo que esperaba. La imagen capturaba un momento espontáneo, una risa a medio camino y una mirada brillante, parecía sorprendida por algo fuera de cámara que la hizo reír de verdad.

Cabello dorado, rasgos suaves, pómulos altos, labios carnosos que se veían demasiado fáciles de imaginar bajo los míos… Y luego estaban esos ojos. Color avellana salpicados en el centro por un verde suave, brillantes, con una chispa difícil de pasar por alto. No la clase de chispa que encuentras en mujeres delicadas y sumisas, sino algo más… vivo. Y, sin embargo, nada en la descripción cliché que venía después encajaba con esa imagen.

—Es la información que Ivanov nos ha proporcionado sobre tu futura esposa —explicó Bastian volviendo a recostarse sobre su asiento.

Leí el informe una vez más, buscando la conexión entre la mujer en la foto y la información plasmada en el papel, pero no había nada. Lo único que alcanzaba a ver era algo en esa sonrisa y esos ojos que tiraba abajo todo lo demás.

—Ya lo veo —murmuré, deslizando la mirada por los pocos detalles escritos.

Sí, un puto cliché.

Ballet. Cocina. Lectura. Criada para ser una esposa sumisa y obediente. Una joya moldeada por la Bratva para encajar perfectamente en nuestro mundo. Vaya sorpresa más aburrida.

Cerré la carpeta con una mueca de fastidio y la dejé caer al lado, intentando borrar la incomodidad que me había dejado por dentro.

—Esperaba algo más de la *principessa* de la Bratva. Qué poco originales —mascullé, cruzando los brazos sobre el pecho.

Bastian me miró con la ceja arqueada.

—Yelena Ivanova es justo lo que tiene que ser, Matteo. Una mujer sumisa y obediente que no se entrometa en nuestros asuntos y te ponga las cosas fáciles. Es lo que necesitas, deberías estar agradecido.

Me llevé una mano a la cara, apoyando la cabeza en el reposabrazos del sofá, y solté una risa sin humor.

—Qué aburrido. —Cerré los ojos sintiendo algo de alivio al instante. Con suerte esa noche lograría dormir un par de horas.

—La alianza con la Bratva Ivanov es importante —me recordó Salva—. Yelena Ivanova es la clave para asegurarla.

—Claro, porque casarme con una *principessa* de la Bratva va a solucionar todos nuestros problemas —solté con sarcasmo, abriendo un ojo para mirarlo—. ¿Y si resulta que ella es tan aburrida como su currículum? ¿Qué hago entonces? ¿Puedo devolverla?

—Ya sabes que no —dijo Bastian conteniendo una sonrisa.

Alcé la cabeza y me quedé mirándolo.

Lo que me faltaba. Mi hermano, el mismo cabrón que vivía en un mundo donde todo era blanco o negro, que tenía la expresión de una jodida estatua de mármol tallada, ahora intentaba no sonreír a mi costa.

Fantástico.

Si hasta él encontraba esto divertido, estaba realmente jodido.

CAPÍTULO 4

YELENA

Me observé en el espejo del baño, ladeando un poco la cabeza mientras pasaba los dedos por mi cabello. Aún quedaban un par de horas para la boda y ya estaba buscando formas de hacerla más entretenida. Supongo que eso decía bastante sobre mi entusiasmo. Vale, sí, yo misma accedí a este disparate de boda, pero eso no significaba que me agradara la idea. Para mí no era más que una misión con un objetivo claro, solo esperaba que acabara pronto.

Mis ojos se dirigieron hacia el bote sobre el lavabo. Teñirme el pelo de un color escandaloso no era una gran idea, pero era una idea estúpida y tentadora. Alargué la mano y agarré el bote de tinte. Por lo que tenía entendido sobre los italianos, valoraban mucho la imagen personal. Seguro que alguno se atragantaría con el champán si me veían aparecer con unas mechas rojo neón. La otra opción era el negro. Más sutil, pero con el mismo potencial de arruinar su idea de *novia perfecta*.

Me mordí el labio, considerando ambas posibilidades, cuando un par de golpes sonaron en la puerta.

—Soy yo, *sestrenka* —la voz de Viktor llegó amortiguada por la madera.

—Adelante.

La puerta se abrió y Viktor entró, deteniéndose nada más cruzar el umbral al verme en bata frente al espejo.

— ¿Todavía estás así? —Cruzó los brazos sobre su pecho, alzando una ceja.

—Estoy decidiendo algo importante —respondí, levantando el bote de tinte a modo de evidencia—. Dime, ¿qué color te gusta más?

¿Rojo neón o negro?

Viktor me observó a través del espejo, tomándose su tiempo.

—Mhh… rojo.

Asentí y empecé a agitar el bote.

—Ni se te ocurra hacerlo. —Cruzó la distancia en dos zancadas y me quitó el bote de las manos impidiéndome aplicar una sola gota de tinte.

—Tampoco es que fuese a teñirme toda la cabeza —protesté, intentando recuperar el bote sin éxito—. Solo unas mechas. Discretas.

—Mentirosa —bufó, medio riéndose—. A los italianos no les hará gracia.

—Exacto. Por eso lo estaba considerando. ¿No se supone que soy una pobre novia forzada a casarse? Es lógico que quiera rebelarme un poco. Nada grave. Un acto simbólico de protesta capilar.

Viktor soltó una carcajada ante mi dramatismo.

—Sí, pero te recuerdo que ahora eres sumisa y obediente, *sestrenka*. Lees, cocinas y bailas ballet.

—Espero que no quieran una demostración de mis habilidades —respondí con sorna, cruzándome de brazos—. No tengo ni idea de ballet y si alguien prueba mi cocina es bajo su propio riesgo. Y no me hagas hablar sobre lo de sumisa.

—Por lo que tengo entendido, las bodas de la Mafia son bastante aburridas, como todos ellos. Y para lo de sumisa… saca a florecer tus dotes de actuación, *sestrenka*, si has aguantado tanto tiempo con tu Teniente Coronel, es que las tienes.

Puse los ojos en blanco y asentí ignorando la mención de Graves. Sí, mejor no llamar la atención así de primeras.

— ¿Me has traído lo que te pedí? —pregunté abriendo el grifo de la ducha para que el agua se fuera calentando.

—Está en la caja de la liga, junto al reloj. Y date prisa. Polina vendrá en nada a ayudarte con el vestido y todo lo demás —dijo volviendo a salir del cuarto de baño.

—No hay prisa —respondí alzando la voz para que me escuchara desde el otro lado.

Volví a mirarme al espejo y suspiré. Toda esta farsa con los italianos iba a ser un auténtico suplicio. Fabiano Lombardi había pedido información sobre mí a mi padre, sin embargo, él no se dignó a pasar nada sobre su hijo como le habíamos pedido, según él ya lo conocíamos.

Es curioso cómo el acuerdo matrimonial funcionaba solo en una dirección. No saber ni siquiera cómo se veía mi enemigo no me hacía gracia, así que lo busqué en internet. Una cara bonita con fama de mujeriego. Nada que no esperase. Para mí era simple y llanamente Matteo Lombardi. Mi futuro esposo. Mi objetivo.

No había nada romántico en esta unión, y, por mucho que mi padre quisiera disfrazarla de una alianza beneficiosa, no hacía falta casarme con el hijo de Fabiano Lombardi para hacer una maldita tregua y apoyarse contra los Vasilyev, pero ellos no lo entienden.

Me desabroché la bata de seda con un movimiento perezoso, la dejé caer al suelo y entré en la ducha. El agua caliente golpeó mi piel, relajando los músculos tensos por el estrés acumulado en los últimos días. Lo único que me había mantenido cuerda estos días ante el caos por la boda, era patearle el trasero a Máxim en el gimnasio de casa.

Cerré los ojos y me pasé las manos por el pelo echando la cabeza hacia atrás. No quería casarme con él. No quería que un estúpido italiano me pusiera las manos encima, no quería compartir una casa con él, ni siquiera quería escuchar su voz. Pero la Bratva necesitaba esta alianza, y yo debía cumplir mi papel. Era una soldado, después de todo. Una Ivanova. Y los Ivanov no huyen.

Dejé que el agua se llevara los pensamientos estratégicos por un momento. Ya los retomaría cuando fuera el momento adecuado. Me enjaboné el cabello con calma, masajeando el cuero cabelludo. ¿Por qué demonios no le insistí a Harvey con la información sobre él? Habría sido útil saber a qué me enfrentaba. Sus debilidades, sus fortalezas, todo. Después de la boda me aseguraría de hacerlo.

Apagué la ducha y deslicé la puerta de la mampara alargando la mano para tomar albornoz que había colgado en la percha de fuera. Al abrir la puerta del cuarto de baño, me encontré con Polina esperándome y todo un arsenal de cepillos, secador, plancha del pelo y un montón de maquillaje que odiaba usar.

— ¿De verdad todo eso es necesario? —pregunté, dejándome caer en la silla frente al tocador.

—Es el día de tu boda, mi niña.

—No es una boda real. Podría pintarme los labios de rojo y ya está.

—Confía en mí, no se notará. Y te haré uno de los recogidos que te gustan.

Chasqueé la lengua, cruzando los brazos con resignación.

—Pues menos mal.

«Una novia "perfecta" para un matrimonio "perfecto". Pura hipocresía.»

Dejé que Polina trabajara en mi pelo, observando por el rabillo del ojo cómo hacía pequeñas trenzas y ponía pequeñas flores blancas en algunos mechones antes de volver a entrelazarlas en una más grande que abarcaba media melena desde la raíz para despejarme el rostro. No me di cuenta de que me había quitado el móvil hasta que el peso en mi mano desapareció. Parpadeé y vi cómo lo dejaba sobre el tocador, lejos de mi alcance.

—Estaba respondiendo a eso —me quejé.

—No, estabas perdiendo el tiempo con el idiota ese.

Mi mirada se deslizó hasta la pantalla sobre el tocador. Graves, seguía mandándome mensajes empalagosos, asegurando que me extrañaba y que no podía esperar a tenerme de vuelta en su cama—o en su escritorio—. Me llevé una mano al pecho con dramatismo.

—Pobrecito.

Se me había olvidado mencionarle que eso no iba a pasar en un futuro próximo. Ni en ninguno, en realidad. No sé cómo se habría tomado lo de mi inminente boda, pero tampoco es que me importase mucho. No quiero un hombre que solo habla de sí mismo

y que ignora lo que tengo que decir, especialmente cuando ese algo es que, por una vez, me haga llegar al maldito orgasmo. Además, empezaba a aburrirme.

Cerré los ojos con fuerza cuando Polina agarró una brocha y me la pasó por la cara con la delicadeza de quien limpia una estantería olvidada.

—Yo también sé maquillarme, aunque no lo haga mucho —farfullé, cerrando los labios en una fina línea cuando la brocha pasó sobre ellos—. Se supone que no debo comerme los polvos.

—Si te estuvieras quieta podría hacerlo mejor —me replicó—. Y pintarse los labios o hacerse la raya de ojos no es maquillarse, al menos no para una boda.

—Yo no me muevo —repuse.

—No dejas de poner caras.

—Es que solo de pensar en el insípido de mi futuro marido me produce arcadas.

Polina suspiró.

—Es temporal, mi niña.

—Todos decís eso —mascullé, entreabriendo los labios mientras me pasaba la barra por encima.

—Ya está. ¿Ves? Es sutil —me dijo Polina dejando que me mirara al espejo.

Polina me enseñó a maquillarme cuando era una niña, cuando el intento de mi padre por enseñarme hizo que me pareciera más a un payaso de feria que a una chica que estaba a punto de ir a su primer baile.

—Lo admito, me veo increíble —dije, inclinándome hacia adelante para inspeccionarme mejor.

Ella sonrió, depositando un beso en la cima de mi cabeza antes de acercarse a la percha donde colgaba el vestido que había escogido para mí.

—Bien, ahora quítate todos esos pendientes que llevas en las orejas y los anillos de los dedos. No queda bien que una novia lleve *piercings* el día de su boda. Ya te los pondrás mañana.

Moví los labios imitándola en silencio mientras me quitaba el primer pendiente.

Alguien llamó a la puerta. Nos miramos un segundo y luego dirigimos la mirada hacia la entrada.

—Soy María Lombardi—dijo una voz femenina al otro lado

Puse los ojos en blanco.

—Espero que no venga a darme lecciones de sumisión —susurré a Polina.

—Y si lo hace, asentirás como la buena niña que sé que eres en el fondo—dijo Polina con tranquilidad—. Te recuerdo que esta es su casa.

Rodé los ojos de nuevo y suspiré.

—Adelante —respondí. Dejé mis pendientes y los anillos sobre el tocador y me puse en pie para que Polina me ayudara con el vestido.

La mujer entró a la habitación. Era esbelta, con el cabello castaño ondulado y unos ojos oscuros que arrastraban cansancio, pero con una sonrisa dulce en los labios.

—Perdón por la interrupción. Pensé que podríais necesitar ayuda —dijo, cerrando la puerta tras ella con un movimiento suave—. Hasta hace un momento no sabía que no tenías a nadie para asistirte con el vestido.

—Tengo a Polina —respondí mirándola de reojo.

María me dedicó esa mirada paciente y casi maternal que solo tienen quienes ya están curtidos en lidiar con respuestas cortantes. Polina, por su parte, me dio un pellizco discreto en la cadera, obligándome a recordar mis modales.

—Tu padre ha mencionado que no tienes damas de honor, y tu madre está indispuesta.

Desvié la mirada.

«No la llames así».

Odiaba cuando se referían a Olga como *mi madre*. Parir no te da ese título, y ella no se había molestado ni en intentar ganárselo.

Volví a mirarla y le ofrecí una sonrisa forzada y educada para salir del paso.

—No me vendrá mal una ayuda extra —respondí, aunque Polina y yo nos bastábamos solas.

Entre Polina y María me ayudaron con el vestido de satén blanco, liso y sin artificios innecesarios. Se sujetaba sin tirantes sobre mi pecho y la falda caía con una apertura a un lado en el muslo, un pequeño recordatorio de que, aunque pudiera parecer una novia de revista, seguía siendo yo. Menos mal que Polina fue a ver el vestido, sino me veía con el típico pomposo que habría llevado mi abuela al casarse.

— ¿Nos dejas un momento? —inquirió María girándose hacia Polina. Ella asintió con una sonrisa amable y salió de la habitación dejándonos a solas.

María me miró con una sonrisa suave, ya me preparaba para recibir su comentario despectivo cuando me sorprendió con todo lo contrario.

—Estás preciosa, Yelena.

—Gracias... supongo —murmuré, sin ocultar del todo mi sorpresa.

—Imagino que estarás asustada. Yo lo estuve el día que me casé con Fabiano. Tenía un año más que tú y creía que no podría dar ni un paso sin temblar.

La estudié en silencio. Había algo sincero en su forma de decirlo, algo que no sonaba ensayado.

— ¿A qué ha venido exactamente? —pregunté sin andarme con rodeos. A estas alturas, fingir ignorancia me parecía una pérdida de tiempo.

—Mi Matteo necesita a alguien que lo quiera… o que, al menos, lo entienda. No es un mal hombre. Ha pasado por más de lo que deja ver. Solo… ten paciencia con él, seguro que aprenderás a apreciarlo.

Decirle que no tenía miedo de esa boda no se ajustaba al teatrillo que mi padre me había pedido, así que me pasé la lengua por los labios y me giré hacia el espejo del tocador, observándome en él.

— ¿Es cierto lo que dicen de él? —murmuré jugando mi parte, con la voz justa de inseguridad.

Me habían dicho que Matteo Lombardi estaba algo loco y que era una especie de bomba de relojería. Me costaba creerlo habiéndome criado entre los hombres de la Bratva de mi padre. Esos sí que están locos.

María apareció a mi espalda, reflejada en el espejo. Frunció los labios, eligiendo las palabras con cuidado.

—Es más complicado que eso. Matteo es muchas cosas… pero no es mal chico. Te lo puedo asegurar. Solo tiene cicatrices que no siempre sangran por donde se ven.

Le dediqué una sonrisa ladeada. Esa frase sonaba bonita, pero no me decía gran cosa. Quería saber de dónde le venía esa fama de ser inestable. Admito que eso me resultaba interesante, pero conociendo a los italianos, lo mismo solo se refería a que podía alzar la voz estando bebido. Así que, de interesante, nada.

—Tu hermano espera fuera para acompañarte al altar. No tardes por favor —dijo. Me dedicó otra de sus sonrisas pesarosas y salió de la habitación.

Suspiré y tomé mi móvil contestándole el último mensaje a Graves.

Yelena: Perdona, había olvidado decirte que me caso hoy. No sé cuándo volveré.

Me acerqué a la cómoda donde Viktor había dejado la caja con la liga que debía ponerme. Al abrirla sonreí observando su contenido.

***

Tal y como había dicho María, Viktor me esperaba como un perro guardián en la puerta de la habitación. Supuestamente, vigilaba por si se me ocurría huir, lo que me llevaba a pensar que, en otras bodas con italianos, eso ya había pasado. Yo nunca huyo. Espero, observo, y analizo. Y cuando el momento es el adecuado, elimino a mi objetivo.

Viktor me tendió el brazo, con una sonrisa de solemnidad que acepté con nada de gusto.

— ¿Lista para tu boda, *sestrenka*?

—Pienso emborracharme con vodka en cuanto me siente a la mesa.

Viktor hizo una mueca que no me gustó nada. Por favor, necesitaba vodka para pasar esa farsa sin volverme loca.

Me ayudó a bajar las escaleras, sosteniendo la cola del vestido para que no la pisara y cayera de bruces. La boda se celebraba en una de las propiedades de la organización italiana, una mansión a las afueras que no tenía nada que envidiarle a la casa donde me había criado, salvo que aquí todo era oscuro y sobrio.

La pequeña capilla privada ocupaba una de las alas laterales. No era tan *pequeña* como la llamaban; tenía espacio de sobra para hombres armados, sus esposas, y el resto del séquito. Por nuestra parte, quitando a unos pocos que habían venido con sus mujeres, el resto de los hombres de mi padre habían venido solos, y no porque no tuvieran alguna mujer bajo la manga que los acompañara. A mi padre no le gusta salir sin las espaldas bien cubiertas y celebrar esta boda en territorio italiano nos ponía en desventaja, por eso era mejor evitar distracciones.

Cuando la puerta de la capilla se abrió, vi a Matteo Lombardi de pie frente al altar, flanqueado por dos hombres que supuse que serían sus padrinos.

En la primera fila, mi padre ocupaba su lugar junto a Fabiano Lombardi y su esposa. Como había prometido, Olga no estaba, y nadie ocupaba el asiento vacío a su lado. Mi padre permanecía inmóvil, con los brazos cruzados como una barricada, y la mandíbula tan tensa que podía distinguirse el filo de sus huesos bajo la piel.

— ¿Ese es el idiota italiano? —le susurré a mi hermano en ruso sin apartar la mirada de Matteo mientras avanzábamos por el pasillo.

—Será temporal —respondió. Esas dos palabras que llevaba días escuchando empezaban a ponerme de mal humor.

—Al menos está bueno. No me molestará acostarme con él un par de veces.

—Cómo te oiga papá lo estrangulará.

—Hoy me caso con él, ¿qué piensa que va a ocurrir en mi noche de bodas? ¿Qué echemos una partida a las cartas mientras tomamos vodka y…? ¿Qué beben ellos? ¿Insípido vino tinto?

—Compórtate *sestrenka*, no queremos estropear esto. Y cuidado con las caras, solo te faltan los subtítulos.

Me tuve que contener para no poner los ojos en banco.

—Esto va a ser un desastre —dijo Viktor, al parecer no lo contuve con mucho éxito.

—Alegra esa cara hermanito, tú hermana pequeña se casa —sonreí.

Nos detuvimos junto al altar. En vez de besarme en la mejilla como sé que habría hecho de ser esto una boda normal, se posicionó a mi lado cumpliendo su papel de guardaespaldas que vigila que la novia no salga corriendo por la puerta lateral. Me dieron ganas de reír. A todos se les daba bien fingir.

Me giré hacia Matteo, ignorando la voz en mi cabeza que me decía que debía seguir actuando como una novia asustada, obligada a casarse por su padre. Quería ver de cerca cómo era el hombre con el que estaba a punto de contraer matrimonio.

Tenía los ojos del color de una tormenta, grises, fríos. No el tipo de frialdad distante, sino la que atraviesa y que te disecciona sin necesidad de tocarte. Su rostro era todo ángulos marcados y sombras calculadas. La mandíbula afilada, cubierta de una ligera barba que lo hacía ver peligrosamente atractivo. Parecía que se había pasado las manos por el cabello oscuro para peinarlo, sin molestarse mucho en preservar la imagen perfecta que llevaban el resto de hombres de la Mafia.

Había algo en él que gritaba peligro. Y tal vez por eso no podía apartar la vista.

CAPÍTULO 5

MATTEO

—Matteo, abre la maldita puerta —la voz de Bastian retumbó al otro lado.

Los golpes vinieron después, secos, contundentes, como si estuviera a una sacudida de arrancarla de cuajo.

Lo ignoré, aun con los ojos clavados en mi reflejo. Quería estrangular a mi padre. No era una idea pasajera ni un arranque de ira momentáneo. No. Esto es una fantasía perfectamente construida a lo largo de los años que últimamente se repetía con una frecuencia alarmante, y después de su visita para darme una lección de vida innecesaria, había cobrado más fuerza. Era increíble la facilidad que tenía para hacerme perder los papeles. Odiaba que me mirase como si yo fuera un animal que se había salido de su jaula.

Otra sacudida en la puerta me hizo apartar la mirada del espejo.

— ¡Matteo!

Giré la cabeza apenas y clavé la mirada en la puerta. Lo último que quería ahora mismo era ver a nadie. Abrí el grifo con parsimonia y me mojé las manos pasándomelas por el pelo, ignorando los golpes al otro lado.

— ¿Qué diablos ha pasado? —escuché gruñir a Bastian.

—Tu padre ha venido cuando no estabas —la voz de César sonó baja, casi costaba distinguir lo que decía.

—*Cazzo*.

Silencio. Una nueva sacudida. Luego, golpes más fuertes. Resoplé apagando el grifo de un manotazo. ¿Es que no podía ni tomarme un jodido minuto para mí?

—Matteo abre la maldita o la tiraré…

Abrí de un tirón, haciendo que Bastian se quedara con la palabra en la boca. Me miró con la mandíbula tensa y esa expresión asesina que haría retroceder a cualquier hombre menos a mí.

— ¿Cuánto has dormido hoy? —preguntó.

Desvié la mirada hacia un lado rascándome el mentón pensativo y volví a fijarme en él. ¿Había dormido? Creo que no.

—Tres horas —mentí.

Lo aparté, golpeando su hombro al pasar, y fui directo a por la maldita corbata. Odiaba esa cosa.

Bruno me la tendió con una sonrisa que me provocó ganas de partirle un diente; estaba deseando ver el día que le tocara a él, a él o cualquiera de los presentes. Se la arranqué de las manos y me la pasé por el cuello con movimientos rápidos, más preocupado por poder quitármela cuanto antes que por atarla bien. Si alguien iba a estrangularme esta noche, que no fuera yo mismo.

—Al menos es una más que ayer, eso es bueno —comentó César desde el fondo

—No es suficiente —Bastian dio un paso hacia mí—. No puedes perder el jodido control esta noche. —Resoplé, había perdido la cuenta de las veces que habíamos tenido esa charla—. Eres el novio y los rusos podrían provocarte cuando hayan bebido demasiado. Que no te afecte.

Solté una retahíla de maldiciones en italiano cuando el jodido nudo de la corbata se resistió.

—Joder, trae —Bruno me la quitó de las manos con gesto exasperado y empezó a anudármela. Entrecerré los ojos, imaginando al menos una docena de formas en las que podría matarlo, muy elaboradas, todas extremadamente gráficas y creativas.

Cuando terminó, me acerqué al mueble bar, saqué la botella de whisky y empecé a servirme un vaso. El vidrio no llegó ni a tocar mis labios, Enzo apareció de la nada y me lo arrancó de la mano.

Parpadeé, mirando mi mano vacía. Lo que faltaba. Volví la vista hacia Bastian, no lo había visto mover un dedo, pero sabía que había sido él.

¿Por qué de repente quería matar a todo el mundo?

—Lo último que necesitas ahora es beber —dijo Bastian con esa voz de jodida autoridad.

Inspiré hondo y me obligué a sonreír, poniéndome mi máscara de siempre.

—Oh, claro. Porque no hay nada mejor que enfrentar una boda de conveniencia completamente sobrio y lleno de entusiasmo —aplaudí una vez, exagerando el gesto—. De verdad, Bastian, tu capacidad para hacerme la noche más llevadera es impresionante.

Bruno resopló una risa mientras Enzo se bebía mi whisky sin miramientos.

«Stronzo di merda».

—Salid todos —ordenó Bastian.

— ¿Eso también me incluye? —pregunté arqueando una ceja.

Su mirada fue respuesta suficiente. Chasqué la lengua y me crucé de brazos. Esperó a que todos salieran. Solo cuando la puerta se cerró tras Salva, se acercó a mí. Sus manos fueron a parar a mis hombros, firme pero sin intención de retenerme. Lo miré con los ojos entrecerrados, porque lo conocía demasiado bien y sabía lo que venía.

—No quiero escuchar mierda motivacional, Bastian.

—No te la voy a dar. — Eso no se lo creía ni él.

—Entonces, ¿a qué viene esta mierda de gesto fraternal?

Bastian apretó la mandíbula y su mirada se endureció, pero su tono se mantuvo calmado.

—Sé que esto es una jodida mierda para ti y sé que lo último que quieres es estar aquí, poniéndote una corbata mientras te preparas para decir "sí, quiero" delante de gente que te importa una mierda.

—Gracias por la poesía —bufé cortándolo—. ¿También has preparado un discurso para el brindis? Porque estoy deseando oírlo.

—Matteo —su voz bajó medio tono, ese que usaba cuando parecía a punto de perder la paciencia. Siempre me ha gustado llevar a Bastian al límite, es entretenido—. No eres como padre.

La frase me golpeó como un disparo en plena cara. Mis dientes se apretaron automáticamente y la sangre bombeó en mi cabeza con fuerza.

—No eres él, Matteo. No importa cuánto te joda este matrimonio, no importa lo que te obliguen a hacer, ni lo que sientas ahora mismo. Tú. No. Eres. *Él*.

Aparté la mirada. Ahí estaba la jodida charla motivacional de hermano mayor. No sé qué mierda hacíamos hablando de sentimientos, no somos la clase de hombres que pueden permitirse tener alguno. Lo que queramos o no, no importa, hacemos lo que hay que hacer por la *Famiglia* y seguimos órdenes. Nada más.

—Lo dices como si no lo viera en el espejo cada vez que pierdo el control.

— ¿Sabes cuál es la diferencia entre él y tú? —Bastian apretó los dedos en mis hombros, obligándome a mirarlo—. Que a ti te importa y nunca le pondrías la mano encima.

Inspiré hondo, dejando escapar el aire lentamente después.

—Matteo, escúchame bien. Él nunca se ha cuestionado lo que hace. Tú sí. Y por mucho que quieras hacerte el cabrón sin corazón, sé que te importa más de lo que admites.

Me quedé callado. Jodidamente callado. Esa es la razón por la que no valgo nada para mi padre y nunca lo valdré.

Bastian bajó las manos con un suspiro.

—Solo... no hagas ninguna estupidez esta noche. Bebe después, no antes. Nada de peleas con los rusos. Y si vas a perder la cabeza, hazlo después de firmar y lejos de todos. ¿Entendido? —Sus ojos se dirigieron a mis manos—. Y ponte algo ahí. Aún tienes los nudillos hinchados.

Lo miré de reojo, con una media sonrisa cargada de ironía.

—Siempre tan práctico, hermano.

—Alguien tiene que serlo.

Solté un resoplido. Bastian me dio una palmada en el hombro y se apartó.

—Y vístete como un ser humano. No quiero que parezcas un jodido desastre —soltó, señalando con la barbilla los botones mal abrochados de mi camisa.

—Qué conmovedor. —Rodé los ojos y me tomé mi tiempo en desabrocharme la camisa otra vez—. No sabía que me querías tanto.

Bastian me lanzó una de esas miradas que decían «*Cállate*» sin necesidad de palabras, y se giró para salir.

Suspiré y volví a abotonar la jodida camisa. antes de enfundarme el chaleco. Agarré la americana de la silla y me la puse de camino a la puerta, ignorando por completo los malditos nudillos.

Bastian y César caminaron conmigo hasta la capilla. Cada paso se sentía más pesado que el anterior, igual que el de un preso marchando directo a la horca. Cuando llegué al altar, mis ojos fueron directos a la primera fila. A mi padre. Con ese porte imponente que tanto había odiado desde niño y esa sonrisa victoriosa pintada en su maldita cara. Le habría quedado de maravilla un agujero de bala justo en la frente. Es irónico, la tradición nos obligaba a casarnos frente a Dios, pero dudo mucho que alguno de los presentes crea en él, o ninguno de nosotros estaríamos aquí plantados en este momento. Dios nos habría quemado vivos nada más poner un pie en su territorio.

A su lado, María me dedicó una sonrisa suave, un intento de consuelo que apenas me llegó. Junto a ellos se encontraba Nikolai Ivanov, el hombre que ni en un millón de años pensé que se convertiría en mi jodido suegro.

Poco después, las puertas se abrieron y Yelena entró del brazo de su hermano, con un vestido que le escupía en la cara a todas las normas de decoro que las mujeres italianas de la Mafia idolatraban.

Los cuchicheos entre las mujeres de la *Famiglia* explotaron nada más verla aparecer. Algunas apretaron los labios tan fuerte que parecían a punto de explotar, mientras otras se giraban hacia sus maridos como si esperaran que se taparan los ojos. Pero ninguno lo hizo. Estaban demasiado ocupados devorándola con la mirada como si acabara de aparecer una puta diosa en medio de la iglesia.

No llevaba ningún velo que le cubriera el rostro. Y para colmo, cada paso que daba dejaba asomar la pierna desnuda por la raja del vestido, como si la jodida tela blanca se burlara de todos los presentes. Casi podía oír cómo las bocas se secaban y cómo los susurros se enredaban entre los bancos mientras clavaban las miradas en ella.

Me tensé sin darme cuenta, con los puños cerrados y la mandíbula apretada, mientras la seguía con la mirada. Quería arrancarle los ojos a cada uno de los hombres que se atrevía a mirar lo que iba a ser mío. Sin embargo, me quedé quiero, incapaz de apartar los ojos de la mujer que iba a convertirse en mi esposa.

Se detuvo frente a mí, sin temblores, sin lágrimas, sin una sola súplica. Me miró directo a los ojos, y esa mirada no era la de alguien vencido. No había miedo, solo juicio. De repente me di cuenta de que estaba decidiendo si yo valía algo o nada. Esperaba una mujer con los ojos hinchados de suplicar a su padre que no la obligara a casarse con un loco como yo. Pero Yelena no tenía nada de eso.

La estudié con calma mientras sus ojos seguían clavados en mí, midiendo cada detalle. Aún con tacones, le sacaba una cabeza. Y sus ojos… tenían una fuerza que no esperaba. Más que en aquella maldita foto de la que no me había despegado desde que Bastian me dio el informe sobre ella.

Y entonces, apartó la mirada con total indiferencia, dejándome claro que ya no merecía su atención, y fijó los ojos en el cura frente al altar.

Cuando el cura lo ordenó, tomé el anillo y me giré hacia ella. El oro de su cabello brilló bajo la luz de la iglesia cuando se giró en mi dirección, pero sus ojos, esos jodidos ojos avellana, eran lo único que podía ver. No tenían rastro de súplica ni de resignación. Me miraba con la misma atención que un francotirador a su objetivo, midiendo cada movimiento, intentando adivinar con qué clase de hombre estaba a punto de encadenarse para siempre.

Mi cuerpo se movió de manera automática, incapaz de apartar la mirada. Seguía ahí, tan jodidamente firme. Ni un parpadeo. No mostró ni un atisbo de duda. Le deslicé el anillo con una lentitud casi

cruel, esperando verla recular, o al menos pedirme que me detuviera.

Nada.

SSe sintió más como un desafío, como si al permitirme ponerle ese anillo, me estuviera dejando saber que no iba a hacerme la vida fácil.

Y yo no quería que lo hiciera.

Cuando el sacerdote nos dio la orden de sellar nuestra unión con un beso, no se apartó ni se tensó. Solo esperó. Así que lo hice. Atrapé su rostro entre mis manos y tomé lo que ya era mío. Mis labios tocaron los suyos en un beso suave que me dejó con ganas de más y una incomodidad demasiado grande en mi entrepierna.

CAPÍTULO 6

YELENA

Mis ojos se deslizaron por Matteo de nuevo.

Debo reconocerlo, el traje le sentaba condenadamente bien y no se parecía a ninguno de los hombres entre los que se encontraba. Había algo diferente y quizás eso era lo que me llamaba la atención. Se había quitado la americana al sentarnos a la mesa, y, poco después, arremangado la camisa hasta los codos, dejando a la vista unos antebrazos fuertes, recorridos por esas venas marcadas que parecían una invitación silenciosa al tacto. La tela se ceñía a sus hombros anchos y descendía por su torso, dibujando cada músculo hasta donde el chaleco me permitía ver. No había nada en él que no fuera impresionante. Y por si fuera poco, esa mirada asesina que dirigía a su padre cada vez que hacía un comentario sobre mí, me ponía un poco tontorrona.

Me obligué a apartar la vista. Lo último que quería era que alguien notara cuánto lo estaba mirando. Tal vez era solo que no estaba acostumbrada; los trajes no forman parte del mundo donde me he criado, nosotros somos más de ropa táctica y cuerpos entrenados para la guerra. El traje y la corbata mi padre se lo reserva únicamente para los negocios importantes. Como este.

Que Matteo me resultara interesante no significaba que no pensara librarme de él a la primera oportunidad que tuviera, esto era un matrimonio temporal. Mierda, ahora sueno como toda mi familia.

Fabiano Lombardi soltó otra de sus pequeñas lecciones matrimoniales para su hijo y tuve que tragarme las ganas de decirle que entendía perfectamente el italiano por el bien del equilibrio diplomático en la mesa. Mi padre no iba a tomarse bien lo que salía de la boca de ese cabrón. Pero no hice nada. Porque ahora era una

esposa obediente, sumisa, encantadora. De las que sonríen con gracia mientras sueñan con una botella de vodka entera, como la que tenían mi padre y Viktor delante y de la que no dejaban de dar buena cuenta de ella. Porque claro, Viktor me había servido un solo vaso, uno, para toda la maldita noche, y solo porque lo amenacé con montar una escena.

Había tenido razón con el insípido vino tinto. Era lo único con lo que podía conformarme mientras fingía que no escuchaba las carcajadas de nuestros hombres en las mesas del fondo donde sí fluía el vodka y los insultos en ruso que los italianos ni siquiera entendían. Una boda de ensueño, claro que sí.

Alargué la mano hacia mi vaso de vodka. Apenas me quedaba un trago. Estaba a punto de bebérmelo cuando escuché la voz de Fabiano Lombardi hablar en italiano.

—Yo también me la follaría si tuviera la ocasión. Con lo estrecha que debe estar, ha de apretar como el infierno.

El vaso se detuvo a medio camino. Tomé aire, conté hasta tres, y lo dejé sobre la mesa en lugar de estrellárselo a la cara como me pedía mi cuerpo.

Lo miré y el muy cabrón me sonrió.

«Menudo imbécil».

Matteo se tensó a mi lado. De reojo, vi sus dedos envolvere alrededor del mando del cuchillo con una lentitud que no prometía nada bueno. Esta vez reparé en sus nudillos enrojecidos, con la piel agrietada en algunas zonas como si hubiera golpeado algo o a alguien no hacía mucho.

Bastian le lanzó una mirada de advertencia a Matteo, contenida, rápida.

—*Sestrenka*, las caras —murmuró Viktor en ruso en un tono cortante, reprendiéndome mientras apenas lograba contener su propia risa.

Le mantuve la mirada a mi hermano, no necesitaba que me lo recordara cada cinco minutos. Además, Fabiano Lombardi estaba

agotando mi paciencia con sus asquerosos comentarios sobre mí y los míos, era imposible no poner cara de asco escuchándolo hablar.

—Como vuelva a abrir la boca diciendo algo desagradable sobre mí, la vamos a tener —respondí en ruso bajando el tono para que mi padre no me escuchara. Mejor no decirle que sus comentarios hablaban de follarme y de cómo debía hacerlo Matteo si me resistía. Entonces sí que habría una guerra civil en medio del jardín y a la mierda la alianza.

Uno de los hombres de Fabiano se acercó y se inclinó sobre él susurrándole algo al oído. Su boca se curvó en una sonrisa y acto seguido se giró hacia mi padre. No intercambiaron palabras, pero bastó con una mirada para que él se levantara y lo siguiera sin dudar.

Los observé marcharse. ¿De verdad tenían que hablar de negocios en ese momento? Dirigí a Viktor una mirada, esperando alguna explicación, pero él solo se encogió de hombros. Ni cinco segundos después, Aleksei apareció dando tumbos con una copa en la mano y olor a vodka desde cinco metros, lo agarró del brazo casi sin mediar palabra y se lo llevó con él, directo al grupo de los nuestros. Supuse que era hora de desintoxicarse de tanta formalidad con la única medicina rusa que conocíamos, alcohol, gritos, y algo que probablemente acabaría en pelea. Al menos ellos parecían estar pasándoselo en grande.

El sonido seco del cristal golpeando la mesa me hizo girar la cabeza por puro reflejo. La copa de Matteo reposaba vacía sobre el mantel. Alcé las cejas, hacía un segundo, el vino cubría más de la mitad y ahora no quedaba ni una gota.

Se puso de pie y deslizó la mirada por la mesa antes de fijarla en mí.

—Ahora que se han ido, acabemos con esta farsa —murmuró, tendiéndome la mano.

—Matteo —la voz de su hermano sonó como una advertencia, pero él lo ignoró y yo también.

Lo miré sin comprender a qué se refería. ¿Acabarla cómo? Aún quedaba noche por delante, no habíamos bailado, ni partido la tarta,

ni fingido lo suficiente para las fotos que circularían por media Nueva York a la mañana siguiente. ¿Y ya quería arrastrarme a la habitación?

La idea hizo que un escalofrío me recorriera la espalda, pero respiré hondo y me obligué a no dejar que mi expresión me delatara. Apreté los dientes y tomé su mano con desgana, sintiendo el calor de su piel contra la mía. Matteo dio un tirón tan brusco para levantarme que tuve que clavar los tacones en la hierba para no tropezar y caer sobre él, aun así tuve que valerme de mi mano libre cuando choqué con su pecho.

Me dedicó una sonrisa engreída, y sin darme tiempo a recuperar la compostura, comenzó a caminar. Al ver que nos dirigíamos hacia el centro del jardín, sentí un alivio momentáneo. Bien, solo era el baile, podía manejar eso. Pero mi alivio duró exactamente tres segundos, porque Matteo no se detuvo, y tampoco lo hicieron los italianos, que se pusieron de pie y comenzaron a seguirnos con expectación.

— ¿Espera, qué estás haciendo? —pregunté, sintiendo que, por primera vez en mi vida, la voz me temblaba.

Matteo apenas me dirigió una mirada cuando respondió.

—Es el momento de arrancarte la liga con los dientes.

Mi cerebro se detuvo.

«¿Cómo? ¿Qué? ¿Arrancarme la qué?».

Mis ojos recorrieron el jardín con urgencia, buscando a alguien que pudiera sacarme de ahí. Viktor seguía lejos, celebrando con los nuestros, mi padre… desaparecido junto a Fabiano. Todos entretenidos. Nadie prestando atención a lo que pasaba justo aquí.

Mi corazón latía con tanta fuerza que podía sentir la sangre golpeándome las sienes. No por la idea de que Matteo me quitara la liga con los dientes, eso era lo de menos, sino por lo que escondía en ella.

Nos rodearon más hombres, gritando entre risas y empujándose unos a otros para ver mejor. Mi pecho subía y bajaba con cada respiración. No podía estar ocurriendo esto, tenía que impedirlo pero cómo iba a hacerlo sin descubrirme. Matteo me obligó a girar hacia

él con un movimiento seguro y me sostuvo en el sitio cuando mi instinto me ordenó retroceder.

Había demasiada gente mirando, demasiados ojos puestos en nosotros.

«Concéntrate Yelena. Piensa rápido. Has salido de situaciones peores».

Calculé mentalmente la distancia al único hueco entre los invitados. Podía salir corriendo, teatral, como una novia en pánico, pero tres hombres nos rodearon arruinando esa idea. Le lanzaron algunos comentarios a Matteo en italiano que mi cerebro no era capaz de procesar en ese momento porque estaba demasiado ocupada ideando métodos de fuga aptos para una esposa dócil. Matteo soltó una risa seca y clavó una rodilla en el suelo sin darme tiempo a reaccionar.

Lo miré con el estómago encogido.

«Lo va a ver».

Sus manos se deslizaron por la tela de mi vestido con la lentitud de alguien que disfrutaba con la tortura. El roce, lento y exasperante, hizo que todo mi cuerpo se tensara acompañado de un hormigueo en mi vientre que no debería estar ahí, atrapado entre el instinto de pelear y la certeza de que cualquier movimiento en falso me delataría. ¿Cómo de mal está visto apartar de una patada al novio mientras te levanta el vestido frente a un montón de hombres? Nunca lo descubriré, porque mi mente se quedó en blanco en cuanto la tela se deslizó poco a poco hasta dejar al descubierto mi pierna contraria a la raja del vestido.

Las manos de Matteo se detuvieron y mi pecho se hinchó solo en una exhalación profunda. Contuve el aire observándolo. Su ceja se arqueó y luego levantó la vista en mi dirección atrapándome con esos ojos grises. Un brillo peligroso atravesó sus pupilas, enviando a mi cuerpo un nuevo escalofrío.

Ya lo había visto.

CAPÍTULO 7

MATTEO

Eso sí que no me lo esperaba. Bravo por mi esposa. Colar un arma en su propia boda era todo un logro. Ni siquiera nosotros, con nuestro historial de desconfianza enfermiza, nos habíamos atrevido a tanto. Todos dejamos las armas en la entrada, un gesto simbólico de paz para que la velada fluyera sin sangre. Por supuesto, era solo eso, un símbolo. Ninguno de los hombres presentes estaba realmente desarmado. Bajo las americanas, en los tobillos, dentro de los malditos chalecos, todos llevaban algo escondido. Pero mi esposa…. Si no la estuviera tocando en ese preciso instante, jamás lo habría imaginado.

Mis dedos rozaron el metal, cálido por el calor de su piel, encajada contra su muslo. Yelena contuvo el aire. Desde fuera, cualquiera diría que estaba nerviosa por lo que iba a pasar a continuación, por el roce de mi boca sobre su piel y la intimidad forzada que esperaban con ese absurdo espectáculo. Pobres ilusos. Ninguno tenía idea de lo que realmente estaba ocurriendo bajo ese vestido.

Una *Beretta Pico*. Compacta. Ligera. Ideal para esconderse en un lugar al que nadie debería llegar a menos que fuera su esposo.

Sonreí. Cómo no hacerlo si mi preciosa mujercita había venido preparada para la guerra. Si seguía la tradición y bajaba la cabeza para retirar la liga con los dientes como esperaban todos esos bastardos a nuestro alrededor, la delataría. Y yo no quería eso.

Verifiqué el seguro del arma con la yema del pulgar, manteniendo la vista fija en su rostro mientras mis dedos se deslizaban por su piel, lentos, marcando cada centímetro. Ella se tensó. Lo sentí en su respiración, en como la piel suave que acababa de acariciar

deliberadamente se le erizaba, en el pequeño temblor que apenas logró disimular.

«Por fin una reacción real».

Los murmullos a nuestro alrededor crecieron. Esperaban espectáculo. Querían que metiera la cabeza bajo el vestido y ver cómo la boca del novio reemplazaba sus manos.

«Que se jodan».

La liga salió junto con el arma, todo en un solo movimiento lento y medido, porque no iba a despreciar la oportunidad para recordarle quién tenía el control aquí. Levanté el trozo de encaje en el aire con una sonrisa depredadora que no tardé en borrar. Si alguno se atrevía a tocarme los cojones, acabaría con la boca llena de plomo. Hubo algunas quejas entre los hombres, pero ninguno protestó en voz alta.

Mientras mostraba la liga colgando de mi dedo, la mano que ocultaba la *Beretta* se movió a mi espalda con naturalidad, agitando la pistola apenas un instante para que César, Bruno o Enzo la tomara sin llamar la atención. Un intercambio limpio. Silencioso. Perfecto.

Cuando volví a mirar a Yelena, sus labios estaban apretados, su respiración agitada y la incertidumbre pintada en cada línea de su rostro. No tenía idea de qué había hecho con su arma, y mucho menos qué pensaba hacer con ella ahora que la había descubierto.

«Interesante. Muy, muy interesante».

—Fin del espectáculo —dije hacia la *Famiglia*. No le di tiempo a reaccionar, la levanté de las piernas con un movimiento rápido y fluido y la cargué sobre mi hombro.

Un grito ahogado escapó de sus labios, perdiéndose entre las carcajadas de nuestro público. Sus brazos se agitaron en el aire una fracción de segundo hasta que no le quedó otra que aferrarse a mí en un intento de mantener cierta dignidad en la escena. El resultado fue el contrario al que pretendía, ahora estaba pegada a mí y podía sentir cada curva de su cuerpo moldeándose contra mí sin remedio.

Ladeé la cabeza en su dirección. Su mirada me atravesó con esa mezcla deliciosa de desconcierto y desconfianza. Al igual que en la

ceremonia, no temblaba ni me suplicaba que la soltara, solo me miraba, con una pregunta muda en los labios: «¿No piensas delatarme?»

La sonrisa se ensanchó en mi rostro, dejando al descubierto mis dientes.

«Ahh, mi esposa. ¿Qué más me estás escondiendo?».

Di media vuelta con brusquedad, disfrutando de la forma en que su cuerpo perdió el equilibrio, inclinándose hacia adelante y chocando contra mi espalda, quedando perfectamente encajada sobre mi hombro. Sonreí por dentro poniendo mi mano en su trasero para sujetarla. Sus manos se cerraron con fuerza a mi camisa al notarlo. Si iba a jugar sucio, que se acostumbrara a recibir lo mismo.

Ignoré los vítores de los hombres que seguían la escena como si fuera un parte más del espectáculo y crucé el salón en dirección a las escaleras. Subí los peldaños de dos en dos, perseguidos por el eco de las risas. Yelena parecía haberse rendido a la humillación de ser cargada sobre mi hombro. Atravesé el pasillo y al llegar a la habitación nupcial, empujé la puerta con una patada y la cerré de un portazo tras entrar. No iba a tolerar que ningún idiota interrumpiera lo que venía.

La arrojé sobre la cama sin el menor cuidado. El colchón absorbió el golpe, arrancándole un grito ahogado antes de que rebotara y la falda de su vestido se le subiera hasta cubrirle el rostro por completo. Me quedé observándola mientras se revolvía bajo la tela, maldiciendo entre dientes en lo que supuse sería su idioma, ofreciéndome —sin querer— unas vistas jodidamente tentadoras. Cuando al fin logró liberarse del vestido y se incorporó, me clavó la mirada con los ojos muy abiertos. Pero no había miedo en su expresión como habría esperado, ni rastro del temblor que debería haber visto. Solo un desafío mudo, tan peligroso como tentador

«Oh, *principessa*. *Si supieras lo mucho que acabas de llamar mi atención».*

Aflojé la corbata con un solo dedo, sin apartar los ojos de ella, atento a cada gesto, deseando ver su próximo movimiento que no tardó en llegar. Se cruzó de brazos y alzó el mentón con un deje de

aburrimiento en un intento de demostrar que tenía la situación bajo su control a pesar de que ambos sabíamos que no era así.

—No me importa acostarme contigo —torció el gesto, desviando la atención de nuestro pequeño secreto, y me echó un vistazo lento de arriba a abajo—. De ser por mí, nunca te habría escogido para casarme, pero en una noche de fiesta no te digo que no lo hubiera hecho.

Ladee la cabeza. ¿Qué demonios había querido decir con eso?

— ¿No eres virgen

No fue la pregunta más brillante que he hecho, lo reconozco, pero tampoco era tan estúpida como sonó. Después de todo, había leído el informe y sabía lo que se esperaba de ella. En nuestro mundo, las esposas concertadas vienen con la pureza como tarjeta de presentación.

Yelena parpadeó dos veces. Luego se le curvó la boca con una sonrisa lenta y ese brillo en los ojos que había visto en la foto apareció.

— ¿Pero qué clase de pregunta es esa? —Echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar una carcajada que me atravesó de lleno. Algo en mi pecho se agitó. Su risa era liviana, descarada incluso. Tan viva que casi dolía—Hasta hace nada —continuó, con ese brillo travieso en los ojos—, a estas horas estaba en la cama con mi… —hizo una breve pausa, buscando la palabra adecuada— profesor. Así que creo que no, no soy virgen.

Y esa risa se convirtió en un puñal.

Un calor espeso me subió por la garganta, el tipo de calor que te quema por dentro. Su comentario había sido un golpe bajo e intencionado, pero no eran celos lo que sentía, sino algo más primitivo, algo de lo que había huido toda mi vida cada vez que me acostaba con una mujer sin rostro ni nombre. Pero saber que otro hombre había estado donde yo no, que había tocado lo que ahora me pertenecía, me envenenaba con una rabia absurda. Y Yelena lo notó.

Su sonrisa se ladeó con diversión y su cabeza se inclinó ligeramente hacia un lado.

—Interesante —murmuró, y su voz se deslizó sobre mi piel como lo había hecho su risa.

Mis ojos se estrecharon sobre ella, pero no tuve tiempo de procesarlo. Los disparos reventaron el silencio afuera y mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Me giré hacia la puerta sacando el arma que llevaba oculta bajo el chaleco, listo para disparar en cualquier momento.

Los disparos se intensificaron y los gritos atravesaron las paredes. No sonaba como un altercado entre familias, sino como un ataque, y no podía venir de otro sitio más que de los Vasilyev. En cierto modo, se lo habíamos puesto en bandeja, sus dos enemigos en un mismo lugar, una invitación abierta a la masacre. Pero sabíamos que esto podía pasar y estábamos listos para ello.

—Cámbiate y no salgas de aquí hasta que vuelva a por ti —le ordené. Le mantuve la mirada un segundo asegurándome de que obedeciera y salí por la puerta.

— ¡Devuélveme mi arma! —Su voz quedó atrapada al otro lado cuando cerré con un golpe seco. No había tiempo para sus protestas.

Los disparos aumentaron, mezclados con el rugido de nuestros hombres devolviendo fuego.

— ¡Matteo! —Bruno me llamó desde el final del pasillo. Lo vi apostado tras uno de los pilares junto a César mientras disparaban hacia la escalera.

Me agaché, cubriéndome tras otro de los pilares. Las balas no dejaban de silbar a nuestro alrededor.

— ¿Dónde está Bastian?—grité.

—Sigue en el jardín. Salva y Enzo están con él —respondió Bruno entre disparos. Una de sus balas impactó en el pecho de uno de los atacantes que asomaba por la barandilla, enviándolo escaleras abajo.

—El coche debería estar esperando ya fuera —dijo César mientras recargaba su arma, sin apartar la vista del piso inferior—. Os cubriremos hasta la salida. Yo iré con vosotros.

«Porca miseria. Justo cuando la cosa se estaba poniendo interesante».

Un chasquido a mi espalda activó todas mis alarmas. Giré la cabeza y vi aparecer la melena dorada de Yelena, asomándose por la puerta como si los disparos no fueran con ella.

Solté una maldición baja y salí disparado en su dirección. No había tiempo para los jueguecitos de la *principessa*. Esto era fuego real, y ella, para mi desgracia, ahora era mi jodida responsabilidad.

Empujé la puerta de un golpe, obligándola a dar un paso atrás. Estaba listo para soltarle un grito, pero las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta al verla. Los pantalones tácticos abrazaban sus caderas acentuándolas, y un jersey ajustado realzaba el contorno de su pecho, lo suficiente para que me preguntara si serían tan perfectos como parecían bajo la tela. La imagen de novia dócil que se había empeñado en mostrar se había evaporado; más que una princesa asustada, parecía un maldito problema con piernas del que no podía apartar la mirada.

Me quedé en el umbral, con la mano aún en el pomo, observándola como un idiota. Sin tacones era más baja de lo que me había parecido antes. Era extraño teniendo en cuenta que su padre mide dos metros y su hermano casi los alcanza, debía haber sacado la estatura de su madre. Casi me dieron ganas de ponerle la mano en la cabeza y llevarla a mi pecho para comprobar por dónde me llegaba.

— ¿Nos vamos? —La pregunta me sacó de mi trance a tiempo de esquivar un disparo que silbó junto a nosotros.

La tomé de la muñeca y la empujé dentro de la habitación, girándome de inmediato para devolver el fuego. El ruso se desplomó de espaldas contra la pared, dejando un rastro de sangre oscura que acabó en el suelo de mármol.

Al otro lado del pasillo, César nos hizo señas para que nos moviéramos. El tiroteo había disminuido en nuestra posición, sin embargo, aún podía escucharse la guerra que se estaba librando no muy lejos.

Tiré de Yelena, manteniéndola pegada a mi cuerpo mientras nos movíamos escaleras abajo, escoltados por César y Bruno. Había cuerpos esparcidos por todo el suelo, algunos ya muertos, otros gimiendo y retorciéndose sobre charcos de sangre.

La mano de Yelena se alargó sin aviso, tratando de recuperar la *Beretta Pico* que sobresalía del cinturón de César.

—Eso no es un juguete, *principessa* —le susurré al oído, deteniéndola de un tirón—. Deja esto a los profesionales.

Sus labios se comprimieron en una línea ofendida, y por una fracción de segundo, deseé poder detenerme y saborear esa expresión como se debe, pero un jodido ruso apareció por una de las entradas laterales del hall y tuve que dejar de lado a mi mujer para dispararle antes de que él lo hiciera. La bala impactó en su pierna y el hombre se derrumbó en el suelo con un grito. La cabeza del ruso estalló un segundo después en una lluvia de huesos y sesos. Viktor Ivanov apareció por detrás con el arma en alto y el humo aun saliendo del cañón de la pistola. Junto a él había otro hombre, el mismo que se lo llevó durante el banquete, cubriéndole las espaldas.

— ¡Salid de aquí de una maldita vez! —Hizo un gesto con la cabeza hacia la salida sin bajar su arma.

No nos lo tuvo que decir dos veces. Aferré con más fuerza la muñeca de *mi* mujer para que no se le ocurriera hacer otra tontería y la arrastré fuera de la mansión. El coche blindado nos esperaba en la puerta, custodiado por cuatro hombres con las armas listas. En cuanto nos vieron, uno de ellos abrió la puerta trasera y empujé a Yelena dentro sin darle oportunidad a protestar. Dirigí una mirada rápida al jardín donde se libraba la peor parte. Mi hermano estaba allí, y todo mi cuerpo me gritaba que debía correr a su lado.

«Cazzo».

Sacudí la cabeza y subí al coche. César ya estaba delante, listo para pisar el acelerador en cuanto cerrase la jodida puerta del coche. Más adelante, la verja de acero estaba abierta de par en par, destrozada por el impacto del coche blindado que la había embestido. Al salir, el camino estaba plagado de vehículos

atravesados de cualquier manera, algunos con las puertas abiertas y otros con las luces aún encendidas. No me relajé hasta que dejamos atrás la línea de coches y los faros iluminaron el camino despejado.

Solo entonces me dejé caer en el asiento, soltando un largo suspiro. Giré la cabeza y me encontré con esos ojos avellana observándome. Serenos. Malditamente calmada.

CAPÍTULO 8

YELENA

Matteo se marchó poco después de dejarme en el apartamento. Lo único que dijo fue un seco «pórtate bien» y «no me esperes despierta» y desapareció en el ascensor privado que conectaba directamente con su garaje. Ascensor que, por cierto, no funcionaba sin la dichosa tarjetita.

¿Pórtate bien? ¿Quién se creía que era? Como si tuviera que pedirle permiso para respirar.

Apreté el cepillo de dientes con más fuerza, restregándolo contra mis dientes hasta que las encías me escocieron. Mis ojos estaban fijos en la gota de sangre que resaltaba sobre el blanco impoluto del lavabo. No recordaba haberlo visto herido cuando salimos de la mansión, pero tampoco tenía idea de dónde demonios había estado después de dejarme aquí. Cuando volvió eran pasadas las cuatro de la madrugada. Se duchó y entró en la cama ignorando mi presencia por completo.

Bajé el cepillo, observando la mancha roja con detenimiento.

Era extraño, Matteo había tenido una pesadilla esa noche. En el cuartel aprendí a dormir con un ojo abierto y a despertarme ante cualquier alteración en el ambiente. Y anoche no fue distinto. Me despertó la tensión súbita en su cuerpo y su respiración agitada, como si luchara contra fantasmas que sólo él podía ver. Cuando lo escuché incorporarse, fingí que dormía. Salió de la habitación soltando una maldición tan baja que no logré entender, y no lo volví a ver desde entonces.

Abrí el grifo y observé cómo la gota roja se deslizaba lentamente por el desagüe sin dejar rastro. Lo cerré con un gesto lento, y me

dirigí al vestidor. Nos habíamos marchado con tanta prisa que ni siquiera alcancé a recoger la maleta que había preparado para mi misión con el italiano. Tendría que tomar prestada algo de ropa de mi nuevo marido.

Reconozco que el vestidor era bastante grande, casi tan amplio como el de mi casa. Mientras rebuscaba entre su ropa algo cómodo que ponerme, mis dedos tropezaron con algo inesperado. Bueno, no tan inesperado, sabía lo que buscaba. Los hombres son demasiado predecibles. Sonreí mordiéndome el labio y eche un vistazo hacia la puerta asegurándome de estar sola. Presioné el botón. La pared del fondo se abrió hacia arriba con un susurro mecánico y me encontré de cara con un expositor lleno de armas. Literalmente lleno.

Solté un silbido bajo. No esperaba encontrar un arsenal de película, siempre es bueno saber que tengo opciones a mi alcance cuando llegue el momento de acabar con él. Mi idea original era usar la *Beretta* pero no contaba con que fuera a quitarme la liga delante de tanta gente. Pensé que podría llevármela a la habitación a escondidas y que podría ocultarla antes de que quisiera ponerme las manos encima. Al perder la *Beretta,* ya me veía agarrando uno de los cuchillos de la cocina. Funciona, sí, pero no quería llenarme de sangre al rajarle el cuello, siempre es mejor una bala limpia en la cabeza.

Volví a presionar el botón y el panel descendió cubriendo de nuevo el arsenal. En realidad no sé de qué me sorprendía. No es el único hombre que conozco con algo así en su vestidor, supongo que es como la marca personal de los criminales con dinero. En mi casa también las tenemos, pero en lugares menos evidentes.

Volví a revolver entre los cajones, buscando algo cómodo. En uno de los inferiores encontré camisetas y agarré la primera que vi. Me la pasé por la cabeza, pero en cuanto la tela rozó mi piel… me detuve. El olor era… Cerré los ojos. Oscuro. Cálido. Masculino. Tenía un punto a madera, a noche larga, a… sexo. Incliné la cabeza y aspiré el aroma que todavía quedaba en ella.

«¿Matteo olerá igual?»

Sacudí la cabeza al darme cuenta de lo que estaba haciendo. ¿En serio estaba oliendo su camiseta como una adolescente en pleno brote hormonal? Genial. Lo siguiente sería escribir su apellido junto a mi nombre en la esquina de una libreta que ni siquiera tenía. Sacudí la camiseta para sacarle el aroma, estirándola después de los bordes, y cerré el armario de un portazo.

Salí de la habitación echando un vistazo hacia el pasillo. Más tarde investigaría ese lado del apartamento, ahora necesitaba meter comida en mi cuerpo. Encontré una cafetera italiana sobre la vitrocerámica de la cocina. Bien, al menos el café no faltaba. Abrí la tapa y eche un vistazo dentro.

—Suficiente —murmuré para mí misma, y dejé caer la tapa.

Tuve que impulsarme con la punta de los pies para alcanzar una del estante más alto, porque, claro, todo estaba diseñado para hombres de metro noventa, no para mujeres que apenas rozan el metro sesenta. Me serví el café con cuidado y luego abrí la nevera en busca de leche. Al menos no llevaba tres semanas caducada.

Con la taza en mano, rodeé la isla de la cocina, deslizando los dedos sobre la encimera de pizarra mientras mis ojos recorrían una vez más el espacio abierto que unía el salón y la cocina. Cuando me dejó encerrada la noche anterior, estaba tan cabreada que no me detuve a analizar el lugar que sería mi hogar—o base de operaciones —las próximas semanas. Con suerte, días.

No había ni rastro de la personalidad de Matteo en medio de aquella decoración sobria y elegante más propia de un set de revista que de un hogar. Me dejé caer en el sofá de cuero negro, subiendo las piernas y cruzándolas encima del asiento. Todos los muebles eran oscuros. Alfombra oscura, aparadores oscuros, chimenea moderna, pero oscura, suelo de madera oscuro… hasta las malditas lámparas minimalistas que colgaban del techo eran oscuras.

—Qué deprimente —murmuré para mí misma.

Di otro sorbo al café y giré la cabeza hacia los enormes ventanales que cubrían casi toda la pared exterior. Al menos la luz natural entraba a raudales, iluminando el apartamento. Tenía un balcón que se extendía a lo largo de la cristalera, pero ni una silla o mesa para

poder salir ahí a relajarte. Chasqueé la lengua. Por lo menos la vista no era mala.

Me incliné sobre la mesa de centro, dejando la taza directamente sobre el cristal y tomé mi móvil. Batería baja. Genial. Otra cosa que no tenía, mi maldito cargador. Marqué el número de Viktor y esperé.

—*Sestrenka* —su voz sonó ligera, animada—. No esperaba tu llamada tan pronto. Dime, por favor, que no te has cargado al italiano ya. Después del ataque de ayer, no es un buen momento.

—Todavía no, descuida. Pero no te prometo nada; este lugar es un aburrimiento, no sé cuánto tiempo aguantaré —suspiré—. ¿Se sabe algo de lo que ocurrió anoche?

—Los hombres de Yuri nos tendieron una emboscada. Nada que no esperásemos. Capturamos a unos cuantos, pero aún no hemos comenzado con ellos. Ya sabes, queremos ponerlos nerviosos.

Puse los ojos en blanco. Yuri es como un niño encaprichado con un juguete que no puede tener. Jamás lo aceptaré, ya no solo porque hace tiempo que no lo soporto, sino porque eso significa entregarle en bandeja de plata el negocio de mi padre.

— ¿Qué tal tu noche de bodas? ¿Llegasteis a acostaros? — preguntó Viktor cambiando de tema con descaro.

—Oh, claro. Nada como una lluvia de balas para encender la chispa —solté con sarcasmo.

La voz de mi padre se coló en la llamada, seguida de la protesta de Viktor al arrebatarle el teléfono de las manos.

— ¡*Malysh*!

Me froté la frente.

— ¿Tú también quieres saber si me acosté con el italiano?

— ¡Por el amor de Dios, Yelena!

Sonreí.

—Lo suponía —me incliné de nuevo sobre la mesa tomando la taza de café— ¿Se puede saber por qué desapareciste ayer?—inquirí dándole un sorbo.

—Tenía negocios que tratar con Fabiano —respondió con indiferencia—. Eras la novia más bonita que he visto jamás, ojalá

hubiera podido llevarte al altar —se lamentó desviando el tema de los negocios.

—No fue una boda real, ¿recuerdas? Es temporal —repetí con fastidio—. Y no me cambies de tema. ¿Cayó alguno de los nuestros?

—Un par de soldados, ya nos hemos puesto en contacto con sus familias. Y Roman se llevó un balazo en el brazo. Chillaba como un gorrino cuando lo trajimos para que Boris lo remendara.

Sonreí de lado y di otro trago a mi café.

—Siempre lo hace. No toma en serio las habilidades médicas de Boris. Pero quién lo hace. Yo también me resistiría.

—Que antes fuera carnicero no significa que no sea bueno cosiendo —lo defendió mi padre.

—Díselo a los hombres que ahora parecen muñecos de vudú. A Boris se le da mejor desmembrar a las personas que recomponerlas.

Mi padre soltó una carcajada, pero su voz se vio interrumpida por un chillido agudo al otro lado de la línea.

— ¡Mi niña! —Escuché la maldición de mi padre en segundo plano, seguido de la voz de Polina esta vez más cerca—. ¿Estás bien? ¿Saliste herida?

Hubo un ruido seco, probablemente mi padre intentando apartarla del teléfono, pero ella ganó.

—Estoy perfectamente —respondí suavizando la voz para ella—. Incluso he podido dormir hasta tarde.

Despegué el móvil de mi oreja echando un vistazo rápido a la pantalla. Eran casi las diez, impresionante.

— ¿Y tu marido? ¿Qué tal es?

Solté aire por la nariz. La pregunta más absurda del día.

—Sinceramente, no tengo ni la menor idea y ni me importa. —Me guardé para mí la información sobre la pesadilla de Matteo, no era relevante por el momento—. Con suerte volvió anoche y le alcanzó una bala… —la palabra murió en mis labios al escuchar una exhalación pesada a mi espalda.

Giré la cabeza lentamente. El aire se me atascó en la garganta al encontrarme con Matteo al otro lado del sofá. Sin camiseta. Con una

toalla colgando de su cuello y el sudor descendiendo por su piel en un recorrido lento que me obligaba a seguirlo con la mirada. La luz acariciaba los surcos de sus abdominales, lamiendo cada línea de su torso hasta perderse bajo la cintura baja del pantalón corto de chándal. Tragué saliva, sintiendo un calor espeso encenderse en mi vientre y deslizarse hacia abajo sin permiso. Mis ojos siguieron su camino, atrapados por el rastro de vello oscuro que desaparecía bajo la tela. Un segundo. Dos. Demasiado tiempo. Pero, joder… se estaba empalmando mientras lo observaba, y mis ojos traidores devoraban cada centímetro de él sin disimulo.

— ¿Disfrutando de las vistas? —preguntó con un tono arrogante.

Mis ojos volaron hacia los suyos, encontrándome con un brillo peligroso que bailaba en su mirada. Una sonrisa engreída se dibujó en sus labios, y supe que, en efecto, me había quedado demasiado tiempo mirándolo. Otra vez lanzando mi dignidad escaleras abajo y sin freno.

—Si sigues mirándome así, *principessa*, voy a pensar que quieres algo. —Se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre el respaldo del sofá junto a mi cabeza. El mismo olor amanerado que había descubierto en su camiseta me envolvió. Una mezcla entre colonia cara, piel caliente y algo más salvaje y dulce que no sabía identificar. Mierda, olía tan bien.

— ¿Mi niña, sigues ahí? —La voz de Polina me sacó de golpe de ese atontamiento hormonal.

Mi mirada volvió al frente con rapidez y mis ojos se abrieron de par en par al darme cuenta de que toda la conversación con mi padre y Viktor había sido en inglés. Mierda. ¿Cuánto había escuchado? ¿Y cómo no lo había escuchado llegar?

Lo miré de reojo un instante, solo para confirmar que Matteo seguía plantado, en el mismo sitio, observándome con esos ojos grises, intensos e imposibles de leer.

—Llamaré más tarde —dije en ruso. Deslicé el dedo por la pantalla finalizando la llamada.

Tomé aire y giré mi rostro hacia él de nuevo. Los ojos de Matteo se entrecerraron lentamente. Mierda, debía haberme escuchado. No

tenía ninguna duda.

—Creía que no estabas —solté, manteniendo la voz lo más neutral posible.

—Como ves, aquí estoy —no movió ni un músculo.

Había algo en su mirada, en ese tono de voz grave y rasgada que me hacía sentir… atrapada. Como si me hubiera acercado demasiado a una bestia dormida y ésta acabara de abrir los ojos.

—Empezaba a pensar que me estabas evitando, *principessa* —añadió, enderezándose con calma.

Un escalofrío me recorrió los brazos.

—Estaba cansada, ayer fueron… muchas emociones juntas —respondí, y al instante me mordí la lengua por haber dicho algo tan ridículamente parecido a lo que diría una esposa de verdad. Después de todo, no le debía explicaciones. Fue él quien me dejó ahí tirada y quién había desaparecido a mitad de noche.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa, pero su mirada no perdió esa sombra oscura que parecía advertirme que no intentara engañarlo. Serios, afilados… los ojos de un cazador.

—Aún tenemos una conversación pendiente, *principessa* —su voz descendió una octava, transformándose en algo suave, casi juguetón. Y maldita sea… sentí cada sílaba como si me la hubiera susurrado directamente sobre la piel, formando un hormigueo cálido que descendió lentamente hasta concentrarse en un punto bajo de mi vientre.

Carraspeé y me obligué a enfocar la mente en otra cosa.

—Me crie en la Bratva, no en la Mafia. No es raro que llevemos armas, y menos estando en guerra.

Matteo alzó el mentón, observándome desde arriba con los ojos entornados. Mierda. No podía apartar la mirada de él.

—No me refería a eso —respondió.

Lo miré confundida. ¿A qué otra cosa podía referirse sino?

Matteo rodeó el sofá, acortando la distancia hasta detenerse frente a mí. Alcé la cabeza para enfrentarlo, de repente me sentí pequeña, porque lo tenía demasiado cerca y medio desnudo, y a mí

cerebro le gustaba demasiado lo que veían mis ojos. Supongo que después de tres años de decepciones con Graves, al tener a un hombre como él tan cerca era normal que mi sistema nervioso entrara en cortocircuito.

Extendió una pequeña caja frente a mí. Su gesto fue tan simple que me tomó unos segundos comprender qué era.

«Anticonceptivas».

Fruncí el ceño y, al alzar la vista, mis ojos se detuvieron un instante en su mano. Los nudillos estaban aún más enrojecidos que la noche anterior, ligeramente hinchados y con rastros de sangre seca, como si hubiera estado golpeando algo repetidamente. Supongo que algún desgraciado de los que debieron capturar se llevó una buena paliza.

— ¿Va en serio? —escupí entre dientes, dejando a un lado lo que había visto.

Matteo inclinó la cabeza a un lado. La curva insolente de su sonrisa se expandió con una tranquilidad que me crispó hasta los dedos de los pies.

—Siempre voy en serio, *principessa.* Estamos casados, no quiero tener que usar preservativos y no quiero hijos.

Solté una risa seca, no podía creer lo que escuchaban mis oídos. ¿Hablaba en serio?

—Descuida —solté, dejando que las palabras se clavaran en su ego—. No pensaba acostarme contigo —me crucé de brazos y respiré hondo—. Te lo dije, te habría escogido una noche de fiesta, eso es todo. Ayer fue la fiesta. Hoy solo eres mi marido sobre un papel. Adelante. Búscate a otra. Tienes mi permiso, que yo haré lo mismo.

Sus labios se apretaron en una línea tan dura que borró cualquier rastro de sonrisa, las fosas nasales se ensancharon y la mandíbula le vibró con un tic involuntario. Una señal de que había golpeado algo dentro de él.

«Bien. Que duela».

—Te las tomarás.

—No, no lo haré —repliqué, poniéndome en pie de golpe.

Crucé los brazos sobre el pecho, y aun así tuve que alzar la barbilla para alcanzarlo con la mirada. No pensé que echaría de menos los tacones. Y él lo notó. Vaya si lo notó. Una sonrisa ladeada apareció en sus labios y un brillo oscuro cruzó sus ojos. Dio un paso más, invadiendo mi espacio, y bajó la cabeza con calma, inclinándola sobre mí en ese gesto silencioso que dejaba claro quién mandaba, hasta que su respiración chocó contra mi piel y me envolvió. Mierda. Sí. Definitivamente, la camiseta que le había robado olía a él.

—Te las tomarás, o si no…

— ¿Si no que? —lo interrumpí—. ¿Me las meterás a la fuerza por la garganta?

Un destello salvaje iluminó sus ojos y una sonrisa afilada sustituyó a la anterior.

—Quizás sea otra cosa lo que te meta por la garganta.

Mi boca cayó en picado y, al mismo tiempo, una ola de calor me recorrió de la cabeza a los pies nublándome la visión. El brillo en sus ojos se intensificó, alimentándose de mi reacción. No lo pensé. Mi mano se movió por cuenta propia. Un golpe seco resonó en la habitación cuando la palma de mi mano chocó contra su mejilla, girándole el rostro. Tuvo suerte de que no se me ocurriera cerrarla antes, estuve a nada de hacerlo.

Matteo se llevó la mano a la mandíbula, con el rostro desencajado por la sorpresa. Esta vez pude ver mejor sus nudillos. Los tenía destrozados.

Sus ojos se clavaron en mí, primero con rabia, luego con incredulidad. Y después… con algo mucho peor: diversión.

—No sé si recriminarte la bofetada o aplaudir tu fuerza —dijo, con esa media sonrisa insoportable.

—Idiota —resoplé, dándole un empujón que no lo movió ni un milímetro, pero necesitaba ese gesto.

Matteo me siguió con la mirada mientras me alejaba en dirección a la habitación. No me hacía falta mirarlo para saber que esa maldita sonrisa seguía clavada en su cara.

CAPÍTULO 9

MATTEO

—Se te está hinchando.

Le lancé a César una mirada que podría haberlo matado. No se molestó en ocultar la sonrisa, pero al menos tuvo la decencia de no reírse en mi cara como Enzo o Bruno; esos dos cabrones nunca saben cuándo parar, bueno, ni ellos ni yo. Aun así odio que la razón de su buen humor sea a costa mía.

—Vete a la mierda —gruñí plantándole el dedo.

Hice una mueca al notar el latigazo punzante en mi mandíbula. He de reconocer que mi *principessa* tiene buena muñeca. Algo sin duda a tener en cuenta, aunque no dejaría que esto volviera a suceder… o tal vez sí, en otro contexto muy distinto. Que una mujer tuviera el valor de levantarme la mano era algo nuevo para mí. Y, por alguna razón, desde que había salido de casa después de nuestro pequeño enfrentamiento, estaba deseando volver y descubrir qué otros secretos que no sabíamos guardaba.

La puerta de la oficina se abrió tras un pitido de confirmación y Bastian entró acompañado de Salva. Se dejó caer en su butaca con ese aire imperturbable de cabrón cargado de mil preocupaciones que siempre lleva consigo. Apenas se acomodó, su mirada se clavó en mí, o más bien en la bolsa de hielo que apretaba contra mi mandíbula. Sus cejas bajaron al instante. Siempre me ha gustado romper la fachada impenetrable de mi hermano, hacer que se le escape alguna emoción, aunque sea solo un tic o un gesto mínimo como ese, pero esta vez no me reí.

— ¿Qué te ha pasado? —preguntó con el tono seco de siempre.

Apreté los labios. Otra vez a contar la jodida historia. Nada más abrir la boca, la carcajada de Bruno retumbó desde el billar interrumpiéndome.

—Su mujer le ha pegado. —Un golpe seco resonó en la sala cuando una bola chocó contra otra en el billar, seguido del suave rodar por la madera.

Me giré despacio en el sofá, con los dientes rechinando, lanzándole una mirada asesina a Bruno. Su buen humor empezaba a agriar el mío.

— ¿Quieres seguir teniendo dientes? Porque yo de ti cerraría la puta boca.

Bruno levantó las manos en señal de paz, pero su sonrisa no se borró en absoluto mientras volvía a inclinarse sobre el billar después de acertar.

«Stronzo».

—Dejad las tonterías, tenemos cosas más importantes de las que hablar —intervino Bastian con su tono cortante de siempre.

Otra bola siendo golpeada sonó, seguida por el resoplido de Bruno.

—Los rusos están interrogando a los hombres que capturamos, pero no podemos fiarnos de ellos. —Bastian apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos mirando en mi dirección—. Matteo, irás con César a casa de Nikolai. Ya está todo hablado.

— ¿Podremos participar o solo vamos en calidad de espectadores? —Tiré la bolsa de hielo sobre la mesa y me enderecé en el sofá, sentándome como un ser humano normal—. Porque si es lo segundo, prefiero quedarme aquí y que mi esposa me siga golpeando.

Enzo y Bruno soltaron una carcajada ahogada desde el billar y una sonrisa divertida se dibujó en los labios de César, incluso Salva pareció reprimir una, pero a Bastian no le hizo tanta gracia mi broma. Se limitó a lanzarme una de esas miradas que podrían congelarte el alma. A veces me cuesta creer que compartamos la misma sangre.

—Quiero saber todo lo que suelten sobre los Vasilyev —dijo Bastian.

—Nadie dio la voz de alarma cuando el coche se estampó contra la verja —continuó Salva, apoyando las manos sobre el escritorio junto a mi hermano—. Lo que significa que los hombres que vigilaban ya estaban muertos.

—Algo falló en la seguridad y no podemos dejarlo pasar —la mirada de Bastian se posó sobre mí—. Nikolai solo deja que seas tú quien entre en su casa, pero he conseguido convencerlo para que al menos César te acompañe.

—No suena muy fiable —apunté.

—No, pero no nos queda otra —suspiró Bastian—. El hombre o los hombres que los dejaron entrar podrían ser tanto nuestros como de ellos, y no podemos arriesgarnos a tener traidores en nuestras filas. Los hombres que capturamos eran todos rusos, por eso Nikolai se los llevó. Hay que averiguar lo que dicen, y a ti se te da muy bien sacar información.

—Espero que no estés sugiriendo que torture a mi suegro, porque podría hacerlo.

—Y por esa razón, va César también.

—Me lo tomaré como una broma y no como lo que realmente es —chasqueé la lengua, volviendo a pasarme la mano por la mandíbula. La hinchazón ya había desaparecido, pero aún podía notar el ardor de la bofetada.

«Sorprendente».

— ¿Y si fue alguien de los nuestros? —inquirió César a mi lado.

—Pues espero que nos dejen ser creativos con el castigo —respondí adelantándome a mi hermano.

Bastian me miró con la sombra de una sonrisa.

—Si lo es, y descubres quién fue, Matteo, quizás padre te deje hacer con él lo que quieras.

Mi sonrisa se ensanchó, dejando al descubierto mis dientes.

—Después de todo, la boda que atacaron fue la tuya —añadió borrándome la sonrisa de un plumazo.

—Sabes, hermano, le acabas de quitar toda la gracia. —Vi un brillo de diversión cruzando sus ojos. Al menos mi mala suerte lo divertía.

Bastian nos hizo un gesto con la mano, dándonos la señal para que nos largáramos. Me levanté del sofá y salí junto a César, atravesando el pasillo de hormigón hasta las escaleras que subían a Modesta.

—Por lo menos nos han mandado a un sitio donde seguro que nos ofrecen algo de beber —dije empujando la puerta del almacén.

Aún era pronto para que Modesta estuviera funcionando. Algunos de nuestros hombres descansaban en los sofás de cuero en forma de media luna de la planta baja, con una mano en una copa y la otra en las cartas. Riendo, bebiendo, dejándose llevar por la calma antes de la hora de apertura. He visto a soldados pelearse por la posición que ellos ocupaban, después de todo, trabajar para nosotros en Modesta es trabajo fácil, con barra libre y sin el riesgo de ser alcanzado por un tiro.

— ¿Eso es lo único que te importa? —preguntó César. Le lanzó una mirada a la mesa donde jugaban al póker, dirigiéndose a la salida de atrás.

— ¿Y por qué no debería? —Le devolví una sonrisa ladeada—. Ya que nos mandan de recaderos, mínimo un buen vodka ruso, aunque sepa a gasolina reciclada.

César negó con la cabeza y una sonrisa asomando.

Salimos de Modesta y subimos a su coche, a la vuelta ya recogería mi moto. Me acomodé en el asiento mientras pasaba los dedos por la mandíbula pensativo, justo donde Yelena me había dejado su sello personal. Quizás podría averiguar algo más de ella con esta visita.

***

El viaje fue lo bastante largo como para que me diera tiempo a revisar el móvil un par de veces y aburrirme otras tres.

César detuvo el coche al llegar a la verja de acero de la entrada. Había dos tipos con más de esa ropa táctica que le gustaba llevar a los hombres de Ivanov, apostados a cada lado. Uno de ellos se llevó

la mano a la oreja y murmuró algo en ruso. La puerta comenzó a abrirse al instante. Muy eficaces los rusos, admito que me sorprendieron. Esperaba al típico capullo marcando territorio y haciendo el numerito en el que no nos dejaban entrar. Pero no, parecían buenos perros obedientes.

Avanzamos con el coche por el camino de tierra que partía el jardín en dos. Silbé por lo bajo mientras echaba un vistazo al terreno.

—Joder, aquí dentro podría vivir toda la Bratva si quisiera —murmuré sin apartar la mirada de la entrada. La mansión de Nikolai Ivanov era una jodida fortaleza rodeada de columnas ostentosas y un jardín tan grande que hacía que la mansión de mi padre pareciera un garaje—. Podrían esconder un puto ejército aquí y nadie se enteraría.

César soltó un resoplido.

— ¿Y quién dice que no lo hacen? Será mejor que te fijes en los detalles. Ya sabes que tu padre querrá el informe completo.

Bufé por lo bajo. Solo por eso, la idea de venir había perdido todo el encanto.

César detuvo el coche frente a la entrada principal. No habíamos puesto ni un pie fuera del coche cuando la puerta se abrió y apareció Viktor en el umbral de la mansión. Entrecerré los ojos al verlo hablar con alguien que, desde mi ángulo, no alcanzaba a distinguir.

—Bueno —suspiré, saliendo del coche y ajustándome la americana —, espero que esto no sea una jodida pérdida de tiempo.

César me siguió y echamos a andar hacia Viktor, ignorando que estábamos rodeados de rusos armados hasta los dientes. En otras circunstancias, plantarnos aquí sin escolta habría sido un jodido suicidio pero el hecho de ser "familia" me otorgaba cierto privilegio para sobrevivir.

—Ivanov —saludé con una sonrisa ladina—. Espero que no hayáis dejado al prisionero sin voz.

Viktor nos lanzó una mirada tan cálida como una tormenta en Siberia. Otro al que no le hacían gracia las bromas. Qué decepción. En la boda parecían más entretenidos, aunque, pensándolo bien, probablemente fuera mérito del vodka.

—Seguidme.

Joder, este tipo era la alegría de la fiesta. Adiós a mi esperanza de un trago antes del interrogatorio.

Metí las manos en los bolsillos y lo seguimos por la mansión. Mi mirada se deslizó por cada rincón de esa exhibición de poder. Mármol pulido, lámparas de araña como si estuviéramos en un maldito palacio, cuadros gigantescos con marcos dorados. No debería sorprenderme, después de todo, he pasado mi vida rodeado de lujos, y mi padre siempre ha tenido un gusto algo anticuado en la decoración, pero sin duda los rusos tenían un talento especial para llevar la ostentación a otro nivel. No era de extrañar que mi *principessa* fuera como era si se había criado rodeada de este nivel de opulencia. Podía imaginármela paseándose por estos pasillos, con la nariz bien alta y ese aire de superioridad que parecía llevar pegado a la piel y que tan bien había ocultado haciéndose pasar por una mujer obediente y sumisa.

La sola idea me provocó una risa.

¿Obediente? Mis cojones. Y si consideramos sumisa a alguien que encaja una bofetada como una maldita luchadora de la UFC, entonces sí, claro, era la mujer más sumisa que había conocido.

Desvié la mirada hacia el reloj de mi muñeca. Había dejado a Yelena encerrada en mi piso, y no pude evitar preguntarme qué estaría haciendo en ese momento. Tendría que haber instalado las jodidas cámaras que recomendó Enzo, pero no me gusta la idea de ser vigilado como un animal en un puto zoológico.

Viktor se detuvo ante uno de los cuadros del pasillo. Por un segundo pensé que se pondría a hablar de arte o soltar alguna mierda sobre la pintura rusa y el valor histórico de las molduras. Pero no. En lugar de eso, tiró del cuadro hacia sí y reveló una puerta oculta. No era muy diferente a lo que nosotros habíamos hecho en

Modesta, solo que en lugar de mover una estantería, aquí bastaba con apartar el retrato de un tipo con más barba que cara.

Comenzamos a descender guiados por Viktor. Las luces del techo apenas servían para distinguir los escalones de madera oscura que crujían bajo nuestro peso. Se les debió ir el presupuesto en la maldita estatua que habíamos visto al final del pasillo, porque aquí abajo parecía que estábamos en otra década. Al llegar al final, Viktor se detuvo frente a una puerta de acero. Colocó su mano sobre un panel y el lector de huellas emitió un pitido bajo seguido por el chasquido de la puerta al abrirse.

César me dirigió una mirada con la ceja alzada y yo le devolví el gesto con una mueca. Tecnología de primera para asegurarse de que la carnicería no fuera interrumpida. Si Enzo viera esto, se volvería loco. Nosotros tenemos que introducir el maldito código de seguridad cada vez que entramos a la oficina del sótano.

Nada más abrirla llegaron los gemidos de dolor. Por fin algo de música para mis oídos. Sonreí, dando un paso en el interior. No sé qué esperaba encontrarme en el sótano de un ruso, pero la palabra «prisión» no es lo primero que se me viene a la cabeza. Y, sin embargo, eso era exactamente lo que era. Una jodida prisión. Había celdas a ambos lados, unas diez en total. Tres de ellas ocupadas por los desgraciados que habíamos capturado durante el ataque en la boda. Mis ojos se detuvieron en el único que mantenía la cabeza en alto. Nos observaba sin disimulo, con una mezcla de odio y esa resignación familiar de cuando ya saben que están acabados, pero se niegan a doblar la rodilla. Me encantan esos, son los que más resisten a la tortura.

Nikolai Ivanov estaba sentado frente al hombre que colgaba del techo como un trozo de carne olvidado en una carnicería. Sostenía un vaso de vodka en la mano, indiferente al espectáculo sangriento que se desplegaba ante sus ojos. El tipo que tenía al lado, un ruso descomunal con tatuajes hasta el cuello, sostenía una navaja dentada, y la hoja descansaba con impaciencia contra la piel ya desgarrada del prisionero.

Nikolai preguntó algo en ruso con su voz grave y pausada. La pregunta quedó suspendida en el aire un instante. El prisionero murmuró algo ininteligible y escupió al suelo. El cuchillo se hundió de nuevo, esta vez con más saña. La hoja rasgó carne, dejando tras de sí una línea de sangre que brotó sin resistencia. El grito que salió de la garganta del tipo fue áspero, animal, y rebotó por las paredes del sótano.

El gigante dio un paso atrás y limpió el cuchillo contra su propia camiseta. Nikolai volvió a hablar. Cada vez que la respuesta no era la que buscaban, el cuchillo volvía a pasearse por su piel.

Viktor se inclinó hacia su padre y le dijo algo en ruso. No entendimos una mierda, más le valía comenzar a hablar el jodido idioma que todos en esa sala entendíamos. Nikolai se giró con calma, mirándonos por encima del hombro, y alzó el vaso que sostenía en nuestra dirección.

— ¿Vodka?

Noté la mirada de César clavada en mí, pero la sonrisa ya se me había escapado antes incluso de volverme hacia él.

—Sabía que nos ofrecerían vodka —murmuré lo suficientemente bajo para que solo él lo escuchara. Era tan predecible que hasta resultaba gracioso. Apostaría lo que fuera a que hasta el cabrón colgado del techo tenía algo de alcohol en el organismo.

Nikolai agitó ligeramente el vaso en su mano, esperando nuestra respuesta.

— ¿Por qué no? —Me encogí de hombros.

Viktor ya estaba sirviendo tres vasos cuando me acerqué. Sobre la mesa, junto a las botellas, vi todo lo que el grandullón había usado, una pinza oxidada, unos alicates, algo que parecía una maza de madera con tornillos clavados… muy artesanal, estaba deseando ver su funcionamiento.

El olor fuerte del alcohol me golpeó en cuanto Viktor me alcanzó mi vaso. Lo agarré con un asentimiento, y César tomó el suyo con menos entusiasmo, pero lo sostuvo sin rechistar.

—*Na zdorovje*, amigos —dijo Nikolai, levantando su vaso.

—Lo que sea que acabe de decir —respondí con una sonrisa, levantando el vaso.

Nikolai y su hijo se bebieron de un trago el vodka, así que no me lo pensé y los seguí. No está mal, pero siempre he preferido el whisky.

— ¿Qué tal está mi hija? —preguntó Nikolai pasándole su vaso a Viktor. En seguida volvió a acercarse a la mesa y se lo rellenó volviendo a entregárselo, por las botellas vacías sobre la mesa, me preguntaba cómo era posible que siguiera en pie—. Espero que la estés tratando bien.

—Lo cierto es que tengo algunas preguntas que hacerle sobre ella.

CAPÍTULO 10

YELENA

Me aburría. Me aburría demasiado. Perdí la cuenta de las veces que me tumbé en el sofá, cambié de canal sin encontrar nada decente y caminé en círculos por el apartamento como un animal enjaulado. No recordaba la última vez que me había sentido tan aislada y sin nada que hacer.

Intenté salir, por supuesto. Pero la puerta del ascensor solo funcionaba con la tarjeta de Matteo, y a mí no me había dado ninguna copia. Y por si fuera poco, mi móvil había muerto definitivamente y no tenía ni idea de dónde demonios estaba el cargador que utilizaba Matteo para el suyo.

Suspiré, dejando caer la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos mientras el agua se deslizaba por mi rostro. Era como estar encerrada en una jaula de oro… pero con una decoración lúgubre y aburrida. Ni siquiera sabía qué más ver en la televisión. Y para empeorar mi humor, Matteo no había vuelto en dos noches. Lo cual, en teoría, era algo bueno, pero me cabreaba que se hubiera largado dejándome allí como a un florero olvidado después de nuestro encontronazo la otra mañana.

Apagué el grifo y tomé la toalla que había dejado preparada antes. Mis cosas aún no habían llegado y empezaba a pensar que no lo harían. Si al menos mi maldito marido hubiera vuelto, podría habérselo recordado, pero no. Seguía desaparecido.

Salí de la habitación, con la toalla envuelta alrededor de mi cuerpo, ajustándome el reloj de Harvey. Nada más pisar el espacio abierto del apartamento, me detuve en seco al ver a una mujer mayor que terminaba de limpiar la encimera de la cocina. Llevaba el delantal atado a la cintura y el cabello canoso recogido en un moño.

— ¿Quién es usted? —pregunté confundida. No la había escuchado llegar, y cuando me levanté por la mañana estaba sola.

La mujer se detuvo y me dedicó una sonrisa dulce.

—Discúlpeme señora, pensé que Matteo la habría avisado de que volvía hoy. Soy Valentina, la asistenta.

Durante un segundo, me quedé en blanco. Después, casi solté una carcajada. Claro que no me había avisado. Probablemente ni recordaba que me había dejado ahí. Forcé una sonrisa y asentí, como si todo tuviera sentido. En realidad, lo tenía. Matteo no parecía el tipo de hombre que supiera dónde se guarda el detergente o cómo se enciende el horno sin ayuda. No, definitivamente, no me lo imaginaba cocinando o manteniendo la casa limpia y en orden por su propia mano.

—Por favor, no me llames señora. Odio las formalidades.

Valentina asintió con esa sonrisa dulce que tanto me recordaba a Polina.

— ¿Te preparo algo de comer, tesoro? —preguntó, lanzándome una mirada fugaz mientras abría la nevera.

Negué con la cabeza. No tenía hambre, me había levantado tarde y hacía solo dos horas que había desayunado. Lo que quería era largarme de ahí.

—En realidad, me vendría mejor que me ayudaras con otra cosa. —Crucé los brazos sobre mi pecho, dedicándole la sonrisa más dulce que sabía poner. Si ella estaba ahí, solo podía significar que tenía otra tarjeta—. Me gustaría salir.

Valentina cerró la nevera con un movimiento pausado y se giró despacio para mirarme con una expresión de lástima.

—No puedo hacer eso sin el permiso de Matteo.

Puse los ojos en blanco. Me acerqué a la isla de la cocina y apoyé las manos en la encimera inclinándome en su dirección.

—Matteo no está —susurré, no es que fuera a escucharnos alguien, pero quería que confiara en mí—. Y no creo que le importe que salga a dar un paseo. Es lo único que quiero, necesito algo de aire.

—Lo siento, tesoro —casi parecía que de verdad le pesara decirme que no—, pero esas son las reglas hasta nuevo aviso.

Inspiré hondo por la nariz. No era su culpa. Lo sabía. Pero aun así me ponía de mal humor.

— ¿Por qué no puedo salir? —crucé los brazos sobre la encimera, inclinándome hacia delante—. Perdona que te lo pregunte a ti, pero Matteo parece haberse evaporado de repente.

—Le preocupa que Vasilyev intente algo de nuevo. No es seguro.

Arqueé una ceja. Me sorprendía que Matteo hubiera puesto al día a su asistenta de los problemas que pasaba la organización. Aunque visto desde otra perspectiva, Polina siempre sabía todo lo que ocurría. Quizás su relación no era tan diferente a la nuestra después de todo. Pero que su asistenta tuviera más información sobre la maldita guerra entre los Vasilyev y nosotros de la que tenía yo, ya era pasarse.

Chasqueé la lengua con fastidio y me alejé hacia el sofá sin molestarme en responder. Visto lo visto, no serviría de mucho igualmente.

—Deberías vestirte o cogerás frío.

Me detuve, girando la cabeza para mirarla. ¿No me permitía salir pero ahora se preocupaba por mí?

— ¿Matteo vendrá pronto? —pregunté.

—Mhh. Me parece que no.

—Entonces estoy bien así. —Me desplomé en el sofá y encendí la televisión sin demasiado entusiasmo. Tampoco es que pretendiera quedarme en toalla todo el día, pero por lo menos esperaría un rato por no darle la razón.

Reanudé la serie que había empezado el día anterior, más por necesidad de llenar el silencio que por verdadero interés Mi atención iba y venía entre los diálogos de pantalla y el aroma que empezaba a colarse desde la cocina. No sé qué diablos estaba cocinando Valentina pero olía de maravilla. Empujé mi lengua contra el interior de mi mejilla, echándole un vistazo de reojo.

«Hora de cambiar de estrategia, Yelena».

Me giré, cruzando los brazos sobre el reposabrazos y apoyando la barbilla mirándola.

—Valentina.

— ¿Si, tesoro? —Me miró por encima del hombro sin dejar de remover lo que tenía en la sartén.

— ¿Qué estas cocinando? Huele muy bien.

Valentina sonrió y volvió a girarse hacia la sartén.

—*Arrabiata*. Lo dejaré preparado para que tengas algo de comer cuando me haya marchado.

Alcé una ceja. ¿Sabía que me gustaba el picante o era casualidad?

— ¿Le gusta a Matteo? —pregunté. No es que me importara realmente, pero por algún lado tendía que empezar si quería averiguar más sobre mi marido.

—Oh no, siempre ha preferido sabores más suaves, pero dijo que te gustaría.

Pestañeé. En el informe previo a la boda que enviamos sobre mí no había nada sobre mis gustos. De hecho, nos aseguramos de que mi perfil fuera el más insulso del universo, igual que sus mujeres.

— ¿Entonces has hablado con él? —inquirí.

—Llamó esta mañana.

Apreté los dientes. No debía estar ocupado si había tenido tiempo de decirle a Valentina que me preparase esa pasta *arrabiata*. Quizás me evitaba tras nuestro encontronazo el otro día. Sonreí ante la idea. ¿Me tenía miedo? Ahogué una risa. No… eso no podía ser. ¿O tal vez sí?

Me mordí el labio imaginándomelo. Al darme cuenta de lo que hacía, sacudí la cabeza y carraspeé volviendo a centrarme.

— ¿Y dijo dónde estaba?

—No es asunto mío, así que no le pregunté —soltó con un encogimiento de hombros que olía a mentira cocinada a fuego lento.

Chasqueé la lengua. Me incorporé un poco en el sofá, dándole un tono más íntimo a mi voz.

— ¿Podrías hablarme de él? Apenas hemos cruzado un par de frases y… no sé, me gustaría conocer al hombre con el que me he

casado.

Intenté sonar lo más vulnerable que sabía, manteniéndome dentro de mi papel de esposa sumisa, obediente y posiblemente asustada. La clase de tono que hace que una madre se derrita o que una asistenta con corazón blando suelte algo sin querer.

Valentina volvió a mirarme por encima del hombro con los ojos entrecerrados. ¿Un poco tarde para hacerme la pobrecita?

—Solo vengo a cocinar y a limpiar, tesoro. No sé mucho sobre él —mintió. Claro que mintió, podría notarlo desde un kilómetro de distancia—. Le gustan los dulces, sobre todo los *cannoli*, aunque también tiene debilidad por las galletas de coco.

Levanté una ceja, conteniendo una sonrisa. ¿Matteo tenía alma de goloso? No digo que me sorprenda; he visto a mi hermano ponerse morado comiendo las galletas de Polina. A mi hermano, a mi padre, a Boris, a todos en realidad. Caían como moscas. Pero me costaba imaginarlo, a él, o a cualquiera de los estirados de la Mafia, comiendo galletas de coco. Tuve que contener una sonrisa antes la idea que me cruzó la mente. Tenía que hacer una compra urgente.

— ¿No sabes nada más aparte de sus gustos por la comida? — insistí, esta vez con una pizca de frustración que no fui capaz de ocultar del todo. Valentina negó con la cabeza.

Respiré hondo, obligándome a mantener la compostura. Los interrogatorios son más fáciles cuando no tienes que pretender ser una pobre mujer sin sangre obligada a casarse.

—Ya veo… —murmuré bajando la cabeza para ocultar mi mueca de fastidio.

—Es un buen chico, tesoro.

Me obligué a no poner los ojos en blanco. Su madrastra había dicho exactamente lo mismo, pero eso no da información útil de ningún tipo. ¿De dónde se sacaban eso del buen chico? No me creo que no estuvieran al tanto de su reputación en la Mafia. Quería saber qué es lo que convertía a Matteo Lombardi en una bomba de relojería. Sonaba a que estaba loco, pero no me lo había parecido. ¿Un capullo con aires de superioridad? Sí. ¿Pero loco?

—Si tú lo dices…

Esperé a que Valentina volviera a hablar, pero no lo hizo. Se centró en la comida que estaba preparando. Hasta aquí había llegado mi conversación con Valentina.

Apagué la tele con un clic seco y me puse en pie. Me estiré lentamente, sintiendo los músculos entumecidos protestar tras tanto tiempo quieta. Necesitaba moverme aunque fuera dentro de mi prisión de oro lúgubre.

—Estaré en el gimnasio —le informé.

Valentina me echó una mirada y asintió.

Me dirigí a la habitación a vestirme con otra de las camisetas de Matteo. Cuando ese imbécil cruzara por fin la puerta, lo primero que iba a hacer era echarle en cara que mi ropa seguía sin aparecer. Bueno, eso y el pequeño detalle de haberme dejado aquí encerrada como si fuera parte del mobiliario.

Resoplé mientras me pasaba la tela por la cabeza, pero me quedé quieta un segundo al recordar nuestro último encuentro. Mi lengua se movió sola, humedeciéndome los labios al evocarlo sin camiseta. Será idiota… pero no podía negar que estaba bastante bueno.

Sacudí la cabeza quitándome esa idea de la mente. Tendría suerte si no le arrancaba la cabeza en cuanto pusiera un pie en el apartamento.

Salí de la habitación y tomé el pasillo hacia el gimnasio mientras me recogía el pelo en una cola alta. Por lo menos tenía uno en casa. Si no, ya estaría trepando por las paredes.

Al entrar, dejé la toalla sobre la cinta de correr. No había mucha maquinaria, un saco de boxeo, un banco de pesas y la cinta. Solo le faltaba un equipo de música decente.

—Genial —murmuré—. Y yo con el móvil sin batería.

Me subí a la cinta y comencé a calentar. Apenas parecía usada. O era nueva, o Matteo no era precisamente fan del cardio. Corrí durante casi una hora, más por despejar la mente que por rutina. Al final, el aburrimiento me ganó la partida. No es que tuviera ganas de

atravesar kilómetros de barro como en los entrenamientos del cuartel, pero ahora mismo, hasta esa idea resultaba tentadora.

Detuve la máquina y salté al suelo, secándome el sudor de la frente con la toalla mientras me acercaba a la cristalera que daba a la ciudad. Apoyé la frente contra el vidrio helado, dejando que el frío atravesara el calor agobiante de mi piel y me devolviera algo de claridad. Yuri tenía que estar escondido en algún rincón de Nueva York, pero hasta que no diéramos con él, yo seguiría encerrada ahí. Atrapada en un matrimonio que no había pedido, en una vida que no había elegido. Podría haberme negado, y si accedí a esto fue para ayudar a mi padre con esa maldita alianza con los italianos. Sabía que era algo temporal, pero odiaba estar desinformada, y aún más estar encerrada.

— ¿Dónde te has escondido, Yuri? —susurré, dejando que la mirada se perdiera entre las luces de los edificios.

Me aparté del cristal con un suspiro bajo, tomé la botella del suelo y bebí un trago largo. Mis ojos se dirigieron al saco de boxeo que colgaba del techo.

—Bien. Imaginemos que eres Matteo.

Me calcé los guantes que había sobre un taburete, intactos, y comencé a golpear. Con cada puñetazo imaginé que rompía esa estúpida tarjeta de ascensor, que tiraba abajo la maldita puerta y salía corriendo de ese apartamento asfixiante. Si al menos tuviera batería en el móvil, podría pedirle a Harvey que me diera acceso al maldito ascensor. Seguí dándole al saco sin descanso, una y otra vez, hasta que los brazos comenzaron a pesarme y los pensamientos comenzaron a disiparse. Lancé un último golpe al saco, uno que hizo que crujieran mis nudillos, y me quité los guantes, dejándolos caer al suelo con un suspiro. Me sentía más despejada… y bastante hambrienta.

Me acerqué al espejo y comencé a estirar. Primero el cuello, luego los hombros, los brazos hacia arriba en un estiramiento profundo, y bajé lentamente, dejando escapar el aire de mis pulmones. Al incorporarme, di un respingo involuntario al ver a Matteo a través del espejo, apoyado en el marco de la puerta con esa calma

descarada, los brazos cruzados sobre su pecho y una sonrisa de lo más engreída curvando sus labios.

Me giré para mirarlo por encima del hombro. Llevaba parte de los botones de la camisa desabrochados, las mangas subidas hasta los antebrazos y ese aire de «me visto sin esforzarme pero mírame bien».

—No te detengas —dijo sin borrar la maldita sonrisa—. Estaba disfrutando de las vistas.

Le lancé una mirada fulminante y crucé los brazos sobre el pecho encarándolo.

— ¿Dónde demonios te habías metido?

—Trabajo —dijo sin dar más explicaciones. Qué sorpresa— ¿Me echabas de menos? —añadió ampliando la sonrisa.

Solté un resoplido.

—Más quisieras.

Bajé los brazos y avancé hacia la puerta con la firme intención de largarme del gimnasio. Pero cuando intenté pasar por su lado, su brazo se alzó con la velocidad de un latigazo.

— ¿Pero qué haces? —solté, obligada a frenar tan de golpe que casi choqué contra su pecho.

Su mirada descendió por mi cuerpo con lentitud, deteniéndose en mi camiseta—su camiseta—pegada a mi piel por el sudor del entrenamiento. Cuadré los hombros y alcé el mentón dejando que mirase todo lo que quisiera, si se pensaba que así iba a intimidarme, la llevaba clara.

—Estoy por cancelar el envío de tus cosas —murmuró, estirando la mano para juguetear con el bajo de la tela—. Mi ropa te queda demasiado bien.

—Por lo menos veo que no tienes pérdida de memoria —bufé, girando los ojos—. Ahora suéltame, Matteo, tengo hambre. Y créeme, no quieres conocerme con hambre. —Le dediqué una sonrisa tan dulcemente calculada que resultaba inquietante incluso para mí.

Llevé la mano hacia la suya, con la intención de apartarla con toda la gracia ensayada del mundo, pero Matteo la atrapó al vuelo con una facilidad insultante, deteniéndome en seco. Alcé los ojos encontrándome con los suyos, grises y con ese brillo divertido en sus pupilas. El cabrón lo estaba disfrutando.

—Sabes, tu padre habla mucho de ti cuando se emborracha —dijo sin soltarme.

Mi estómago dio un vuelco.

«Mierda, papá, qué le has contado».

— ¿Por eso Valentina ha cocinado la *arrabiata*? —inquirí para desviar el tema.

—No sé por qué se ha esforzado tanto en venderme la imagen de niñita dócil cuando está claro que no lo eres. No hace falta que finjas, esposa *mía*. Reconozco que tu tenacidad me la pone bastante dura.

Lo fulminé con la mirada, ignorando deliberadamente el comentario sobre su polla. Bien, si no quería que fingiera no tenía por qué hacerlo, al menos no en todo. Revelar mis cartas tan pronto me dejaría en desventaja cuando llegara el momento de librarme de él, lo que no significaba que no pudiera enfrentarlo de otras maneras.

— ¿Entonces has estado con él todo este tiempo? —Tiré de mi brazo para soltarme, pero fue inútil. La comisura de sus labios se alzó aún más, y sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor de mi muñeca, anclándome al sitio.

—Puede ser —admitió con un leve encogimiento de hombros.

Alzó la mano con una calma que rozaba la insolencia y atrapó un mechón rebelde pegado a mi piel. Lo apartó con deliberada lentitud, deslizándolo tras mi oreja con suavidad. Sus dedos continuaron su descenso, trazando una línea de fuego hasta mi mejilla.

Giré la cabeza para romper el contacto, pero el movimiento solo pareció divertirlo.

Su sonrisa se ensanchó al instante, peligrosa y afilada, mostrando los dientes con esa clase de arrogancia que le salía natural y que,

por desgracia… lo hacía ver condenadamente bien.

«Mierda. No puedo ponerme cachonda por su estúpida sonrisa».

Ni siquiera vi venir el paso que dio. En un parpadeo, acortó la distancia y me arrinconó contra la puerta. Mi espalda chocó contra la madera con un golpe seco y el aire se me quedó atrapado en los pulmones. Estaría sorprendida por su rapidez si no fuera por el calor líquido que comenzaba a acumularse entre mis piernas, robándome cualquier reacción lógica.

—Suéltame. —La firmeza en mi voz fue tan escasa que me insultó más a mí que a él.

—Mhh… no.

Sus dedos trazaron otra línea sobre mi mejilla, apenas un roce, pero fue como si una descarga recorriera cada terminación nerviosa hasta acumularse en mi vientre, volviéndose insoportable. No podía permitir que las acciones de Matteo me afectaran tanto.

—Me debes una noche de bodas —murmuró en mi oído.

Ahogué un gemido cuando sus dientes atraparon el lóbulo de mi oreja en un mordisco lento y medido que casi hizo temblar mis piernas. Tiró de él con suavidad antes de soltarlo, y tuve que cerrar el puño que Matteo aún sostenía, intentando contener el escalofrío que me recorrió de arriba abajo.

—Ya te he dicho que no tengo intención de acostarme contigo. —Apreté los dientes y alcé el mentón, mirándolo de reojo. Su respiración golpeaba mi cuello, cálida, sobre esa zona demasiado sensible.

Me pesaban los párpados, como si mi propio cuerpo comenzara a rendirse a su cercanía, ignorando a mi mente, que me gritaba que lo apartara antes de hacer una locura. Como arrancarle la ropa y rogarle que me follara ahí mismo.

—Mmmh... —canturreó, enterrando la cara en el hueco de mi cuello.

Su nariz rozó mi piel antes de aspirar con lentitud, y aunque quise mantener la compostura, mi cuello se inclinó con naturalidad, exponiéndome por completo.

«Maldita sea, Yelena».

—He estado pensando… —murmuró contra mi piel—. Creo que mereces un castigo por esa bofetada.

Abrí los labios para replicar, pero un grito ahogado se adelantó cuando sus dientes se clavaron en mi cuello con fuerza. Lo suavizó al instante con un roce lento de su lengua, arrancándome un escalofrío que recorrió cada nervio y cualquier pensamiento coherente se desvaneció.

Sus dedos recorrieron mi cuello, trazaron el borde de mi clavícula y se detuvieron en mis pechos con un agarre firme. Un jadeo se me escapó sin poder evitarlo, y sentí su sonrisa crecer contra mi piel.

Acostarnos no significaba nada… solo sexo en busca de placer mutuo. Una distracción pasajera. Y después de haber visto a Matteo sin camiseta el otro día, no me importaba hincarle los dientes en esos pectorales firmes mientras mis uñas arañaban sus abdominales marcados. O mejor, los contaba uno a uno con mi lengua. Si esta era su idea de castigo, no sonaba nada mal.

—Parece que alguien está ansiosa —se burló, cuando mi cadera lo buscó sola.

Su pulgar rozó mi pezón por encima de la camiseta empapada de sudor. Un chispazo de placer estalló entre mis piernas, y cualquier insulto que planeara para ponerlo en su sitio se ahogó antes de llegar a mis labios. Y él lo notó. Alzó la mirada, clavándome esos ojos grises cargados de arrogancia, y deslizó la mano hasta rozar el elástico de mis bragas. Entonces se detuvo.

Le sostuve la mirada, incapaz de moverme. Odiaba admitirlo, pero lo último que quería en ese momento era que parase.

Un destello oscuro cruzó sus ojos al darse cuenta de que no entraba en mis planes detenerlo, tampoco pensaba rogarle que continuara. Inclinó la cabeza con esa mueca peligrosa en sus labios, y sin apartar su mirada de la mía, retiró la tela de un tirón. Sus dedos me encontraron como si hubieran nacido para eso, arrancándome una bocanada de aire al sentirlo y haciendo que mi pelvis se arqueara sola, buscando más.

—No tienes idea de cuántas veces he pensado en esto de camino aquí —su voz bajó, rugosa, mientras su dedo trazaba círculos lentos, como si conociera cada rincón de mi cuerpo mejor que yo misma—. Verte rendida… ver cómo te deshaces al tocarte. Como me perteneces…

El placer se enroscó en mi vientre, desdibujando cualquier límite entre lo que debía sentir y lo que ya no podía evitar.

—Que te den —alcancé a decir entre dientes, aunque incluso yo noté lo patético que sonó.

Matteo sonrió más y empujó un dedo dentro de mí, arrancándome un gemido humillante.

—Shh… cuidado, Valentina podría oírte —susurró con una sonrisa cruel.

A la mierda Valentina. No sería la primera vez que alguien me pilla en una situación similar y no podía importarme menos en ese momento. Lo necesitaba con urgencia, por más que quisiera negarlo en voz alta.

Su dedo siguió empujando dentro de mí con esa cadencia que me volvía loca, sacándolo de vez en cuando para acariciar mi clítoris.

Me dejé caer contra la puerta, buscando sostén, buscando aire, buscando algo que no fuera él. Pero no lo encontré. Podía culpar a Graves de esto. De tenerme tan desesperada por sentir algo de placer que cualquier roce se sintiera como una bendición. Con él, las pocas veces que había llegado a sentir algo, había durado tan poco que era hasta triste. Pero algo me decía que Matteo no sería igual, y quizás por eso no estaba oponiendo ninguna resistencia. ¿Quería arrancarle la cabeza? Sí. Pero después de romperme.

—Prometo no parar hasta que me des un orgasmo —dijo, como si fuera capaz de leer mis pensamientos. Sonó tan sucio y dominante que casi me hace venir ahí mismo, pero no podía dejar que se saliera con la suya tan rápido. Al menos tenía que mantener algo del orgullo que me quedaba, si es que había algo.

Retiró el dedo, riendo cuando gruñí en protesta al no sentirlo de inmediato. Luego volvió con dos dedos, curvándolos para alcanzar ese punto que me nublaba la vista. Mis manos volaron a sus

hombros y me mordí el labio, conteniendo cada gemido solo para no darle la satisfacción de seguir burlándose de mí. Podía utilizarlo para alcanzar el orgasmo, pero no dejaría que me escuchara disfrutarlo.

—Vamos, *principessa*. Córrete para mí —murmuró contra mis labios. Mordisqueó mi barbilla, lamiendo el hueso de mi mandíbula antes de volver a mis labios—. Sé que lo estás deseando.

El contraste entre el calor de su aliento, el ardor de sus caricias me arrancó de la realidad. No sabía dónde terminaba yo y dónde empezaba él. Solo sabía que estaba temblando, que el orgasmo me pisaba los talones por más que lo contuviera y que Matteo, con su maldita sonrisa, lo sabía.

—Ahora —murmuró presionado sus dedos hasta el fondo.

Una descarga de placer me atravesó y cualquier resto de resistencia que pudiera quedarme se borró en ese instante. Clavé las uñas en sus hombros, sintiendo mi cuerpo tensarse y luego soltarse en una oleada abrumadora que me robó el aire, el equilibrio y la razón. No recordaba la última vez que había sentido algo tan brutal. Quizás hasta podría acostumbrarme.

Mierda, ni siquiera sabía en qué estaba pensando. Mi matrimonio con Matteo Lombardi era temporal, cuando diéramos con Yuri lo mataría y yo regresaría a mi vida. Pero en ese momento estaba demasiado ida para recordarlo.

—Aún no hemos acabado —murmuró contra mis labios, sosteniendo mi orgasmo.

Capturó mi boca en un beso salvaje. Sin aviso. Sin tregua. Sus labios abrieron los míos y hundió su lengua en mi boca con la misma desesperación con la que mis caderas seguían montando su mano. Sabía a whisky y a algo que no lograba identificar, algo que me hacía querer saborearlo hasta sentirme saciada. Cómo odiaba lo mucho que me estaba haciendo desearlo y que cada parte de mí quisiera más de lo que me acababa de dar.

Me giró con brusquedad contra la puerta, arrancándome un jadeo cuando la madera golpeó mi pecho. Antes de que pudiera reaccionar, su boca se deslizó por mi cuello, besando, lamiendo y reclamando

cada centímetro de mi piel mientras yo luchaba por recuperar algo de cordura y recordar cómo se respiraba.

Mi pulso se detuvo al escuchar la cremallera bajando con una lentitud casi hipnótica. Giré la cabeza para míralo, y mis ojos cayeron directos a su erección, tensa y desbordando arrogancia. Matteo alzó la mirada y esos malditos ojos grises se clavaron en los míos, intensos y devoradores, justo cuando empezó a penetrarme con una lentitud que me hizo ver estrellas.

—Mierda —jadeé. Era grande, demasiado, y me llenaba por completo estirándome de una forma que no había sentido jamás, acompañada de ese cosquilleo placentero que me dejaba sin aliento cada vez que profundizaba.

—Seguro que tu profesor no la tenía tan grande como yo —siseó contra mi oído, con esa arrogancia que, en otra situación, habría merecido una patada en la entrepierna.

Mis ojos se abrieron de golpe cuando terminó de hundirse con una estocada profunda. Un grito ahogado me traicionó. El calor, la presión, su maldito cuerpo invadiéndome por completo… Joder, se sentía tan bien tenerlo dentro de mí. Ni siquiera sé cuándo cerré los malditos ojos.

—Entonces es eso —sonreí apartando la mirada. Mi pecho subía y bajaba contra la madera de la puerta, y podía sentir mi corazón acelerado golpeando mis costillas.

No se movió. Se mantuvo dentro de mí, estático, como si me diera un segundo para asimilarlo. O para rendirme del todo. Su mano libre acarició mi garganta. Cerró los dedos alrededor de ella, haciendo que notara con más fuerza mi pulso golpeando. Se mantuvo ahí unos segundos, y luego siguió su camino hasta alcanzar mi mandíbula, obligándome a girar la cabeza de nuevo para mirarlo.

—El qué —preguntó con voz baja, y con la misma calma con la que hablaba volvió a hundirse dentro de mí. Más fuerte. Más profundo.

—Estás celoso —gemí, arqueando la espalda mientras una oleada de placer intenso me recorría entera.

Su respuesta fue una risa seca contra mis labios.

—No me hagas reír, *principessa* —murmuró, y volvió a embestir con brutalidad. No sabía dónde estaba tocando exactamente, pero quería que lo hiciera de nuevo.

Matteo sonrió, leyéndome como a un libro abierto. Me agarró de la cintura con su mano libre y movió sus caderas con ese ritmo brutal, golpeando justo como lo necesitaba, obligándome a mirarlo mientras alcanzaba ese punto exacto que me hacía ver las estrellas. Leía cada jadeo, cada espasmo, cada gemido que brotaba de mi garganta incapaz de retenerlos.

—Córrete otra vez, *principessa* —gruñó en mi oído—. Quiero sentirte.

—Sí… —jadeé, sin la más mínima vergüenza; a estas alturas, la tenía enterrada en algún lugar lejano de mi cerebro.

Su mano descendió entre mis muslos y sus dedos encontraron mi clítoris, frotándolo con movimientos cortos y precisos que me arrancaron un gemido desgarrado. Sentí cómo mi cuerpo se tensaba a su alrededor, cada embestida suya empujándome más alto, más cerca del borde, hasta que el calor me explotó dentro con una fuerza brutal.

La presión en mi vientre estalló en oleadas de placer que me recorrieron entera, dejándome temblando mientras mis músculos lo apretaban sin control.

Mis piernas cedieron, pero su brazo se cerró alrededor de mi cintura, firme, posesivo, impidiéndome caer.

—Eso es… —rugió contra mi cuello.

No podía respirar. No podía pensar. Solo podía sentir cómo mi cuerpo se rompía y se recomponía bajo el suyo.

Mi espalda chocó contra su pecho y sentí su respiración quebrada en mi nuca. Su última estocada fue profunda, intensa, y su cuerpo se estremeció dentro del mío antes de dejarse ir con un gemido grave que vibró contra mi piel, tan masculino y posesivo que me hizo estremecerme de nuevo.

Por un segundo, no existió nada más. Solo su cuerpo contra el mío, el calor sofocante de nuestro orgasmo, y el modo en que su

mano seguía sujetándome como si fuera suya. Como si no pensara soltarme nunca. Su mano se deslizó por mi cuello con una suavidad que contrastaba con todo lo anterior, mientras su respiración se acompasaba a la mía, como si mi cuerpo marcara el ritmo del suyo.

—Ahora sí que somos marido y mujer —murmuró, todavía dentro de mí, con la voz rasgada.

Abrí los ojos de golpe, dejando a un lado todo ese placer que me había hecho sentir hace tan solo unos segundos. Se había corrido, y estaba convencida de que no había usado ningún preservativo.

Una sonrisa arrogante curvó sus labios cuando se deslizó fuera. El roce me hizo jadear de nuevo, pero mi mente ya estaba en otro sitio. Bajé la mirada con la intención de recolocar mis bragas, pero al buscar la tela de encaje solo encontré piel. Fruncí el ceño, confundida, y giré la cabeza hacia él de un latigazo. Matteo ya tenía la ropa en su sitio, actuando con una normalidad insultante. Alzó su mano, mostrándome mis bragas colgando de uno de sus dedos, completamente destrozadas.

Sin decir una palabra, las recogió en su puño y se las llevó a la nariz, inhalando sin apartar la mirada de la mía. Aquello me encendió con una intensidad absurda. Y quiero pensar que es porque ningún hombre se había atrevido a algo así antes.

Una mueca ladeada, cargada de arrogancia, se le instaló en la boca, muy consciente de mi reacción. En lugar de devolvérmelas, las guardó en el bolsillo con esa seguridad irritante y jodidamente… excitante. Luego, con la misma calma, sacó un blíster del otro bolsillo y me lo tendió.

—Será mejor que te la tomes —dijo alargando el blíster hacia mí con esa sonrisa de tiburón que parece llevar tatuada en la cara—. A menos que quieras quedarte embarazada.

Apreté los dientes hasta sentir que me dolían las muelas. No sé cómo me había dejado enredar por él.

—Descuida, es lo último que quiero.

Le arranqué la pastilla de la mano y le di un empujón en el pecho al pasar, uno seco, más infantil que violento. Su risa grave, corta y cargada de suficiencia, me siguió a través del pasillo. Me dirigí hacia

el cuarto de baño con ese sonido clavado en la cabeza, como un eco que me raspaba los nervios. Necesitaba una ducha. Y un maldito exorcismo.

Jamás debía repetir esto con Matteo, por muy bueno que hubiera sido.

CAPÍTULO 11

MATTEO

El disparo estalló dentro de mi cabeza antes de que mis ojos pudieran abrirse. Siempre empieza igual. El sonido revienta en mis oídos y la sangre lo baña todo. No necesito ver el cuerpo para saber que está ahí, pero algo me empuja hacia él. Como si necesitara comprobar que el recuerdo sigue intacto.

Me acerco a pesar de que mi mente me grita que no lo haga, pero nunca puedo detenerme. Sé lo que viene. Cada paso pesa más que el anterior y el aire se me enreda en el pecho. Se queda ahí, se vuelve denso, imposible de tragar. Y aun así, avanzo. Pero esta vez algo no encajaba.

Parpadeé varías veces, esperando que la imagen se deshiciera, que la pesadilla se reescribiera como siempre. Pero la imagen no cambiaba. Los ojos que me devolvían la mirada no eran los *suyos*.

Cerré los ojos con fuerza contando hasta cinco y, cuando volví a abrirlos, Yelena estaba tirada sobre la alfombra, observándome con esos ojos avellana, siempre tan llenos de fuego y vida, y ahora solo quedaba el vacío.

La has matado.

Está muerta por tu culpa.

No quería hacerlo.

Lo siento.

La has matado.

Me incorporé de golpe, con la respiración descontrolada y el corazón latiendo con violencia contra las costillas. Tomé una bocanada de aire pero el sabor metálico seguía ahí, pegado al fondo de mi garganta. Otra vez ese jodido sueño. Apoyé los codos en las

rodillas y me froté los ojos con la yema de los dedos tratando de sacarme toda esa sangre que me nublaba la visión.

«Cazzo».

Giré la cabeza. Yelena seguía dormida a mi lado. Su pecho subía y bajaba en un ritmo tranquilo, ajena a la mierda que acababa de atravesar mi cabeza. No tenía la intención de follármela nada más llegar a casa. Quería saber más sobre ella, más sobre lo que su padre me había contado tras ponerse hasta las cejas de vodka con el prisionero colgando frente a nuestras narices. Pero entonces la vi en el gimnasio, con mi camiseta, la maldita coleta deshecha como si acabara de salir de mi cama y esas putas bragas de encaje que apenas cubrían el culo más perfecto que había visto en mi vida, estirándose sin tener ni puta idea de lo provocador que resultaba verla así, y mi cerebro se fue a la mierda. Me puse duro al instante. Cómo no hacerlo, no había forma de pensar con claridad con esa imagen delante. Solo esperaba que no hubiera notado mi agitación ahora.

Me pasé una mano por el rostro, tratando de borrar los restos de la pesadilla mezclados con el recuerdo de Yelena, y miré la hora en el móvil. Eran casi las seis. Cinco horas. Habían pasado cinco horas desde que me tumbé a su lado. Cinco jodidas horas de sueño sin interrupciones. No recordaba la última vez que eso había pasado. Tal vez cuando tenía seis años, antes de que todo se jodiera.

Supongo que eso era un avance. O quizá solo significaba que mi cabeza estaba encontrando nuevas formas de joderme.

Me puse en pie y fui directo al gimnasio. No importa si estoy en mi casa o en el de la *Famiglia*, boxear es lo único que logra calmarme, lo único que me permite deshacerme de toda la oscuridad que llevo dentro y que no me consuma.

Aguanté hasta las ocho, golpe tras golpe, puño tras puño, hasta que no quedó nada más que el sonido de mis respiraciones cortas y la piel de mis nudillos ardiendo.

Antes de salir, me metí en la ducha. El agua caliente no hizo una mierda por relajarme. Y ni el vapor, ni el ruido amortiguado contra los azulejos oscuros consiguieron despejar la presión que sentía en

el pecho. Mi padre quería verme. Podría haber llamado a Bastian o a Salva para ponerlos al tanto de los interrogatorios que estaban llevando a cabo los rusos. Pero no. Quería hablar conmigo. Concretamente conmigo. ¿Desde cuándo le interesaba lo que tuviera que decir? Ah, sí. Desde que decidió que debía casarme con la *principessa* de la Bratva que ahora dormía plácidamente en mi cama, como si el mundo en el que vivíamos fuera un lugar seguro y no una mierda a punto de estallar.

Cerré el grifo y agarré una de las toallas que colgaban del perchero metálico en la pared. Mis pies se movieron solos mientras me secaba, llevándome hacia la puerta del baño que había dejado entreabierta. La abrí lo suficiente para llegar a ver a Yelena. Me apoyé en el marco y me quedé ahí, con la toalla aún en la mano, observándola en silencio. El cuarto estaba casi a oscuras, pero podía ver el contorno suave de su espalda, la forma en que su respiración movía apenas las sábanas. Tranquila.

Me aparté de la puerta y anudé la toalla a mi cintura. Que hubiera visto lo que Ivanov escondía tras las puertas de su casa no significaba que fuera a contárselo todo a mi padre. Le daría lo justo, lo que me conviniera. La única persona que tenía mi lealtad absoluta era Bastian.

***

Apreté los dedos contra el reposabrazos mientras escuchaba a Bastian contar, con esa calma tan suya, todo lo que había revelado tras volver de casa de Nikolai.

«Traidor».

Me tragué el insulto y lo dejé estar. Había cosas más importantes. O al menos, eso intentaba recordarme. La voz de mi padre seguía hablando, llena de órdenes disfrazadas de interés, pero ya no la escuchaba. Solo me había llamado para demostrarme, una vez más, quién mandaba.

Su voz se desdibujó en mi cabeza, desplazada por otro recuerdo, uno mucho más potente capaz de reemplazar el desprecio que

sentía por el hombre que me había dado la vida. Potente como el cuerpo de Yelena y esa forma en la que se arqueó bajo mis manos, en cómo su espalda se curvó mientras sus labios se entreabrían, dejando escapar esos gemidos que tanto se esforzó en ocultarme y que aún podía escuchar si cerraba los ojos. Temblando bajo mi piel, entregándose a mí hasta romperse en mil pedazos de placer.

Odiaba reconocerlo, pero podría acostumbrarme a eso con facilidad. Maldita sea. No debería haber sido así. La idea era demostrarle que quien mandaba era yo, no ella. Y ahora no podía quitármelo de la cabeza. No importaba cuánto lo intentara. Cada vez que creía haber recuperado el control, su recuerdo se colaba entre mis pensamientos como una maldita enfermedad. Había algo en ella, algo que no sabía identificar. O tal vez era solo el placer, el más jodido y adictivo que había sentido en mí vida. Yelena no era como ninguna mujer con las que me había acostado. Ni siquiera como la arpía de Grace, siempre dispuesta a todo. Era desafiante, y domarla, hacer que se rindiera a mí… era el mayor de los placeres que había experimentado nunca.

Me acomodé en la silla con un gesto discreto, incómodo por la presión de mi erección contra la tela de mis pantalones, cortesía, una vez más, de Yelena. Ya eran las once de la mañana; tal vez mi bella durmiente todavía estaba en la cama. Solté un suspiro, que lástima no poder estar ahí para despertarla como se merecía. Me habría gustado sentir el calor de sus muslos bajo mis palmas, el aroma dulce de su piel al inclinarme entre ellos, saborearla en mi boca como había querido hacer después de provocarla con aquel gesto de sus bragas. Joder… aún las llevaba en el puto bolsillo. Metí la mano y rocé la tela suave de encaje con las yemas de los dedos, imaginando cómo se veía con ellas puestas y cómo las apartaría para hundirme en ella de nuevo y arrancarle más de esos perfectos gemidos.

Sacudí la cabeza, molesto conmigo mismo. *Cazzo*. ¿Ahora fantaseaba con hacerle el amor a mi mujer? No, con hacerle el amor no, con volver a follarla. Porque eso es lo que hice. Me la follé. Y joder, estaba deseando volver a hacerlo.

— ¿Matteo, estás con nosotros? —La voz de Bastian me devolvió de golpe a la realidad.

Alcé la vista, parpadeando como un idiota. Mis ojos recorrieron la habitación. No tenía idea de en qué momento habíamos llegado a la oficina subterránea de Modesta. No podía ser que hubiera estado tan perdido en su recuerdo que ni siquiera me había dado cuenta de que salíamos de la jodida casa de mi padre y subía al coche.

Centré la vista en mi hermano. Sus cejas se juntaron más cuando nuestros ojos se encontraron. ¿Me había pillado? No lo creo, lo más seguro es que pensara que me había vuelto a perder en el recuerdo de *ese* día. Pero si algo acababa de entender con absoluta claridad es que debía alejarme de Yelena.

—No —respondí con una media sonrisa ladeada. No había escuchado ni una mierda de lo que me acaban de decir.

Bastian dejó escapar el aire por la nariz.

—Vasilyev ha atacado uno de los cargamentos que salió de nuestro puerto hace tres días, lo que nos confirma que el hombre que los dejó entrar en la boda posiblemente sea de los nuestros —hizo una pausa, inclinándose hacia delante—. César y tú volveréis a casa de Ivanov.

—Tendríais que ver las instalaciones subterráneas que tiene Ivanov en su casa —lo corté—. Joder, Bastian, cuando te conviertas en Don, más te vale dejar que monte algo así aquí abajo. Créeme, tenemos el espacio muy desaprovechado.

— ¿Cuánto has dormido hoy?

Su pregunta rutinaria.

—Cinco —sonreí.

Sus cejas bajaron de golpe. Ni siquiera hizo el esfuerzo por disimular que no me creía. Normal. Yo tampoco me habría creído.

—Necesitamos un abrebotellas y algún inútil al que torturar, quiero probar algo nuevo —continué, anticipándome a sus preguntas. No necesitaba que indagara más—. Ah, y muchos tornillos, de los largos.

Bastian se recostó en la silla, dejando de lado el tema del insomnio, como sabía que acabaría haciendo en cuanto comenzara soltar ideas absurdas.

—A eso iba —dijo—. Si la persona que filtra información a Vasilyev es de los nuestros, necesitamos saber quién es. He convencido a Nikolai para que nos deje traer a uno de los hombres que capturamos y poder interrogarlo aquí mismo.

Sonreí, esta vez con sinceridad. El día mejoraba por momentos.

—Magnífico. Estaba empezando a aburrirme.

— ¿De verdad has dormido cinco horas? —inquirió César, arqueando una ceja, dispuesto a no dejarlo pasar.

— ¿De una a seis cuánto hay? —le espeté.

—Cinco.

—Entonces sí. —Me puse en pie, me tenían cansado con sus preocupaciones. César y Bastian intercambiaron otra de sus jodidas miradas— ¿Vamos? —insistí con un tono seco—. Estoy deseando poner a prueba lo que Boris nos enseñó el otro día.

—Iré con vosotros —intervino Salva, separándose de la pared en la que estaba apoyado, detrás de Bastian—. Mi padre quiere que supervise el traslado.

Bastian ladeó la cabeza en su dirección, mirándolo con los ojos entornados.

— ¿Lo sabe mi padre?

—Es posible que no —hizo un leve encogimiento de hombros—. Querrá enterarse de lo que hay ahí, tú padre no ha compartido gran cosa con él.

Una sonrisa amplia se dibujó en mis labios.

—Ni siquiera confía en su propio *Consigliere*… Sus días están contados —bromee, porque no era ningún secreto entre nosotros lo que pensábamos de nuestros respectivos padres.

CAPÍTULO 12

YELENA

Conozco a demasiados hombres con las manos manchadas de sangre, hombres que no han dudado en apretar un gatillo o hundir un cuchillo en la garganta si fuera necesario. Hombres que duermen con la conciencia limpia, a pesar de haber segado vidas sin pestañear. Ninguno de ellos ha tenido jamás una pesadilla. Matteo, en cambio, sí. Y siempre hacía lo mismo.

Primero se quedaba mirándome durante un rato en mitad de la noche, buscando confirmar que no había notado nada, y cuando parecía convencido, se levantaba, se iba al gimnasio y boxeaba hasta que tuviera que largarse a donde fuera que se suponía que tenía que estar. Podía pasarse horas ahí dentro, golpeando hasta destrozarse los nudillos. Porque sí, lo había seguido y lo había visto cada noche dejarse la piel contra el cuero del saco. Parecía tan ido que ni siquiera notaba mi presencia. Algo a tener en cuenta, me daría la oportunidad perfecta cuando tuviera que acabar con él.

Pero en ese momento, eso me importaba una soberana mierda. Estaba enfadada. No, enfadada era quedarse corta. Estaba furiosa. ¿Follamos y luego decide que no existo? No es que estuviera esperando que volviera a tocarme, suficiente humillante fue ya haber cedido con tanta facilidad. Aunque reconozco que Matteo me había dado los dos mejores orgasmos de mi vida, eso era innegable. Lo que me cabreaba era la forma en que me había evitado desde entonces. Actuaba como un fantasma en su propia casa. Quizás fuera porque me había bajado la regla después de tomarme la puñetera pastilla del día después, y menos mal que Valentina pudo traerme compresas, porque yo seguía sin poder moverme del

maldito apartamento. Por lo menos podría haberme dado la forma de salir.

Dejé el plato en la mesa con un golpe seco, tan fuerte que estuve a punto de romperlo. Valentina me lanzó una mirada acusatoria que ignoré porque estaba demasiado ocupada pensando en mi maldito marido. Llegaba a las tantas, cuando yo ya estaba dormida. Era tan malditamente sigiloso que solo me enteraba cuando se metía a la ducha. Luego entraba en la cama y me daba la espalda. Y cuando me despertaba por las mañanas, ya no estaba.

Me estaba quedando sin paciencia. Llevaba días encerrada en este apartamento con Valentina como única compañía. Y aunque no tenía nada en contra de ella, no dejaba de ser su leal asistente, no mi amiga. Y aún tenía que dar gracias porque uno de los hombres de Matteo trajera mis cosas hacía un par de días, aunque no me hizo ninguna gracia recibirlas como una reclusa a la que le llevan el paquete mensual.

Lo recordaba de la boda, fue uno de los que nos acorralaron cuando el pequeño incidente de la *Beretta*. Creo recordar que dijo que se llamaba Bruno. Fue bastante simpático para mi sorpresa, tanto que probé a pedirle la tarjeta a él, solo por intentarlo, pero la respuesta fue un no rotundo, seguido de una disculpa vacía y una sonrisa que me dieron ganas de borrarle a golpes. Luego desapareció por donde había venido, aunque primero tuvo el descaro de guiñarme un maldito ojo. Ojalá se hubiera ido la luz y se hubiera quedado atrapado en el ascensor. Lo habría disfrutado tanto.

Miré la hora en el reloj de pulsera y resoplé volviendo a cambiar de canal. Valentina se había marchado hace una hora y el tiempo parecía no pasar nunca. Casi me daban ganas de presionar el dichoso botón para que mi padre irrumpiera en el apartamento solo para echar la puerta abajo. Me habría encantado ver la cara de Matteo cuando mi padre lo amenazara con arrancarle la tráquea por haberme mantenido ahí encerrada.

Entiendo que el ataque de Yuri lo pusiera todo patas arriba, pero no costaba tanto meterme en su agenda. Si había una oportunidad de que no lo matara cuando todo esto acabase, ya no la tenía.

Cuando consiguiera pillarlo por banda, me iba a oír. Y esta vez pensaba quedarme despierta hasta que regresara, aunque tuviera que esperar hasta que saliera el sol. Se iba a enterar. Lo ataría con algo lo bastante fuerte como para que no pudiera soltarse, porque claro, Matteo odiaría no tener el control y verse a mi merced. Y yo… yo lo disfrutaría. ¡Vaya si lo disfrutaría! Vería cómo esa sonrisa arrogante se le borra de la cara cuando empezara a romperle esos nudillos agrietados uno por uno, asegurándome de que cada chasquido resonara en la habitación como una sinfonía de venganza. Que sintiera en su propia piel lo que es que alguien juegue contigo y luego te deje en la nada.

Y después… Uff, después me tomaría mi tiempo. Recorrería cada maldito músculo de su cuerpo, empezando por esos pectorales firmes hasta llegar a los abdominales marcados que se cree que nadie nota bajo esas camisas a medida que lleva. Cortaría su piel con la punta de un cuchillo del arsenal que oculta en el vestidor, o tal vez dejaría caer cera caliente sobre su estómago solo para ver cuánto tardaba en maldecirme. De hecho, podía bajar más, hacer que me suplicara mientras mi mano seguía el recorrido hasta llegar a su polla.

Sí. Definitivamente me divertiría.

El zumbido insistente del teléfono me sacó de mi fantasía de tortura, arrastrándome de vuelta a la realidad. Solté un suspiro pesado, alargué la mano y tomé el móvil de la mesa de centro.

Mis dedos se quedaron suspendidos un instante al ver el nombre de Aleksei parpadeando en la pantalla. No era habitual que me llamara. Aleksei prefería mandar mensajes o, en su defecto, aparecerse sin previo aviso, generalmente con un par de botellas de vodka y una historia cuestionable sobre cómo había acabado en una pelea en un club de striptease. Aunque tampoco descartaba que estuviera borracho, de fiesta con Viktor, y me llamara solo para soltar alguna estupidez. No sería la primera vez.

Sonreí de lado y deslicé el dedo por la pantalla. Al menos me entretendría un rato.

—Dime que no has acabado en comisaría otra vez, porque esta vez no pienso sacarte, ni puedo —saludé, poniendo los ojos en blanco.

Aleksei rio, el sonido fue amortiguado por el estruendo de la música y el bullicio de fondo.

—He salido de caza —anunció con una ligereza que me hizo rodar los ojos. Por supuesto. Lo que realmente quería decir era que había ido en busca de alguna mujer para pasar la noche, y si me llamaba a mí en ese momento, solo significaba una cosa: lo habían rechazado y estaba a punto de soltarme un discurso sobre la traición de Viktor que seguramente ya se había largado a casa con otra.

—No me digas… —sonreí, acomodándome contra el respaldo del sofá.

—Pero no es de eso de lo que quería hablarte.

Alcé una ceja, aunque mi interés era mínimo.

—Ve al grano, Aleksei. ¿Me vas a pedir que vuelva contigo? Porque lo veo difícil —bromee mirando la alianza de mi dedo.

Dejó escapar una risa baja. Ese capítulo de nuestras vidas quedó muy atrás. En realidad, no sé ni por qué surgió. Bueno sí, solo quería molestar a mi padre por no dejarme salir de fiesta o tener novio como el resto de adolescentes normales. Siempre los espantaba. Siempre. Solo podía ir escoltada y se me ocurrió que Aleksei era una buena opción ya que solo nos llevamos unos años. Así que me acosté con mi escolta durante un tiempo.

—Ahora mismo tengo delante a tu maridito italiano —hizo una pausa teatral— con una mujer enroscada en sus brazos.

La información tardó un par de segundos en asentarse, y entonces un calor abrasador trepó por mi garganta. Mis dedos se cerraron con tanta fuerza sobre el aparato que crujió.

«Ese maldito cabrón…»

La voz de Aleksei quedó en un segundo plano. Me levanté del sofá con la mandíbula tan tensa que dolía y me dirigí al vestidor sin soltar el móvil. Abrí el panel en el que Matteo escondía sus armas y agarré

la primera pistola que vi del expositor comprobando si estaba cargada antes de volver a llevarme el teléfono a la oreja.

Podía sentir la sangre retumbando en mis oídos, cada latido del corazón golpeando más fuerte que el anterior, bombeando rabia por mis venas como veneno líquido. Cerré los ojos y respiré, intentando apagar el incendio en mi pecho.

—Hasta aquí llegó mi matrimonio con el italiano —dije al abrir los ojos—. Voy a matarlo.

CAPÍTULO 13

MATTEO

Decir que me sentía inquieto o nervioso sería quedarme corto. Estaba alterado. Desquiciado más bien. Ese sueño de mierda había cambiado, torcido de un modo que me helaba la sangre. Ya no eran *sus ojos* los que veía, eran los de Yelena. Siempre Yelena. Pensé que se pasaría, que dejaría de repetirse y volvería a ser el mismo jodido sueño de siempre. Pero no lo hizo. Y eso no podía significar nada bueno.

Solté un suspiro áspero, frotándome la nuca con una mano mientras intentaba pensar con claridad. No se lo había contado a Bastian y no se lo iba a contar, ni a él ni a nadie, no necesitaba que se entrometieran en mi vida más de lo que ya lo hacían. Pero sí que debería mandar a alguien para que la vigilara. No porque me importara, por supuesto. Lo hacía porque si a Yelena le pasaba algo, Ivanov me abriría en canal, además de que perder la alianza con la Bratva en este momento era lo más parecido a pegarme un tiro en el pie. Sí. Por eso lo hacía.

El eco del disparo resonó en mi cabeza obligándome a cerrar los ojos. No tuve tiempo de reaccionar. Un segundo antes, Yelena estaba ahí, mirándome con esos ojos llenos de desafío, y al siguiente, su cuerpo se desplomaba sobre la alfombra tiñéndola de rojo.

«No».

Apoyé los codos sobre la mesa y me pasé una mano por el rostro, obligándome a sacudir el recuerdo de mi cabeza.

«Es solo un maldito sueño. No es real».

Quizás debería hacerle caso y buscarme a otra. Sería lo lógico. Lo fácil. Lo que haría cualquier otro hombre en mi posición. Pero habían pasado días y seguía igual, sin poder quitármela de la cabeza.

—Un whisky bien cargado —dijo Bruno dejando el vaso sobre la mesa.

«Por fin».

Levanté la vista justo cuando se dejaba caer en el sofá de enfrente, con la americana abierta y el pelo aún revuelto por su último revolcón en el baño privado. Enzo y Salva llegaron detrás, cada uno con su copa. César se había largado hacía rato con una de esas morenas de piernas interminables que le gustaban, y Bruno no tardaría en ir tras otra. Enzo no parecía muy convencido esta noche, en cuanto abren la boca y empiezan a hablar le aburren, aunque sabíamos que no le duraría. Salva, como siempre, iba a su ritmo. Yo, en cambio, no tenía la menor intención de moverme. No yo. Mi cuerpo al parecer no estaba de acuerdo. No había estado con ninguna mujer desde que me vi obligado a casarme con Yelena, solo ella, y comenzaba a ser preocupante.

Alcé el vaso, observando el tono ámbar del whisky y le di un trago largo. El ardor bajó por la garganta, pero la visión de Yelena seguía ahí.

—Grace viene hacia aquí. —Salva me dio un codazo, alzando la voz por encima de la música, y me hizo un gesto con la barbilla hacia las escaleras.

—Fantástico… —Solté el aire por la nariz sin molestarme en disimularlo.

—Seguro que está más que dispuesta a encargarse de ti —añadió Enzo, con esa sonrisa de cabrón que le salía sola—. Luego vuelve y sé el loco desquiciado al que todos estamos acostumbrados, por favor. Tus cambios de humor nos tienen con dolor de cabeza.

Estuve a un segundo de mandarlo a la mierda, pero Grace se plantó frente a la mesa. Llevaba un vestido que la hacía parecer más una lámpara que una mujer, brillando con cada movimiento como si esperara iluminar el puto local. Agitó los dedos en un saludo que parecía más el gesto de una gata sacando las uñas.

—No esperaba encontraros a todos aquí juntos —ronroneó, clavando su sonrisa de catálogo en mí.

Le sostuve la mirada con los ojos entornados mientras el cristal del vaso rozaba mis labios por segunda vez. El whisky ardió en mi garganta, pero no tanto como la presencia de Grace. No se parecía a Yelena. Ni siquiera en el pelo rubio que intentaba lucir con naturalidad. El de Grace era artificial, deslucido. Sin alma. El de Yelena, en cambio, tenía vida. Dorado, cálido, con esa textura que parecía haber nacido para enredarse entre mis dedos… Y olía a puto coco. Ese último dato no debería haberse quedado grabado en mi cabeza, pero era imposible no notarlo cuando dormía a mi lado cada día y el aroma me envolvía quisiera o no. Al principio no sabía lo que era, me estaba volviendo loco con ese olor familiar. Lo busqué por todas partes, en sus perfumes, en unas cremas que había guardado en su mitad del armario… hasta que miré en la ducha y lo vi. Un puto champú de coco.

— ¿Has venido sola, Grace? —preguntó Bruno con una sonrisa ladina.

—Por favor, nunca vengo sola. Mis amigas están abajo. Puedo decirles que suban si queréis.

—No hace falta…

— ¡Por supuesto! —saltó Enzo antes de que pudiera terminar de mandarla a la mierda. Le lancé una mirada asesina, pero ni él ni los otros parecían tener intención de frenarla.

Grace sonrió y les hizo un gesto por encima de la barandilla. No tardaron en aparecer. Habían estado esperando esa señal como lobas en celo, listas para abalanzarse.

Se acomodó a mi lado, demasiado cerca para mi gusto, invadiéndome con ese perfume fuerte y denso que parecía adherirse a la piel. Me recosté contra el respaldo, con el vaso entre los dedos y la mirada fija en el whisky, intentando ignorar la palabrería de Grace. Me preguntaba si Yelena ya estaría en la cama. Tal vez si me largaba ahora, cuando llegara estaría dormida y no tendría que enfrentarla. Podría volver a observarla en la oscuridad desde la puerta entreabierta del baño, dejando que mis ojos recorrieran una vez más

la línea de su espalda, la curva de su cintura o la forma en que su cabello dorado se derramaba sobre la almohada. Atrapado en ese jodido momento en el que mi cuerpo no quería moverse y mi mente libraba una batalla constante entre la tentación y el control. Porque, joder, eso era lo que había estado haciendo los últimos días.

«Búscate a otra».

Sus palabras estallaron en mi cabeza justo cuando la mano de Grace se deslizó por mi entrepierna, descarada y sin gracia. Tal vez, si me concentraba en lo físico, podría borrar de mi piel la sensación del cuerpo de Yelena y hacer exactamente lo que ella quería. Pero no era lo que yo quería.

Antes de que pudiera apartarla, ya se había acomodado sobre mis piernas, enredándome los brazos al cuello como llevaba intentando hacer desde hacía un rato. ¿En qué jodido momento pensé que tirármela fue una buena idea? Tenía que haber estado bajo los efectos de algo que Bruno consiguió de la mercancía.

Sus labios recorrieron mi cuello, dejando tras de sí un rastro húmedo que no provocó absolutamente nada en mí. Ningún fuego, ningún deseo. Solo una irritación que crecía cada vez más con cada toque y cada movimiento. No había bebido tanto. Ni tan poco. Nunca había tenido este problema. La dejé hacer, esperando que algo, lo que fuera, se encendiera dentro de mí, pero su perfume me empalagaba, su piel me resultaba insípida, y sus uñas rascando mi pecho solo avivaba el impulso querer de apartarla de un manotazo.

— ¿Cuánto más me vas a torturar? —ronroneó en mi oído mientras sus dedos jugueteaban con la alianza de mi dedo. Mi mirada se desvió hacia el anillo, siguiendo el lento giro del aro de metal entre sus uñas postizas.

Un calor espeso me subió desde el estómago, mezclándose con una rabia oscura que me golpeaba las sienes a cada latido. ¿Quién coño se creía que era para tocar eso?

—Matteo, quiero que te corras dentro de mí, cariño. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez. —Presionó con más fuerza, buscando una respuesta.

Mi mandíbula se tensó, y mis dedos se clavaron en una de sus nalgas por encima del vestido con tanta fuerza que sentí el músculo contraerse bajo mi mano. Grace soltó un leve quejido y dio un respingo, aunque trató de disfrazarlo con una sonrisa.

—Vamos atrás —murmuré en su oído con sequedad.

Grace sonrió como una víbora. Qué confundida estaba. Se puso en pie, contoneándose como si acabara de conquistar el puto mundo. Pero al girarse, se detuvo en seco.

— ¿Quién eres tú? —inquirió.

CAPÍTULO 14

MATTEO

Yelena agarró a Grace del pelo y le estampó la cara contra el borde de la mesa. El golpe retumbó incluso con la música de fondo, seguido del chillido ahogado de Grace y los gritos histéricos de sus amigas.

—Ups —soltó Yelena, alzando las manos con una inocencia falsa.

Grace se llevó las manos a la cara histérica. La sangre se deslizaba entre sus dedos mientras balbuceaba algo incomprensible y Salva, Enzo y Bruno intentaban ayudarla. Yo ni siquiera me moví. Me quedé mirando a Yelena, jodidamente fascinado.

Me había dado cuenta de que Yelena tenía carácter incluso antes de la conversación con su padre; la bofetada habló por sí sola. Y ahora no tenía ninguna duda de que no era la mujer insulsa que intentaron vendernos. Pero ni en un millón de años imaginé que se plantaría en Modesta para romperle la puta nariz a Grace. No llegaba a comprenderlo. Ni el caos a nuestro alrededor, ni la escena de sangre, ni las miradas que empezaban a volverse hacia nosotros lograron apartarme de ella y de esos ojos avellana que me atravesaban con un odio frío y cortante.

Una sonrisa tiró de la comisura de mis labios mientras la presión en mis pantalones aumentaba. La rabia le sentaba jodidamente bien.

—Así no tendrá que fingir un orgasmo —espetó Yelena, arqueando una ceja y cruzándose de brazos sin apartar la vista de mí—. Le he ahorrado una decepción.

Me borró la sonrisa de una. No porque creyera una maldita palabra. Sabía cuándo una mujer fingía y lo que Yelena había tenido entre mis brazos no había sido ni de lejos una actuación. Lo que

pasó entre nosotros fue jodidamente real. Así que, si quería jugar a eso, perfecto. Porque iba a follármela tan duro que no solo se tragaría sus palabras, también ese orgullo que la mantenía con la barbilla en alto.

Yelena le dedicó una última mirada a Grace antes de girar sobre sus talones y marcharse igual que había llegado.

Grace seguía sangrando a chorros, gimiendo entre las manos de Bruno y Enzo como si se estuviera muriendo, mientras Salva me gritaba algo que no alcanzaba a oír. Joder, podía caerse la puta barra entera, romperse todas las botellas y hasta derrumbarse el techo, y yo no me habría enterado. Lo único que me importaba era Yelena y su maldito culo saliendo por la puerta.

Me puse en pie y fui tras ella sin pensarlo.

Al salir de Modesta, la vi dirigirse hacia las motos aparcadas al otro lado de la acera. Hacia *mi* moto.

Me quedé clavado en el sitio.

— ¿Cómo diablos…? —murmuré entre dientes.

Yelena se subió a la moto, acomodándose el casco, y se inclinó sobre el contacto. Nuestras miradas chocaron un segundo eterno antes de que bajara la visera, cortando el hilo que me mantenía atado a ella. Entonces giró la cabeza hacia la carretera, hizo rugir el motor y, un instante después, desapareció tragada por la oscuridad de la noche, llevándose mi puta moto y la poca calma que me quedaba.

Tardé una fracción de segundo en reaccionar. Rodeé Modesta y corrí hacia la moto que había dejado en la parte trasera del club. El rugido del motor destrozó el silencio de la calle mientras me lanzaba tras ella.

El viento me golpeaba la cara y las luces de la ciudad pasaban como destellos fugaces. Cada vez que creía tenerla cerca, Yelena se colaba entre el tráfico con una facilidad que me hacía maldecir. La muy cabrona no solo sabía conducir, sabía escapar. Y yo la iba a atrapar, aunque me dejara la vida en ello.

El recuerdo de sus palabras en Modesta me golpeó con más fuerza que el aire helado en la cara. *Fingir un orgasmo.* Como si conmigo… como si yo fuera incapaz de arrancarle uno de verdad. Me ardió la sangre.

Pisé el acelerador más a fondo.

Para cuando llegué al edificio, el ascensor ya estaba de vuelta al apartamento. Ni puta idea de cómo había conseguido entrar sin la tarjeta, pero lo averiguaría. Pasé la mía por el lector con los dientes apretados y esperé, sintiendo la rabia encajada en mi mandíbula mientras los números descendían. En cuanto las puertas se abrieron, entré y pulsé el botón de mi planta sin apartar la vista del panel digital.

Las puertas del ascensor se abrieron. Una línea de luz escapaba por la rendija de la puerta entreabierta. Crucé el salón, directo hacia la habitación, y me detuve en el umbral al verla.

Yelena estaba ahí, tan tranquila, como si no acabara de romperle la puta nariz a Grace ni de escupirme en la cara en Modesta. Ya no llevaba una de mis camisetas. No. Esta vez, un puto camisón de seda negro le envolvía el cuerpo perfilando sus pechos bajo el encaje. Mi polla se endureció al instante, presionando contra la cremallera con una punzada dolorosa.

Se volvió hacia la cama y, al apoyar la rodilla en el colchón, su mirada se cruzó con la mía. Los labios se le curvaron en una sonrisa lenta, dulce como el azúcar y afilada como un cuchillo.

—Vaya, qué pronto llegas hoy. —El sarcasmo empapaba cada palabra mientras fingía no tener ni puta idea de lo que estaba haciendo.

La sangre me rugió en los oídos.

—A la mierda. —Atravesé la habitación en zancadas y le agarré la mandíbula, aplastando mi boca contra la suya.

Sus labios se estrellaron con la misma furia que me recorría, intentando arrancarme el control a mordiscos. Pero no pensaba dárselo, ahora me tocaba a mí. Le rodeé la cintura con el brazo libre y la atraje hasta que su cuerpo se fundió con el mío, hundiendo los dedos en su espalda. Podía sentir como la temperatura de su cuerpo

ascendía cada vez que se arqueaba contra mi pecho, movida por la misma necesidad jodida que me carcomía.

Sus manos recorrieron mis hombros con urgencia, deslizándose por la tela de mi americana mientras nuestras bocas seguían chocando con violencia. Tiró de ella hacia atrás y el calor me recorrió entero, directo a la polla. Mis labios devoraban los suyos, cada vez más hambrientos, mientras mi brazo seguía clavándola contra mí. Pero entonces sus manos subieron a mi pecho y, en lugar de desnudarme, me empujó con fuerza, librándose de mi agarre.

Un segundo después, mi propia arma me apuntaba al pecho.

Levanté las manos despacio, tragándome la carcajada que me subía por la garganta incluso cuando el cañón de mi propia pistola me apuntaba directo al corazón. ¿Estoy mal de la cabeza por empalmarme aún más fuerte cuando mi mujer amenaza con matarme? Seguramente. Pero yo siempre he sido el maldito loco.

—Será mejor que la bajes —no me molesté en ocultar lo mucho que me estaba excitando aquello, no había forma de hacerlo, estaba tan duro que dolía—. Podrías hacerte daño, *principessa*.

—Deja de hablarme como si no supiera usar un arma —siseó, con los labios aún hinchados por nuestro beso y la respiración entrecortada. No podía negar que algo le había afectado—. No tienes ni idea.

Deslizó el pulgar por el seguro del arma y lo quitó con un chasquido. Joder, ese sonido casi me hizo correrme en el acto.

—Y deja de llamarme así —escupió—. Lo detesto.

Mi sonrisa se me ensanchó, dejando al descubierto mis dientes, provocando que sus cejas bajaran aún más. Me quité la americana con movimientos pausados, sin perder de vista ni un segundo el dedo que descansaba sobre el gatillo. Yelena no se movió, ni siquiera pareció dudar. Su postura continuó estable, atenta a cada uno de mis gestos.

—Mentira.

Antes de que pudiera replicar, me lancé hacia ella. Le atrapé la muñeca con una mano y alcé el arma hacia el techo para evitar un

accidente que, en el fondo, ninguno de los dos quería.

Un disparo retumbó en la habitación. La bala hizo saltar en pedazos la lámpara de cristal de la esquina. El sonido aún retumbaba en mis oídos cuando la empujé contra la pared y forcejeé por arrebatarle el arma. Pero joder, Yelena no era una muñeca de porcelana como había creído y estaba dispuesta a ponérmelo difícil.

Intenté girarle el brazo para que soltase la maldita pistola, sin dejar de medir mi fuerza. No podía arriesgarme a que el cañón apuntara ni a ella ni a mí, pero tampoco quería que saliera herida al intentar reducirla.

Me soltó una patada en la espinilla que no vi venir, arrancándome un gruñido ronco, y luego su rodilla subió directa a mi abdomen y tuve que bloquearla con el antebrazo sin soltar su otra mano. Aprovechó ese respiro para impulsarse hacia atrás buscando liberarse, pero no se lo permití. Utilicé su propio impulso para empujarla contra la pared y acorralarla. Intentó girarse, pero choqué con ella de lado y la empujé de nuevo, cerrándole el paso con el pecho.

— ¡Suéltame!

Me soltó un codazo directo a las costillas. El aire se me escapó en un jadeo y me doblé por reflejo.

—Tú primero, *principessa* —siseé.

Su puño voló hacia mi mandíbula, pero logré atraparlo al vuelo con la mano libre. Sus músculos se tensaron bajo mi agarre. El cañón seguía apuntando lejos de nosotros, y así iba a quedarse. No iba a permitir que una jodida bala nos reventara a ninguno de los dos.

Yelena soltó un grito furioso y volvió a la carga con la maldita disciplina de un soldado entrenado, arrancándome un rugido bajo cuando casi me disloca el hombro con una llave que ningún civil debería saber usar.

— ¡Maldita sea! —gruñí, zafándome a duras penas de su agarre.

Un dolor me atravesó la muñeca que sostenía el arma. No podía ser cierto. Giré la cabeza hacia ella, mirándola incrédulo.

— ¿Me acabas de morder?

— ¡Sí! —espetó, girando sobre sí misma para intentar escapar por mi lateral.

— ¡Se acabaron los jueguecitos! —Enganché su pierna con la mía y la derribé, lanzándome con ella sobre la cama.

El colchón absorbió el impacto con un golpe sordo. No le di un respiro. Me lancé sobre ella impidiendo que se girase y le sujeté las muñecas contra el colchón, aplastándola bajo el peso de mi propio cuerpo.

—Estás tan preciosa cuando te enfadas, *principessa* —susurré contra su oído, dejando que mi aliento la rozara como una provocación más—. Pero si no aprendes a controlar esa ira, tienes las de perder. Créeme, hablo desde la experiencia.

Su grito de frustración vibró bajo mi pecho. Comenzó a revolverse desquiciada, pero solo consiguió que nuestros cuerpos encajaran más. Mi mujer no conocía el significado de rendirse.

— ¡Te voy a matar! —escupió.

— ¿Son celos eso que escucho?

— ¿Por ti? Jamás. —Intentó darme un empujón con el culo, pero solo logró arrancarme una risa.

Me incliné sobre ella, asegurándome de rozar con mis labios su oreja al hablar.

—Vas a tragarte tus palabras de antes, *principessa* —murmuré—. Y las de ahora. —Arrastré sus muñecas por las sábanas, intentó resistirse, pero logré inmovilizarlas con una sola mano por encima de su cabeza. Luego deslicé los dedos por su cintura, lento, calculado, saboreando cada milímetro de su piel mientras mi aliento le acariciaba la nuca—. Y te va a encantar.

Giró su rostro para mirarme. Y esa mirada... Dios, era puro fuego.

—Vete al infierno —siseó, temblando cada vez que mi mano bajaba más.

—Ya estoy en él, querida. Y se siente jodidamente bien.

Deslicé la mano entre su cuerpo y el colchón hasta encontrar su centro. Una sonrisa lenta se formó en mi rostro al encontrarme con

lo que ya esperaba. El motivo de esa rabia descontrolada no era solo Grace.

—Vaya, vaya… —murmuré con la voz áspera, presionando la fina tela que la cubría—. Pero si estás empapada, *principessa*.

—Que te den —siseó con los dientes apretados.

Metí la mano en sus bragas y deslicé dos dedos entre sus pliegues, recorriéndolos con una lentitud deliberada de delante hacia atrás. El cuerpo de Yelena se tensó, aun así no puedo contener el jadeo tembloroso escapó de sus labios.

—No he dejado de preguntarme a qué sabrás. —Retiré la mano y me llevé los dedos a la boca para saborearla. Su respiración se tambaleó y vi sus pupilas dilatarse mientras me observaba. Joder, era tan dulce que ni en un millón de años me habría saciado de ella —. Deliciosa —murmuré contra mis propios dedos—. Dame el arma, *principessa*, y prometo que no vas ni a acordarte de cómo se respira.

—Púdrete —escupió, aferrando el arma con más fuerza.

Sonreí. Mi mujer era jodidamente perfecta.

—Probemos otra vez.

La rodeé de la cintura, girándola sobre la cama y quedando entre sus piernas. El frío del metal chocó contra mi estómago. Eché un vistazo al arma que ahora me apuntaba y luego alcé los ojos hacia su rostro, encontrándome con ese brillo de deseo mezclado con odio bailando en sus pupilas.

Una sonrisa lenta se abrió paso en mis labios mientras me llevaba las manos despacio hacia los botones de la camisa, deslizando los dedos uno por uno. Su pecho subía y bajaba cada vez más rápido, pendiente de cada movimiento. Cuando terminé, me la quité de un tirón y la lancé a un lado. Su mirada bajó hacia mis pantalones y luego volvió a mis ojos, haciendo que mi sonrisa se ensanchara.

—Primero el arma —exigí en un tono pausado. Yelena no se movió ni un milímetro—. Como quieras —comencé a retirarme. No es que pensara dejarlo ahí, pero tenía que darle un aliciente. Tras un par de segundos, soltó un resoplido frustrado y la vi bajar la pistola. Sonreí,

alargando la mano para quitársela pero la apartó a un lado sin permitirme tocarla.

—Ya sabes lo que quiero.

¡Madonna Santa! Mi polla se sacudió con violencia al escucharla decir esas palabras. Esta mujer iba a ser mi perdición, si es que no lo era ya.

Me desabroché el cinturón conteniendo el impulso de arrancármelo de cuajo y me quité los pantalones liberando la dolorosa erección que ella misma había provocado.

—Tu turno. —Alargué la mano de nuevo. Yelena alzó el mentón desafiante y, al fin, me entregó la pistola. En cuanto el metal tocó mi palma, le arranqué las bragas de un tirón y me coloqué entre sus piernas, alineando mi erección contra su centro.

Una sonrisa torcida asomó a sus labios antes de cerrarme con fuerza las piernas alrededor de la cintura. Mi espalda golpeó el colchón y ella cayó encima, anclando las rodillas a ambos lados de mi cuerpo. Mi mano reaccionó sola, apuntándole al vientre con el cañón de la pistola. Me sostuvo la mirada, con la respiración tan agitada como la mía. Y entonces se movió, balanceando sus caderas en un vaivén lento, hipnótico, frotando su sexo contra mi erección con una provocación jodidamente deliciosa que me arrancó un gruñido.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, arrastrado por la visión de su cuerpo y la sensación cálida y húmeda que recorría toda mi longitud. Pero necesitaba más. Quería verla entera. Quería ver cada reacción de su cuerpo cuando la llevara al límite.

—Quítatelo —señalé el camisón de seda con el cañón de la pistola. Yelena obedeció sin rechistar, sacándolo por la cabeza y quedando completamente desnuda encima de mí—. Ahora quiero ver cómo me montas, *principessa*.

Detuvo el movimiento y un brillo desafiante cruzó sus ojos.

—Ahora —ordené, presionando el cañón contra su pecho.

Tras unos segundos, se movió sobre mi erección y comenzó a descender lentamente, entreabriendo sus labios con un suspiro de

placer mientras la llenaba.

«Demasiado lento».

Alcé mis caderas entrando de un solo empuje sin dejar que terminara de bajar por su cuenta. Su cuerpo se arqueó en un reflejo perfecto, y ese gemido profundo que le escapó de la garganta me atravesó como una descarga directa a mis pelotas. Gruñí entre dientes, moviendo las caderas contra ella.

—Eres mía.

—Y tú eres imbécil —jadeó, intentando marcar un ritmo más rápido, resistiéndose a seguir el mío.

Joder, era perfecta.

Golpeé con fuerza, hundiéndome hasta el fondo y arrancándole un gemido profundo que ni ella pudo contener. Presioné el cañón entre sus pechos mientras mi otra mano se cerraba con más fuerza sobre su cadera, obligándola a seguir el ritmo lento de mis embestidas. Me moví sin compasión, enterrándome hasta el fondo una y otra vez, despacio, obligándola a sentir cada maldito centímetro de mí, queriendo borrar cualquier pensamiento que no fuera yo. Solo nosotros, el sudor, el metal y el sonido húmedo de nuestros cuerpos chocando una y otra vez. No me detuve hasta que sus movimientos se mezclaron con los míos y su cuerpo se inclinó sobre el mío dejándose llevar por fin.

—Así… —susurré hipnotizado por sus ojos cada vez que me hundía en ella y esa chispa de placer los iluminaba—. Buena chica.

El último empujón la hizo estallar. Un grito rasgó su garganta y echó la cabeza hacia atrás, clavándome las uñas en el abdomen justo cuando se quebró sobre mí. Sentí cómo sus paredes se contraían alrededor de mi polla, apretándome sin piedad, arrastrándome con ella a ese infierno delicioso.

—Joder… —gruñí, perdiendo el control mientras embestía más hondo, incapaz de detenerme.

La atraje hacia mí, sujetándola por la nuca, y devoré su boca mientras me vaciaba dentro de ella, rugiendo contra sus labios al dejarme llevar por la misma tormenta que la consumía.

Aun jadeando, se enderezó y apoyó las manos sobre mi pecho dejando que el cañón de la pistola se deslizara perezosamente sobre su piel. Permanecimos así, mirándonos, hasta que nuestros pulmones recuperaron el ritmo. Entonces, me di cuenta de que la pistola tenía puesto el seguro. Una carcajada seca y grave me brotó de la garganta. Yelena era un peligro delicioso y tentador, y por algún giro del destino, era toda mía.

—Maldita rusa… —susurré, dejando caer la pistola al suelo con un golpe seco.

—Jódete, italiano —replicó, con la voz ronca y el orgullo brillando en sus ojos.

Moví las caderas despacio, arrancándole un gemido ahogado al girarnos sobre la cama sin salir de ella. La besé, invadiendo su boca con la lengua mientras mi mano tanteaba a ciegas la mesilla. Abrí el cajón con cuidado, asegurándome de que no escuchase el tintineo del metal y continué deslizando mis labios por su mandíbula, lamiendo y besando todo el recorrido hasta su cuello.

Podía notar como se mojaba de nuevo.

Volví a mover mis caderas con suavidad, manteniéndola atrapada justo donde la quería y llevé sus manos hacia atrás con un movimiento perezoso, fingiendo que todo seguía siendo parte del juego. Cuando sintió el frío de las esposas cerrarse en torno a sus muñecas, giró la cabeza de golpe.

Click.

— ¿Va en serio? —me espetó.

Le dediqué una sonrisa, saliendo de ella despacio y arrancándole uno de esos deliciosos jadeos.

—Siempre voy en serio, *principessa*. Siempre.

CAPÍTULO 15

YELENA

Será malnacido.

Me dejó esposada al cabecero de la cama toda la noche mientras él dormía plácidamente a mi lado. Y por si fuera poco, dejó el arma en la mesilla de noche de mi lado. No había dejado de mirarla en toda la noche, hasta el maldito trozo de metal se burlaba de mí. Iba a matarlo, de verdad que sí, no sé porque no lo hice. Bueno sí. Porque si lo hacía, el plan de mi padre se iría a la mierda. Pero al menos me desquité con él. Lo que no entraba en mis planes era acabar acostándome con él.

Me revolví en más de una ocasión, tirando de las esposas con la absurda esperanza de que cedieran por arte de magia. Quería matarlo, y Matteo ahí, durmiendo a pierna suelta. Tenía los brazos entumecidos, la espalda tensa y el cuerpo agotado, pero el sueño no llegaba. Intenté patear a Matteo, aunque en mi posición apenas llegué a rozarlo, porque se había mantenido en el otro extremo de la cama, bien alejado de mí.

—Hijo de… —bufé, volviendo a mirar la ventana.

Golpee la lengua contra el paladar. Las luces de Nueva York se filtraban sutilmente entre las cortinas oscuras pero seguía sin verse una mierda. Todo estaba en penumbra y yo seguía más despierta que un búho con sobredosis de café.

Volví a revolverme soltando un grito de frustración, pero Matteo ni se inmutó. Nada. Ni un gruñido, ni un cambio en su respiración. No podía ser que estuviera dormido con el jaleo que estaba montando a su lado, debía estar fingiendo.

***

Las primeras luces del amanecer se colaron por la abertura de las cortinas. Cerré los puños con fuerza, clavándole la mirada a Matteo. En cuanto abriera los ojos, me iba a oír.

La alarma de su móvil comenzó a sonar y Matteo se movió por primera vez en toda la noche. Alcanzó el móvil con movimientos perezosos, la apagó y se giró hacia mí. La sonrisa engreída en su rostro fue la gota que colmó el vaso.

— ¿Has dormido bien, *principessa*? —preguntó con una voz de pura satisfacción.

—De maravilla —espeté con sarcasmo—. Ahora suéltame.

—Mmh, creo que no… te has portado muy mal —murmuró, con ese tono adormilado y jodidamente irritante.

Se levantó, sin prisa, completamente desnudo, porque claro, habíamos vuelto a hacerlo después de que me esposara al cabezal de la cama. Paró para recoger los trozos de la lámpara habían salido volando con el disparo, y luego me llevó al límite otra vez, y otra, y otra más hasta que mi cuerpo estuvo tan agotado que sentí que iba a desfallecer. Entonces pensé que me soltaría, pero no, no lo hizo. Simplemente se giró y se quedó dormido aprovechando que yo no era ni capaz de procesarlo.

«Maldito bastardo».

Matteo se desperezó, estirándose sin vergüenza alguna, y se encaminó hacia el baño ignorándome por completo. Mis ojos lo siguieron, contra mi voluntad. Recorrieron la musculatura esculpida de su espalda, la forma en que sus hombros se tensaban con cada movimiento, la línea firme de su cintura… hasta detenerse en un pequeño tatuaje en su nalga. Algo insignificante, y ridículo. Alcé una ceja. ¿Eso era un Mickey Mouse?

Me pasé la lengua por el labio inferior, sin darme cuenta de que lo hacía, observándolo hasta que desapareció tras la puerta.

— ¡Necesito ir al baño! —exclamé, volviendo a tirar de las esposas. La vejiga me iba a explotar a este paso.

El sonido de la ducha se filtró por la puerta entreabierta del baño.

— ¡Matteo! —grité. Volví a forcejear con las esposas hasta que otro grito de frustración salió de mi garganta—. ¡Te voy a matar!

Cuando por fin salió, tenía el cabello húmedo peinado hacia atrás en un desorden perfecto, con mechones rebeldes que se resistían a quedarse en su sitio por más que se pasara los dedos, y una toalla colgaba de su cintura apenas asegurada sobre sus caderas.

Mi mirada fue directa a él como las abejas a la miel, recorriéndolo con los ojos desde sus pectorales y bajando por esos malditos abdominales marcados. Matteo no es solo una cara bonita, es la clase de hombre atractivo capaz de atraer miradas, y más aún en toalla. Y, cómo no, él era muy consciente de ello. No me pasó desapercibida la mirada de reojo de suficiencia que me echó al darse cuenta de que inconscientemente me lo comía con los ojos.

Se metió en el vestidor. Eché la cabeza hacia atrás apoyándola en el maldito cabezal con un resoplido. No sé cómo iba a explicar esto. En realidad, no hacía falta, ni Viktor ni mi padre tenían porque saber todos los detalles. Y ni en sueños iba a contarle a mi hermano el poco reparo que había tenido al acostarme con Matteo. Esta aventura no vería la luz. Aunque técnicamente, al estar casada con él no se consideraría una aventura.

Sacudí la cabeza.

De todos modos, cuando diéramos con Yuri y todo esto hubiera acabado, Matteo volvería a ser el enemigo. No debía olvidarlo.

Matteo reapareció minutos después, con uno de sus malditos trajes impecables que le quedaban como un guante. Llevaba los primeros botones de la camisa abiertos, dejando a la vista una franja de piel donde me habría encantado clavarle los dientes.

«Ese es el espíritu, Yelena».

—Matteo, suéltame. Necesito ir al baño —le dije volviendo en mí. Odiaba tener que rogarle, pero si no lo hacía me acabaría meando encima.

Matteo se acercó lentamente, ladeando la cabeza mientras me evaluaba con descaro. Sus ojos recorrieron mi cuerpo desnudo con hambre y ese calor líquido volvió a arremolinarse en mi centro a una velocidad insultante. Luego, con una lentitud exasperante, tomó su

arma de la mesilla y la colocó en el arnés oculto bajo la americana. ¿Podía ser más insufrible?

—Di las palabras mágicas y puede que lo haga —se burló.

Mis dientes se apretaron con tanta fuerza que creí que se partirían.

— ¿Por favor? —sisee.

— ¿Cómo dices? No te he oído bien.

—Por favor —repetí, esta vez más alto. Dios, quería matarlo.

Dio la vuelta a la cama sin apartar los ojos de mí, con esa burla implícita en su mirada que me provocaba ganas de escupirle a la cara. Abrió el primer cajón y tomó la llave, volviendo a mi lado con toda la tranquilidad del mundo.

— ¿Puedes darte prisa?

—Oh, por supuesto —se mofó, quitándome una de las esposas a la velocidad de un caracol en coma.

Liberé la mano en cuanto el metal cedió. Un hormigue recorrió mi brazo al bajarla a su posición natural mientras Matteo manipulaba mi otra mano quitándola de los barrotes del cabecero.

—La mano —exigió sin soltarme.

— ¿Qué? —Lo miré, boquiabierta. No podía estar hablando en serio.

—La mano, *principessa*. No me voy a arriesgar.

Respiré hondo para no lanzarme a su cuello como me pedía mi cuerpo y le dediqué la mejor de mis sonrisas antes de darle la mano con una dulzura venenosa. Me esposó de nuevo y tiró de la cadena con firmeza, obligándome a levantarme. Mi cuerpo chocó contra el suyo, aplastando mis senos contra su pecho. Quise apartarme, pero me lo impidió con otro tirón manteniéndome en el sitio.

— ¿Debería entrar contigo? —susurró, deslizando un dedo por mi cintura en una caricia descarada.

—Atrévete y te prometo que la próxima vez no fallaré el tiro —lo amenacé. Estaba furiosa con él, pero no soy estúpida, sabía que no podía deshacerme de Matteo aún, lo que no significaba que no pudiera herirlo por haberse ido con esa rubia de bote.

Matteo se rio, una risa ligera, juguetona que se filtró por mis huesos enviando un escalofrío a través de mi columna y que me hizo querer abofetearlo. Soltó la cadena dejando que por fin diera un paso atrás para alejarme de él, y con una impunidad pasmosa, me dio una palmada en la nalga antes de darme un suave empujón en dirección al baño.

Mierda, no sé qué diablos me había hecho, pero me dolía todo el cuerpo.

— ¿Puedes caminar? Te veo un poco dolorida.

Me detuve en la puerta del baño antes de cruzarla y me gire plantándole un dedo.

—Vete al infierno.

Cerré la puerta de una patada antes de poder ver su maldita sonrisa, es lo último que necesitaba en ese momento.

Con las esposas no podía ni ducharme, y lo único que quería era borrar cualquier rastro de lo que habíamos hecho la noche anterior. No porque lo lamentara, qué más quisiera, sino por puro despecho. Porque había sido el mejor maldito sexo de mi vida.

Terminé de asearme como pude y volví a salir del cuarto de baño con la cabeza en alto. Matteo seguía donde lo había dejado, esperándome con la paciencia de un santo y la sonrisa de un demonio. Su mirada me recorrió sin disimulo, haciéndome apretar los puños. No iba a darle el gusto de que me avergonzara. Me acerqué a él sin agachar la cabeza y me detuve tendiéndole las muñecas harta de su jueguecito.

—Suéltame —exigí.

Matteo arqueó una ceja, divertido, antes de esbozar una sonrisa lenta y burlona. No dijo nada. Simplemente tiró de la cadena de las esposas con un movimiento seco y me atrajo hacia él.

El mundo giró de repente.

— ¿¡Pero qué narices haces!? ¡Suéltame! ¡No tiene gracia! — pataleé al verme en el aire, retorciéndome antes de que mi cuerpo volviera a tocar el colchón.

El clic metálico de las esposas me hizo querer gritar.

— ¿Piensas dejarme aquí todo el día? —pregunté con los ojos ardiendo de rabia.

Matteo se inclinó sobre mí dejando su rostro a centímetros del mío, con esa sonrisa insolente que me hervía la sangre. Odiaba sus sonrisitas, era tan…tan…insufrible.

—Solo hasta que aprendas la lección, *principessa*. No te preocupes, no dejaré que nadie entre mientras no estoy. Todo esto —presionó uno de mis pechos con su mano—, es solo mío —antes de apartar la mano, pellizcó mi pezón, y tuve que apretar los labios para contener un gemido.

Matteo bajó la mirada a mis labios por una fracción de segundo, y sin darme tiempo a reaccionar, presionó su boca contra la mía en un beso feroz y posesivo. La rabia explotó en mi pecho al escucharme gemir cuando su lengua acarició la mía. Abrí más la boca, dejándolo profundizar el beso con la única intención de morderle la lengua, pero cuando lo hice, lo único que salió de él fue un gruñido sexy que pareció encenderlo aún más y a mí con él. Luego el muy cabrón se apartó, dejado un suave mordisco en mi labio.

—Buen intento, *principessa*. Vamos a necesitar tener una conversación sobre lo que me excita y lo que no porque te veo muy perdida. Sin duda, que me muerdas lo hace —susurró volviendo a acercarse a mis labios—. En seguida vengo. No te muevas de aquí —se burló.

Se enderezó y salió de la habitación, dejándome ahí plantada, esposada a la cama y desnuda, con el recuerdo de sus dedos sobre mi piel y el sabor de su boca en la mía. Cuando volvió a aparecer unos minutos más tarde, traía una bandeja con una tostada y un café. Me quedé mirándolo incrédula. ¿Ahora pretendía alimentarme?

El colchón se hundió bajo su peso al sentarse a mi lado. Colocó la bandeja sobre sus piernas y, con toda la tranquilidad del mundo, me acercó la tostada a la boca.

— ¿En serio? —bufé, mirándolo aún sin poder creérmelo.

—No sabía si te gustaba la mermelada. ¿Te gusta?

Apreté los labios sintiendo mi pecho subir y bajar con fuerza.

—Lo tomaré como un sí. Abre.

—Te voy a matar —lo amenacé.

—Así no conseguirás que te suelte, *principessa* —se burló—. Abre.

Me mordí la lengua para no decirle lo que pensaba y abrí la boca tomando el bocado que me ofrecía. La humillación definitiva.

Cuando se marchó de nuevo, mi mirada se fijó en la puerta.

«Lo mato. Lo mato en cuanto vuelva».

CAPÍTULO 16

MATTEO

— ¿Para qué querías que viniera? ¿Ha pasado algo? —preguntó César en cuanto las puertas del ascensor se abrieron.

Di un último trago a mi taza de café y la dejé en el fregadero antes de dirigirme hacia él. Yelena se había comido todo el desayuno que preparé para ella; tampoco le quedó otra. No sabía cuándo volvería a casa, mi jodido padre quería que nos pasáramos por la tarde de nuevo y no podía dejar que se muriera de hambre todo el día. La había dejado desnuda y no permitiría que nadie entrase a esa habitación.

—Sí, necesito que te quedes aquí hasta que solucione unos asuntos —pasé por su lado y me metí dentro, girándome hacia él, manteniendo el botón presionado para que las puertas no se cerraran—. Yo avisaré a Bastian.

César arqueó una ceja a punto de decir algo pero no le di tiempo a hacerlo.

—Yelena está en la habitación. Ni se te ocurra entrar —le advertí lanzándole una mirada amenazante—. Y si sale en algún momento, avísame. —Era imposible que lo hiciera, pero no podía descartarlo.

Su expresión pasó del desconcierto a la sospecha.

— ¿Cuántas horas has dormido? —preguntó, dando por hecho que mi insomnio crónico era el único culpable de mi agitación. Era cierto que no había dormido mucho esa noche, pero esta vez la culpable era la *principessa* rusa que había dejado esposada y desnuda en mi habitación, no ese sueño.

No tenía tiempo de explicarle nada en ese momento, tenía prisa. Prisa por descubrir la verdad detrás de mi encantadora mujercita.

Solté el botón y, justo antes de que las puertas se cerraran, lo señalé con el dedo.

—Lo digo en serio, César. Ni se te ocurra entrar ahí o te arrancaré los ojos con una cuchara.

El me devolvió el gesto con el ceño fruncido, seguramente pensando que definitivamente me había vuelto loco. Le dediqué una última sonrisa y las puertas se cerraron. Descendí hasta mi aparcamiento privado. Al salir, mis pasos me llevaron directo a la moto que Yelena me había robado la noche anterior.

Me agaché, inspeccionando el desastre de cables que había dejado.

—Qué demonios… —murmuré para mí mismo.

Un puente. Le había hecho un jodido puente. Y por si fuera poco, no se trataba de una chapuza cualquiera, sabía lo que hacía. Enderecé la espalda, pasándome los dedos por la fina barba que cubría mi mandíbula. En fin, en volver lo arreglaría. Me dirigí hacia otra de mis motos, me coloqué el casco y, sin perder más tiempo, salí disparado hacia Modesta.

Aparqué en el estacionamiento de atrás y entré por la puerta de servicio. Aún estaban limpiando el desastre de la noche anterior. Algunos de los muchachos alzaron la cabeza al verme, haciéndome un leve gesto en señal de respeto y, como siempre, los ignoré dirigiéndome directo al almacén junto a la barra. Tiré de la estantería que ocultaba las escaleras del sótano y descendí. La puerta se cerró detrás de mí con un golpe seco que retumbó en el pasillo. Al llegar a la puerta de la oficina al otro lado del pasillo, introduje el código en el panel y giré la manija tras el pitido.

—Por fin apareces —Salva me dirigió una mirada cargada de fastidio, de pie al lado de Bastian con los brazos cruzados—. ¿Se puede saber a dónde te largaste anoche?

—Sí, tuvimos que llevar a Grace al hospital —se quejó Bruno desde el sofá—. Estaba histérica, y Grace histérica es insoportable.

—Sabía que podía confiar en vosotros —respondí con una sonrisa despreocupada. Deslicé las manos en los bolsillos y fijé la mirada en

Enzo ignorando lo que tuvieran que decir sobre Grace—. Necesito todo lo que puedas encontrar sobre Yelena.

El suspiro de Bastian me hizo girar la cabeza en su dirección. Me miraba con evidente cansancio, pellizcándose el puente de la nariz.

— ¿Cuánto has dormido hoy?

Ya era la segunda vez que escuchaba eso. Lo cierto es que una vez acabé con Yelena dormí… lo que quedaba de noche. Joder ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que dormí tanto. Quizás por eso estaba de tan buen humor.

—Toda la noche como un bebé —solté—. Bueno, más o menos. He estado ocupado. —Ocupado con una mujer que era puro fuego.

La mirada de Bastian dejaba claro que no me creía. Y no lo culpo, yo tampoco me creería.

Me encogí de hombros con una sonrisa y volví a mirar a Enzo.

—La información.

— ¿Puedes explicarme qué mierda ocurrió ayer? —intervino Bastian con ese tono frío con el que había nacido.

— ¿No te lo han contado? —respondí sin inmutarme.

—Sí, pero quiero oírlo de tu boca.

Me giré lo justo para encontrar su mirada, seria, fría y calculadora, de esas que no me afectaban, pero aun así no se las ahorra ni conmigo.

— ¿Quieres la versión larga o la corta?

—Sin rodeos, Matteo.

—Digamos que Yelena no se tomó muy bien conocer a Grace —hice una pausa recordándolo, no lo que le hizo a Grace, sino lo que vino después. Lo de anoche fue otra liga, y eso ya es decir, porque no recuerdo cuándo fue la última vez que pasé una noche sin una mujer. Bueno, sí, desde que me casé con Yelena y terminamos en el gimnasio, pero aquello solo fue un anticipo comparado con lo de ayer. Solo de pensarlo, quería regresar a casa con ella cuanto antes —. Ah, y me ha jodido una de mis motos —agregué, no podía dejar que notaran hacia dónde iban realmente mis pensamientos.

—No muy bien, dice… —bufó Enzo—. Le rompió la jodida nariz.

—Grace llevaba tiempo queriendo hacerse un retoque —bromeé, pero nadie se rio. Suspiré ante la falta de humor y volví a girarme hacia Enzo, señalando el portátil cerrado sobre el billar—. La información.

Enzo alzó una ceja, mirándome con la misma expresión que tendría si me hubiera salido otra cabeza. Sus ojos se movieron a un punto detrás de mí, pidiéndole permiso a Bastian y luego volvió a mirarme. Cómo odio cuando hacen eso.

—Creía que no tenías interés en ella.

—Y no lo tenía, hasta anoche —hice otro gesto hacia el portátil con las cejas levantadas.

Enzo resopló y lo abrió, inclinándose sobre el billar mientras comenzaba a teclear.

—No tiene redes sociales si es lo que estás buscando —dijo tras una primera búsqueda rápida.

Me acerqué al billar y le quité el portátil de las manos bajando por el buscador. Nada, no había absolutamente nada sobre ella.

— Dijo que estaba estudiando. Quiero saber qué. —Le devolví el portátil prácticamente tirándoselo sobre la mesa. Enzo chasqueó la lengua y volvió a inclinarse sobre el billar.

— ¿Quién trajo a Yelena anoche? —dijo Bastian. Miré a mi hermano, ya estaba otra vez con la puñetera pelota de gomaespuma de una mano a la otra.

—Nadie. Vino por su cuenta —contesté.

— ¿No has puesto hombres que la vigilen? —intervino Salva, mirándome como si hubiera perdido la cabeza—. Estamos en guerra, Vasilyev podría volver a atacar. Si algo le ocurriera, podríamos tener problemas con Ivanov.

—Dudo que algo pueda ocurrirle a su hija. —Volví a mirar hacia el portátil. Tenía mis sospechas de que Nikolai no había sido del todo sincero respecto a Yelena, ni siquiera cuando estaba borracho y no dejaba de hablar de ella orgulloso. Pero necesitaba confirmarlo. Necesitaba descubrir qué era exactamente lo que nos habían ocultado.

—El objetivo de la otra noche era Yelena, no nosotros ni la Bratva —continuó Bastian, captando por fin toda mi atención—. Uno de los rehenes que Nikolai retiene en su casa habló anoche. Viktor Ivanov ha llamado esta mañana.

Mi cuerpo se tensó.

— ¿Querían matarla para evitar la alianza?

—No. Según Viktor, Yuri Vasilyev lleva años interesado en Yelena —explicó Salva—. Pero su padre no es estúpido. Sabe que unir su familia con la de los Vasilyev podría traerle la ruina, y a nosotros tampoco nos conviene.

La simple mención de Yuri me heló la sangre. ¿Yelena, en manos de ese bastardo? Jamás lo permitiría.

—Es cierto —confirmó Bastian—. Si Yelena se hubiera casado con él, Yuri no habría dudado en quitarse de en medio a Nikolai y a Viktor para hacerse con los negocios de su Bratva. Su familia lleva años interesada en Nueva York y mientras los Ivanov controlen el negocio aquí, Vasilyev no puede operar.

Me daban igual los negocios. Mis dientes rechinaron al imaginarlo con ella. La sola idea de sus manos en su piel, de su boca reclamando la de Yelena, de su voz susurrándole lo que solo yo podía oír de sus labios… me hacía hervir la sangre. Ella ahora era *mía*. Aunque me odiara y me desafiara intentando mantenerme a raya con esa lengua afilada que me hacía perder la cabeza. No importaba. Lo había decidido anoche, incluso antes de encontrármela en la habitación con ese camisón de seda que dejaba poco a la imaginación. Lo hice en cuanto puso un pie en Modesta. Y no dejaría que ningún otro hombre volviera a tocarla jamás.

—Pero ahora soy yo el que está casado con Yelena, no él. —Me apoyé contra la mesa de billar, forzando la sonrisa en mis labios como si no fuera más que eso, un matrimonio cualquiera.

—Y eso te convierte en su objetivo también —respondió Bastian—. A partir de ahora llevarás escolta. Y Yelena también.

Solté un bufido.

—César está con ella ahora —dije, forzándome a centrarme en la conversación y no en la imagen que me venía a la mente de Yelena desnuda y esposada a la cama esperándome. Estaría tan cabreada cuando regresara a casa, tan llena de esa rabia descontrolada que tanto la encendía, lo estaba deseando.

—No es suficiente. Mandaré a más hombres a vigilar tu apartamento. Y a partir de ahora, Bruno y Enzo se turnarán para ir contigo, y por las mañanas vendrás conmigo y Salva en el coche.

Chasqueé la lengua. Lo que me faltaba, tener a alguien pegado al culo todo el jodido día. No me gustaba la idea de la escolta, pero sabía que Bastian no iba a dar su brazo a torcer. Tendría que deshacerme de Enzo y Bruno. Y en cuanto a Yelena… mejor que no saliera por el momento.

—Matteo llevaba razón… —soltó Enzo. Todos giramos la cabeza hacia él—. He encontrado algo en un foro, pero no vais a creer el qué.

Giró el portátil hacia nosotros. La imagen de Yelena apareció en la pantalla con un fusil de asalto colgado de un hombro. Vestía ropa militar de la cabeza a los pies y el pelo recogido en una cola alta que dejaba al descubierto su oreja llena de *piercings*, *piercings* que no le había visto llevar en ningún momento y que rompían del todo esa imagen sumisa que habían querido dar. Y joder, a mi polla le gustaba demasiado lo que mis ojos veían.

Mi vista voló en la figura masculina a su lado. ¿Su *profesor* tal vez? Me pasé la lengua por los dientes. ¿Cómo de difícil sería matar a un militar?

—Antes de vuestra boda, formaba parte de las fuerzas especiales —añadió Enzo con una calma tan absurda que por poco me reí.

Bastian se volvió hacia mí. Tenía la mirada oscurecida, como si ya supiera que estaba a punto de escuchar algo que no le gustaba. Me conoce demasiado bien.

— ¿Lo sabías?

—Oh no, pero sospeché que había algo extraño cuando anoche me quitó el arma y casi me revienta la cabeza de un tiro. —Por no hablar de nuestra pequeña pelea, pero eso me lo guardé para mí.

Bruno soltó una carcajada ahogada desde el sofá.

— ¿La *principessa* te desarmó?— lo fulminé con la mirada por atreverse a referise a ella de esa forma, solo yo podía hacerlo.

—Llámala así otra vez y te arranco la lengua—siseé.

Bruno alzó las manos, conteniendo una risa.

—Deberíamos haberla buscado cuando encontraste la *Beretta* —intervino Enzo antes de que diera un paso para partirle la cara a Bruno. Salvado por poco.

Bastian lo miró de reojo un segundo y después a mí. ¿No se lo comenté? *Mea culpa*. Se inclinó hacia delante con ese tic en su mandíbula que lo delataba y la pelota de gomaespuma casi desaparecida en su mano por la fuerza que ejercía sobre ella.

— ¿Qué has hecho con ella?

Apoyé la lengua en el canino reviviéndolo en mi mente. Había hecho tantas cosas con ella esa noche que no sabría ni por dónde empezar, tampoco es que quisiera entrar en detalles. Si fuera otra mujer no me habría importado, pero Yelena era solo *mía*, y sus suspiros, sus jadeos y sus gemidos eran todos *míos*.

—Me la follé. Y ahora está esposada al cabecero de mi cama.

Silencio.

Bastian cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, soltando una exhalación lenta. No sabía si lo hacía para controlar el alivio o las ganas de pegarme un tiro él mismo antes de que Vasilyev se llevara ese placer.

—Por eso está César allí —murmuró Salva, frotándose la frente con los dedos mientras su cabeza se movía de un lado a otro negando.

Sonreí, ladeando la cabeza.

—Creo que ya no quiero devolver a mi mujer, hermano. Ha resultado ser bastante entretenida.

Bastian me miró con ese brillo asesino que solo él sabía usar, pero no dijo nada.

CAPÍTULO 17

YELENA

Escuché voces al otro lado de la puerta. No sabía qué hora era exactamente, pero a juzgar por la oscuridad que se había instalado en la habitación, debía ser de noche. En cuanto Matteo pusiera un pie en la habitación, me iba a oír. Oh, sí. Pensaba recordarle hasta el último maldito minuto que había pasado ahí esposada, reducida a una prisionera muerta de hambre en mi propia cama.

Por la mañana, poco después de que Matteo se marchara tras humillarme al darme de comer igual que se alimenta a una mascota, también había escuchado murmullos al otro lado de la puerta, pero no me atreví a pedir ayuda. La sola idea de que alguien entrara y me encontrara esposada y desnuda, como un maldito trofeo en exhibición, era aún más humillante.

Lo había calculado a la perfección. Un golpe maestro para doblegarme sin necesidad de usar la fuerza. Fue un buen movimiento, lo reconozco. Inteligente. Frío. Estratégico. Pero eso no significa que no estuviera enfadada por su jugada, porque también fue rastrero.

Las voces se apagaron poco a poco y el silencio volvió a envolver la habitación. La tentación de gritar su nombre se hizo cada vez más fuerte, solo para ver si estaba allí. Pero por supuesto que no lo hice, no iba a darle la satisfacción de que pensara que lo había estado esperando todo el maldito día, que lo había hecho.

Inspiré hondo, ignorando la maldita presión de las esposas que me cortaban la circulación. Sí, en cuanto pusiera un pie en la habitación, se iba a enterar.

El clic de la cerradura rompió el silencio, y mi respiración se congeló al instante tensando mis músculos, listos para lo peor, porque cabía la posibilidad de que no fuera Matteo.

La luz de la habitación se encendió de golpe, obligándome a parpadear hasta que mi vista se adaptó. Al abrir los ojos de nuevo, vi a Matteo avanzando hacia mí con la tranquilidad de un depredador que vuelve con su presa después de dejarla sufrir. La americana y el arnés con su arma no estaban. Los había dejado fuera, como buen cabrón previsor que era, asegurándose de que no pudiera ponerle las manos encima. Lo que sí que llevaba era otra maldita bandeja con comida en sus manos.

El alivio recorrió mi cuerpo con tanta intensidad que me desplomé contra el colchón sin darme cuenta. El muy cabrón sonrió ante mi reacción, y fue suficiente para recordarme que estaba enfadada con él, no aliviada.

— ¿Te parece divertido dejarme así tirada todo el día? —le espeté con los dientes apretados—. Porque a mí no me hace ni pizca de gracia.

—Siento venir tan tarde, *principessa*, pero el día se ha complicado.

Su tono era relajado, casi indulgente.

—Imagino que tendrás hambre. —Se sentó en el borde de la cama con la misma naturalidad con la que lo había hecho por la mañana.

Mis ojos se posaron en la bandeja. Había un plato de pasta, probablemente traído de algún restaurante cercano porque no parecía la comida de Valentina.

Apreté los labios con fuerza.

—Puedes meterte la comida por donde te quepa —escupí cada palabra con rabia.

Matteo inclinó la cabeza, su expresión relajada se endureció por una fracción de segundo y sus ojos se oscurecieron evaluándome. Levanté el mentón, sosteniendo su mirada sin ceder ni un milímetro.

El delicioso aroma de la pasta flotó en el aire directo hacia mí. Olía demasiado bien y yo no había comido nada más desde que me había traído el desayuno por la mañana, y aunque me negaba a admitirlo,

mi cuerpo tenía sus propias opiniones. Mi estómago rugió, traicionándome en el momento más inoportuno. Matteo sonrió al instante. No. No sonrió. Se regodeó. Pude ver cómo toda esa arrogancia que lo envolvía se instalaba en cada línea de su rostro cuando tomó un poco de pasta con el tenedor y lo acercó a mis labios.

—Abre.

Me mordí la lengua sin moverme. Ni siquiera pestañeé. Mantuve la boca cerrada y los ojos clavados en los suyos con todo el odio que había guardado durante su ausencia. Si tenía que hacer una huelga de hambre para que me soltara de una maldita vez, entonces lo haría. Me rehusaba a ceder y a ser la muñeca sumisa que él esperaba que fuera. Pero, como siempre, Matteo parecía leer mis pensamientos aun cuando ni siquiera yo misma los tenía del todo claros.

Se humedeció los labios lentamente, saboreando la idea de mi desafío.

—Bien —murmuró al dejar el tenedor sobre el plato—. Si no quieres comer ahora, lo harás después. —Se inclinó hacia delante y dejó la bandeja sobre la mesa de noche junto a la cama—. Sabes, hoy he descubierto algo muy interesante sobre ti, *principessa.* —Su mano se posó sobre mi pierna, y los dedos comenzaron un recorrido lento hacia mis muslos.

Lo miré en silencio, con los labios apretados, concentrándome en cada palabra, y aun así maldije para mis adentro al notar el calor que comenzaba a formarse entre mis piernas.

—De todas las posibilidades que habían pasado por mi cabeza, nunca se me ocurrió pensar que antes de casarnos fueras militar.

Mis ojos se abrieron de par en par, y sentí la boca seca al instante.

—Verte con ese uniforme ha sido extremadamente revelador —susurró, dejando un beso lento sobre mi rodilla—. Y jodidamente sexy. —Alzó los ojos hacia mi rostro aún con su boca rozando mi piel y una sonrisa juguetona bailando en sus labios.

Tomé una exhalación de aire alzando el mentón, odiaba cuando me miraba así, al menos mi cerebro lo hacía, porque no podía decir

lo mismo de mi cuerpo.

—Ayer podrías haberme matado si hubieras querido. ¿Por qué no lo hiciste?

—No podía empezar una guerra —respondí cerrando con fuerza los puños.

La mano de Matteo continuó su ascenso, acariciando la cara interna de mi muslo con una lentitud que me provocó un hormigueo por toda la columna.

— ¿Solo por eso? —Se inclinó y dejó un beso en la parte interna de mi pierna esta vez arrancándome un suspiro tembloroso que escapó antes de que pudiera contenerlo. Matteo sonrió al oírlo, esa maldita sonrisa de depredador satisfecho que me ponía al borde entre el odio y el deseo.

Me negué a responder. No podía admitir que me dejé llevar por la rabia al notar como me había mojado por su beso, igual que me mojaba ahora con cada una de sus caricias. De hecho, el arma que le había robado del doble fondo del vestidor seguía bajo la cama.

Sus labios siguieron deslizándose sobre mi piel, besó mi rodilla de nuevo y luego arrastró su lengua lamiendo la parte trasera hasta llegar a la pantorrilla robándome el aire. No se detuvo hasta besar el talón de mi pie, la planta y, finalmente, los dedos, uno a uno, provocando que se curvaran involuntariamente.

—Nunca he querido una mujer sumisa. —Me sostuvo la mirada mientras sus labios rozaban la otra pierna, siguiendo el mismo recorrido que había hecho con la anterior—. Es muy aburrido.

Mi corazón latía tan fuerte que podía sentirlo retumbando en mis oídos.

—Entonces supongo que ya no tengo por qué fingir —murmuré, con la voz áspera. La idea de cerrarle las piernas alrededor del cuello y dejarlo fuera de combate me cruzó por la mente, pero mi cuerpo ya estaba atrapado en ese juego que él manejaba tan bien y se negó a responder a las órdenes que le mandaba mi cerebro.

Matteo levantó la cabeza para encontrar mi mirada. Tenía ese brillo peligroso en las pupilas que me advertía que iba a hacerme

toda clase de cosas y que iba a disfrutar cada segundo.

—No soportaría que lo hicieras, *principessa* —susurró—. Quiero verte tal y como eres.

Mi cuerpo entero se estremeció ante esas palabras. Matteo sonrió, y la furia y el deseo se mezclaron dentro de mí en una tormenta. Quería partirle la cara por tenerme así, pero al mismo tiempo, no quería que se detuviera.

—Tal vez lo único que quieres es una muñeca con la que jugar —dije. No tenía sentido fingir que no me afectaba como me tocaba, pero eso no significaba que fuera a dejarlo estar tan fácilmente y decirle *tómame, soy tuya*.

Matteo soltó una risa baja que me erizó la piel desde el cuello hasta los muslos.

— ¿Una muñeca, *principessa*? —sus labios bajaron hasta el interior de mi muslo, dejando un beso que me arrancó un suspiro tenso—. Si eres una muñeca, querida… eres la más jodidamente peligrosa que he tenido entre mis manos.

La cama se hundió bajo su peso cuando se acomodó entre mis piernas con la misma seguridad letal que siempre tenía. Alzó mi pierna, dejándola con suavidad sobre su hombro y se detuvo a observar cada centímetro de mi cuerpo. Y yo no me resistí a que lo hiciera.

—Me gusta verte así, a mi entera disposición. *Mía*. —Lamió la pierna que había dejado sobre su hombro de arriba a abajo, sin darme la oportunidad de replicar. Mi espalda se arqueó y un gemido escapó de mis labios como una maldita confesión. Matteo alzó la mirada, devorándome con esos ojos grises hambrientos—. No voy a dejar a mi mujer insatisfecha.

Su lengua trazó un sendero húmedo y ardiente que me hizo gemir de nuevo. Lo miré con odio, pero al mismo tiempo, excitada. Matteo sonrió, satisfecho, y sus labios se deslizaron aún más abajo, con una determinación que me hizo perder la cabeza.

—Estás empapada, cariño —murmuró con los ojos fijos en mi sexo —. Estoy deseando probarte.

Un suspiro tembloroso escapó de mis labios. No podía ganarle a su juego porque ya había perdido desde el principio. Por eso, si no puedes con tu enemigo, únete a él. Eché la cabeza hacia atrás sin apartar los ojos de Matteo, apoyándola sobre el cabecero y abriendo la otra pierna en una invitación muda.

La comisura de sus labios se curvó antes de inclinarse y hundir la lengua entre mis pliegues. Un gemido ronco escapó de mi garganta y mi cuerpo se arqueó solo. Se movió despacio, saboreándome, haciendo rodar la lengua sobre mi clítoris con una lentitud calculada, y dejó escapar un gruñido de aprobación, como si realmente estuviera degustando lo más exquisito que había probado.

Ahogué un grito cuando sus dientes se cerraron sobre carne sensible de mi muslo. Cerré los puños con fuerza, sintiendo el frío de las esposas mordiéndome la piel en una mezcla entre el dolor y placer. Pude sentir esa maldita sonrisa dibujarse en mi carne justo antes de que hundiera de nuevo la lengua entre mis pliegues. Me recorrió de arriba abajo, rozándome con una precisión casi cruel, rodeando mi clítoris cada vez que lo alcanzaba. Sabía exactamente lo que hacía, cómo mantenerme justo al borde sin dejarme caer.

Tenía la mente nublada y la visión borrosa, pero me negaba a apartar la mirada de él, arrodillado entre mis piernas mientras me devoraba. Cada lamida me arrancaba cualquier rastro de coherencia que me quedara. Mis caderas no dejaban de buscar más. Me retorcí contra su boca, perdida, sin control sobre mí misma.

—Matteo... —su nombre escapó de mis labios en un gemido roto, sin filtro ni vergüenza.

— ¿Ocurre algo *principessa*? —Sus manos se deslizaron por mi piel hasta llegar a mis pechos amasándolos.

—Más… —supliqué alzando mi pelvis hacia su boca. Una risa grave vibró en su garganta y volvió presionar su boca contra mi sexo.

Los movimientos de su lengua sobre mi piel se intensificaron. Me penetró con ella, succionando con una ferocidad brutal, hasta que ya no pude contenerlo. El orgasmo estalló como un latigazo que me arrancó un grito y me hizo sacudirme bajo su boca.

Sus brazos se cerraron alrededor de mi cintura, sujetándome para mantenerme allí, empujándome más allá del límite mientras mi cuerpo trataba de escapar de su lengua incansable. No se detuvo hasta que otra oleada me atravesó, robándome la visión por un instante. Jamás en mi vida me había sentido tan mareada ni había experimentado tanto placer a la vez.

Mi cuerpo aún se sacudía por pequeños espasmos cuando se incorporó despacio, dejando un rastro de besos suaves en la cara interna de mis muslos. Primero una pierna, luego la otra, antes de dejarlas con suavidad sobre la cama.

Una sonrisa apareció en sus labios, malditamente arrogante y malditamente irresistible.

—No quiero que te desmayes por no haber comido nada, *principessa* —murmuró con esa dulzura engañosa mientras deslizaba un dedo dentro de mí y luego lo sacaba.

Mi cuerpo reaccionó solo, tomando una exhalación de aire y buscando más, necesitando más. Matteo rio, esa risa grave y juguetona que me ponía nerviosa y al mismo tiempo me volvía loca.

—Haremos una cosa… —volvió a empujar su dedo y lo retiró antes de que pudiera atraparlo con mis músculos, riendo por lo bajo—. Primero voy a llevarte a que te des un baño… —introdujo el dedo de nuevo, más profundo, haciéndome gemir—. Luego curaré las rozaduras de tus muñecas.

—No las tendría así si no me hubieras dejado aquí todo el día —espeté, aunque ni yo misma me creía el tono de reproche.

El dedo de Matteo se curvó dentro de mí y mi espalda se arqueó de inmediato, ahogando otro gemido.

—Lo sé —murmuró, y retiró el dedo. Mi cuerpo protestó con un jadeo—. Primero te curo. Luego comes.

— ¿Y después...? —mi voz sonó ansiosa incluso a mis propios oídos.

Matteo me sostuvo la mirada. Gris. Fría. Y tremendamente incendiaria.

— ¿Luego qué es lo que quieres, *principessa*? —Esta vez entró con dos dedos, haciéndome gemir—. ¿Esto? —Los giró acariciando ese punto sensible que ya conocía.

—Sí... —jadeé sin poder contenerme.

Su sonrisa apareció despacio.

—Está bien. Si te acabas todo el plato—se inclinó sobre mí dejando que sus labios rozaran mi oído—, entonces te haré el amor toda la noche. —Su voz bajó aún más hasta convertirse en un susurro ronco—. Hasta que tu cuerpo no pueda soportarlo más.

Asentí sin pensarlo dos veces. Matteo soltó una carcajada baja sacando los dedos y se inclinó para coger la llave de la mesita de noche de mi lado. Las esposas se abrieron con un clic y mis muñecas cayeron sobre la almohada, seguidas del hormigueo punzante que me recorrió los brazos mientras la sangre volvía a circular. Entonces fui consciente de que, prácticamente, acababa de suplicarle que me follara, absorta en esa nube de placer en la que me había envuelto mientras me hablaba.

Antes de que pudiera moverme y lanzarlo lejos de mí de una patada, Matteo me rodeó la cintura con un brazo y pasó el otro por debajo de mis rodillas, levantándome en el aire y obligándome a apoyarme contra su pecho.

— ¿Es que ahora piensas cuidar de mí? —pregunté, con una mezcla de sarcasmo y burla… aunque el calor en mi vientre se empeñara en contradecirme.

—Me alegra que lo hayas apreciado, porque es justo eso —dijo, besando la cima de mi cabeza.

Parpadeé observándolo y luego miré al frente, volviendo a parpadear, incapaz de pronunciar palabra.

Al entrar al baño, Matteo me dejó sobre la encimera. Mi cuerpo se estremeció por el contraste de temperatura contra el mármol. Seguí observándolo en silencio mientras encendía el grifo de la bañera, intentando descifrarlo, intentando entender qué demonios pasaba por su cabeza.

—La llevas clara si crees que me vas a comprar con esto — dije.

—Descuida, no es lo que pretendo.

Fruncí el ceño. Matteo era del todo incomprensible.

— ¿Entonces esto es una especie de tregua o solo quieres dejarme lo bastante relajada para que no te mate mientras duermes? —inquirí, cruzándome de brazos.

Me miró por encima del hombro antes de girarse hacia mí y comenzó a desabrocharse los botones de la camisa con lentitud.

—Cuando venía hacia aquí me daba igual que me odiaras —dijo, tirando la camisa sobre el lavabo—. Solo pensaba en alimentarte y volver a follarte.

Bufé una risa.

—Vaya, qué romántico.

Matteo se quedó mirándome en silencio mientras se deshacía del cinturón y lo dejaba caer al suelo con un chasquido sordo.

Carraspee, sintiendo la necesidad de volver a hablar.

— ¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

Bajó la cremallera del pantalón y se lo quitó sin prisa, dejó que se deslizara por sus piernas y lo apartó de una patada. Mis ojos descendieron automáticamente por su erección que se alzaba gruesa y orgullosa, exigiendo toda mi atención muy a mi pesar.

—Tú.

Mi rostro se alzó de golpe.

Matteo me miraba fijamente, esperando una reacción por mi parte que no estaba segura de querer o poder darle. No me sentía preparada para una conversación de ese tipo. Después de todo, lo mío no son los sentimientos, si es que se trataba de eso.

Curvé los labios en una sonrisa y ladeé la cabeza con fingida inocencia.

— ¿El tatuaje en el culo es a propósito? —inquirí cambiando de tema.

— ¿El qué?

Le señalé con un gesto de cabeza. Él entrecerró los ojos, desconfiado, antes de girarse hacia el espejo. Su mirada descendió por su espalda hasta dar con el tatuaje que, a juzgar por su

expresión, estaba viendo por primera vez en su vida. Se quedó inmóvil. Procesando.

Me mordí el labio con fuerza, pero la risa burbujeó en mi garganta antes de que pudiera detenerla.

—Ya veo que no lo es —me burlé, con una sonrisa satisfecha.

Matteo me miró y arqueó una ceja.

—Me alegra ver que te diviertes.

—Tu cara no tiene desperdicio. —Sonreí aún más, disfrutando de la expresión entre incredulidad y fastidio que cruzó su rostro al volver a echarle un vistazo. Si hubiera sabido que eso lo descolocaría tanto, lo habría usado a mi favor esa misma mañana.

Matteo chasqueó la lengua y luego se acercó, colocándose entre mis piernas abiertas. Sus manos se deslizaron por mi piel, dejando tras de sí un rastro ardiente que me quemaba por dentro.

—Acabo de cambiar de idea.

No me dio tiempo a replicar. Sus manos se cerraron sobre mi cintura y, en un solo movimiento, me alzó y me giró, depositándome contra la encimera. El frío del mármol me golpeó la piel desnuda, arrancándome un jadeo que se perdió en el aire. Sentí su calor envolviéndome por detrás, alineándose con mi cuerpo mientras mis manos buscaban dónde agarrarse. Entreabrí los labios tomando aire cuando lo sentí posicionarse en mi entrada, y levanté la vista al espejo.

Nuestros ojos se encontraron en el reflejo. Una sonrisa sutil tiró de sus labios justo antes de que se hundiera en mí, despacio, llenándome por completo. Cerré los ojos un segundo, dejando escapar un gemido, ahogada en la sensación. Sus dedos se enredaron en mi cabello, suaves al principio, antes de tensarse y tirar con fuerza, obligándome a echar la cabeza hacia atrás y a abrir los ojos de nuevo. Lo observé a través del cristal, inclinándose sobre mi cuerpo.

—No cierres los ojos, *principessa* —su aliento quemó mi oído—. Mírame cuando te follo.

CAPÍTULO 18

MATTEO

No hay despertador más jodidamente efectivo que sentir el cuerpo de Yelena estremeciéndose bajo mi lengua mientras su espalda se arquea y su sabor impregna mi boca. Me encantaba ver cómo se deshacía en mis manos y su cuerpo respondía rendido a cada embestida, suplicando sin palabras cada vez que empujaba más hondo sin darle tiempo a recuperarse. Era la puta definición de la adicción. Jodidamente perfecta. Jodidamente adictiva. Y no sé si alguna vez tendré suficiente de ella.

Gruñí contra su boca cuando me derramé dentro de ella, sintiendo sus uñas marcando surcos sobre mi piel. El ardor en mis hombros solo potenció el placer, prolongándolo mientras su interior palpitaba a mi alrededor tras su propio orgasmo.

Dejé caer la frente sobre la curva de su cuello, apoyando los brazos a ambos lados de su cuerpo mientras intentaba recuperar el aliento. Sus dedos me recorrieron lentamente, desde los hombros hasta sujetarse en mis antebrazos, como si todavía necesitara asegurarse de que yo seguía allí. Luego sus manos cayeron rendidas sobre el colchón y dejé que bajara la pierna que había sostenido sobre mi hombro.

Alcé la cabeza para mirarla. Tenía el cabello alborotado, las mejillas encendidas y los labios hinchados de placer. Se veía tan jodidamente preciosa que por un instante olvidé que llegaba tarde.

Salí de ella con lentitud. Su cuerpo reaccionó con ese jadeo que dejaba escapar cada vez que mi cuerpo abandonaba el suyo, daba igual que estuviera agotada y sin aliento, siempre lo hacía, y joder, si no tuviera que irme, la habría tenido de nuevo en mis brazos,

temblando y perdida en otro orgasmo. Pero no. Mi jodido padre quería verme la cara, otra vez.

Me levanté de la cama a regañadientes y crucé la habitación directo al vestidor. No quería ducharme. Necesitaba conservar su esencia y la sensación de su piel caliente contra la mía, porque, acababa de darme cuenta que necesitaba llevarla conmigo si no quería perder la cabeza.

Mientras me abotonaba la camisa, me miré en el espejo del fondo. Tenía el pecho lleno de arañazos y la marca de sus dientes sobre mi clavícula todavía se podía ver.

Cuando salí del vestidor, Yelena seguía en la cama. No me sorprendió. La había hecho venirse varias veces nada más despertarme, eso sin contar que apenas la dejé descansar por la noche. Siempre cumplo mis promesas, y le había prometido que no pararía hasta dejarla exhausta. Dudaba que pudiera moverse en lo que quedaba de la mañana.

Puede que todavía me odiara. De hecho, estaba casi seguro de que lo hacía. Lo único que habíamos hecho era perdernos en el cuerpo del otro incluso cuando mi intención en la bañera no era otra que recuperase fuerzas. Cuando regresara más tarde, hablaríamos.

Las puertas del ascensor se abrieron, y César entró en mi apartamento dejando atrás a Salva, que me dedicó un leve gesto alzando las cejas antes de subir al ático de Bastian.

— ¿Sigue esposada? —preguntó César sin molestarse en disimular su sonrisa. Apostaría una mano a que fue Bruno quien se lo contó.

Negué con la cabeza, disfrutando del último trago de café antes de responder.

—No. Pero tranquilo, la he dejado agotada para que no te dé problemas —dejé la taza en el fregadero y me acerqué a él—. Le he dicho a Valentina que no venga hoy, no quiero que sea una distracción. —Le tendí dos tarjetas, una copia de la llave del ascensor y una *black card* sin límite para sus gastos—. Dáselas cuando salga de la habitación.

— ¿La dejas salir? —preguntó arqueando una ceja.

—Todavía no, pero dásela igualmente. Le molestará —sonreí.

César chasqueó la lengua con diversión y agarró las tarjetas.

—Algún día te quemarás si sigues jugando con fuego.

Mi sonrisa se amplió.

—Descuida, no seré yo el que se queme.

El ascensor se detuvo en mi planta con Bastian y Salva esperando dentro. Subí, alzando una mano a modo de despedida antes de que las puertas se cerraran.

— ¿Por qué esas caras tan largas? —pregunté, echando un vistazo de reojo a mi hermano y a Salva.

—Prefería cuando no dormías —gruñó Bastian.

Sonreí con suficiencia, cruzando los brazos y recargándome contra la pared del ascensor. Esta vez giré la cabeza para mirarlo.

— ¿Quién dice que he dormido?

Intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada.

***

La reunión con mi padre olió a rancio desde el primer segundo, pero eso no es nada nuevo. Intercambio de información unilateral, respuestas medidas y el recordatorio constante de que su palabra era ley. Y cuando por fin se cansó de demostrar su autoridad, le pusimos al tanto de nuestros últimos descubrimientos sobre el ataque en la boda.

— ¿Eso es todo? —inquirió, golpeando la mesa con los nudillos.

Mi mandíbula se tensó, pero mantuve la expresión neutra. Miré a Bastian de reojo, sentado a mi lado, malditamente tranquilo. Ambos sabíamos que debíamos contarle lo que habíamos descubierto sobre Yelena, pero yo no iba a darle el placer de meter sus garras entre *mi* mujer y yo.

—Todo por ahora —respondió Bastian, con su tono frío y controlado. Ni un maldito parpadeo que nos delatara.

Mi padre giró su rostro en mi dirección por primera vez desde que puse un pie ahí.

—Te casé con esa zorra para sacar información de Ivanov. Aún espero que sirva para algo.

Los reposabrazos crujieron bajo la presión de mis manos. Vi a Bastian tensarse a mi lado, listo para detenerme si me abalanzaba sobre él. Abrí la boca, con las palabras cargadas y listas para provocar que alguno de los dos terminara con una bala en la cabeza.

—No me interesa lo que tengas que decir, Matteo. — Mi padre levantó la mano, cortándome en seco—. Bastante tengo con contener tus arranques para que no crean que he criado a un loco.

El eco de un disparo me atravesó la cabeza, tan nítido que por un segundo volví allí. La sangre me golpeó las sienes y nubló la vista un instante, pero me tragué las palabras y me forcé a sonreír. Algún día ese viejo comería plomo y yo brindaría con *vodka* sobre su tumba.

—Mantenedme informado —añadió, volviendo su atención a Bastian como si yo no existiera—. Y espero que la próxima vez vengas con algo útil que contar sobre Ivanov.

Ni siquiera me miró, pero tanto Bastian como yo sabíamos que iba dirigido a mí.

Salimos del despacho en ese silencio tenso que siempre nos dejaba y atravesamos la mansión. Era gracioso que dijera aquello cuando el único que tenía permiso para hablar ahí dentro era Bastian. Un recordatorio más de lo *mucho* que me apreciaba.

Me ardían las manos por arrancarle la jodida cabeza de los hombros. No podía esperar a que llegase el día en que por fin alguien le metiera un balazo. Joder, si tuviera la oportunidad, hasta yo mismo lo haría.

Nos dirigimos al coche aparcado bajo el techado. Salva nos esperaba fuera, fumándose un cigarro apoyado en la carrocería.

—No parece que haya ido bien —dijo al vernos. Tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con la punta del zapato.

— ¿Alguna vez va bien? —respondí seco.

Abrí la puerta del copiloto y la cerré de un portazo. Por cosas como esa detestaba ir allí, y esta vez ni siquiera había sido nada del otro mundo. Apoyé la cabeza contra el asiento, soltando el aire que

no sabía que retenía. Segundos después, escuché la puerta del piloto y la trasera abrirse casi al mismo tiempo. Salva subió delante y Bastian ocupó el asiento trasero.

El motor rugió y dejamos atrás la maldita propiedad. Le lancé una mirada de reojo a Bastian, estaba convencido de que le contaría lo de Yelena, sin embargo no lo hizo.

—Pensaba que ibas a contárselo —solté, girando la cabeza hacia él, ya más calmado.

Bastian apoyó el codo en el marco de la ventanilla sin mirarme.

—No tiene por qué saberlo todo —respondió con esa indiferencia suya— ¿De verdad no has dormido nada hoy? —Esta vez giró la cabeza en mi dirección. Sus ojos tenían ese brillo mínimo que lo delataba cuando le preocupaba.

Le sostuve la mirada un segundo antes de encogerme de hombros. Es más difícil contenerme con ese hijo de puta cuando no duermo.

—Si me preguntas por las pesadillas —respondí, apoyando la cabeza contra el respaldo—, no ha habido ninguna. He estado entretenido. —Una sonrisa se dibujó en mis labios al pensar en Yelena— Ya sabes, con cierta *principessa* de la Bratva.

Bastian soltó un suspiro y levantó una mano como si quisiera bloquear la imagen mental.

—Prefiero no saberlo.

Reí bajo y miré a Salva a mi lado que me devolvió la sonrisa.

Aparté la vista hacia la ventanilla mientras la conversación entre Bastian y Salva derivaba hacia asuntos de la *Famiglia*. Sus voces se mezclaron en un murmullo lejano, incapaz de imponerse al zumbido que aún resonaba en mi cabeza. El maldito eco del disparo, siempre incrustado en mi memoria. Cerré los ojos y dejé que la imagen de Yelena apareciera, borrando poco a poco el ruido interior hasta que su cuerpo se insinuó entre mis manos, y por un instante, casi podía sentirla temblando bajo el mío.

El coche se detuvo frente a Modesta y la realidad volvió a imponerse. Al entrar, Salva y Bastian saludaron con un simple gesto

de cabeza a los hombres que recogían los restos de alcohol y cristales del suelo. Yo pasé de largo, no tenía tiempo ni ganas de socializar. Solo quería llegar a uno de mis lugares favoritos del mundo.

Bajé al sótano, dejando atrás el murmullo de voces, y fui directo al final del pasillo. Tecleé el código en el panel de control. En cuanto el pitido de confirmación sonó, empujé la pesada puerta de acero, revelando a nuestro invitado. La cabeza le caía hacia adelante, con el pelo empapado pegado a la frente. Su respiración era irregular bajo la camisa manchada de sangre. Hasta ahora solo habíamos jugado un poco con él. Algunos cortes aquí y allá, un par de dedos rotos, alguna uña. Nada serio, lo justo para quitarme la tensión del cuerpo. Pero su suerte dependía enteramente de mi humor y de cuánto me divirtiera. Y hoy, para su fortuna, me sentía *generoso*.

Tal vez, si tenía la brillante idea de abrir la boca y soltar el puto paradero de Yuri Vasilyev, le permitiría conservar las manos un día más, aunque no podía decir lo mismo de sus dedos, ya les tocaba. Además, empezaba a tener ganas de practicar mi puntería con su pierna.

Me acerqué a la mesa metálica a un lado de la habitación y agarré el mazo que le había copiado a Boris tras nuestra primera visita a casa de Nikkolai. Mi móvil vibró en el bolsillo cuando iba a empezar. Chasqueé la lengua con fastidio y saqué el teléfono del bolsillo de mi pantalón. El nombre de César parpadeó en la pantalla. Si él llamaba solo podía significar una cosa.

«Mierda».

Deslicé el dedo y contesté.

— ¿De verdad me has puesto una niñera? —La voz de Yelena cruzó la línea antes de que pudiera articular una sola palabra, sacándome una sonrisa inmediata. Al parecer, me había equivocado.

—*Principessa.* —Retrocedí hasta apoyarme en el borde de la mesa y dejé el mazo—. No esperaba tu llamada, aunque creo que ese teléfono no te pertenece.

—Ya, bueno, no tenía otra forma de contactar contigo.

Bruno me hizo un gesto hacia uno de los cuchillos de sierra, se lo tendí y me llevé un dedo a los labios para que guardaran silencio. No quería interrumpir la agradable conversación con mi esposa.

— ¿Dónde está? —inquirí.

— ¿Tu amigo? A mi lado. Tranquilo, que no me he movido de aquí —respondió con ese veneno dulce que tanto disfrutaba de ella. Me la imaginé en el sofá, con una de mis camisetas puestas, el cabello dorado aún revuelto y la marca de mis dientes decorándole la piel, porque al igual que ella, me había asegurado de marcar cada lugar donde mis labios la habían besado. Joder, la simple imagen era suficiente para que mi polla comenzara a palpitar en mi pantalón.

—Bien. Pásamelo.

Escuché un resoplido seguido por su voz de mando.

—Ponte.

Solté una risa baja. Ni siquiera era consciente del poder que tenía su voz autoritaria sobre mí. Me ponía duro solo con oírla.

Hubo un breve intercambio antes de que César hablara.

— ¿No decías que estaría calmada?

—Agotada —le corregí, sonriendo con suficiencia—. Me equivoqué. Resulta que mi *principessa* tiene más energía de la que pensaba. —Hice una pausa, disfrutando de mi propia jodida satisfacción—. Puedes darle mi número también, lo había olvidado. Adiós.

Colgué, aún con la sonrisa pegada a la cara e hice un gesto a Bruno para que continuara, pero el teléfono volvió a vibrar en mi mano antes de que pudiera decir una palabra.

«Ahh, mi esposa. ¿Tanto me echas de menos?».

Volví a levantar la mano para que esperara. Bruno soltó un bufido y rodó los ojos como si aquello le estuviera arruinando la diversión, pero me dio igual. Deslicé el dedo por la pantalla y llevé el móvil a la oreja.

— ¿Me acabas de colgar? —inquirió Yelena indignada.

—A ti no, a él.

Yelena resopló.

— ¿Puedo salir?

—No es seguro —respondí, con la sonrisa aún más amplia. César ya debía haberle trasladado mis instrucciones de esa mañana, me encantaba que no se conformara.

— ¿Y qué se supone que voy a hacer todo el día aquí metida?

—Te he dejado una tarjeta de crédito para tus gastos. Compra lo que quieras. Ropa. Libros. Una piscina inflable si te hace ilusión. Búscate un hobby, pero no vas a salir.

Hubo un segundo de silencio. Casi podía verla apretando la mandíbula, con esa furia silenciosa que me volvía loco; me moría por volver a casa y poder disfrutarla.

—Eres insufrible —escupió, y colgó.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo mi sonrisa se ensanchaba aún más si es que era posible. Me encanta lo fogosa que es mi mujer. En todo. Especialmente cuando se enfada.

— ¿Podemos empezar ya o vas a seguir empalmándote con tu mujercita? —saltó Bruno, alzando los brazos con exasperación.

—Tranquilo, ya he acabado.

Bruno se acercó al hombre escudriñándolo con la mirada mientras se debatía qué dedo serrar primero. El hombre en la silla alzó la cabeza justo cuando el filo dentado del cuchillo empezó a abrirle la piel.

Su grito fue música para mis oídos.

CAPÍTULO 19

YELENA

Que me buscara un hobby dijo.

Yo sí que le iba a buscar un hobby a él. Iba a necesitarlo cuando le partiera las piernas y tuviera que pasarse el resto de su vida en una silla de ruedas jugando al ajedrez con octogenarios en el parque.

Entré en la habitación dando un portazo. Necesitaba privacidad, o al menos la ilusión de tenerla. Me dejé caer en la cama, soltando un quejido mientras desbloqueaba el móvil. No sabía qué diablos me había hecho Matteo esa noche, pero volvía a tener agujetas en todo el cuerpo.

Resoplé, apartando de mi mente la imagen de lo que había pasado en el cuarto de baño y después en la cama, y centré mi atención en el teléfono. Tenía al menos veinte mensajes de cada miembro de mi familia preguntándome si había acabado con la vida de Matteo e incluso si yo misma seguía con vida.

Y luego estaban los de Graves. Otra vez.

Al parecer, no le había quedado del todo claro el concepto de la palabra *casarse*. Rodé los ojos y escribí un mensaje general en el grupo familiar, ignorando deliberadamente los suyos. Lo último que me apetecía era tener que lidiar con mi ex.

Yelena: podéis respirar en paz. El idiota italiano sigue con vida por ahora.

Cerré la conversación antes de que empezaran con su interrogatorio. Estaba convencida de que Aleksei ya se había encargado de convertirme en la cornuda oficial de la familia.

En cuestión de segundos, las notificaciones empezaron a explotar en mi pantalla. Pasé de ellas sin remordimientos.

Deslicé el dedo por la agenda de contactos hasta encontrar el de Harvey y le di a llamar.

— ¿Yelena?

— ¡Harvey! —exclamé al oír su voz— ¿Cómo está tu pequeña?

—Dando guerra desde que ha nacido, igual que hacías tú — suspiró, dejando entrever el cansancio y el agotamiento provocado por su hija recién nacida. Harvey vivió con nosotros durante años hasta que conoció a su mujer y se mudó con ella a Reno, aun así sigue trabajando para mi padre desde la distancia como su jefe de seguridad en lo que se refiere a la tecnología.

—Pero qué dices, yo era fácil de manejar.

—Tú eras un *gremlin* —replicó sin dudar—. De día un ángel, de noche un demonio con planes de dominación mundial. Igual que Lila.

Escuché su suspiro al otro lado y contuve una carcajada.

—Vaya, eso promete —sonreí zarandeando la pierna que había cruzado—. Harvey, necesito que me hagas un favor. Quiero toda la información que puedas conseguir de Matteo.

— ¿Se te ha resistido? —preguntó sin ocultar el tono divertido de su voz.

Fantástico, hasta él se había enterado. Gracias Aleksei.

—No, en el último momento, decidí pagarlo con otra persona. Pero tranquilo, sigue viva.

—Tu padre se alegrará de saberlo —la risa ronca de Harvey atravesó la llamada—. ¿Qué buscas exactamente?

—No lo sé, cualquier cosa útil que encuentres sobre él. Alguna debilidad. —Me pasé la lengua por los labios—. Mejor si es vergonzosa.

—Ya hice una búsqueda rápida y no hay gran cosa a parte de los cotilleos de la prensa rosa y esas cosas. Fabiano no lo mete en los negocios como a Bastian, y lo único que he descubierto del boca a boca es que está loco.

Rodé los ojos, otra vez con eso.

— ¿Y ya está?

—Si se te ocurre algo, adelante.

Resoplé. Era imposible que no hubiera nada sobre él, todo el mundo guarda secretos. Y Matteo… Alcé las cejas. Matteo tenía uno que no podía ocultarme de por vida.

—Busca su historial médico. Quiero saber si hay algo sobre… no sé, trastornos del sueño o algo por el estilo. —Quizá no debería investigar sobre sus pesadillas, ni siquiera sé si servirían para usarlas en su contra, pero por algún lado tenía que empezar—. Mientras tanto, pensaré cómo amargarle la existencia.

—Y ahí está el *gremlin*.

Puse los ojos en blanco y colgué sin despedirme, lanzando el móvil a la cama.

Deslicé la lengua por mi labio inferior, distraída. Mi mirada se desvió al otro lado de la cama, hacia ese espacio vacío que había dejado Matteo al levantarse. No podía evitarlo. Recordaba cada maldito orgasmo que me había arrancado desde la noche anterior. Una y otra vez me llevó al límite, hasta hacerme perder la noción del tiempo y el control de mi propio cuerpo. Y cuando mis párpados se cerraban, él encontraba la forma de despertarme de nuevo. Con su boca. Con sus manos. Con todo su maldito cuerpo.

Había llegado a la mañana siguiente odiándolo un poco menos por lo de las esposas, sobre todo después del cuidado que puso al curarme las rozaduras. Fue extraño y demasiado íntimo, pero no me quedó otra que dejarlo. Y lo peor era que, por un instante, por un maldito segundo al despertarme, me había sentido… No. Ni siquiera iba a pensarlo. Porque en cuanto había salido de la habitación y había visto a César esperándome en el sofá, mi humor se había ido a la mierda. La gota que colmó el vaso fue cuando, con toda la tranquilidad del mundo, me entregó dos tarjetas y me informó de que *por el momento* no podía usar la del ascensor.

Podía comprender que Matteo tomara medidas de seguridad después de descubrir mis secretos y que hubiera querido matarlo. Incluso entendía que quisiera tener ojos puestos en mí las

veinticuatro horas. No era estúpida. Aceptaba todo aquello, al menos por un tiempo. Pero que sugiriera que me buscara un hobby para *no aburrirme* mientras me tenía encerrada aquí…

¿Un hobby?

Me hervía la sangre. ¿Qué esperaba? ¿Que hiciera Yoga online y me pusiera a tejer bufandas mientras contemplaba la vista desde la ventana como un maldito canario enjaulado? No, si él quería tenerme aquí, entonces iba a entretenerme de verdad.

Salí de la habitación con mi mejor sonrisa de niña buena y me planté frente a César. Su radar de desconfianza parpadeó al instante. Alzó la cabeza mirándome con una ceja levantada.

«Adorable».

—Supongo que si pido algo podrán subírmelo, ¿no? —Alcé la *black card* con una sonrisa angelical. Imagino que Matteo intentaba impresionarme al darme una tarjeta con dinero ilimitado, como si no tuviera una ya.

César entrecerró los ojos, olfateando problemas.

— ¿Qué vas a pedir?

«Chico listo».

—Un par de cosillas que necesito de uso femenino que no te interesa saber.

La frase *«no me lo creo»* se le dibujó en la frente, pero le devolví la mejor expresión de inocencia de mi repertorio.

—Haz lo que quieras —dijo para mi sorpresa, se encogió de hombros y volvió a fijar la vista a la pantalla del móvil con absoluto desinterés—. Y pide algo de comer, Valentina no vendrá hoy.

«Gracias por la luz verde, soldado».

Me dirigí a la isla de la cocina y subí de un salto a uno de los taburetes, acomodándome en mi nuevo trono. Empecé a deslizar el dedo por la pantalla de mi móvil, navegando entre varias páginas web. Tenía las manos atadas por el momento, hasta que no encontráramos el paradero de Yuri debía continuar ahí, fingir obediencia, y esperar a que mi padre me diera la señal para poder

actuar y quitarme a Matteo de en medio. Lo que no significaba que no pudiera entretenerme un poco.

La imagen de Matteo encima de mí vino a mi mente. Sacudí la cabeza volviendo a centrar mi atención en la página que tenía abierta.

Unas cuantas webs, demasiados clics impulsivos y aproximadamente cuatrocientos mil dólares en donaciones más tarde —repartidos entre protectoras de animales, ONGs medioambientales, unas cuantas campañas médicas contra el alzhéimer y cáncer, médicos sin fronteras y un asilo de veteranos de guerra que encontré—, cerré la última pestaña con una sonrisa satisfecha. La transferencia inmediata tenía sus ventajas, sobre todo si el objetivo era que todo estuviera en marcha antes de que Matteo regresara. Lo había calculado a la perfección para que el banco lo llamara alarmado por los movimientos en su cuenta y preguntando con discreción si alguien lo estaba desvalijando. De hecho, podría haber gastado más, pero me quedé sin ideas.

Sonreí. Técnicamente, lo estaba haciendo con fines nobles… así que todo bien. Y con suerte, antes que Matteo regresara, mi plan se habría llevado a cabo.

CAPÍTULO 20

MATTEO

Volví a mirar a la rata.

Sus ojos saltones me devolvían la mirada, profundos, oscuros y brillantes como dos cuentas de vidrio a punto de desbordarse de su cráneo minúsculo. Un par de orejas puntiagudas, desproporcionadas para su cabeza diminuta, se alzaban en estado de alerta. Todo su cuerpo era un temblor constante, un espasmo nervioso que la sacudía de forma errática. Cada pocos segundos, levantaba una de sus patas ridículamente delgadas y huesudas con un temblor violento.

Otro gruñido salió de su minúscula boca, mostrando unos dientes absurdamente pequeños que no infundían miedo a nadie, aunque claramente ella creía que sí.

Parpadeé. Porque eso era todo lo que mi cerebro podía procesar en ese momento.

La rata seguía ahí.

El rosa seguía ahí.

Mis ojos recorrieron lentamente el salón, intentando procesar la escena que tenía delante. Todo rastro de sobriedad, elegancia y masculinidad había sido devorado por una pesadilla en tonos pastel, muebles blancos con detalles dorados, alfombras mullidas y pufs gigantes de pelo largo que ocupaban cada rincón… Y para rematar, mi cómodo sofá de cuero había sido reemplazado por una monstruosidad de peluche blanco coronado con cojines a juego, dando la impresión de que un algodón de azúcar había explotado en medio del salón.

«Rosa. Todo es jodidamente rosa».

— ¿Por qué hay una rata en mi salón? —pregunté, aun procesando el horror.

La cosa temblorosa frente a mí emitió otro gruñido agudo, como si entendiera que me refería a ella y se hubiera ofendido.

Volví a mirar a la rata.

— ¿Y por qué mi salón es rosa?

Yelena cruzó las piernas con calma, sin molestarse en ocultar la sonrisa de satisfacción de su rostro.

—Dijiste que me buscara un hobby —se encogió de hombros con esa inocencia que tanto le gustaba fingir—. Esa es Cat.

Mi mirada volvió a deslizarse con lentitud hacia la bola de pelo escuálida.

— ¿*La rata* es Cat?

Al oír su nombre, el bicho emitió un ladrido. Un sonido agudo, histérico, más propio de un muñeco de goma con silbato que de un ser vivo.

Me quedé en blanco. La puta rata me ladró. Mi salón ahora era rosa y había una criatura temblorosa en el centro del salón, enfrentándome como a un intruso en mi propia casa. Y para colmo, la jodida *cosa* no dejaba de ladrarme.

«Mi salón es rosa. Rosa. ¿Qué más hay rosa? ¿Y la rata? ¿Por qué hay una rata ladrándome?».

—Creo que lo has roto —comentó César, divertidísimo, a mi izquierda.

— ¿Te parece? —respondió Yelena, reclinada en mi nuevo sofá de peluche.

—Es la primera vez que lo veo así.

—Pues espérate a que entre a la habitación, o al gimnasio. Le va a dar algo.

«¿Mi gimnasio es rosa?».

La rata volvió a ladrar. Se impulsó sobre esas patitas endebles lista para saltarme al cuello dándolo todo, aunque dudaba que tuviera la fuerza suficiente para hacerlo sin partirse en dos… o simplemente para hacerlo.

—Suerte —César me dio una palmada en el hombro, y con eso, el cabrón se metió en el ascensor y se largó riendo a mis espaldas, dejándome con el salón rosa y *la rata* ladrándome.

Mis sienes latieron con violencia repitiendo en mi mente el último comentario que había soltado Yelena.

— ¿La habitación también es rosa? —por fin pude mirarla directamente. Ella se puso en pie y se acercó a mí, inclinándose para recoger a *la rata* del suelo.

Mi mirada se deslizó desde la bola de pelo temblorosa hasta la mujer que la sujetaba con superioridad evidente, disfrutando cada segundo de mi confusión. *La rata* se acomodó contra su pecho, pero no dejó de gruñirme, convencida de que era alguna clase de peligro para su dueña. Como si realmente creyera que tenía alguna autoridad sobre mí.

Carraspeé, volviendo en mí por fin. Cuando el banco me llamó para informarme de que alguien estaba vaciando mí cuenta, supe de inmediato que se estaba vengando por soltarle lo del hobby. Admito que me sorprendió. Pensé que se fundiría el dinero en ropa, zapatos y maquillaje como habría hecho cualquier mujer de la Mafia, pero mi *principessa* no era como ellas, y eso la hacía aún más especial. Sabía que se había gastado el dinero en muebles, en ONGs y más tonterías de esas solo para provocarme. Pero no esperaba llegar a casa y que todo fuera jodidamente rosa y menos aún me esperaba a *la rata*.

—Sabes, se parece a ti —sonreí de lado—. Pequeña —puse mi mano en su cabeza. Los labios de Yelena se fruncieron al instante y sus cejas bajaron, pero no apartó la cabeza— y gruñona.

Yelena sonrió cuando *la rata* volvió a ladrar haciéndome apartar la mano con rapidez, sacudiendo su diminuto cuerpo con el esfuerzo. Mi cerebro se quedó de nuevo en blanco. La puta *rata* me seguía ladrado y juraría que acababa de intentar morderme.

— ¿He dicho gruñona? —Me corregí, arrastrando las siguientes palabras con malicia—. Quería decir violenta.

Sus ojos se entrecerraron con una chispa asesina.

—Me da igual lo que digas. Se va a quedar. —Levantó la barbilla con esa altivez suya.

—Ya tuve perro de pequeño. No me importa. Aunque... —ladeé la cabeza, observando a ese engendro del diablo—. A eso no lo llamaría perro.

Yelena inclinó la cabeza con una chispa de curiosidad brillando en su mirada.

— ¿De verdad tuviste un perro?

—Unos días. Mi padre lo estranguló frente a nosotros cuando lo descubrió. Nunca volvimos a tener uno.

Yelena hizo una mueca y susurró algo en ruso que, por supuesto, no entendí. Pero por el tono me pareció un insulto.

—Lo que sí me importa —continué, dejando mi mirada recorrer el salón con una mezcla de incredulidad y fastidio—, es saber qué demonios le ha pasado a mi salón.

—Querrás decir *nuestro* salón —me corrigió con una sonrisa de suficiencia, saboreando cada palabra. Levanté la mirada, encontrándome con la suya. Cierto, ahora era nuestro salón. Mi polla palpitó al pensarlo—. Necesitaba una reforma. Era demasiado lúgubre. Además… —continuó con malicia—, ¿qué más te da, si casi nunca estás aquí?

Ah. Así que se trataba de eso.

Un destello divertido cruzó mis ojos antes de que me moviera. Mis manos encontraron su cintura con naturalidad, deslizándome bajo la tela del jersey fino que llevaba, acariciando su piel caliente con la yema de mis dedos antes de tirar en mi dirección para atraparla entre mis brazos.

—Y tú quieres que esté aquí —susurré contra su oído, con la voz áspera.

No se apartó. No necesitó hacerlo, porque *la rata* se revolvió de nuevo y me ladró con la fuerza de una puta comadreja histérica, temblando entre sus manos como si de verdad pudiera hacerme retroceder.

Mi mandíbula se tensó y fulminé a *la rata* con la mirada. Ella me la devolvió con más gruñidos.

«Puta rata».

—Parece que no le caes bien —canturreó Yelena, sin molestarse en ocultar lo mucho que disfrutaba del espectáculo—. Con lo rápido que ha congeniado con César…

El golpe no venía por la perra. Me incliné despacio, bajando la voz hasta convertirla en un roce apenas audible contra su piel.

—Cambiará de parecer —deslicé los dedos por su espalda, suave, pausado—. Solo necesita tiempo.

Su sonrisa se mantuvo intacta.

—Tal vez si nos dejaras salir, no estaría tan enfadada.

— ¿Quién? ¿La perra o tú?

Yelena entrecerró los ojos separándose unos centímetros para mirarme.

— ¿Hasta cuándo piensas tenerme encerrada? —preguntó, sin rodeos.

—Mientras sigas en el punto de mira de Yuri Vasilyev, no vas a poner un pie fuera, *principessa* —su garganta se movió con fuerza al tragar, pero no le di margen a protestar—. Prometo que te mantendré entretenida.

—No voy a dejar que me pongas una mano encima hasta que me dejes salir —dijo con rapidez.

Solté una carcajada baja, ronca.

—Déjame que lo dude. Aunque hay otras formas de entretenernos.

— ¿Ah, sí? —Alzó una ceja— ¿Qué se supone que haremos? ¿Ver pelis y comer palomitas como una pareja normal? Porque te recuerdo que no lo som… —Estrellé mis labios contra los suyos, hundiendo mi lengua en su boca, impidiéndole decir una sola palabra más. Un gemido ahogado vibró en su garganta directa a mi polla. Solo me detuve al notar el cambio en su cuerpo, cuando dejó de resistirse y se rindió con un suspiro que me acarició el pecho.

—Por ejemplo —murmuré contra sus labios.

Yelena frunció el ceño, todavía con la mirada algo nublada. No me creía ni una palabra, y no la culpaba, yo tampoco habría apostado por esa imagen hace unas semanas. Pero ahí estaba, mirándola en mitad de un salón que ya no reconocía como mío, con cojines rosas por todas partes y un intento de perro que parecía haber tomado posesión de mi casa.

—No hay palomitas, habría que ir a comprarlas —murmuró—. Y me gustan las películas bélicas.

—Me lo imaginaba.

CAPÍTULO 21

YELENA

Un movimiento brusco me sobresaltó en la cama. Al abrir los ojos vi a Matteo a mi lado, atrapado en otra de sus pesadillas con la frente perlada de sudor, la mandíbula apretada y las cejas en tensión. Presioné el botón del reloj para ver la hora. La pantalla se iluminó y se apagó tras unos segundos. Hacía tan solo un par de horas que nos habíamos quedado dormidos.

Me incorporé sobre el codo, y lo observé en silencio. No podía evitar preguntarme con qué estaba soñando, qué era aquello que tanto lo atormentaba. Hacía tres semanas que Harvey había logrado colarse en los archivos del doctor de los Lombardi, pero no había encontrado nada sobre su insomnio crónico, ni sobre terrores nocturnos, y mucho menos sobre las pastillas para dormir que había descubierto rebuscando entre sus cosas. Aunque también podía ser que Matteo le hubiera prohibido dejar constancia sobre ello, después de todo, lo haría ver débil, y eso es algo que en nuestro mundo un hombre no se puede permitir.

Mi mano se estiró sola hacia su rostro, pero antes de llegar a tocarlo, sus ojos se abrieron de golpe, brillando en mitad de la oscuridad.

Volví a bajar la mano lentamente, esta vez sin fingir que dormía como todas las veces que me había despertado a mitad de noche por otra de sus pesadillas.

Matteo parpadeó varias veces, su respiración seguía desbocada, su pecho agitado y todavía parecía atrapado entre dos mundos.

— ¿Estás bien? —pregunté sin pensarlo. Hace unas semanas ni se me habría ocurrido; me habría dado la vuelta sin más. Pero ahora

algo me empujó a hacerlo.

Giró la cabeza en mi dirección, mirándome con el ceño fruncido y una chispa de confusión reflejada en sus ojos y algo más que no pude descifrar. No parecía capaz de distinguir si yo era real o una sombra más de su sueño.

Empujó las sábanas a un lado y se sentó en el borde de la cama, curvando su espalda hacia adelante mientras se pasaba una mano por el rostro hasta detenerse en el cabello, aun respirando con dificultad. Entonces se levantó de golpe, agarró los bóxers que habían acabado en el suelo y se los puso saliendo luego de la habitación.

Me quedé allí, observando la puerta como una idiota. El calor de su cuerpo aún impregnaba las sábanas y la sensación de su piel aún ardía contra la mía, tan viva y reciente que parecía no haber pasado ni un maldito segundo desde la última vez que lo había tenido dentro de mí esa noche.

Presioné la punta de la lengua contra el interior de mi mejilla pensativa. Sabía dónde había ido. Sabía qué encontraría si lo seguía. Respiré hondo y cerré los ojos un instante. Podría quedarme ahí y fingir que no me importaba, porque no debería hacerlo. Que me acostara con él no significaba nada, solo entretenimiento mientras permanecía allí encerrada a la espera de dar con Yuri. Pero cuando volví a abrir los ojos, ya estaba sentándome al borde de la cama.

Me incliné hacia delante, recogí la camisa de Matteo que había acabado en el suelo de mi lado de la cama y me la puse.

Caminé descalza hasta el gimnasio, siguiendo el sonido de los golpes a lo largo del pasillo. Me asomé, quedándome en el marco de la puerta. Matteo descargaba contra el saco—ahora rosa—una serie interminable de puñetazos. Sus músculos se contraían con cada impacto, una y otra vez sin detenerse.

— ¿Matteo? —lo llamé desde la puerta. No hubo respuesta, ni un solo indicio de que me hubiera escuchado.

Su respiración era cada vez más áspera, irregular, y llenaba la habitación como un eco sofocante, pero sus puños no se detenían. Solté una pequeña exhalación y avancé con cautela, como si me

acercara a un veterano atrapado en un bucle del que no sabía cómo sacarlo. Entré poco a poco en su campo de visión, pero ni siquiera entonces me miró. Seguía golpeando el saco.

Mis ojos recorrieron su rostro. Su mandíbula se apretaba con fuerza, pero por lo demás no había ni un signo de expresión, tan solo un brillo violento y oscuro reflejado en sus pupilas. Mi vista voló a sus manos, no usaba guantes, ni un vendaje que lo protegiera de los golpes. La piel de sus nudillos estaba destrozada, abierta en algunas zonas, con sangre corriendo entre las grietas irregulares que cada puñetazo abría más.

—Deberías usar vendajes al menos.

El movimiento de su cuerpo se detuvo al instante. El saco osciló una vez más antes de chocar contra su pecho, empujándolo un paso atrás. Su respiración seguía agitada, el sudor le corría por la frente y los nudillos enrojecidos parecían a un golpe de reventar del todo.

Cuando por fin empezó a calmarse, sus ojos grises se movieron despacio hasta encontrar los míos. Y por primera vez en minutos, pareció verme de verdad.

Tragué saliva. No tenía ni idea de qué estaba haciendo ni porqué, pero me moví hacia él y tomé una de sus manos levantándola. Su piel estaba caliente, ardiendo más bien, y sus dedos rígidos bajo los míos. Bajé la cabeza y examiné los nudillos con detenimiento.

—Esto necesita atención —murmuré, levantando la vista hacia él.

Parpadeó, como si mis palabras fueran la primera cosa real que escuchaba en horas.

—Hay un botiquín en el baño —dijo, con la voz ronca, más áspera de lo normal.

Asentí.

Sin soltar su mano, lo saqué del gimnasio y me dirigí de vuelta hacia la habitación, guiándolo conmigo hacia el cuarto de baño. Sólo lo solté al entrar y me giré hacia él.

— ¿Dónde está?

Matteo señaló con un leve gesto de cabeza el armario derecho bajo el lavabo. Me agaché y saqué el botiquín colocándolo sobre la

encimera. Revolví su interior hasta encontrar el frasco de antiséptico medio vacío y unos algodones a punto de agotarse. Por lo menos debía curarse los nudillos tras destrozárselos de esa forma. Al girarme de nuevo, Matteo ya había levantado una de sus manos, ofreciéndomela con la misma docilidad con la que un perro te ofrece la pata.

Apreté los labios observándolo un instante, sintiendo algo apretando mi pecho. Verlo así era extraño, doloroso incluso.

Sacudí la cabeza y apliqué el antiséptico con ayuda de un algodón, echándole miradas fugaces a Matteo. Sus ojos permanecían clavados en mí, en silencio, como si observarme le resultara más importante que el escozor que debía estar sintiendo, porque aunque no hubiera ninguna reacción por su parte, sus dedos se agitaban con pequeños espasmos cada vez que el líquido tocaba un nudillo abierto.

—Deberías volver a la cama —dije, arrojando los algodones manchados a la basura—. Aún es pronto para levantarse.

Matteo no respondió. Simplemente se giró y salió del baño. Cuando salí tras él, ya estaba en la cama.

Apagué la luz del baño y me deslicé bajo las sábanas. Aún no había acomodado la cabeza sobre la almohada cuando sentí el colchón hundiéndose a mi lado. Su brazo se enroscó alrededor de mi cintura y me giró hasta que mi espalda chocó contra su pecho. Al principio, pensé que buscaba mi cuerpo para alejarse de lo que fuera que había visto en sus sueños. Pero Matteo no hizo ningún movimiento. No hubo caricias, ni besos, ni siquiera noté el roce de su boca contra mi piel, solo el peso de su cabeza hundiéndose en la curva de mi cuello y el calor de su aliento escapando en un suspiro lento. No me moví, apenas respiré sintiendo que si lo hacía, rompería esa extraña burbuja en la que nos encontrábamos. Entonces su respiración se volvió más profunda y pausada, y comprendí que se había quedado dormido abrazado a mí.

***

Cuando volví a despertar, Matteo ya se había marchado y yo no me había ni enterado. Permanecí un rato tumbada, mirando el techo, con el frío pegado a mi espalda donde antes había estado su cuerpo y esa sensación incómoda aferrada a mí pecho que no quise pararme a analizar.

Con un suspiro, me incorporé lentamente, desenredando la sábana alrededor de mi cuerpo antes de levantarme.

Me agaché recogiendo mis bragas del suelo, chasqueando la lengua al ver que las había vuelto a romper, y me dirigí al cuarto de baño a asearme. A este paso, iba a tener que hacer un segundo pedido de ropa interior, uno mucho más grande que el anterior, porque por alguna razón Matteo parecía tener algo personal contra mis bragas y había decidido acabar con todas ellas.

Al salir de la habitación, busqué a Cat con la mirada. Estaba en el sofá, hecha un ovillo sobre las piernas de César, que acariciaba su cabeza con una mano distraído mientras que con la otra deslizaba el dedo por la pantalla del móvil. Al menos alguien parecía apreciar la compañía de la niñera. No es que César me cayera mal, me había acostumbrado a su presencia constante, pero no necesitaba a alguien cuidando de mí en todo momento.

— ¿Ya ha paseado? —Me acerqué a la cocina y serví una taza del café que Matteo había dejado preparado antes de marcharse. Se había convertido en una especie de rutina. A veces me despertaba por las mañanas y Matteo ya no estaba, otras lo pillaba dirigiéndose al baño antes de ponerse su traje, pero siempre dejaba café listo sobre la vitrocerámica.

—Hace un rato. Son las doce —respondió César.

Casi se me sale el café por la nariz. ¿Las doce? Ni siquiera me había dado cuenta de que era tan tarde. Aunque bueno, tampoco noté cuando se fue Matteo, supongo que últimamente me dejaba demasiado agotada. No es que me queje.

Me apoyé en la encimera, observando a César desde la distancia, enfrascado en su móvil como siempre.

— ¿Te puedo hacer una pregunta? —inquirí dando otro sorbo al café.

César alzó una ceja, pero no apartó los ojos de la pantalla.

—Adelante.

— ¿Desde hace cuánto conoces a Matteo?

Ahí sí me miró. Me observó en silencio, midiendo la pregunta antes de responder.

—Prácticamente de toda la vida —respondió dejando el teléfono a un lado—. Coincidimos en el instituto después de que lo echaran del internado.

Asentí, dándole otro sorbo al café. Quizás César se pensaba que ya sabía esos datos, pero lo cierto es que mis conversaciones con Matteo habían sido más bien pocas. Para ser exactos, cualquier conversación entre nosotros siempre parecía tener el mismo final: en la cama, en el sofá, en la ducha… joder, incluso sobre el suelo del salón tras una pelea de la que ni siquiera recordaba el motivo.

Las cosas que sabía sobre él eran más triviales. Como que prefería las palomitas de mantequilla a las saladas, e intuía que había visto alguna que otra comedia romántica por su cuenta, o que su afición por las motos iba más allá de la colección que tenía en el garaje; lo descubrí cuando subió lleno de aceite tras reparar el desastre que hice con su moto, y de alguna manera acabamos haciéndolo en la ducha después de que me dejara pringada de grasa sobre la mesa del comedor. Además, Harvey no había encontrado nada relevante sobre él cuando buscó información, solo una ligera alergia a las nueces, nada grave. Pero debía haber algo más.

— ¿Sabes lo de sus pesadillas? —pregunté dejando la taza sobre la encimera. Había algo raro. No sabía si era el sabor o el regusto que me dejaba en la lengua.

César tomó una exhalación lenta y se quitó a Cat de encima acercándose a la isla de la cocina.

—Pensaba que ya no las tenía. —Parecía más preocupado de lo que dejaba ver, aunque eso tampoco era ninguna novedad.

Esas últimas semanas había aprendido un par de cosas sobre ellos. César era el mejor amigo de Matteo, aunque eran dos polos opuestos. Él era tranquilo, reservado, siempre parecía estar

midiendo sus palabras antes de abrir la boca. En cambio Matteo era todo lo contrario, siempre tenía algo que decir, una sonrisa medio irritante en los labios y me había dado cuenta de que la mayoría de las veces era bastante impulsivo, pero cuanto más lo observaba, más sospechaba que lo suyo era pura fachada. Y lo peor es que todo eso lo hacía mucho más… no sé, entretenido tal vez.

—Las tiene, pero no tan intensas. —Puede que lo de follar como conejos toda la noche lo agotara lo suficiente como para espantar a sus demonios. Aunque a veces creo que no llega a dormirse después de dejarme desmayada en la cama.

—Eso es bueno —asintió. Rodeó la isla de la cocina y abrió la nevera. Sacó uno de los tuppers que Valentina había dejado preparados y lo metió en el microondas.

Lo seguí con la mirada, sintiéndome una intrusa en una conversación de una sola persona.

— ¿Y ya está?

—No sé qué más quieres —dijo, programando el microondas.

—No sé, ¿algo? Eres su amigo. Pensé que eso implicaba, no sé… hablar de vez en cuando.

César resopló, cogió un plato mientras el microondas sonaba de fondo, y esperó pacientemente a que terminara.

—Lo que Matteo o yo hablemos o no, no es de tu incumbencia.

—Técnicamente, es mi marido, no el tuyo, ¿no debería saberlo?

No respondió. Ni si quiera me miró.

El microondas pitó, se sirvió la comida en el plato y volvió a rodear la isla de la cocina sentándose en el taburete rosa frente a mí, dejando el plato delante de él.

Rodé los ojos, estaba claro que no iba a sacar nada de él. Podría haber ido a por una de las armas del vestidor y amenazarlo con dispararle, pero habría sido exagerar.

— ¿Sabes qué? Eres un aburrido, y me caes mal —le espeté.

—Y tú eres igual que él —murmuró antes de llevarse el primer bocado a la boca.

—Te he oído. Y no nos parecemos en nada —mascullé eso último.

Una sonrisa le curvó los labios, pero la ocultó tras otro bocado.

«Idiota».

Golpee la lengua contra el paladar, girándome hacia la encimera. Tiré el café por el fregadero y fui a lavarme los dientes para quitarme el maldito sabor amargo que me había dejado su comentario.

CAPÍTULO 22

MATTEO

No tenía idea de qué diablos pasó. Cómo logró sacarme de ese agujero justo cuando empezaba a hundirme del todo. Todavía podía sentir la sangre, la ira latiendo bajo mi piel, la niebla cerrándose en mi cabeza… pero su voz se abrió paso entre todo el caos, arrancándome de esa oscuridad que lo envolvía todo. La vi ahí, de pie, viva. Y lo más extraño es que, después de eso, volví a dormirme. Y, por primera vez en años, no hubo pesadillas.

Me miré los nudillos, recordando cómo Yelena me había curado en el baño antes de arrastrarme de regreso a la cama. La idea de que mi cabeza se estuviera jodiendo aún más me inquietaba. Antes al menos sabía a qué me enfrentaba, los recuerdos, la rabia, la sed de sangre, la desconexión… Eran constantes. Ahora había cambiado, por ella, porque se estaba metiendo demasiado bajo mi piel, y lo peor es que no me importaba.

—Esto ya está —suspiró María, trayéndome de vuelta.

Bajé la vista. Sus manos sostenían la planta con cuidado, colocándola en el agujero que había cavado minutos antes. Al estirar el brazo para acomodarla, la manga del jersey se deslizó apenas, dejando ver un moretón en su piel pálida. Un nudo se formó en mi pecho y los puños se me cerraron con fuerza. Quería matar a ese cabrón.

María alzó la mirada y me dedicó una de sus sonrisas cálidas. Inspiré despacio, aflojando la tensión de mis manos mientras la observaba; no podía perder la cabeza con ella delante. Me agaché a por la pequeña pala para cubrir las raíces, igual que hacía de crío cuando me escapaba al jardín, aprovechando que mi padre no

estaba o estaba demasiado ocupado como para darse cuenta de lo que hacía o no hacía.

Terminó de fijar la tierra con suaves presiones de sus manos y se giró rebuscando algo en la caja de herramientas, sacó dos tijeras de podar y me pasó unas. Le tendí la mano ayudándola a incorporarse y comenzamos a cortar los tallos secos de los rosales que había plantado hace unos meses. El sonido del metal quebrando las ramas siempre me ha parecido hipnótico, relajante de alguna manera. Y estoy convencido de que María lo sabe, por eso siempre me ha pedido ayuda con estas cosas.

— ¿En qué piensas? —preguntó sin mirarme, centrada en su trabajo.

—En las plantas —respondí.

—Sabes que a mí no puedes mentirme.

Solté el aire por la nariz y bajé la vista a los tallos que tenía entre las manos, presionando mi dedo índice en una de las espinas hasta que una gota de sangre brotó.

—No duermo mucho últimamente —dije con un encogimiento de hombros, porque no podía decirle que en lo que realmente estaba pensando era en mi mujer y en cómo, de repente, no encontraba la misma necesidad de siempre de destruirlo todo—. Se me pasará.

María no insistió, no lo hacía nunca. Sabía que a veces mejoraba y otras empeoraba. Venir a casa de mi padre siempre me pone tenso y últimamente no dejaba de llamarme esperando que le contara algo sobre Ivanov que pudiera ayudarlo en sus negocios con él. Mi matrimonio con la *principessa* de la Bratva me había convertido mágicamente en un peón valioso.

—Tengo algo para ti —dijo, dejando las tijeras en la caja.

La observé alejarse en dirección a la casa. Me quedé allí un momento, luego miré las tijeras en mi mano y me las guardé en el bolsillo antes de seguirla.

Cuando entré en la cocina, María estaba junto a la isla con una maceta entre las manos.

— ¿Una planta? —arqueé una ceja y me acerqué, observando la maceta con más desconfianza de la que tendría ante un arma sin seguro. No era la primera vez que María intentaba darme algo para mantener mi mente ocupada.

—Para que tengas algo que hacer cuando no puedas dormir —respondió, girando la maceta entre sus manos—. Mejor que lo que sea que hagas por las noches cuando eso pasa.

«Boxear y torturar gente es una buena terapia. Perderme entre las piernas de mi mujer, lo es aún más».

Me guardé el comentario. Desde que dejé la casa de mi padre, María había adquirido la costumbre de darme cosas para distraerme. Libros, puzles… Ahora una planta. Cuando era pequeño y mis pesadillas llegaban, solía pasar las noches en la cocina con ella, siguiendo sus recetas hasta que el sueño volvía y me acompañaba a la cama. A veces me dormía, otras no, pero al menos me calmaba.

—Mejor que no lo vea mi padre… o quizás sí… —murmuré con una sonrisa torcida, dándole una vuelta a la maceta.

—Ni se te ocurra usar las tijeras con otra cosa que no sea esta planta —advirtió María.

La miré de reojo, dejando que una sonrisa más amplia se extendiera por mis labios.

— ¿Cómo lo has sabido?

Que María siempre estuviera al tanto de lo que ocurría era para considerar seriamente llevarla con nosotros a los interrogatorios. Quizás solo con mirar al desgraciado que tuviéramos atado, averiguaría lo que nosotros no lográbamos sacarle a punta de cuchillo.

—Te conozco como si te hubiera parido, Matteo.

Era la única que podía decir esas cosas sin una mala reacción por mi parte. Tal vez porque siempre me había tratado como a un hijo. Aun así, la idea que tenía para esas tijeras distaba mucho del cuidado de una planta que, conociéndome, se me moriría en cuestión de días. Ah, pero ya sabía a quién podría interesarle la planta.

—Matteo, nos vamos —la voz de Bastian resonó desde la entrada de la cocina.

—Recuerdos a tu esposa —dijo María, alzando una mano hacia mi mejilla.

—No se los daré —respondí, dejando al descubierto mis dientes.

María chasqueó la lengua, disgustada, pero no dijo nada. Me incliné y dejé que sus labios tocaran mi mejilla antes de enderezarme de nuevo.

Dejé a Bastian atrás mientras se despedía de María, y me dirigí a la entrada.

Me detuve en el hall, mirando hacia el pasillo que llevaba al despacho de mi padre. Ni siquiera se molestó en salir a despedirse. Una lástima, me habría encantado que viera cómo me largaba de su casa con una jodida maceta bajo el brazo.

Empujé la puerta principal y crucé el porche hacia el techado donde habíamos aparcado. Salva estaba apoyado en el coche, encendiendo un cigarro. Al verme, arqueó una ceja y dejó de mover el mechero.

— ¿Y esa planta? —preguntó, guardándolo de nuevo sin encender nada.

—Había pensado ponerla en nuestra sala de interrogatorios. Un poco de color nunca viene mal —bromeé, acariciando una de las hojas.

—Eso no entra ahí —gruñó Bastian, detrás de mí.

Salva resopló con una media sonrisa y entró al coche, negando con la cabeza.

—Eres un aburrido, hermano. —Abrí la puerta con la mano libre y me dejé caer en el asiento del copiloto, acomodando la planta sobre mi regazo. Esperé a que entrara y me giré en el asiento para mirarlo con una sonrisa—. Quizás debería llevarla a tu apartamento. Dicen que hablar con las plantas es terapéutico.

—Y por eso te la ha dado María —murmuró, apartando la mirada hacia la ventanilla.

Lo fulminé con la mirada.

—No necesito una planta para dormir. Para eso tengo a Yelena. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Jodidamente instintivas. Solo cuando el silencio se hizo más pesado en el coche me di cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Bastian no reaccionó. No lo haría, no es su estilo. Pero Salva… puso el coche en marcha con una sonrisa de comemierda grabada en la cara. Iba a recordarme esto el resto de la semana o de mi vida, y además estaba convencido de que pensaba compartirlo con el resto nada más verlos.

—Déjame en casa antes de volver a Modesta —gruñí, girando la cabeza hacia la ventana.

— ¿Tan pronto? —inquirió Salva sin borrar la puta sonrisa.

—Si lo prefieres, para en la tuya y te dejo a la planta de adorno. Quedaría de lujo sobre ese piano que tienes acumulando polvo.

—No uses la planta como excusa. Cada vez vuelves antes a casa, y todos sabemos por qué.

Le lancé una mirada que podría matarlo, pero el cabrón solo se rio más. Giré la cabeza hacia atrás, echando un vistazo a Bastian. No dijo nada, no hacía falta, el brillo que cruzó sus ojos hablaba por sí solo.

Resoplé, acomodando la planta en el regazo, y volví a mirar por la jodida ventanilla.

***

Subí en el ascensor con la planta apoyada en un brazo, preguntándome en qué momento había decidido que aquello era una buena idea. Me sentía como un idiota. No debería importarme tanto su reacción, y sin embargo, ahí estaba, imaginando la expresión de Yelena al verla, preguntándome si sonreiría o me la tiraría a la cabeza al verme aparecer con ella.

Apreté la mandíbula y clavé la vista en el reflejo distorsionado de las puertas metálicas. Solo era una planta. Una maldita planta. Pero mi brazo la sujetaba como si cargara algo frágil y valioso.

Las puertas del ascensor se abrieron y crucé el umbral del apartamento con la maceta bajo el brazo. César alzó las cejas, echándome una mirada cargada de diversión antes de pasar a mi lado con una sonrisa sutil mientras negaba con la cabeza. Era un puto cuadro, lo sabía. No dijo nada, porque a estas alturas ninguno de mis disparates le sorprendía. Subió al ascensor y se largó, dejándome solo con mi esposa y mi estupidez.

Yelena estaba tumbada en el sofá, absorta en la pantalla del móvil con *la rata* tumbada sobre su vientre. No me miró enseguida, pero cuando lo hizo, sus cejas bajaron de golpe.

— ¿Y esa planta? —inquirió con recelo, incorporándose en el sofá mientras con una mano dejaba a *la rata* en el suelo. Se quedó sentada, apoyando los antebrazos sobre las rodillas, como si no terminara de fiarse de mí ni de la maceta. Hacía bien.

Me acerqué con media sonrisa y la tendí hacia ella ignorando el gruñido de bienvenida de *la rata*.

—Un regalo.

Sus cejas se fruncieron aún más.

— ¿Por qué? —preguntó, tomándola con una mezcla de sospecha y curiosidad.

Me encogí de hombros, disfrutando de su desconcierto.

—Dijiste que querías salir… así que te he traído un pedacito del exterior. —Le guiñé un ojo.

Rodó los ojos con fastidio. Dios, cómo me gustaba cuando hacía eso.

—Muy gracioso. En vez de traerme una planta, podrías dejarme salir.

—Es peligroso —repuse, más serio—.Todavía no sabemos dónde se esconde Vasilyev.

Chasqueó la lengua.

—Oh, venga ya. Sé defenderme sola. ¿O se te ha olvidado? Solo dame un arma. —Su mirada brilló con ese orgullo testarudo que me enloquecía.

Solté una risa baja, negando con la cabeza.

— ¿Y arriesgarme a que intentes dispararme mientras duermo? No, gracias. —Me incliné hacia ella, apartándole un mechón de la cara y rozando su mejilla con los dedos. Desde esa noche, tras lo de Modesta, había sido cuidadoso con mis armas, ni siquiera había vuelto a dormir con una pistola bajo la almohada por si ella la descubría, siempre las guardaba en la caja fuerte del vestidor.

Vi cómo la rabia le subía por el cuello hasta encenderle las mejillas. Jodidamente tentadora.

—Tú y tu planta os podéis ir al diablo —espetó, estampándomela contra el pecho antes de levantarse de un salto—. Me voy a la ducha. Y ni sueñes con seguirme, estoy enfadada.

—No tan rápido, *principessa*. —La atrapé por la cintura y la atraje contra mí antes de que escapara. Su cuerpo chocó con el mío y sus manos se alzaron de inmediato intentando poner distancia entre ambos—. Es un regalo importante. —Me incliné, asegurándome de rozarle el oído al hablar—. Y lo vas a aceptar.

La miré de reojo. La vi pestañear y sentí el calor de su cuerpo elevarse entre mis brazos. Incliné la cabeza, observándola con una sonrisa ladeada, esperando su respuesta.

—Entonces tendré que conformarme con ver cómo decoras mi cautiverio —murmuró al fin, carraspeando suavemente antes de apartar la mirada.

—Un *gracias* no te mataría.

— ¿Gracias por una maceta de consolación? —Arqueó una ceja, clavando los ojos en mí— ¿De dónde la has sacado?

—Me la ha dado María —respondí, sin aflojar mi agarre de su cintura.

Sus cejas se alzaron.

— ¿Tu madrastra?

Asentí. ¿Tan raro era que María me hiciera un regalo?

Yelena bajó la vista hacia la planta y la acercó al rostro aspirando su aroma.

—Huele muy fuerte, ¿qué es?

—Romero —respondí, soltándola al fin. La seguí con la mirada mientras caminaba hasta la mesa con la planta en las manos—. Se usa en la cocina. No me digas que no sabes ni hervir agua, *principessa*.

Me miró por encima del hombro, con una sonrisa torcida.

— ¿Acaso tu sabes de cocina?

—Más de lo que imaginas. —Me encogí de hombros—. Otra cosa es que no me veas con delantal.

La seguí y, en cuanto dejó la maceta sobre el cristal, apoyé las manos a sus lados acorralándola.

—Ahora a la ducha, *principessa* —murmuré contra su cuello, dejando un beso justo donde sabía que su piel era más sensible—. Te prometí entretenerte.

Contuvo la respiración un instante antes de girarse, intentando apartarme con las manos apoyadas en mi pecho. Gruñí bajo, aferrándola de la cintura para atraerla de nuevo contra mí. Me encanta cuando se resiste, creo que no es consciente de lo dura que me la pone.

—Tengo otra idea mejor —susurró, levantando el mentón con ese brillo desafiante que me hacía querer atarla a la cama.

Incliné la cabeza intrigado. Últimamente tenía ideas muy interesantes, y me da que era cosa de esos libros que había empezado a comprar.

— ¿Ah, sí?

Asintió con esa sonrisa dulce que en realidad era puro veneno, sabía exactamente cómo tentarme.

—Pongamos a prueba tus habilidades de autodefensa. Si gano, me dejas salir. Si pierdo… —se encogió de hombros con fingida inocencia— ya se me ocurrirá algo.

CAPÍTULO 23

YELENA

Mis pulmones ardían y la lona del gimnasio estaba fría bajo mi espalda, pero ni eso lograba bajar la temperatura que me recorría el cuerpo por culpa de Matteo. Él seguía de pie, mirándome desde arriba con el pecho agitado, una gota de sudor deslizándose por su frente y esa sonrisa cansada, orgullosa y arrogante en los labios. Porque sí, me había tumbado, otra vez.

—Eres un tramposo —escupí.

Apoyó las manos en las caderas, sin dejar de observarme como si vencerme con sus tácticas rastreras hubiera sido el mejor momento del día.

—No es mi culpa si eres incapaz de resistirte a mí —respondió entre jadeos, con esa voz grave que siempre parecía demasiado cerca de mi oído—. Aunque reconozco que me lo has puesto difícil.

Solté un bufido.

«Maldito engreído».

Respiré hondo, tomando aire por la nariz para lograr calmar mi respiración agitada. Casi lo tenía, y le habría ganado si no me hubiera metido la mano en las bragas mientras lo tenía atrapado por el cuello, o cuando me mordió el lóbulo de la oreja y me susurró al oído que se la estaba poniendo dura. En realidad, si hablamos de hacer trampas, aún podía ganarlo.

Estiré la pierna con un movimiento rápido y golpee con fuerza justo por detrás de su rodilla. Matteo no lo vio venir y cayó hacia atrás como un roble derribado, soltando un quejido cuando su espalda impactó contra el suelo a mi lado.

— ¡Mierda! —exclamó, no supe si por el golpe o por la sorpresa.

—Ahora estamos empatados. —Giré la cabeza hacia él, mirándolo con una sonrisa triunfal.

Matteo soltó un resoplido y volvió a clavar la vista en el techo. Nos quedamos así, tendidos boca arriba en mitad del gimnasio, con la respiración entrecortada y las camisetas húmedas pegadas al cuerpo por el sudor.

—Tengo curiosidad —su voz rasposa me acarició la piel—. ¿Por qué militar?

Volví el rostro hacia él. Sus ojos grises permanecían fijos en los míos, como si intentara leerme desde dentro.

—Porque fui criada por un montón de brutos con cero tacto para una niña —respondí con una media sonrisa.

Matteo soltó una carcajada que me recorrió entera mandado un cosquilleo a través de mi columna. Antes de darme cuenta, me descubrí sonriendo también.

—Es cierto que tu padre es algo bruto —murmuró divertido. Desvió la mirada, pensativo por un instante, antes de volver a encontrar la mía—. ¿Fue él quien te enseñó a pelear?

—Más que enseñarme, digamos que jugaba a la lucha libre con él y Viktor —me encogí de hombros—. Con el tiempo aprendí a no acabar siempre en el suelo, y cuando fui más mayor, me uní a los entrenamientos que Maxim daba a los demás en el jardín —hice una pausa recordando con una sonrisa la primera vez que me planté allí —. Tenía diez años. Maxim se negó al principio, así que me acerqué para suplicarle y le di un cabezazo que le hizo sangrar la nariz.

— ¿También se la rompiste o eso es nuevo? —Sus ojos brillaron con diversión.

—Digamos que ahí le cogí el gusto —bromee—. A día de hoy sigue sin saber que fue mi padre quien sugirió lo del cabezazo. Dijo que a los hombres como Maxim había que ganarles por sorpresa.

—Ahora encajan muchas cosas —resopló con una risa—. ¿Tu madre estuvo de acuerdo?

«Mierda. Me había olvidado de ella».

Carraspeé y me incorporé hasta quedar sentada, llevándome una mano al hombro y masajeándomelo. Hasta que Polina apareció en la vida de Boris, no tuve ninguna figura femenina a mí alrededor, pero eso no podía decírselo.

—Me voy a la ducha. Estoy cansada.

Me puse en pie, o al menos lo intenté. Matteo me agarró del brazo antes de que terminara de levantarme y tiró de mí, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera encima de él. El calor de su piel me envolvió de inmediato, y sus brazos se cerraron como una jaula alrededor de mi cintura, impidiéndome escapar.

— ¿Qué haces? Suéltame —le exigí.

—No hasta que me lo cuentes, *principessa.*

— ¿Por qué? No tiene nada de interesante —intenté sonar lo más aburrida posible para apagar su curiosidad.

—Porque quiero saberlo todo de ti.

Mi corazón dio un vuelco y mi pulso comenzó a latir con intensidad, tanto que casi podía escucharlo. Lo sentía en el pecho, en mis muñecas, en mi entrepierna, en todas las partes donde él estaba cerca. Que tuviera ese poder sobre mí no era bueno, y mucho menos algo racional.

Abrí la boca sin saber exactamente qué iba a decir, pero las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—Ella nunca ha formado parte de mi vida.

Matteo inclinó la cabeza y me escudriñó con la mirada en silencio, esperando que continuara sin aflojar el agarre de mi cintura. Me pasé la lengua entre los labios humedeciéndolos.

—Fui un pequeño accidente por culpa del vodka durante el noveno cumpleaños de Viktor. —Intenté tragar el nudo que se había instalado en mi garganta pero era imposible deshacerse de él. Nunca había compartido esa historia con nadie y mucho menos debería estar haciéndolo con Matteo, pero algo me empujaba a ello. Tampoco es que fuera un secreto en mi familia, pero nunca lo mencionábamos—. Mis padres ya estaban separados desde que mi

hermano tenía cuatro o cinco años —continué—, pero como no podía divorciarse, consiguió un amante y se largó a Rusia.

Tragué saliva, llevándome el nudo con ella. No sabía si me dolía más lo que estaba diciendo o el hecho de decirlo en voz alta después de tantos años, porque por algún motivo, era incapaz de cerrar la maldita boca cuando Matteo me observaba de esa forma.

—Yo nunca dejaré que te marches con otro —respondió él en un susurro ronco que me caló hasta los huesos—. Si alguna vez piensas hacerlo, entonces mejor que me mates antes.

Mi boca se secó y mi pulso se detuvo. De todo lo que podría haber dicho Matteo, no esperé que fuera algo como aquello. Necesitaba frenarlo antes de que fuera a más, de que todo se complicara más. No podía olvidar la verdadera razón por la que estaba allí.

Quise levantarme, largarme antes de decir algo que no quería, pero mi cuerpo seguía anclado ahí, entre sus brazos, incapaz de moverse y aumentando de temperatura a una velocidad vertiginosa. Tenía que cambiar de tema cuanto antes.

— ¿Y qué hay de tu madre? —inquirí con el tono de voz más natural que logré. La otra opción era preguntar por sus pesadillas, pero, ya puestos a hablar sobre padres, quise indagar—. Y no me refiero a María.

Noté cómo el cuerpo de Matteo se tensaba y vi como su mandíbula se apretaba marcándole el músculo. Según Harvey, su madre había muerto por una bala enemiga. Nada sorprendente, trágico quizás.

—Se largó también —respondió, y con un movimiento rápido giró sobre sí mismo, llevándome con él hasta que mi espalda chocó contra la lona del gimnasio, arrancándome un jadeo. Su cuerpo se apoyó sobre el mío con esa mezcla de dominio y necesidad que me hacía perder la razón, apoyando los antebrazos a cada lado—. Ahora quiero mi premio por haberte ganado—murmuró, con esa mirada hambrienta clavada en mis ojos.

—No me has ganado —bufé, empujándolo en el pecho sin intención de apartarlo—. Llevas haciendo trampas desde que pusimos un pie aquí.

—Nadie dijo que tuviera que ser una pelea justa —susurró, descansando su frente contra la mía un instante.

Su nariz descendió por mi piel con una lentitud cruel, rozándome hasta detenerse a la altura del cuello, aspirando con suavidad y dejando que su aliento me acariciara.

—Sabes… —murmuré, ladeando la cabeza para darle más espacio —. Podría ayudar a encontrar a Yuri si me dejaras.

— ¿Y puedo saber cómo?

Sus dedos encontraron el borde de mi camiseta y tiraron de ella hacia arriba. Levanté los brazos sin oponer resistencia, estremeciéndome cuando el aire frío rozó mi piel expuesta. Matteo se inclinó sobre mí, besado un camino empezando por mi cuello, pasando por mi clavícula y deteniéndose en mis pechos desnudos. Su boca se cerró alrededor de uno de mis pezones, rodeándolo lentamente con la lengua.

— ¿No iba a por mí? —Jadee, logrando hablar a duras penas—. Dejemos que me encuentre.

Sus dientes atraparon el pezón, tirando con una presión medida que me arrancó un grito ahogado. El ardor fue inmediato, pero lo calmó enseguida con su lengua, lamiendo con una lentitud casi reverente. Mi espalda se arqueó sola, perdida entre el dolor punzante y el alivio cálido que su lengua dejaba a su paso.

Matteo soltó una risa grave contra mi piel, una de esas que me hacían vibrar por dentro, antes de separarse.

—Parece que alguien está muy necesitada hoy —susurró con una sonrisa burlona. Deslizó su mano por mi vientre con lentitud y la coló entre mis bragas—. ¿Estabas así de mojada mientras te ganaba?

—Has hecho trampa —lo corregí.

Un jadeo tembloroso escapó de mis labios al notar su dedo hundiéndose entre mis pliegues. Acarició justo donde más me dolía, y perdí la capacidad de hablar por un instante, deleitándome en la sensación placentera de sus caricias.

—Puede, pero eso no quita que te haya ganado —se regodeó, sin dejar de trazar círculos perezosos alrededor de mi clítoris.

—No me cambies de tema.

Enredé los talones en su cintura y lo atraje hacia mí. Sentí su erección rozarme y un nuevo escalofrío me recorrió entera directo a mi centro.

—Lo digo en serio, Matteo.

—No voy a dejar que salgas —me cortó, enterrando un dedo en mi interior. Un gemido escapó de mis labios y mi espalda se arqueó instintivamente, buscando más.

Mis manos bajaron por su abdomen, rozando la piel cálida hasta dar con el elástico de sus pantalones de chándal. Me colé dentro y encontré su erección palpitante, rodeándola con los dedos y deslizándolos despacio mientras sentía cómo se tensaba contra mí.

Matteo gruñó en mis labios, empujando sus caderas, buscando más contacto.

—Sabes que vendrá a por mí en cuanto ponga un pie fuera —murmuré entre jadeos.

—Lo sé —Hundió un segundo dedo, y los movió más rápido, más profundo, tocándome justo donde sabía que me desarmaba.

—Entonces déjame salir —le rogué temblando. Apreté más mi agarre, moviéndolo al mismo ritmo con el que él me tocaba, jadeando al unísono.

Sus dedos se deslizaron fuera de mí y me sentí vacía al instante. Con un gruñido, apartó mi mano y empujó hacia abajo el pantalón lo justo para liberarse, frotando su erección contra mi centro hasta arrancarme un gemido ronco. Alineó la punta con mi entrada pero no se movió. Me sostuvo la mirada, conteniéndose solo para volverme loca.

—Es peligroso. —Se hundió de una sola estocada y vi las estrellas, literalmente. Mi cuerpo se arqueó con fuerza, empujado por ese golpe seco que me recorrió por dentro en una oleada de puro placer. Me quedé sin aire, aferrándome a sus hombros mientras sus caderas volvían a moverse contra las mías a un ritmo lento, acariciando cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Puedo con él —murmuré, tragándome un gemido cuando presionó con fuerza—. Después de todo, él no hará trampas metiéndome mano.

La mirada de Matteo se volvió oscura, peligrosamente oscura, y dejó de moverse. Intenté empujarlo con los talones, impaciente, pero fue como tratar de tumbar una maldita montaña.

—Repite eso —ordenó con rudeza.

— ¿El qué?

Salió de mí arrancándome un jadeo. En menos un segundo, mi espalda dejó de tocar el suelo, mis rodillas chocaron contra la lona y mis palmas se estamparon frente a mí. Sentí su pecho pegado a mi espalda y su mano aferrarse a mi cadera.

— ¿Yuri metiéndote mano? —Me embistió con una estocada tan profunda que me robó el aire—. No me hagas reír, *principessa*. Le arrancaré la mano antes de rozarte un puto pelo. A él —otra embestida—, o a cualquiera—y otra más—. ¿Ha quedado claro? —Se detuvo, empujando al fondo.

—Sí —jadee.

—Así me gusta.

Sus dedos se clavaron en mis caderas mientras empujaba una y otra vez, sin darme tregua. Me aferré al suelo con los dedos, tratando de anclarme a algo mientras mi cuerpo se rendía a su ritmo frenético. Sus dedos volvieron a deslizarse por mi clítoris y lo frotaron al ritmo de sus embestidas, llevando mi cuerpo al límite sin piedad.

El orgasmo me desgarró de dentro hacia afuera, arrancándome un gemido profundo mientras cada músculo de mi cuerpo se estremecía con una violencia dulce y devastadora.

Matteo gruñó contra mi cuello, un sonido bajo y salvaje que me hizo temblar justo antes de tensarse y derramarse dentro de mí con un empuje final que me dejó sin aliento. Sentí su liberación llenarme mientras mi espalda se arqueaba contra él, completamente agotada, completamente *suya*.

—No vuelvas a imaginarlo —murmuró en mi oído con la respiración entrecortada.

—Has sido tú el que lo ha hecho, no yo —murmuré, medio ahogada por el temblor que aún recorría mi cuerpo. Estaba tan exhausta que apenas podía sostenerme.

Matteo salió de mí con lentitud, arrancándome un último gemido, y se dejó caer a mi lado, guiándome con él. Mi cuerpo cedió sin resistencia. Me tumbé sobre su pecho, descansando la mejilla sobre su piel húmeda, escuchando su respiración agitada y el golpeteo de su corazón contra mi oído.

Su brazo se enroscó alrededor de mi cintura, atrayéndome más cerca hasta que mi cuerpo quedó encajado contra el suyo.

Un silencio cómodo se instaló entre nosotros, roto únicamente por el sonido de nuestras respiraciones acompasándose. Mis párpados comenzaron a pesar y se cerraron un instante rindiéndose al agotamiento, pero no podía dejarlo estar. Necesitaba salir, si lo hacía, quizás lograría que Yuri asomara la cabeza y acabaríamos con él. Y entonces, todo esto que tenía con Matteo acabaría. Una parte de mi necesitaba que acabara, necesitaba alejarme antes de que fuera demasiado tarde, y otra parte de mi… No. Ni siquiera quería pensarlo.

— ¿Entonces? —murmuré, apoyando la barbilla en su pectoral.

Matteo me echó una mirada de reojo y hundió los dedos en su cabello dejando escapar un suspiro.

—Lo pensaré.

Puse los ojos en blanco.

—Eres un cabezota.

Me incorporé, sintiendo como mis músculos aún temblaban agotados. Recogí la camiseta del suelo y luego miré las bragas… o lo que quedaba de ellas. Solté un resoplido, entre resignada y frustrada.

— ¿Vas a romperme todas las que tengo? —inquirí, lanzándole una mirada de reproche por encima del hombro.

Matteo me observó desde el suelo, apoyado en un codo, con esa sonrisa arrogante y desvergonzada que ya no sabía si me irritaba o me había vuelto malditamente adicta.

—Ese es el plan —respondió—. Romperlas todas hasta que no te quede más remedio que pasearte por la casa sin bragas, *principessa*. Y créeme… —su mirada me recorrió con descaro— pienso disfrutar cada segundo de ello.

—Seguro que César opina lo mismo. —Sonreí con malicia, girando sobre mis talones y eché a correr hacia el baño antes de que me alcanzara.

CAPÍTULO 24

YELENA

Arrugué la nariz por tercera vez y solté un quejido bajo. Algo me hacía cosquillas, interrumpiéndome el sueño sin despertarme del todo. Me rasqué con torpeza bajo la nariz, esperando que el maldito picor desapareciera, pero en lugar de calmarse, se trasladó a mi oreja. Fruncí el ceño aún medio dormida y abrí los ojos de golpe cuando el cosquilleo se repitió.

Me encontré con el rostro de Matteo a escasos centímetros del mío, con esa sonrisa perfecta que mostraba sus dientes. Di un pequeño grito por el sobresalto que me produjo y sin pensarlo dos veces, le estampé la almohada de mi lado en la cara, con fuerza suficiente como para desequilibrarlo hacia un lado.

— ¡Me has dado un susto de muerte! —bufé, volviendo a hundirme en el colchón con el corazón disparado.

Matteo soltó una carcajada ronca, de esas que me recorrían entera. Volvió a incorporarse, inclinándose para recuperar el mechón de mi pelo que había usado como instrumento de tortura y lo enroscó en su dedo sin borrar la sonrisa de su rostro. No puedo negar que le sienta bien cuando sonríe de esa manera, tan despreocupado y con ese brillo en los ojos, como si no llevara los demonios que tan bien oculta clavados en la espalda.

—Por fin despiertas, bella durmiente.

Su boca se estrelló contra la mía, arrancándome un gemido bajo y luego deslizó su lengua entre mis labios abriéndome, acariciándome por dentro con una ternura posesiva que me hizo temblar el cuerpo entero.

Mis dedos se enredaron en su cabello, dejando escapar otro gemido ahogado, necesitando más. Y cuando por fin se apartó, lo hizo tan despacio, tan malditamente despacio, que mis labios lo siguieron negándose a dejarlo ir. Me dejó jadeando, con el corazón a punto de salirme por la garganta y una necesidad urgente quemándome bajo la piel.

—Buenos días —murmuró, con esa sonrisa de cabrón satisfecho.

— ¿Qué haces aquí aún? —inquirí suave, todavía con el corazón acelerado y la falta de aire demasiado presente en mi pecho. No sé qué diablos me había hecho, pero jamás me había sentido tan afectada por un beso.

Matteo se limitó a sonreír y me pasó el mechón tras la oreja antes de bajarse de la cama. Entonces me di cuenta de que iba vestido con ropa de deporte. Sudadera negra, camiseta ajustada debajo, y esos pantalones de chándal que le quedaban demasiado bien.

— ¿Vamos al gimnasio? —Arqueé una ceja, con la voz aún pastosa. Creo que… quitando el día después de nuestra boda, era la primera vez que me despertaba y Matteo seguía en casa, porque el sexo matutino no cuenta.

—Mejor —dijo, con un brillo travieso en los ojos—. Vamos a salir a correr.

— ¿Va en serio? —me incorporé de golpe y el mundo giró un instante. Tuve que apoyar la mano en el colchón antes de sacudirme el aturdimiento.

Matteo asintió con calma. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, deteniéndose descaradamente en la curva de mis pechos, cubiertos solo por el encaje del camisón de seda negro que me había puesto la noche anterior. El calor se acumuló en mi vientre y tuve que forzarme a centrarme. No quería perder la oportunidad de respirar aire fresco por fin.

—Pero primero... —añadió, con esa media sonrisa que ya conocía demasiado bien—. A la ducha.

—Sabes que la gente se ducha después de correr, no antes, ¿verdad? —respondí con sorna.

— ¿Quién ha dicho que la ducha sea para eso? —repuso, sin despegar esa sonrisa pervertida del rostro.

Puse los ojos en blanco y me bajé de la cama arrastrando los pies. Mierda. Estaba agotada. Tampoco es que nos acostáramos muy tarde la noche anterior, aun así me sentía como si me hubieran pasado por encima. Mierda, me estaba malacostumbrando.

Matteo me siguió al baño. Me giré en el último segundo, levantando una mano frente a su pecho antes de que cruzara el umbral.

—Ni lo sueñes —solté, cerrándole la puerta en las narices con una sonrisa burlona.

—Te espero en la cocina —gritó al otro lado.

Me tomé mi tiempo para asearme y luego me dirigí al vestidor a ponerme ropa adecuada para entrenar. Si Matteo había decidido que saliéramos esa mañana significaba que había accedido a tenderle una trampa a Yuri, pero no estaba tan segura de que me dejase llevar un arma.

Me asomé por la puerta para asegurarme de que Matteo no estuviera rondando, y cuando confirmé que la habitación estaba despejada, me dirigí a la parte del armario que ocupaba Matteo. Empujé la ropa a un lado, tanteando con los dedos hasta que sentí el clic apenas perceptible del botón oculto. El compartimento donde guardaba las armas se abrió. Tomé una pistola pequeña, ligera y que pudiera esconder en uno de los bolsillos de mis pantalones tácticos.

Al salir, el olor a café recién hecho me golpeó de lleno y mi estómago dio un vuelco tan brusco que me revolvió las tripas.

«*Definitivamente, se acabó el café*».

Matteo estaba de espaldas en la encimera, sirviéndose una taza. Al oírme, se giró y una sonrisa se le dibujó en los labios mientras sus ojos me recorrían hambrientos. Se acercó y me rodeó la cintura.

—Va a ser muy difícil correr con estas vistas —murmuró.

Incliné la cabeza, siguiendo el gesto de sus ojos hacia abajo. Una risa se me escapó al ver el bulto tensando la tela de sus pantalones.

—Tranquilo —le pasé los dedos por encima despacio, disfrutando de cómo se le escapaba un gruñido ronco—, te bajará pronto.

— ¡*Cazzo*! —saltó de golpe, apartando el pie con brusquedad y mirando hacia abajo. Alcé las cejas y seguí su mirada encontrándome con Cat a nuestros pies, con los colmillos medio asomados, como siempre que Matteo estaba cerca—. ¡Me acaba de mear encima!

—Necesita salir.

—Ya claro, ese bicho me odia. —Se sacudió el zapato con una mueca de asco.

—No es un bicho —la defendí, recogiendo a Cat en brazos y acariciándola hasta que dejó de gruñir—. ¿Verdad que no, mi niña?

—Cierto, es una *rata* —bufó Matteo antes de perderse por la puerta del dormitorio.

La risa me escapó sin remedio mientras Cat movía la cola entre mis brazos.

***

No podía creer lo que veían mis ojos. Mi mirada saltó de César a Bruno y luego al otro, que solo recordaba de la boda, todos en chándal, con los brazos cruzados y expresiones que gritaban *«odio cada segundo de esto»*. César me lanzó una mirada de pura resignación que no necesitó traducción.

—Matteo… —giré despacio hacia él, entornando los ojos—. ¿Qué es esto?

—Nuestra escolta —respondió con una sonrisa.

Mis cejas subieron tan alto que por poco se me despegan de la frente. Miré a los tres otra vez y volví a mirar a Matteo.

—De acuerdo —asentí—. Os vais a cagar. —Me acerqué a César y le pasé a Cat sin pestañear—. Te ha tocado.

Corrimos durante más de una hora dando vueltas por el parque. No bajé el ritmo ni cuando escuché a César maldecir entre dientes, ni cuando Enzo casi se tropieza por mirar su reloj por cuarta vez, y menos aun cuando Bruno le gritó a Matteo que *«domara a su mujer*

de una jodida vez». Sólo paré cuando vi a Matteo detenerse, doblado sobre las rodillas.

Aflojé la marcha, volví sobre mis pasos al trote y pasé a su lado con una sonrisa que apenas pude sostener por el ardor en mis piernas. Mi respiración también iba desbocada, y el cansancio me golpeaba con intensidad, pero verlo así me daba fuerzas para continuar.

— ¿Tanto gimnasio para esto, Matteo? Qué decepción.

—Te estás vengando por vencerte anoche—jadeó, sin alzar la cabeza.

—Mmh, puede. Y no me venciste, hiciste trampas —respondí, echando un vistazo a mi alrededor. Habíamos perdido al resto del escuadrón, aunque podía ver a lo lejos a César, tirado en un banco con Cat a sus pies. Era el que más había aguantado después de Matteo, eso o llevaba una vuelta menos que nosotros—. Volvamos atrás, antes he olido un puesto de perritos y me muero de hambre.

Matteo se incorporó despacio, tratando de ocultar lo mucho que le costaba, y asintió.

—Pero nos sentamos. Se me van a salir las tripas por la boca.

Solté una carcajada, disfrutando cada maldito segundo de mi venganza.

Al pasar junto al banco, Matteo le lanzó una mirada fugaz a César, que alzó el pulgar sin levantar la cabeza del asiento. Había algo tan satisfactorio en acabar con ellos de esta forma, sobre todo después de que pensaran que podían mantenerme encerrada en un apartamento. No iba a dejar que lo olvidaran tan fácilmente.

Nos detuvimos en el puesto y pedí mi perrito sin mostaza, siempre me ha parecido un sabor un poco rancio, no la soporto. Matteo solo pidió una botella de agua que prácticamente se acabó de un trago mientras el hombre terminaba de preparar mi perrito.

— ¡Yelena!

El grito me atravesó como una bala perdida. Matteo tardó exactamente dos segundos en reaccionar, su mano fue directa al interior de su sudadera, donde sabía que escondía el arma.

Giré la cabeza por encima del hombro, despacio. El aire se me quedó atascado en la garganta al ver a Graves caminando hacia nosotros, con los puños apretados y la mandíbula tan tensa que parecía que se le iba a partir de un momento a otro.

«No. Puede. Ser».

Miré a Matteo de reojo, sintiendo como se me formaba un nudo en la garganta antes de volver a fijar la vista en él.

— ¿Graves? —logré decir. Alcé una mano frente a Matteo, frenándolo antes de que le volara la cabeza allí mismo, delante de familias y niños—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

— ¿Así que era cierto? —espetó, sin molestarse en fingir otra cosa que no fuera desprecio—. ¿Ni siquiera tuviste los cojones de decirme a la cara que te casabas? ¿Un puto mensaje y ya?

Abrí la boca para replicar.

— ¿Y tú quién coño eres? —La voz de Matteo me heló la sangre. No por la pregunta en sí, sino por ese tono tranquilo y controlado, demasiado controlado para él.

Ladee la cabeza en su dirección, estaba sonriendo, una sonrisa oscura que me recorrió entera como un latigazo bajo la piel, mucho peor que el tono de voz que había utilizado.

Graves giró el rostro hacia Matteo, clavándole la mirada.

—Teniente Coronel Ethan Graves —escupió, inflando el pecho—. ¿Y tú?

Quise reír. De verdad. ¿En serio estaba haciendo esto? ¿Delante de Matteo? Solté el aire por la nariz. No recordaba que Graves fuera tan estúpido como para querer marcar territorio de esa forma. Se estaba cavando su propia tumba como un imbécil, porque él sabía perfectamente en qué tipo de mundo vivía yo, incluso si no le había contado que me casaba con un miembro de la Mafia, al menos debería haberlo intuido. Pero ahí estaba, midiéndose con un hombre que no necesitaba uniforme ni insignias para mandar a alguien al infierno.

—El *marido*.

Matteo sacó la mano de la sudadera con un gesto lento, desarmado. Sentí cómo la piel de mi nuca se erizaba y la tensión bajaba en oleadas hasta la base de mi espalda. No sé qué era peor, ver lo malditamente tranquilo que parecía, o que hubiera dejado el arma a un lado.

Graves le echó una mirada de desprecio de arriba abajo y dejó escapar una risa baja, volviendo a clavar los ojos en mí.

— ¿Él? ¿En serio? Pensaba que tenías mejor criterio.

—Por eso mismo estoy con él y no contigo —respondí, cruzando los brazos sobre el pecho.

Graves soltó una risa seca, vacía. Tuve que volver a alzar mi mano para detener a Matteo que ya había dado un paso hacia él.

—No sé por qué coño he venido. Supongo que necesitaba verlo con mis propios ojos —murmuró apartando la mirada un segundo para luego volver a mí—. En el fondo me das pena, Yelena. Siempre has sido una jodida insensible sin corazón.

El puño de Matteo impactó en la mandíbula de Graves con un crujido sordo, derribándolo de un solo golpe que no vi venir.

— ¡Matteo! —Lo agarré del brazo con ambas manos antes de que iniciase una pelea en mitad del parque. Podía sentir los tendones duros bajo mi piel y el pulso golpeando a través de sus músculos. No me hizo falta mirar a mi alrededor para saber que no estábamos solos, César, Bruno y Enzo no andaban lejos, alertas a cualquier amenaza, pero no se acercaron.

Matteo se inclinó sobre Graves, lo máximo que le dejó mi agarre.

—Tienes exactamente diez segundos para desaparecer antes de que te arranque la lengua y te la meta por el culo por hablarle así a mi mujer—lo amenazó con un tono pausado y oscuro.

Graves escupió sangre en el suelo y se pasó el dorso de la mano por el labio, con la mirada fija en Matteo, fría, desafiante, con ese maldito brillo de superioridad que adoptaba cada vez que se creía por encima del resto por llevar galones en el pecho.

— ¿Cómo me has encontrado? —inquirí. Mis dedos seguían aferrados a Matteo. No me fiaba, ni de uno ni del otro, por eso no

podía soltarlo mientras Graves estuviera ahí, y necesitaba saberlo.

Matteo se enderezó sin ceder terreno y Graves se levantó con movimientos bruscos, sacudiéndose la tierra de los codos.

—Siempre sé dónde te encuentras —escupió, dirigiéndome una mirada fría.

—Pues aprende a olvidarlo —repuso Matteo—. Y ya han pasado cinco segundos. Yo de ti, correría.

Graves dio un paso atrás, luego otro. Pero no se fue sin antes dejar el veneno.

—Que te aproveche, está vacía por dentro así que no esperes nada por su parte, porque no lo hay.

No necesitaba mirar a Matteo para saber que si le soltaba el brazo ahora, Graves no se iba a ir caminando, sino en una ambulancia o dentro de un ataúd.

Todo el aire que había contenido salió de mí en cuanto lo perdimos de vista. Solté a Matteo y lo escuché mascullar algo, pero no lo procesé, todavía tenía la vista clavada en el camino por el que Graves se había largado.

Me giré de golpe y empecé a andar, ignorando por completo la voz de Matteo detrás de mí. Necesitaba poner distancia.

Quizás no debí decirle por un mensaje que me casaba y luego desaparecer del mapa, pero no sé qué esperaba apareciéndose aquí por sorpresa. Está bien, lo reconozco, quise joderle con ese mensaje, y por eso estaba despechado. Bien, pues que le aproveche.

— ¡Yelena! —La voz de Matteo sonó más cerca esta vez, y un segundo después sentí cómo tiraba de mi brazo deteniéndome.

Giré el rostro, encontrándome con sus ojos grises. Una línea tensa surcaba su frente y los músculos de la mandíbula palpitan bajo la piel.

— ¿Qué quieres, Matteo? —Me solté de un tirón, pero el calor que me dejó en la piel no se apagó al apartarme.

— ¿Era él, no?

La presión me cerró el pecho y apreté los dientes hasta que me dolieron. No hacía falta que lo preguntase, lo sabía.

—Yelena.

—Quiero volver a casa —murmuré.

Matteo tiró de mí, obligándome a girarme del todo. Me sentía incapaz de mirarlo a la cara. Supongo que es normal cuando tu ex y tu… marido, se encuentran cara a cara.

—No pienso permitir que nadie vuelva a hablarte así. Nadie. —Mi corazón retumbó contra mis costillas—. Si vuelve a aparecer, no solo le arrancaré la puta lengua. —Alzó su mano. Sus dedos acariciaron mi mejilla, abrasándome la piel en una caricia demasiado dolorosa—. Haré que pague por cada una de las palabras que salgan de su boca y por creer que tiene derecho a tratarte de esa manera. —Sus dedos se detuvieron bajo mi barbilla y la alzó obligándome a mirarlo— ¿Me oyes?

Mis ojos se encontraron con los suyos, robándome el aire. No podía respirar. Me estaba ahogando. Alcé las manos sosteniéndome a sus brazos y lo empujé sin fuerzas. La confusión en su mirada me destrozó por dentro de una forma que no creía capaz. Di un paso atrás, pero mis manos no se movieron, seguían aferradas a sus brazos.

— ¿Por qué? —logré preguntar.

—Te lo dije, *principessa.* Eres mía y yo cuido lo que es mío. No voy a permitir que nadie te haga daño.

— ¿Crees que sus palabras me han dolido? —espeté.

Matteo ladeó la cabeza, entrecerrando esos malditos ojos grises que tanto me quemaban en ese momento.

—Graves lleva razón. —Hice una pausa intentando que el aire entrara a mis pulmones sin mucho éxito—. No sé cómo querer a alguien. Nunca lo he sabido y no creo que sea capaz de hacerlo. No logro conectar emocionalmente con nadie. Supongo que es normal. La gente a mi alrededor no se quiere. ¿O acaso en nuestro mundo existen cosas como el amor? Hay complicidad, camaradería, si,

¿pero amor? Eso es tan… —la imagen de mis padres juntos vino a mi mente—. Tan…

«Es tan doloroso».

—Yo te quiero, Yelena.

CAPÍTULO 25

MATTEO

La vi alejarse, incapaz de mover un solo pie. Dejé que fuera César, Bruno o Enzo el que la persiguiera esta vez.

No sé en qué momento me di cuenta de que lo que sentía por Yelena iba más allá de una pequeña obsesión por mi mujer. Puede que fuera cuando apareció ese cabrón de su ex, o la otra noche en el gimnasio cuando mencionó al hijo de punta de Vasilyev. Pero a su ex… Lo reconocí nada más verlo, cómo no iba a hacerlo. Tenía la jodida foto de Yelena guardada en mi móvil y soñaba con arrancarle la tráquea a ese cabrón cuando aún cabía la posibilidad de que no fuera él ese *profesor* del que me había hablado el día de nuestra boda, o por lo visto, Teniente lo que sea.

Si no hubiéramos estado en el jodido parque a plena luz del día, me habría divertido arrancándole cada uno de los dientes con mis propias manos por lo que había dicho sobre Yelena.

Ya cuando apareció quise arrancarle las jodidas piernas por acercarse a ella, y los ojos por atreverse a mirarla de esa forma. En realidad lo habría hecho si Yelena no me hubiera frenado, era la única capaz de recordarme dónde estaba en ese momento, igual que fue la única capaz de sacarme de la jodida pesadilla y hacer que regresara a la cama. O igual que era la única que había hecho que mis pesadillas tardaran más en llegar de lo que solían hacerlo.

Mi móvil vibró en el bolsillo con un mensaje. Cerré los ojos un segundo tratando de aclarar la mente antes de sacarlo del bolsillo y ver quién era.

César: Está en tu casa.

Suspiré y volví a guardarlo en el bolsillo poniéndome en pie.

***

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, vi a César sentado en el sofá. Esta vez no se movió.

—Se ha encerrado en la habitación —dijo.

Asentí.

— ¿Ha dicho algo? —pregunté acercándome a él.

César negó con la cabeza.

—La he alcanzado antes de que subiera al ascensor. En cuanto las puertas se han abierto ha salido corriendo hacia la habitación. —Sus cejas se juntaron— ¿Qué ha ocurrido?

Mi mandíbula se tensó. No podía explicar nada de lo que había pasado sin sonar jodidamente patético. Le dices a la persona que se ha metido en tu piel hasta un punto que duele que la quieres y ella sale corriendo. ¿En qué lugar me dejaba aquello?

—Puedes irte, tengo una charla pendiente —respondí.

César tardó un instante en reaccionar. Luego asintió y se levantó con esa calma suya. Antes de marcharse, echó una última mirada de reojo a la puerta.

Esperé a que las puertas del ascensor se cerraran por completo antes de moverme. *La rata* olisqueaba la parte baja de la puerta, como si quisiera entrar también a salvarla de mí. La hice a un lado con el pie ignorando sus gruñidos y entré volviendo a cerrar para que no me siguiera.

No había rastro de Yelena, salvo un ruido apagado que llegaba desde el baño. Me acerqué despacio y apoyé la mano en la puerta antes de llamar con cuidado, conteniendo el impulso de cruzar sin permiso.

— ¿Yelena?

Un golpe sordo seguido de arcadas me atravesó desde el otro lado de la puerta. Mi mano voló al manillar de la puerta, pero no se abrió.

— ¡Yelena! —Sacudí la maldita puerta con fuerza—. ¿Yelena estás bien?

—Márchate —su voz atravesó la madera, amortiguada por su malestar.

—No me voy a marchar —gruñí. Me eché hacia atrás y arremetí contra la puerta con todas mis fuerzas. La madera crujió pero no se abrió.

— ¡No entres Matteo!

Escuché el grifo del lavabo abrirse, aun así no me detuve. Volví a golpear la puerta con mi cuerpo y esta vez el cierre cedió. Yelena se sobresaltó y se giró en el lavabo con el cepillo de dientes en la mano. Tenía las mejillas rojas y los ojos vidriosos.

— ¿Estás bien? —pregunté, acercándome a ella. ¿Había estado… llorando?

—Te he dicho que no entraras. —Me puso una mano en el pecho deteniéndome—. Espera ahí.

Volvió a girarse, y esta vez no me acerqué. La observé a través del espejo mientras se lavaba los dientes y luego se tiraba agua a la cara. Esperé hasta que por fin se dio la vuelta, agarrándose al borde de la encimera. Su pecho subía y bajaba en respiraciones profundas y entrecortadas.

— ¿Te encuentras bien? —La miré con el ceño fruncido.

Desvió la mirada y asintió.

—Sí, solo ha sido…—se quedó callada—. ¿Qué quieres, Matteo?

Mis puños se cerraron con fuerza a mis lados. Vale, no quería hablar de lo que acababa de pasar aquí, se lo concedía, pero ya está.

—Lo que he dicho en el parque iba en serio —dije.

Su labio tembló y sus manos se aferraron con más fuerza al mármol. Di un paso hacia ella notando como su cuerpo se tensaba, y volví a dar otro. Acaricié su barbilla con mi dedo antes de alzarle el mentón para que me mirara, pero sus ojos no se levantaron.

—Mírame.

Sacudió la cabeza.

—Por favor, *principessa*.

Soltó un suspiro tembloroso y su garganta se movió con violencia.

—Solo quiero hablar.

—Fóllame —me cortó.

Mis labios se apretaron y el músculo de mi mandíbula se contrajo. La tomé de la nuca y la acerqué a mí.

—No, hasta que hables conmigo.

—No quiero hablar, Matteo —murmuró.

— ¿Por qué?

— ¡Porque no quiero hablar de esto!

— ¿No quieres o no puedes?

— ¿Qué más da? ¡No puedo! —Bajó la mirada tomando aire con dificultad—. No se… —tragó saliva. Se pasó la lengua por el labio inferior, como si buscara palabras y no las encontrara, y luego cerró los ojos con fuerza—. Solo… hazlo.

Tomé aire, sintiendo como mi respiración se volvía más pesada. Cerré los ojos un instante, odiaba que me evitase de esa forma, me enfurecía. Volví a abrir los ojos. Seguía con la vista clavada en el suelo, esperando. De acuerdo. Si era lo que quería…

—Pero esta vez te toca a ti —gruñí, pasando el pulgar por sus labios.

Me bajé la cremallera del pantalón y lo dejé caer al suelo. Yelena se arrodilló sin pensarlo dos veces, haciendo que me pusiera duro casi al instante. Liberé mi erección, acariciándola con la mano bajo la atenta mirada de Yelena mientras crecía y luego la guie a su boca. Sus labios se abrieron, recibiéndome de una y un gemido profundo brotó de mi garganta al sentir la calidez de su boca rodeándome.

Enredé los dedos en su pelo y empecé a mover las caderas, empujando dentro de su boca, saliendo y empujando otra vez más hondo.

Me follé su boca sin cuidado, escuchando como tragaba y viendo como sus ojos se llenaban de lágrimas cada vez que me hundía demasiado en ella. Joder, la boca de Yelena alrededor de mi polla era la mejor puta sensación de mi vida.

Sus manos se cerraron alrededor de mis piernas, presionando los dedos cuando aceleré el ritmo.

—Joder —maldije sintiendo lo cerca que estaba, hundiéndome aún más profundo. Yelena tosió, mandando una vibración a mis pelotas que me hizo estallar en su dulce boca con un gruñido ronco. La sostuve con fuerza, impidiendo que se apartara ni un milímetro mientras me vaciaba.

Tiré de su pelo con suavidad, guiándola hacia atrás con suavidad hasta que sus labios me liberaron. El calor todavía me recorría el cuerpo, pero cuando vi que mantenía la vista clavada en el suelo, evitándome, una punzada de furia me recorrió.

Tensé mi agarre en su pelo, obligándola a mirarme. Sus ojos estaban vidriosos y sus pupilas dilatadas. Pasé mi pulgar por sus labios, abriéndoselos mientras observaba como mi liberación caía por la comisura de sus labios antes de que tragara.

Gemí al verle hacer ese gesto, lo más sexy que había visto nunca.

—Ahora me toca a mí.

No le di tiempo a moverse. Me incliné, alzándola sobre el lavabo y la senté en la encimera. Le bajé los pantalones de un tirón y me detuve al ver sus bragas. Una sonrisa asomó por la comisura de mis labios antes de rasgarlas por un lado hasta quitárselas, ignorando la mirada de reproche que me lanzó Yelena. Me daba igual.

Atrapé su boca con la mía, probándome en sus labios. Jamás en mi vida había hecho algo como aquello, pero su sabor mezclado con el mío y ese toque a menta me puso tan duro que no lo creía posible. Abrí su boca y empujé la lengua hasta el fondo explorándola hambriento mientras mis dedos se abrían paso en su interior, caliente y más que lista para mí. Un gemido vibró en su garganta y su pelvis se arqueó en mi dirección.

—Voy a follarte muy duro, Yelena —susurré contra sus labios—. Y después vas a hablar.

Curvé los dedos presionado el punto que sabía que le gustaba, impidiendo que de esa forma se negara de nuevo a hablarme.

Me arrodillé entre sus piernas, sustituyendo el dedo por mi lengua. La hundí en su interior, entrando y saliendo lentamente, acariciando su clítoris en tortuosos círculos antes de volver a penetrarla con ella. Esperé a que su cuerpo comenzara a convulsionar, y sustituí mi

lengua por mis dedos, prolongando su orgasmo mientras me ponía en pie.

Me hundí en ella de una estocada arrancándole un grito profundo. La tomé de las caderas tirando con fuerza hasta que quedó apoyada en la encimera por su espalda baja, obligándola a sujetarse a mis hombros mientras me movía con violencia, golpeando sin detenerme.

— ¿Esto es lo que querías? —la embestí hasta el fondo, quedándome allí, inmóvil.

—Sí —jadeó con la voz ronca, clavándome las uñas.

—Bien, ahora se una buena chica y córrete para mí, *principessa.* Y asegúrate de decir mi nombre cuando lo hagas.

Volví a embestir, asegurándome de llegar hasta el fondo en cada movimiento. Mis dedos se clavaban en su piel con fuerza, marcando su cuerpo con cada estocada. Sabía que le dejaría huellas, y esa idea me encendía aún más, pero me contuve, manteniendo ese ritmo lento y duro que le hacía arquear la espalda cada vez que alcanzaba su punto de placer.

— ¡Matteo!

Sus paredes se estrecharon con fuerza a mi alrededor, y su cabeza cayó hacia atrás dejando escapar un grito desde lo más profundo de su pecho. Seguí empujando despacio, golpeando con ese ritmo firme mientras se deshacía en mis brazos entre temblores y mi propia liberación la llenaba.

Apoyé mi frente contra la suya, jadeando, notando como mi polla palpitaba en su interior y cómo sus músculos seguía cerrándose alrededor en pequeños espasmos que la mantenían temblorosa.

—Ahora sí vamos a hablar.

CAPÍTULO 26

MATTEO

Acaricié su espalda con el pulgar de arriba abajo. La cabeza de Yelena descansaba sobre mi pecho y su mano recorría perezosamente mi brazo.

—Aún estoy esperando —dije.

La sentí tragar. Pero no cedería esta vez.

— ¿Y bien? —insistí.

Yelena intentó apartarse pero cerré mi brazo con más fuerza alrededor de su cintura, no iba a dejar que volviera a enredarme ni mucho menos a huir de mí. Yelena dejó escapar el aire en un suspiro pesado y sentí todo el peso de su cabeza descansar por fin en mí.

— ¿Sabes cuántas veces he visto a mi madre en toda mi vida? — su voz sonó baja, rasposa.

Negué con la cabeza.

—Veinticuatro veces. Una vez al año por mi cumpleaños, y tres de ellas fueron a través de una pantalla—hizo una pausa, el movimiento de su mano se detuvo—. De pequeña no entendía por qué mi madre no vivía con nosotros. Y cuando crecí, no entendía porque no me había llevado con ella cuando mi padre le dijo que podía hacerlo. Luego simplemente entendí que no nos quería, ni a Viktor ni a mí, porque ella solo se quiere a sí misma.

—Tú no eres como ella. —Casi me rio por lo que acababa de decir. No hacía tanto que Bastian me había dicho lo mismo sobre nuestro padre, justo antes de casarme con Yelena.

—No estoy tan segura de ello.

—Yo sí —murmuré.

— ¿A sí? ¿Y cómo lo sabes?

Sonreí ante su tono desafiante, lo había echado de menos, aunque hubieran sido solo unas horas.

—Te dije que tu padre habla mucho cuando está borracho. Y tu hermano es peor aún.

Yelena se incorporó, mirándome con los ojos muy abiertos.

— ¿Qué diablos te contaron?

— ¿A parte de que te acostabas con Aleksei para joder a tu padre? —Sonreí por la expresión que cruzó su cara. Cuando Viktor lo soltó entre risas estuve a punto de arrancarle la cabeza, y solo hablo de Viktor. Si el cabrón de Aleksei seguía con vida no era por gusto, le habría cortado la polla y se la habría hecho tragar. Si César no hubiera estado conmigo para frenarme, joder, probablemente lo habría hecho.

—Sí, aparte de eso —murmuró.

—Que hasta los diez años, tenía que ponerte auriculares para poder tener reuniones tranquilos porque te negabas a bajar de sus rodillas cuando estaba en el despacho —Yelena desvió la mirada y volvió a tumbarse lentamente sobre mi pecho, visiblemente avergonzada—. O que tuvo que tener una conversación seria con sus hombres de confianza cuando se enteró de que, por el día del padre, les dabas regalos a cada uno de ellos.

—Acabaron con la cara morada.

Solté una risa baja. Me lo podía imaginar.

—También que le partiste la nariz a una de las novias de tu hermano al verla con otro que, además, resultó ser su hermano.

—Creía que le ponía los cuernos. Una pena que después de eso lo dejara.

—Tu padre te quiere, más bien diría que te tiene en una especie de pedestal. Nunca he visto a un hombre de nuestro mundo hablar así de su hija, ni defenderla de esa forma. Incluso pidió tu permiso para casarte conmigo.

El cuerpo de Yelena se tensó. No sé quién estaba más sorprendido, ella porque lo supiera, o yo por el hecho de que lo aceptara.

—No habrías hecho esas cosas, si no sintieras nada por los que te rodean—dije.

—Supongo que no…

El teléfono comenzó a sonar desde algún punto de la habitación donde había perdido la ropa. Me incorporé a regañadientes y me levanté sin dejar de observar a Yelena en la cama, desnuda, con las sábanas enredadas alrededor de su cuerpo y el cabello dorado alborotado tras nuestra sesión intensiva de sexo. Tampoco aparté la mirada para ver quién narices llamaba cuando descolgué el móvil.

—Matteo, tenemos al traidor.

CAPÍTULO 27

MATTEO

Entré en la sala y fui directo al hombre que había sentado en el centro. Tenía las manos atadas con bridas a los reposabrazos y un labio partido cortesía de alguno de los presentes. Era uno de los jodidos hombres de mi padre, uno de los que me apuntaron con el arma cuando casi pierdo la cabeza en casa de mi padre el día que me enteré de mi boda con Yelena, y ahora iba a disfrutar torturándolo hasta que no quedara nada de él.

Lo agarré del cuello de la camisa y lo levanté hasta que nuestras caras quedaran a escasos centímetros y su asqueroso aliento me golpeó el rostro.

—Hola Matteo —saludó el imbécil, con una sonrisa torcida que me dio ganas de partirle todos los jodidos dientes.

— ¿Dónde está Vasilyev?

— ¿Así de directo? —soltó una carcajada ronca, la sangre entre los dientes aún le tintineaba al hablar. El puñetazo debía ser reciente—. Tenía entendido que te gustaba jugar con tus víctimas. Ya veo que esa perra rusa te ha domesticado.

El crujido de mis dientes al apretarlos resonó más fuerte que su risa. Lo solté con un empujón violento. La silla se volcó hacia atrás, chocando contra el suelo con un golpe sordo. Bruno se acercó y lo levantó sin miramientos.

Volví a acercarme.

—No tientes a tu suerte mientras aún estoy de buen humor.

Di media vuelta y me acerqué a la mesa metálica que teníamos al fondo con varios de los instrumentos desplegados. Él se lo había buscado. Primero empezaría lento, me tomaría mi tiempo dibujando

sobre su cuerpo con algo pequeño y afilado. Deslicé mi vista por nuestra colección y agarré un bisturí que ni siquiera recordaba de dónde lo habíamos sacado, seguramente lo robaría de la consulta de Doc en algún momento. Lo giré entre los dedos mientras regresaba, observando la hoja brillar bajo la luz amarillenta de la habitación.

—Nada como un poco de arte para abrir la conversación —El filo se deslizó desde la sien hasta la barbilla en un trazo limpio, algo superficial, y lento. Muy, muy lento.

El cabrón trató de apartarse y esta vez fue Enzo quien le sujetó la cabeza con ambas manos para que no se moviera.

—Venga Gianluca, pensábamos que eras más fuerte —dijo Enzo con sorna.

Su mandíbula se apretó resistiéndose a soltar un quejido.

— ¿Por qué Vasilyev? —pregunté al terminar el corte, acercándome tanto que sentía su respiración irregular chocando contra mi cara— ¿Qué te prometió que valiera traicionar a la *Famiglia*? ¿Dinero? ¿Poder?

—No es nada personal —jadeó entre dientes—. Solo negocios.

—Perfecto —mis labios se curvaron despacio—. Entonces no te importará si lo hacemos *profesionalmente*.

Clavé el bisturí en su muslo hasta la empuñadura. Un grito vibró en su garganta pero lo contuvo. Lo dejé ahí clavado, palpitando, que lo sintiera cada vez que se atreviera a moverse.

Me giré hacia la mesa, esta vez agarré unas tenazas pequeñas y luego me volví hacia él. Agarré su mano y le encajé las tenazas bajo la uña del dedo medio. El cabrón intentó apartarse, pero Bruno lo mantenía clavado por los hombros y Enzo le inmovilizaba el brazo. No tenía escapatoria, solo el final que yo eligiera.

—No necesito tus respuestas—dije—. Esto lo hago por diversión. Las preguntas —hice un gesto con la cabeza hacia Bastian—, las hace él. —Y tiré.

El grito me golpeó de lleno, brutal y sincero. La uña salió de raíz con un sonido húmedo y la sangre brotó enseguida, corriendo

caliente por su dedo hasta mancharme la muñeca. El tipo creía que podía aguantar, que iba a negociar, y yo solo acababa de empezar.

Le saqué la segunda sin darle tiempo a recomponerse y después la tercera. Para cuando le arranqué la quinta, sus gritos se habían convertido en gemidos inhumanos. No me detuve y pasé a la siguiente mano. Esta vez no me molesté en usar las tenazas. Le doblé las uñas hacia atrás con mis propios dedos, una por una, despacio, hasta sentir el crujido seco recorriéndome las falanges.

Arranqué las últimas, y cuando las tuve todas, cubiertas de sangre y carne, se las metí en la boca y se la tapé con la mano para que no pudiera escupirlas.

—Traga, hijo de puta.

Se atragantó. Tosió. Alguna logró pasar y otras no. No me importaba. Se iba a ahogar en su propia mierda si era necesario.

Me volví hacia la mesa y agarré el sacabocados. Lo hice girar en mi mano escogiendo dónde clavar el siguiente pedazo de metal.

— ¿Pasamos a la boca? —pregunté sin mirar a nadie, solo concentrado en el cabrón que ya temblaba como una hoja podrida.

—Matteo —la voz de Bastian llegó a mi espalda—. Necesitamos que hable.

—Aún no has gritado de verdad —murmuré, ignorándolo—. Pero lo vas a hacer.

Avancé hacia él. Le abrí la boca a la fuerza y clavé el metal en la mejilla, abriendo un agujero en la carne.

Sin soltarlo, empujé el mango del sacabocados sobre una de sus muelas del fondo. Sentí cómo la encía cedía y un borbotón oscuro le inundó la garganta. El grito que soltó me explotó en los oídos y la saliva mezclada con sangre me salpicó la cara. No tardó en llenarle la boca, atragantándolo. Pero seguía vivo.

—Matteo, basta —Bastian me agarró por detrás, tirando con fuerza—. Deja que hable.

Me zafé de un empujón y tomé aire expulsándolo por la nariz. Puede que me hubiera excedido un poco, pero el cabrón había

insultado a Yelena, y si Bastian no se hubiera metido, habría destrozado al cabrón ahí mismo.

Regresé a la mesa con los instrumentos para poner distancia.

—Sabes… —la voz de Gianluca salió rasposa—. Me han contado que tu mujer se abría de piernas para cualquiera— Alcé la cabeza de golpe, un latigazo helado me recorrió la columna como si me hubieran clavado una aguja de hielo entre las vértebras. Un chorro espeso de sangre le resbaló por la barbilla antes de escupirlo al suelo con desprecio—. Ni siquiera mataste al imbécil ese que se presentó en el par…

No escuché el final de la frase. Salté sobre él sin darle tiempo a terminar la jodida frase, estrellando mis nudillos contra su mandíbula con una fuerza que me recorrió el brazo entero. El crujido de hueso fue música para mis oídos. No le di tiempo a recuperar el aliento. Lo agarré del cuello, y lo estrellé contra el respaldo de la silla una y otra vez, hasta que se partió.

— ¡Matteo! —Salva y Bastian se lanzaron sobre mí, uno a cada brazo, tirando con todo lo que tenían, alejándome de él.

El cabrón rio. Una risa baja, burbujeante de sangre.

— ¿Tu madre era igual, lo sabías? —Dejé de forcejear clavándole la mirada al hijo de puta—. Pobrecilla… estaba tan vacía por dentro, pero joder, cómo gritaba cuando se corría.

El maldito disparo retumbó en mi cabeza. Los gritos, la sangre esparciéndose sobre la alfombra…Vi rojo y todo sonido se volvió blanco, opacado por el eco del disparo.

Me solté como un animal rabioso. Mi frente chocó contra el estómago de Salva y Bastian apenas tuvo tiempo de bloquear antes de que mi codo encontrara sus costillas. Enzo me atrapó por detrás, pero lo giré, le retorcí el brazo y lo estampé contra la pared, quitándomelo de encima.

Me lancé sobre el hijo de puta estrellando mis nudillos contra su rostro, cayendo una y otra vez, desfigurándole la cara contra el suelo. La sangre manchaba mi ropa, mis manos, mis pestañas. Y no me importaba.

Hundí la frente contra su cara con tanta fuerza que sentí cómo mi ceja se abría, pero me daba igual. Le metí los dedos en la boca tirando en ambas direcciones hasta que su mandíbula crujió y luego presioné los pulgares contra sus ojos, empujando con todo el peso de mi furia.

— ¡Matteo, basta ya, joder! —gritó Bastian, entrando otra vez, con Bruno y Salva tras él mientras Enzo trataba de alejar al hijo de puta al que intentaba descuartizar con mis propias manos.

— ¡Te está provocando, quiere que lo mates!

— ¡Matteo!

— ¡Matteo Basta!

— ¡TRAED A YELENA! ¡YA!

CAPÍTULO 28

YELENA

Las dos rayitas aparecieron antes de lo que esperaba. Muy marcadas. Innegables.

No podía ser.

El primer vómito vino cuando salía del parque, y fue César el que me compró el maldito test porque yo era incapaz de contener el desayuno en el estómago, agarrada a una maldita papelera de la calle. Por suerte, no le había dicho nada a Matteo, aunque él casi me pilla en el lavabo con el test esperando a dar el resultado. Esa mañana me hice otro, y otro más. Siempre daba positivo.

Tragué saliva y me obligué a levantarme del borde de la bañera a pesar de que me temblaban las piernas. El corazón me latía a la altura de la garganta, golpeando con fuerza. Esto no debería estar pasando. Tiré los test a la papelera, los tapé con papel, y luego volví a agarrar el cuarto para repetirme la prueba. Tenía que ser un error.

— ¡Yelena! —La voz de César sonó al otro lado de la puerta, seca, urgente.

Giré la cabeza, mirando en su dirección con el ceño fruncido y el pulso aun acelerado.

— ¿Qué ocurre? —pregunté cuando abrí, tratando de sostenerme en el umbral como si no acabara de temblarme el suelo por el maldito resultado de la prueba.

—Es Matteo —mi corazón dio un vuelco, pero esta vez no tuvo nada que ver con las náuseas o el test—. Necesito que vengas conmigo a Modesta.

***

Descendimos las escaleras del sótano. Los gritos resonaban en las paredes, sordos y lejanos al principio, más nítidos a cada paso. César me guio por el pasillo hasta una habitación al doblar la esquina. Tecleó un número en el panel de la entrada y la puerta se abrió con un pitido que desapareció entre los gritos y los golpes que salían del interior.

El estómago se me encogió y la bilis me subió por la garganta. El hombre contra el que Matteo arremetía a duras penas gemía en el suelo. Tenía los dedos de la mano en una posición inhumana, los ojos reventados, la mandíbula fuera de sitio y la cara tan deformada que ya no parecía humano.

Enzo trataba de cubrirlo de los golpes de Matteo y los demás intentaban separarlo sin mucho éxito. Mierda, ¿cuánto tiempo llevarían así?

— ¡Matteo! —Alcé la voz por encima de los gritos, pero no me escuchó.

Miré a mi alrededor, sin saber qué hacer.

—Mierda.

Me lancé corriendo y me arrodillé a la altura de su rostro, acercándome lo suficiente para que pudiera enfocarme.

—Matteo —repetí su nombre, firme, sin apartar la mirada.

Sus ojos se encontraron con los míos y su puño quedó suspendido en el aire. El suspiro generalizado rebotó en la habitación. Trataron de alejarlo, pero Matteo seguía ahí clavado, con su mano aferrada al hombre del suelo y la otra suspendida a mitad de golpe.

Me moví lentamente, separando la mano que se apretaba contra la garganta del hombre y lo guie levantándome junto a él. Me estaba viendo pero tenía ese brillo confuso en su mirada, como aquella noche en el gimnasio cuando no parecía distinguir si yo era real o parte de su sueño.

Lo llevé conmigo fuera de la habitación. Solo respiraba, pesado, con los músculos todavía tensos bajo mi mano.

César cerró la puerta tras nosotros y me guio de vuelta por el pasillo hasta detenerse frente a otra puerta. Lo escuché teclear el

número, pero no me atreví a mirar, temía que si lo hacía el hechizo, o lo que fuera que veía Matteo en mis ojos, se rompiese.

—Hay un sofá a tu izquierda —murmuró César y luego salió de la oficina dejándome a solas con él.

Alargué la mano buscando el sofá, y cuando lo sentí me senté con cuidado, tirando de Matteo para que hiciera lo mismo. Lo atraje hacia mí. Su cabeza cayó en mi regazo con un peso extraño, rendido, como si le hubieran arrancado el alma por dentro.

Matteo cerró los ojos y soltó un suspiro tan bajo que apenas lo escuché. Hundí mis dedos en su cabello, soltando por fin el aire que retenía en mi pecho.

—Estoy aquí —susurré acariciando su cabeza—. Sea lo que sea que ves… no es real.

Seguí deslizando mis dedos con movimientos perezosos por su cabello. Mi mano se fue llenando de los restos de sangre del tipo al que Matteo casi mata a golpes en la otra sala, si es que había logrado sobrevivir. Aun así, lo inspeccioné con cuidado, asegurándome de que no hubiera salido herido mientras intentaban detenerlo. Cuando acabé, solté un suspiro. No había ni un rasguño en él.

Al cabo de un rato, la puerta de la oficina se abrió y Bastian apareció en el umbral, con una pinta horrible y un moratón comenzando a dibujarse en su pómulo.

— ¿Está bien? —susurró sin llegar a entrar.

Asentí y eché un vistazo a Matteo. Su respiración se había calmado y ahora era más profunda.

—Se ha dormido —murmuré. Me pasé la lengua por los labios incapaz de apartar la mirada del rostro de Matteo, ahora tranquilo. No sabía que me dolía más, haberlo visto en ese estado, o ahora, confiando tanto en mí cuando no debería— ¿Cómo has sabido que se calmaría?

—Porque ha cambiado desde que apareciste.

CAPÍTULO 29

MATTEO

Me pasé los dedos por los párpados. No recordaba prácticamente nada de lo que ocurrió en el sótano. Solo la sangre, los gritos y el crujir de los huesos bajo mis nudillos. Todavía los tenía destrozados por los golpes, pero ya no escocían.

Gire la cabeza, observando a Yelena bajo la luz tenue que entraba por las cortinas. Dormía plácidamente, con la cabeza encajada contra mi brazo y una pierna subida sobre la mía.

Ella me había calmado. Otra vez.

Recordaba sus ojos, fijos en mí mientras mi cuerpo se movía sin rumbo, y luego desperté en el sofá de la oficina tumbado sobre sus piernas. Entonces era ella la que dormía, con sus dedos enredados en mi cabello y la cabeza apoyada sobre su otra mano. Me habría quedado así horas, días incluso.

Bastian apareció poco después y dijo que habíamos pasado la noche allí. Al principio no lo creí, pero cuando salimos del sótano y vi a nuestros hombres limpiar el local tras una noche intensa en Modesta, no podía negarlo.

Besé la parte superior de su cabeza y me levanté de la cama con cuidado de no despertarla, últimamente Yelena parecía agotada. La tapé con el edredón rosa y agarré mi ropa del suelo poniéndomela mientras salía de la habitación. No había vuelto a tener ninguna pesadilla desde ese momento en el sótano, y de eso hacía una semana.

El apartamento estaba en completo silencio. *La rata* dormía a un lado del sofá, en esa cama de princesa, sobrecargada de volantes rosas, que había comprado Yelena. Un cojín con una corona

plateada y otro con la palabra *Princess,* bordada con lentejuelas, brillaban bajo la luz que entraba por el ventanal, muy al estilo de Yelena.

No pude evitar sonreír. Me la podía imaginar el día que decidió cambiar todo mi mundo, buscando la forma de hacer que mi cabeza estallara como venganza.

Me acerqué a la isla de la cocina y abrí el armario donde guardaba las botellas, sirviéndome un par de dedos de whisky. Di un trago largo, dejando que el ardor descendiera por mi garganta mientras me dirigía al ventanal. Con el vaso en mano, deslicé la puerta de cristal y salí al balcón. Me apoyé en la barandilla y observé la ciudad extendiéndose bajo mis pies.

Bastian había ordenado que trasladaran al maldito traidor a casa de Nikolai para mantenerlo alejado de mí, y yo no podía reprocharle nada, porque lo cierto es que, de haberlo visto otra vez, le habría hecho estallar la cabeza con mis propias manos. Aún iban a necesitar unas semanas para que el hijo de puta pudiera articular una palabra sobre el paradero de Yuri porque, después de dejarlo ciego, escribir ya no era una opción.

— ¿No puedes dormir? —La voz de Yelena se deslizó hasta mí.

Giré la cabeza con lentitud, observándola por encima del hombro. Su cabello dorado caía en ondas suaves sobre sus hombros y el batín de seda oscuro que llevaba ceñido al cuerpo realzaba la palidez de su piel. Parecía un ángel vengador que había bajado al infierno solo para salvarme.

— ¿Te he despertado? —pregunté.

Yelena negó con la cabeza y se abrazó a sí misma acercándose. Pasé mi brazo por sus hombros, atrayéndola contra mi cuerpo para calentarla. Su cuerpo se amoldó al mío encajando a la perfección, rodeándome la cintura con sus brazos.

—Deberías volver dentro, *principessa*, hace frío.

—Solo si entras conmigo.

Suspiré y di otro trago al whisky clavando los ojos en la ciudad. Quería dar con el maldito Yuri Vasilyev de una jodida vez y poder

olvidarme del peligro que suponía para Yelena salir del maldito apartamento. Quería poder repetir el día del parque, salir con ella por la noche y llevarla donde quisiera.

—Si me resfrío, será tu culpa —canturreó.

Bajé la vista. Yelena tenía esa sonrisa divertida mal disimulada en su rostro. Ella era la única persona en el puto mundo a la que no podía decirle que no. Me separé de la barandilla, guiándola de vuelta al interior del apartamento, cerrando la puerta tras de mí.

— ¿En qué pensabas? —preguntó.

Di un trago al whisky. No tenía sentido ocultárselo, tampoco quería.

—En Yuri. —Golpee la lengua contra el paladar—. Y en que si no le hubiera roto la puta mandíbula a ese cabrón, ya sabríamos su paradero.

—No te culpes por ello, te provocó. Prefería que lo matases a hablar.

—Lo sé, y no le costó nada hacerlo —apreté los dedos alrededor del vaso. Si no dábamos con Yuri era por culpa mía, dijeran lo que dijeran. Si no hubiera perdido el control, ese hijo de puta ya habría cantado como un pajarito. Pero no, tuve que estar a punto de matarlo.

Los ojos de Yelena me recorrieron con lentitud, leyéndome. Sus labios se fruncieron y se acercó a mí. Alzó la mano despacio, acariciando la herida en mi ceja donde aún llevaba un par de puntos del cabezazo que le di a Gianluca.

—Sabes, aún me debes un baile —dijo.

La sonrisa apareció en mi rostro. No sé qué clase de hechizo me había lanzado Yelena, pero bastaba una palabra suya para dejar de lado todo aquello que me atormentaba. Y tenía razón. Nunca lo tuvimos. Cuando nos casamos pasé por alto todo el protocolo, porque en ese momento, todo lo que quería era largarme de ahí antes de perder la cabeza. Pero ahora era diferente.

—No tenemos música —dije.

Yelena se encogió de hombros con una media sonrisa.

— ¿Eso importa?

Mi sonrisa se ensanchó.

—Supongo que no.

Me separé de ella y me acerqué hasta la mesa del comedor para dejar el vaso sobre la superficie. Cuando volví a girarme, ella ya estaba esperándome, con la cabeza inclinada a un lado y esa sonrisa torcida que me volvía jodidamente loco.

Le tendí una mano con teatralidad y ella me devolvió el gesto con una pequeña reverencia, sujetándose la bata de un lado. El brillo de sus ojos se suavizó al avanzar hacia mí.

Cuando su palma tocó la mía, la cerré despacio, saboreando el contacto de su piel contra la mía y tiré de ella hasta que nuestros cuerpos se tocaron.

Sus brazos se deslizaron por mi pecho, lentos, subiendo hasta rodear mi cuello. Sentí el calor de su piel colarse a través de la tela y me invadió esa necesidad absurda de arrancarle la ropa. Pero no lo hice. No esta vez. En su lugar deslicé la mano por su espalda, atrayéndola más hasta que pude notar cada una de sus curvas amoldándose a mi cuerpo. Seguía sin entender qué coño tenía Yelena que me hacía sentir en paz.

Hundí la nariz en su cabello. No podía ser solo su olor a coco, aunque ese maldito aroma me perseguía incluso cuando no estaba cerca. Tenía que haber algo más. Tal vez eran sus ojos. Bastaba una sola mirada para que todo el ruido en mi cabeza se apagara. ¿Su sabor, tal vez?

Incliné la cabeza hasta rozar sus labios con los míos. Su respiración se aceleró, acariciando mi rostro. La besé, abriéndome paso en sus labios, saboreando ese dulzor de su boca y llenándome de ella. La idea de que este baile no hubiera ocurrido antes me pareció sencillamente imperdonable.

—Si hubiéramos bailado en la boda —murmuré contra sus labios— ¿Me habrías dejado besarte así?

—Seguramente te habría lanzado el cuchillo de la tarta a la cabeza —susurró, con esa maldita sonrisa desafiante que tanto me gustaba

—. Y la tarta.

Resoplé una risa. Por esas cosas, Yelena era perfecta para mí.

Nos movimos despacio, un balanceo suave en mitad del salón, sin más sonido que el de nuestras respiraciones y el latido constante de su corazón contra el mío.

—Estoy planteándome una nueva regla —murmuré, notando como sus pezones se ponían duros bajo el roce de la tela contra mi pecho.

Yelena inclinó la cabeza hacia atrás con una ceja arqueada.

—No sé qué te hace pensar que la seguiré.

Joder, la adoraba.

—Ni siquiera la has oído.

—Está bien, a ver que perla me sueltas ahora.

—Te quiero siempre desnuda en casa. —Agarré su nalga por debajo de la bata.

Yelena soltó una carcajada sonora y negó con la cabeza antes de apoyar la mejilla en mi pecho.

—No pienso hacerlo —dijo, haciéndome sonreír ante su negativa —. Además, te recuerdo que cuando sales por esa puerta, tengo a mi niñera pegada a mí las veinticuatro horas del día. ¿Es que quieres que me vea desnuda?

—No —gruñí. Teníamos que dar con Yuri para que pudiera echar a César de mi casa.

— ¿Puedo hacerte una pregunta? —murmuró.

Asentí leve.

— ¿Con qué sueñas cada noche?

El balanceo en el que nos manteníamos se detuvo.

Era cuestión de tiempo que me preguntara por ellas, lo sabía, y esa era una de las razones por las que detestaba la idea de casarme, porque era imposible ocultar esa parte de mí a la persona con la que compartiría cama.

Tragué con dificultad, con la mirada fija en un punto cualquiera del salón, buscando perderme en el espacio en lugar de en el recuerdo. No podía decírselo. Creería que estaba loco.

— ¿Matteo?

Cerré los ojos. El disparo volvió a estallar en mi cabeza, tan nítido que casi podía oler la pólvora.

—Siempre sueño con la muerte de mi madre —mi voz salió más ronca de lo que esperaba—. Pero últimamente eras tú la que aparecía en esos sueños.

Yelena intentó girar la cabeza de nuevo, y reafirmé mi agarre sobre su cintura, impidiéndole moverse.

Ella había puesto sus reglas cuando me habló de su familia. Yo tenía las mías, y necesitaba sentirla. Hundí el rostro en el pliegue de su cuello, dejando que el dulce aroma a coco me envolviera.

— ¿Qué le ocurrió? —Su voz fue suave, cargada de una preocupación imposible de ocultar.

Tomé aire, llenando mis pulmones con esfuerzo.

—La maté. —Sentí el cuerpo de Yelena tensarse bajo mi agarre. Intentó moverse de nuevo, separarse de mí, pero se lo impedí— ¿Recuerdas el perro del que te hablé?

Yelena asintió, un movimiento casi imperceptible.

—Bastian y yo lo encontramos en la calle. Yo siempre había querido uno y no era grande, así que creí que podríamos ocultárselo a mi padre. Convencí a Bastian para esconderlo en el cobertizo. —Hice una pausa, recordando ese día—. Éramos unos niños, no éramos conscientes del mundo en el que vivíamos y menos aún de lo que escondía mi padre ahí. —Mi mano se deslizó por su espalda con un movimiento lento, intentando que el contacto pudiera impedir que las imágenes volvieran con la misma brutalidad de siempre—. Uno de los hombres de mi padre colgaba del techo. Bastian siempre pasaba más tiempo con mi padre, él comprendió todo al verlo y quiso impedir que fuera a contárselo, pero salí corriendo e irrumpí en su despacho.

Me quedé callado. Ese día también aprendí que no debía volver a pisar su despacho sin su permiso.

— ¿Te hizo algo? —susurró Yelena.

—Siempre hace algo —respondí—. Pero no fue en ese momento, sino después. Primero fue al cobertizo; intenté frenarlo cuando agarró al perro y lo mató frente a nosotros. Bastian fue más listo, se mantuvo al margen y solo observó.

—Debió ayudarte a detenerlo. —Yelena intentó apartarse de nuevo y resopló cuando no la dejé.

—Hizo lo que debía —dije—. Mi padre usó su cinturón en mitad del jardín para darme una lección, si Bastian hubiera intervenido, el castigo habría sido peor que unos azotes, porque habría pagado yo por los dos.

—Tu padre es un cabronazo.

Me arrancó una sonrisa.

—Lo es —asentí—. Esa noche me escapé y no volví hasta tres días después—continué—. Mi madre se puso histérica; ahora sé que solo tenía miedo. —Cerré los ojos con fuerza, reviviendo el momento en mi mente. Los gritos, Valentina, el disparo, la sangre, la alfombra… —. Mi padre me estaba esperando. Al verme, me dio una paliza tan fuerte que casi no podía levantar la cabeza.

Hundí más el rostro contra su piel, sintiendo como su pecho se tensaba entre mis brazos al coger aire.

—Si mi madre no hubiera intervenido, podría haberme matado. —Mi voz ahora sonaba extrañamente plana, vacía. Sentí sus dedos clavándose en mi nuca, como si esas palabras le hubieran atravesado el pecho—. Valentina me arrastró a la cocina mientras discutían, pero en un descuido suyo volví al salón.

Las imágenes volvieron con demasiada nitidez. El arma en la mano temblorosa de mi madre. El sonido del disparo. El cuerpo desplomándose. La alfombra manchada de sangre

—No me escucharon llegar, al menos no mi madre. Apretó el gatillo cuando crucé el umbral.

El estruendo de la detonación retumbó en mi cabeza con la misma claridad que hacía veinte años. Aquel día aprendí algo más; algunas cosas no se olvidan. No importa con cuantas mujeres te acuestes, ni

cuánto whisky bebas. No importa cuántos hombres mates. Siempre está ahí. Siempre vuelve.

— ¿Tu padre…? —Yelena no terminó la frase.

Tragué en seco, reprimiendo el impulso de reírme.

—Ni siquiera se movió. —Había pasado noches enteras preguntándome qué clase de hombre se quedaba ahí de pie, con los brazos cruzados, viendo cómo su esposa se volaba la cabeza sin mover un puto dedo—. Lo único que dijo al verme fue que estaríamos mejor sin *esa puta* y que lo que había ocurrido era *todo* mi culpa.

—Matteo…

—Ni siquiera nos dejó ir al funeral. —Solté una risa seca—. Desde aquello, mi padre comenzó a tratarme como a un loco. No podía dejar que la gente supiera la verdad, y yo lo odiaba demasiado como para callarme. Bastian se enteró después de que me expulsaran del internado. Estaba en el hipódromo tomando clases cuando todo pasó. Mi padre se inventó que había recibido una bala enemiga por la calle.

Solo Bastian conocía esa verdad. Y no porque yo se la contara, sino porque la llevaba escrita en los huesos. Solo era cuestión de tiempo que se enterase. El resto lo intuían, pero no necesitaban detalles. Lo leían en mis silencios, en mis desconexiones, en la rabia que nunca desaparecía. Jamás me hizo falta explicarles nada. Es más fácil cuando todos creen que estás jodido de la cabeza y actúas en consecuencia. Porque así nadie pregunta, nadie intenta entenderte.

Sentí cómo Yelena contenía el aliento. Yelena… Ella era distinta. Porque con ella, por primera vez, quería que lo supiera.

— Sé que César te dijo lo del internado. Tras tu intento de interrogatorio a Valentina y todo lo demás, quería saber si eras de fiar. Pero no indagaste. —Esta vez dejé que me mirara—. ¿Quieres saber por qué me echaron? Porque tres idiotas decidieron que era buena idea insultar a mi madre muerta y estuve a punto de matarlos a golpes si Bruno, Salva y Bastian no llegaban a detenerme.

La mano de Yelena acunó mi mejilla, como si al tocarme pudiera cargar con parte del peso que yo llevaba dentro.

—Nada de lo que ocurrió fue tu culpa, Matteo. Dijera lo que dijera tu padre… fue solo cosa suya.

Durante unos segundos, ninguno de los dos se movió. Permanecimos así, abrazados en medio del salón.

Sin música.

CAPÍTULO 30

YELENA

Estornudé de nuevo, sintiendo cómo el pitido en mi sien se extendía por mis oídos. Estaba hecha una mierda, en el peor momento posible.

Cuando le dije a Matteo que me iba a resfriar estaba bromeando. Nunca pensé que realmente acabaría enferma por haber pasado dos malditos minutos en el balcón con una bata de seda. Tampoco es que estuviéramos horas. Pero ahí estaba, envuelta en una manta gruesa, con la nariz taponada, el cuerpo destrozado y la garganta ardiendo como si me hubiera tragado una bengala de rescate.

Matteo se sentó a mi lado en el sofá, dejando la bandeja con la comida en la mesa de centro. Cuando dijo que sabía cocinar, no creí que fuera en serio. Y aunque me encontraba fatal para hacer cualquier cosa, no había podido apartar los ojos de Matteo mientras se movía por la cocina con total soltura.

Era condenadamente sexy verlo cortar verduras para echarlas al agua y verlo remover y probar el caldo. Debía haber algo mal en mi cabeza. Había visto a Boris y al resto ayudar a Polina cientos de veces y nunca me había llamado la atención en absoluto. Pero con Matteo era diferente.

—Me estoy muriendo por tu culpa —me quejé, enterrándome más en la manta.

—No deberías haber salido con tan poca ropa.

Me acercó el cuenco de sopa humeante.

—Me encuentro tan mal que no tengo ni fuerzas para responderte a eso —dije, intentando agarrar el cuenco.

Matteo lo alejó, sosteniéndolo aún en sus manos y luego tomó una cucharada, soplando antes de acercándomela a la boca.

—Abre —alzó una ceja, desafiándome en silencio.

Obedecí sin rechistar, dejando que me alimentara porque, para ser sincera, tenía el cuerpo tan agotado que la idea de llevarme la cuchara a la boca por mí misma me parecía un esfuerzo descomunal.

—Sabes, se te daría genial ser padre, eso de dar de comer lo tienes controlado —bromee, aunque muy dentro de mí sabía que no iba en broma. Lo estaba tanteando.

Matteo me sostuvo la mirada, con otra cucharada de sopa en el aire. Lo miré a los ojos, esperando alguna reacción a mi comentario. Nada. No hubo absolutamente nada. Apreté los labios con sutileza y luego abrí la boca.

A mitad del plato no podía más, la sopa comenzó a revolverme el estómago. No digo que estuviera mala, de hecho me sorprendió lo bien que se le da a Matteo cocinar. Casi parecía que llevara haciéndolo toda la vida. Pero lo que realmente me apetecía en ese momento era algo cargado de grasa. Algo frito, crujiente y lleno de salsa. Me habría comido un perrito caliente de esos del parque que no llegué a probar. O algo dulce, cremoso, cargado de azúcar, como un pedazo de tarta, quizás, o un muffin. También mataría por unas fresas con nata, o un helado de nata bañado en chocolate derretido. Pero lo único que tenía delante era caldo de pollo.

Matteo llevó otra cucharada hasta mis labios, pero esta vez levanté la mano y le detuve la muñeca en el aire antes de que pudiera acercármela más. Empezaba a sentir náuseas otra vez, solo por el olor a pollo, no sabía cuánto tiempo iba a poder ocultárselas.

—No puedo más.

—Aún te queda la mitad, apenas has comido.

—Está insípida —me quejé, dejando caer la cabeza contra el respaldo del sofá. No lo estaba, el problema es que tenía demasiado sabor de repente, un sabor que mi cuerpo había decidido que ya no quería.

Matteo resopló con ese aire de resignación que tenía cada vez que lidiaba con mis quejas de enferma.

—No es cierto —replicó ofendido—. Lo que pasa es que tienes el sentido del gusto alterado.

—Pues eso, insípida —bufé, mirándolo con el entrecejo fruncido. —Creo que he aborrecido el pollo, quiero una hamburguesa con queso. ¿Pedimos una pizza?

—Dos cucharadas más y te tomas la medicación —insistió.

Resoplé, enderezando la cabeza que ya me daba vueltas y tomé las siguientes cucharadas que me dio.

Al final fueron tres más, porque Matteo es un tramposo, y luego tomé la medicación que me trajo.

Dejó el cuenco en la mesa, se acomodó en el sofá y me atrajo contra su pecho para que me tumbara. No protesté. Me sentía demasiado cómoda envuelta en su calor como para pelear por mantenerme erguida.

— ¿No tienes que ir a ningún sitio? —pregunté, con la voz amortiguada contra su camiseta.

Era raro verlo vestir sin una de sus camisas. No es que Matteo fuera un fanático del traje impecable, al menos no al nivel de los hombres de la Mafia que parecían nacer con uno puesto y dormir con la corbata bien ajustada. Pero incluso cuando vestía con menos formalidad, nunca daba la impresión de estar desaliñado. Siempre tenía ese aire de descuido calculado, esa habilidad de quitarse la chaqueta y seguir dominando la habitación con solo existir.

Por eso, verlo ahora con una de esas camisetas básicas que encontré en su armario al llegar, se sentía… extraño. Parecía que alguien le hubiera arrancado parte de su armadura y, por primera vez, me dejaran ver a un Matteo que no muchos conocían.

Aunque, pensándolo bien, tampoco es que antes hubiera tenido la oportunidad de verlo así. ¿Con ropa de deporte? Sí. Pero en el día a día, solo habían existido dos versiones de Matteo para mí: él en traje o él desnudo. Bueno, y él con toalla, aunque no solía durar mucho.

—Puede que más tarde, pero no me iré hasta que te duermas —respondió, trazando círculos suaves sobre mi mejilla—. César vendrá por si necesitas algo mientras no estoy.

—Mentiroso, César viene esté o no enferma. Además, llevo toda la mañana durmiendo, dudo que vuelva a quedarme dormida.

La mano de Matteo descendió por mi brazo en una caricia distraída.

— ¿Es que no quieres que me vaya?

—No. Quiero que te quedes aquí y así te contagie el resfriado —murmuré, con la voz pastosa por la congestión.

Su pecho vibró con una risa baja y ahogada que se instaló en mi pecho.

—Siempre tan amorosa.

Matteo se inclinó sin soltarme y alargó la mano para tomar el mando de la mesa de cristal.

— ¿Quieres ver algo?

Encogí los hombros con un asentimiento perezoso. Lo único que quería en ese momento era estar así en sus brazos, envuelta en el calor de su cuerpo. Definitivamente, había perdido la cabeza.

Encendió la televisión y empezó a hacer zapping.

—Espera, vuelve atrás —dije notando la sonrisa que tiraba de mis labios.

Matteo arqueó una ceja y retrocedió en la lista de canales. Al ver en la pantalla el icónico título de *Goodfellas*, ladeó la cabeza hacia mí entrecerrando los ojos.

— ¿Te estás burlando de mí?

Sonreí con suficiencia.

— ¿Qué? Así me documento.

— ¿Eso significa que tengo que verme *Anna Karenina*? Podemos ponerla después si quieres.

Le lancé una mirada asesina, o al menos lo intenté, porque mi nariz congestionada y mis ojos llorosos probablemente arruinaron el efecto.

— ¿A que suena ridículo? —dijo, con ese tono de victoria insoportable—. Pues lo mismo con *Goodfellas*.

—¿Pero a que la has visto? —murmuré.

—Sí, la he visto.

Hice un ruidito satisfecha y Matteo siguió pasando hasta detenerse en un thriller.

No llegamos ni a los cinco minutos de película antes de que mis párpados comenzaran a pesarme y mi cuerpo se hundiera más contra el suyo. Lo último que sentí antes de quedarme dormida fue la caricia de su mano en mi espalda y el sonido pausado de su respiración.

Cuando desperté, la película ya había cambiado y Matteo seguía ahí, dormido, con el brazo aun envolviéndome. No había tenido intención de moverse en ningún momento. Cerré los ojos de nuevo con una sonrisa, dejando que el sueño volviera a hacer su trabajo.

CAPÍTULO 31

MATTEO

Yelena llevaba media hora encerrada en el baño y empezaba a preocuparme. Miré la hora en el móvil a mi lado. Eran las tres de la madrugada, hacía una más de una hora desde que se había quedado dormida en mis brazos.

No me había dormido aun cuando la sentí moverse con cuidado, corrió descalza al cuarto de baño y se encerró.

Estaba a punto de levantarme cuando la puerta se abrió de nuevo y Yelena volvió a la cama, deslizándose entre las sábanas con sumo cuidado, como si temiera despertarme.

— ¿Dónde estabas? —pregunté, atrayéndola de nuevo hacia mí. Dio un pequeño sobresalto. Había sido poco tiempo, pero joder, ya la echaba de menos.

—Solo he ido al baño —susurró.

La abracé más fuerte, hundiendo la cabeza en el hueco de su cuello y aspirando el maldito olor a coco al que me había hecho adicto.

—No vuelvas a irte, no me gusta dormir solo.

Yelena se revolvió en mi brazo hasta quedar de frente. Enredó sus piernas con las mías y apoyó su mejilla en mi pecho.

—Alguien está desarrollando apego ansioso —canturreó.

—No es verdad, pero contigo no he vuelto a tener pesadillas, al menos no como antes.

La sentí sonreír contra mi piel.

—Entonces vuelve a dormirte. —Dejó un beso suave sobre mi pectoral. No sé cómo iba a dormirme después de aquello—. Matteo…

—Es tu culpa, haces que cobre vida —dije, sonriendo contra su cabello mientras presionaba mi erección en su vientre.

La rodeé por la cintura y me giré con ella hasta dejarla sentada justo donde quería, sobre mi polla, con sus piernas a cada lado de mi cadera.

—Eres insaciable —dijo inclinándose para besarme.

Le devolví el beso con hambre, juntando las cejas al notar el sabor a menta en su boca. No le di más importancia. Le aparté las bragas a un lado y deslicé un dedo entre sus pliegues húmedos, gimiendo en su boca al sentirla tan jodidamente lista para mí.

—Mira quién fue a hablar —musité en sus labios—. Ahora móntame, *principessa* o te pongo a cuatro patas. Tú eliges.

Sus ojos me sostuvieron la mirada con esa chispa desafiante que conocía bien. Sentí sus dedos alrededor de mi polla, guiándola hacia su centro empapado.

—Hoy me toca a mí —murmuró, hundiéndome en ella hasta el fondo.

***

Me quedé mirando la pantalla del móvil, no había dejado de hacerlo en todo el día. Mis sospechas eran ciertas y si no dábamos con Vasilyev pronto, iba a volverme loco de verdad.

Ya casi habían pasado tres semanas desde que la jodí con el hijo de puta de Gianluca. Pronto podría volver a hablar, si es que no lo estaba haciendo ya. Por el momento, había estado a los cuidados de Nikolai y sus hombres, lo que no quería decir que no hubiera sufrido más daños. Estaba convencido de que Boris se había divertido bastante con él. Pero se trataba de mi esposa, así que Gianluca era mío, y quería estar presente cuando ese cabrón abriera la boca.

—Mi padre acaba de llamarme. —Yelena se dejó caer a mi lado en el sofá y subió las piernas a mi regazo.

— ¿Qué quería? —inquirí. Deslicé mi mano por su pierna, subiéndole el pantalón para poder acariciarle la piel.

—Dentro de poco es su cumpleaños y quiere que vayamos a cenar o te abrirá el canal por retenerme aquí y no dejar que me vea. Le he dicho que no me dejas salir.

—Genial, entonces ahora me quiere matar.

—Será muy divertido cuando vayamos. —Alargó el brazo, recogiendo a *la rata* del suelo que ya estaba a los pies del sofá pidiendo su atención—. Ya puedo imaginaros a ti corriendo por la casa mientras mi padre dispara al aire.

Me quedé mirándola con los labios apretados en una sonrisa. Quería estrangularla y besarla a la vez.

—Lo has hecho a propósito —dije.

Yelena se encogió de hombros con una mueca ladeada, conteniendo una risa.

—Puede. También dice que, ya puestos, puedes hacerle una visita a vuestro hombre. Por fin puede hablar, más o menos.

—Ya no es nuestro hombre —gruñí. Ese hijo de puta había dejado de ser de los nuestros el día que decidió traicionarnos.

—Bajaré contigo al sótano —dijo, con un deje de preocupación.

— ¿Puedes?

—A estas alturas ya deberías saber que no me voy a desmayar por ver un poco de sangre.

Me pasé la lengua por los dientes. Salir del apartamento por la mañana, en un lugar público y lleno de gente, era una cosa. Pero hacerlo por la noche… No me gustaba la idea de exponer a Yelena de esa forma.

—No ocurrirá nada —me tranquilizó, leyéndome la mente—. Vamos, hablamos con el prisionero, comemos y nos volvemos. Llevaremos escolta si eso ayuda a que dejes de estar paranoico.

—No estoy paranoico —repliqué.

Yelena alzó una ceja. Vale, quizás lo estaba un poco después de que ese comemierda de su ex la encontrase con tanta facilidad nada más poner un pie fuera del apartamento.

Exhalé con fuerza y retiré sus piernas dejándolas en el suelo. Yelena me miró confundida. Me puse en pie y me acerqué a la

estantería que Yelena había hecho colocar hace un par de semanas contra la pared del salón donde antes creo que tenía un cuadro abstracto que ni yo elegí.

Ahora tenía estanterías con plantas que sobresalían y los libros que había ido coleccionando para pasar el tiempo. También habían mentido con eso de la lectura, pero parecía haber descubierto que los libros con porno entre dragones y similares, la entretenían. A mí me parecía jodidamente sexy. Había acabado por robarle uno de sus libros para ver de qué iba el tema. Bastante instructivos, la verdad.

Alargué la mano hacia uno de los estantes superiores y agarré la *Beretta* que le quité el día de nuestra boda. Cuando me giré hacia ella, sus ojos se abrieron de par en par y sus labios se separaron.

— ¿Ha estado delante de mí todo este tiempo?

—Al principio la dejé en la parte de arriba de la nevera, sabía que no alcanzarías a verla. —Yelena me lanzó una mirada asesina al ver mi sonrisa—. Por suerte, César pudo cogerla cuando se llevaron mi magnífica nevera de dos puertas, antes de que la hicieras cambiar por la otra.

—Sigue teniendo dos puertas, solo que ahora es metalizada. Así que deja de quejarte. Va mejor con la decoración.

—La otra era metalizada.

— ¡Era negra!

Solté una risa baja, caminando de vuelta. No puedo evitar recriminarle lo que ha hecho con nuestro apartamento, me encanta ver como lo defiende indignada.

—Quiero que la lleves contigo. Me quedaré más tranquilo si sé que tienes algo con lo que defenderte —dije entregándosela.

Yelena esbozó una sonrisa amplia agarrándola de mi mano sin moverse del sofá.

— ¿No temes que intente matarte otra vez? —inquirió con un tono entre desafiante y sensual. Mi polla respondió al instante. Cada vez que usa ese tono soy incapaz de no ponerme duro por su culpa.

Apoyé las manos en el respaldo del sofá, inclinándome sobre ella. Yelena volvió a recostarse hasta que su espalda tocó el cojín,

siguiendo mi movimiento.

—Descuida. Me he asegurado de que no quieras hacerlo —susurré en sus labios. La respiración de Yelena se tambaleó dándome la razón—. Y si es lo que quieres, *principessa*, hazlo. Porque prefiero que me mates a saber que no quieres estar conmigo.

Apresé su boca con la mía sin darle oportunidad de responder. Los labios de Yelena se abrieron con un gemido ahogado, dejándome entrar en ella y saborearla. Mi lengua recorrió su boca, deslizándose por sus dientes, acariciando su paladar y enredándose con su lengua. Había comido algo dulce hacía poco y me encantaba esa mezcla de sabor con el suyo.

Un gruñido agudo nos interrumpió. Separé mis labios apenas un segundo y giré la cabeza hacia el regazo de Yelena. La jodida *rata* me miraba con sus ridículos colmillos asomando, chillando como si quisiera partirme el cuello.

—Quita a ese bicho de ahí —murmuré, entrecerrando los ojos hacia el animal. La otra opción era tirarlo por la ventana.

Yelena sonrió, divertida, bajándola al suelo con cuidado antes de volver a enredar sus brazos en mi cuello.

Volví a atrapar sus labios, esta vez sin testigos molestos.

Aún tenía el arma en la mano y sabía que podía usarla en cualquier momento. Pero lo que dije iba en serio. Y si en algún momento decidía acabar con mi vida, entonces dejaría que lo hiciera. Yelena le había dado sentido a todo. Antes de ella estaba vacío, solo mataba, torturaba y seguía órdenes porque era todo lo que me habían enseñado. Pero quererla a ella era todo lo contrario a lo que se esperaba de mí, lo único que tenía sentido.

Hundí la rodilla en el asiento, guiándola hasta que quedó tumbada en el sofá conmigo encima. La necesitaba. La necesitaba en todo momento y estaba convencido de que nunca tendría suficiente.

—Te quiero —susurré en sus labios.

Yelena entreabrió los ojos mirándome a través de sus pestañas. Sus pupilas ya estaban dilatadas y su pecho subía y bajaba a un ritmo acelerado.

—No tienes por qué responder.

Noté sus brazos tensarse alrededor de mi cuello. Estaba agarrando el arma con más fuerza, no necesitaba mirar para saberlo. Una sonrisa curvó mis labios. Si Yelena decidía disparar, no había mejor final que morir en sus brazos. Cerré los ojos y esperé.

Uno de sus brazos abandonó mi cuello y me preparé para la detonación. Lo único que escuché fue un golpe metálico contra el suelo y luego sentí sus labios presionando los míos.

Abrí los ojos lentamente, encontrándome con la mirada avellana de Yelena. Tenía un brillo suave, diferente.

—Encontré las armas que escondes en el armario, pero gracias igualmente.

Fruncí el ceño contrariado.

— ¿Y no intentaste matarme?

Negó con la cabeza.

—Deberías buscar otro escondite. El vestidor es demasiado obvio. Fue lo primero que miré.

Dejé escapar una risa seca. Por supuesto que lo hizo.

—Podrías haberme pegado un tiro en Modesta ese día. Tenía la guardia baja por tu culpa.

— ¿Y llenarlo todo de sangre? No quería estropear mi jersey, las manchas de sangre en la lana salen muy mal.

Una risa vibró en mi garganta. Me daba igual que no sintiera lo mismo que yo por ella, haría que me amara, costara lo que costara lo lograría. Porque no podía soportar que me abandonase nunca.

Miré la *Beretta* en el suelo y una sonrisa tiró en mis labios. Alargué la mano agarrándola y se la tendí quitándole el seguro. Yelena la tomó, mirándome con las cejas fruncidas.

—Te toca apuntarme, *principessa*.

Me deslicé hacia abajo, llevándome los pantalones y arrancándole las bragas. El cañón de la pistola golpeó con suavidad contra mi cabeza y alcé los ojos cruzándome con los de Yelena. Una mezcla de satisfacción y peligro bailó en sus pupilas y sus labios se curvaron

con una sonrisa maliciosa que me la puso tan dura que creí que explotaría.

—No he dicho que pares —dijo.

Gemí, hundiendo mi cabeza entre sus piernas y apresando su coño con mi boca. Me iba a volver loco, más de lo que ya lo estaba.

CAPÍTULO 32

MATTEO

Gianluca estaba en una de las celdas. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez y una venda le tapaba los ojos. Nikolai y sus hombres se habían dedicado a cuidarlo como si el cabrón lo mereciera. En parte podía entenderlo. Tal y como lo dejé, una infección podría haberlo matado y todavía necesitábamos que hablara.

Nos acercamos a la celda. Lo vi moverse en la silla donde lo tenían atado con los brazos a la espalda. Al menos tenía el oído intacto, pero me jodía verlo tan tranquilo. Se llevaría una pequeña sorpresa al descubrir que hoy no iba a recibir ningún cuidado médico… si no a mí.

Le hice un gesto a Viktor para que abriera la celda, no quería que me escuchara antes de tiempo. Él asintió y abrió con una de las llaves. Yelena apretó mi mano con más fuerza y giré la cabeza para mirarla. No lo había dicho abiertamente, pero sabía que le preocupaba que perdiera el control. Pero no lo haría, no mientras ella estuviera cerca.

—Está bien, *principessa*, puedo manejarlo —le susurré al oído.

Antes de apartarme, le di un beso suave en los labios y entré a la celda acercándome al cabrón con paso tranquilo.

Me incliné hasta que mi boca estuvo cerca de su oído.

— ¿Me echabas de menos?

Se apartó con tanta fuerza que casi tumba la silla si no llega a ser porque Viktor lo sujetó. Ahh… Era tan placentero saber que me había convertido en su peor pesadilla. Y apenas lo toqué. Tenía otros

planes para él si no me hubiera provocado, como amputarle pedazos de sus brazos hasta que solo quedaran muñones en los hombros.

Ahora quería probar a amputarle la polla, no a cortarla, es diferente. Quería dársela de comer por aquello que dijo.

Cerré los ojos con fuerza al escuchar el eco del disparo en mi cabeza. Joder, no podía volver a pasar. Necesitaba mantenerlo a raya.

—Matteo.

Sentí la mano de Yelena envolviendo la mía. Cuando abrí los ojos, la vi ahí parada, a mi lado.

—Estoy bien —dije.

Yelena asintió, y sin soltar mi mano se inclinó sobre Gianluca quedando demasiado cerca de su rostro para mí gusto.

—Tranquilo, he venido a domar a la bestia, así no te matará. Pero hará cosas peores —dijo, y presionó el dedo índice en una de las cuencas tapadas por la venda—. ¿Te duele?

Gianluca soltó un grito entre dientes apartando la cabeza hacia atrás.

—Lo tomaré como un sí.

Yelena se enderezó y me miró con una sonrisa angelical capaz de engañar a cualquiera que no la conociera. Me la había puesto tan dura. Joder, me dieron ganas de sacarla de la celda a arrastras y tumbarla sobre la mesa para follármela rodeada de todos esos utensilios de tortura que ya habían dispuestos. Si no lo hice fue porque Viktor seguía ahí. No podía olvidarlo.

— ¿Lo sacamos fuera? —inquirió él.

Le dirigí una mirada, dudando de poder dar un paso fuera por culpa de la erección.

—Sí, tengo algo en mente. Espero que tengas hambre Gianluca.

—Que te jodan —siseó. Creo. También era probable que su mandíbula aún se resintiera.

—Veo que ya puedes hablar, es una gran noticia.

Viktor agarró la silla por detrás y la arrastró fuera de la celda hasta colocarla en el centro de la sala, cerca de la mesa de metal. Lo

seguí, aún con la mano de Yelena enredada en la mía.

— ¿Por dónde quieres empezar? —preguntó Viktor.

—El cabrón me debe una.

Deslicé mis ojos por las herramientas, buscando algo lo suficientemente afilado y pequeño. Tenían una gran colección de armas, todo tipo de cuchillos, un soplete, herramientas que usaría un mecánico, y no podía faltar el bisturí. Sonreí. Justo lo que andaba buscando, no me dio tiempo a utilizarlo como quería en Modesta.

—Bájale los pantalones —dije agarrando el bisturí—. Prohibido mirar, *principessa*. —Le guiñé un ojo a Yelena. Bajo ningún concepto iba a dejar que viera esa cosa asquerosa, solo le dejaría girarse cuando el hijo de puta se la hubiera tragado toda.

Yelena me miró con una sonrisa torcida y, tras suspirar con teatralidad, se cruzó de brazos y se giró dándonos la espalda.

Viktor obedeció sin un solo comentario. Bajó los pantalones del traidor de un tirón, dejándolo expuesto. Gianluca se revolvió en la silla, gimoteando como el cerdo que era. Lo agarré del pelo y le hice alzar la cabeza.

— ¿Te acuerdas de lo que dijiste la última vez?

Gianluca se sacudió en la silla y Viktor tuvo que sostener el respaldo para que no tumbara. No tenía escapatoria.

—Pues ahora vas a gritar de verdad.

Hundí el codo en su pecho con fuerza para mantenerlo en su sitio y deslicé el bisturí por su ingle. El filo abrió la piel con un gemido húmedo y asqueroso. No fui rápido. No. Lo hice despacio, con precisión *quirúrgica*, arrancando trozos de su dignidad junto con la carne. Su grito fue tan agudo que rebotó por las paredes, pero yo ya no oía nada. Solo el latido de la sangre en mis oídos.

Cuando terminé, tenía su polla en la mano y sangraba como un puto cerdo. El muy cabrón se retorcía con la boca abierta en un grito mudo y la cabeza hacia atrás como si buscara el aire que no le llegaba.

La levanté entre dos dedos, como si fuera un trofeo, y arrugué la nariz. Era minúscula y patética, y muy asquerosa para seguir

tocando esa cosa.

Me acerqué y le agarré la mandíbula con fuerza, obligándolo a mirarme aunque no tuviera ojos.

— ¿No decías que gritaba mucho cuando se corría? —Escupí las palabras con rabia contenida—. A ver si tú también lo haces.

Metí su propia polla en su boca antes de que pudiera cerrarla.

—Traga, hijo de puta.

El vómito le subió a la garganta, pero le tapé la nariz con la mano libre. Su cuerpo se sacudía en espasmos, pero no aflojé la presión. Lloraba, tosía, se ahogaba con su propia sangre. Pero al final no le quedó otra que tragar.

—Así me gusta —susurré contra su oído—. Una puta hasta el final.

Lo solté de golpe. Su cuerpo cayó hacia un lado, jadeando y convulsionando. No sé si de dolor, de asco o de humillación. Me daba igual. Me limpié las manos en su camiseta hecha jirones.

Tomé una exhalación de aire y me giré hacia Yelena, aún con el bisturí manchado en la mano.

—Ahora puedes mirar, *principessa*.

CAPÍTULO 33

YELENA

—Te habría encantado, Boris. Una pena que Polina te tuviera secuestrado. —Viktor soltó una carcajada. No es que me hiciera especial ilusión verlo, lo último que me apetecía era ver la polla de un desconocido. Aunque reconozco que me daba cierta curiosidad malsana cada vez que mi hermano se lo contaba a uno de los chicos con tanto detalle.

Pasamos una hora ahí abajo. Matteo terminó cubierto de sangre hasta los codos, pero habíamos conseguido la información que queríamos sin que perdiera el control. Sin embargo, cabía la posibilidad de que hubiera mentido para detener a Matteo y que acabara con su vida de una maldita vez, por esa razón no lo mataron.

Me llevé una mano al cuello, notando como mi pulso se había acelerado. Mierda. Ojalá esa información fuera falsa, porque entonces no daríamos con Yuri y todo seguiría como hasta ahora.

—Voy a buscar a Matteo —dije.

Me aparté del grupo antes de que notaran lo que pasaba por mi cabeza.

A esas alturas, Matteo ya debería haber salido de la ducha. Subí las escaleras y atravesé el pasillo que llevaba a mi antigua habitación. Al abrir la puerta, todo seguía exactamente igual, como si el tiempo no hubiera pasado.

Matteo salió en ese momento del cuarto de baño, con una toalla enredada a la cintura y peinándose el cabello con los dedos hacia atrás. Dios, no importaba cuántas veces lo hubiera visto así, ese gesto tenía la capacidad de hacerme olvidar cómo se hablaba.

Mis ojos hicieron lo que les dio la gana. Lo recorrieron lentamente, bajando por su pecho hasta esas gotas que se deslizaban con provocación por los abdominales y desaparecían justo al borde de la toalla.

Sí. Podría habérsela quitado con los dientes sin ningún tipo de vergüenza.

—En vez de quedarte ahí plantada mientras me violas con la mirada, *principessa* —dijo con ese tono juguetón que me quemaba por dentro—, podrías venir y usar esa boca para algo más productivo.

Le dediqué una sonrisa lenta y socarrona mientras cruzaba la habitación hasta él.

—Tentador… —enredé mis brazos alrededor de su cuello— pero tendrá que esperar.

Matteo chasqueó la lengua y colocó sus manos en mi cintura, acariciando mi piel por debajo del jersey de esa forma que sabía que encendía cada célula de mi cuerpo.

—Sabes, esperaba algo más acorde con tu fachada de *principessa* de la Bratva. —Sus ojos recorrieron mi habitación y luego volvieron a fijarse en mí—. Un museo de muñecas, quizás. Como mucho, peluches con armas de plástico.

— ¿Decepcionado? —Deslicé mis manos por su pecho desnudo, sintiendo el calor de su piel todavía húmeda.

Mi habitación era todo lo contrario a lo que alguien esperaría de la hija de un *Pakhan* y más de lo que se esperaría de un hijo. Las únicas cosas femeninas que tenía eran por Polina, y ella apareció cuando yo tenía diez años.

— ¿De ti? Nunca.

Me atrajo más contra su cuerpo hasta que no quedó espacio entre nosotros.

—Y aun así, sigues sin dejar que el apartamento recupere su decoración original —murmuró a escasos centímetros de mis labios.

—Siempre quise una habitación de princesa —puse un puchero que no engañaba ni a una ameba.

Matteo sonrió, de esa forma que me hacía perder la compostura, y rozó sus labios con los míos.

—Entonces quizás deberíamos buscar un castillo.

Sus labios presionaron contra los míos, abriéndome suavemente. Gemí contra su boca, y en respuesta me atrajo con más fuerza hasta que cada curva de mi cuerpo quedó moldeada contra el suyo.

—Quería hacerte el amor entre tus osos de peluche… —susurró con voz rasposa—, pero parece que voy a tener que conformarme con la exposición de armas, munición y los pósters de películas de acción y explosiones —hizo una pausa—, y rezar porque esa granada que tienes en la estantería no decida explotar.

—Es una réplica.

—Menos mal.

Solté una risa entre el siguiente beso, que llegó más salvaje y urgente que el anterior.

Me aferré a su nuca mientras él me hacía retroceder. El colchón tocó la parte posterior de mis rodillas y caí sobre él con un leve rebote. Matteo no me dejó ni un segundo. Me siguió, cubriéndome con su cuerpo caliente, y con la toalla colgando peligrosamente de la cadera.

— ¿Alguna otra sorpresa, *principessa*? —susurró mientras sus manos se colaban bajo mi jersey.

Mi pecho subió y bajó demasiado rápido.

«Mierda».

—Mi padre quiso que estudiara italiano… Ya sabes, por eso de estar preparada para cualquier amenaza —solté, fingiendo ligereza. Matteo alzó las cejas, deteniendo el movimiento de su mano antes de alcanzar el sujetador—. Entendí todo lo que tu padre dijo en la boda.

Alcé los brazos para ayudarlo a deshacerse de mi jersey, usando la distracción de la ropa para evadir su pregunta. Apartó la mano y tiró de la prenda sacándomela por la cabeza.

—Aunque supongo que mandar a tu padre a la mierda no habría quedado muy bien —añadí.

—Suerte que no lo hiciste, *principessa* —murmuró contra mi piel. Dejó un beso por debajo de mi ombligo provocando que me erizara entera y mi espalda se curvara sola en busca de más—. Aunque me habría encantado ver su cara.

Sentí el pantalón ceder y luego deslizarse por mis piernas mientras su boca descendía lentamente, disfrutando de cada gemido que arrancaba de mi garganta.

— ¿Alguna cosa más que me ocultes? —preguntó, dejando un beso en mi sexo cubierto aún por las bragas.

«Demasiadas».

—También sé español —respondí tras un jadeo—. Y aprendí lenguaje de señas en la academia. Es útil para las misiones.

—Útil… —Sonrió contra la cara interna de mi muslo—. Y condenadamente sexy.

Matteo se incorporó lanzando la toalla que lo envolvía al suelo antes de posicionarse entre mis piernas. Hizo mis bragas a un lado con un dedo, esta vez teniendo la decencia de no romperlas, y sentí su erección resbalar entre mis pliegues.

—Matteo…

— ¿Ya no quieres esperar? —se burló, presionando contra mi centro.

Tomé aire al sentirlo dentro, muy lentamente, y negué con la cabeza.

—Ni se te ocurra parar ahora.

— ¿Yelena? —La voz de mi padre atravesó la puerta.

La manija comenzó a bajar, despacio. Matteo no se movió, o mejor dicho, sí que lo hizo. Se hundió de una sola estocada.

La cama crujió bajo nosotros al mismo tiempo que mis uñas se clavaban en sus hombros y un gemido se me escapó de los labios, traicionándome

— ¡Un segundo! —grité, forcejeando, intentando sacármelo de encima… y de dentro.

Matteo sonrió con ese maldito brillo en los ojos.

—Me has pedido que no parase, *principessa*. Veamos cómo de rápido puedes correrte.

—Matteo, te voy a... —salió y volvió a hundirse hasta el fondo, arrancándome un grito ahogado—. Matar. Te voy a matar —jadeé.

Una mueca cruel se dibujó en su boca antes de volver a arremeter con la misma fuerza de antes, golpeando ese punto que siempre me hacía ver las estrellas. No podía pensar, solo sentir cómo mi cuerpo se apretaba más contra él, desesperado.

Mis manos se movieron solas, clavando mis dedos en sus glúteos evitando que se moviera.

— ¿Yelena, está todo bien? —La voz de mi padre volvió a sonar.

Matteo salió de mí con lentitud, solo para volver a entrar con una embestida brutal que me hizo arquear la espalda.

— ¡Enseguida abro! —grité, sin saber si había conseguido contener el gemido.

Se presionó contra mi fondo, y sentí sus dedos acariciando mi clítoris. Solo tuvo que moverlos un poco y volver a empujar con fuerza para que el orgasmo me alcanzara.

Me tapé la boca con las manos, ahogando el grito que me desgarró la garganta cuando mis paredes lo aprisionaron con una fuerza feroz y mi espalda se tensó bruscamente. Matteo gruñó al sentirlo y embistió una vez más, siguiéndome en su propio orgasmo mientras yo perdía la cabeza.

Al abrir los ojos, vi a Matteo observándome con esa sonrisa engreída y satisfecha pintada en la cara.

—No hagamos esperar más a tu padre.

Presionó sus labios contra los míos, y tras darme un beso que me dejó con ganas de más, salió de mí. Lo vi inclinarse, agarrar la toalla y dirigirse al cuarto de baño mientras yo trataba de recomponerme aún tumbada.

«Mierda».

Me levanté de golpe, buscando mi ropa. Me puse el jersey y subí los pantalones a toda prisa, pero al girarme la vista se me fue

directa a la cama. Era un desastre. ¿Cómo podía ser un desastre en tan poco tiempo?

Fruncí el ceño y estiré el edredón con brusquedad, alisando las arrugas con las manos antes de que mi padre pudiera ver algo. Agarré el almohadón que había caído a un lado y me dejé caer sobre el colchón, cruzando las piernas con el cojín abrazado.

—Pasa —dije después de aclararme la garganta.

La puerta se abrió, y mi padre asomó la cabeza. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo y luego se dirigieron hacia la puerta del baño por donde salía Matteo con los pantalones que Viktor le había prestado y la camiseta.

Me quedé mirándolo embobada. Era extraño verlo así, vestido como los hombres con los que me he criado, pero joder, a ninguno de ellos le sentaba tan bien esa ropa. Además, a Matteo aún se le notaba la erección, aunque hubiera intentado disimularla.

—Nikolai —lo saludó Matteo, extendiéndole la mano con una expresión tranquila.

Mi padre le dedicó una media sonrisa y se acercó tomando su mano. Matteo no se inmutó, pero incluso desde donde estaba sentada, podía notar la fuerza con la que mi padre le estaba agarrando, marcando territorio como el maldito papá oso en el que se convertía a veces. Si, nos había pillado y los tres lo sabíamos.

—Espero que no hayas molestado demasiado a mi niña, Matteo. Es muy frágil, ¿sabes? —dijo, con un brillo de advertencia en sus ojos.

Se me escapó una risa seca. Me encantaba ver a mi padre mantener el numerito que habíamos montado desde el primer día, pero algo me hizo mover el culo. Dejé el cojín a un lado y me levanté de la cama acercándome a ellos, poniendo una mano sobre el antebrazo de mi padre que aún agarraba a Matteo.

—Papá, lo sabe. Además… he decidido quedármelo.

Matteo me dirigió una mirada con la ceja levantada.

No fui capaz de decir que lo quería. Ni siquiera estaba segura de poder hacerlo. Lo único que tenía claro es que no quería soltarlo

todavía. Con Matteo podía ser yo, simplemente yo y completamente yo. No quería perder eso.

— Déjanos un segundo, *malysh*. Necesito tener unas palabras con mi… yerno.

CAPÍTULO 34

YELENA

Miré a Matteo, se veía tan malditamente tranquilo y yo sentía que mi corazón se me iba a salir por la boca. Nunca he tenido miedo de mi padre, pero ahora me asustaba dejarlos a solas.

El plan era claro, un matrimonio de conveniencia, aguantar lo justo, y luego deshacerme de Matteo. Entonces, todo volvería a la normalidad. Y yo acababa de decirle a mi padre que no quería dejar a nuestro enemigo. Porque eso era Matteo. El enemigo. La alianza solo era una tregua para acabar con Yuri, nada más. Y yo lo había olvidado mientras vivía felizmente bajo su techo.

Matar a Matteo significaba una guerra con la Mafia Lombardi. Yo volvería al cuartel y podría olvidarme de todo lo que había pasado y estaba por pasar mientras mi padre y sus hombres se hacían cargo aquí.

Solo que ya no podía hacerlo.

—Claro…—Asentí, y di un paso atrás incapaz de apartar la mirada de Matteo.

—Y *Yelena* —añadió mi padre sin dejar de observar a Matteo como si ya midiera la forma más limpia de arrancarle la cabeza—. El pelo.

Fruncí los labios a la vez que mis ojos se cerraban despacio. Mis pies se movieron solos hacia la puerta, obedientes, mientras me pasaba las manos por el cabello revuelto.

Debería haber hablado con mi padre antes, o al menos con Viktor, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Tampoco les había puesto al corriente de cómo iban las cosas en bastante tiempo, después de todo, mi papel era el de hacer de esposa y esperar a tener luz verde para acabar mi misión.

Mierda. Iba a matarlo. Mi padre rara vez me llama por mi nombre.

Pegué el oído a la puerta nada más salir. No se escuchaba nada. Supongo que eso era algo bueno, significaba que no le había pegado un tiro o que… ¿Y si lo estaba asfixiando? He visto a mi padre partirle la tráquea a un hombre con sus propias manos, podría volver a hacerlo.

Parpadeé varias veces intentando borrar la imagen de Matteo ahogándose con su propia sangre y llevé mi mano al manillar dispuesta a entrar.

— ¡Yelena, Polina te busca! —gritó Kiril desde el piso de abajo.

Presioné la lengua contra el interior de mi mejilla deteniendo el movimiento de mi mano.

«Mierda. Mierda. Mierda. Justo ahora».

No, mi padre no podía matar a Matteo después de decirle aquello. Sacudí la cabeza para sacarme esa idea absurda, pero el nudo en el estómago seguía ahí.

«Él nunca me haría eso. No puede. ¿Verdad?»

Inspiré hondo, soltando la manija y obligándome a mover un pie y luego el otro.

Me dirigí a la cocina. El aroma de las hierbas y la mantequilla caliente me golpeó apenas crucé el umbral, un contraste cruel con el nudo que me oprimía el pecho. Polina estaba junto a Boris, dándole los últimos toques a uno de sus platos para la cena. Al verme Boris, murmuró algo inaudible y se escabulló enseguida dejándome con ella.

— ¿Me buscabas? —pregunté tras aclararme la garganta, cruzándome de brazos.

—Quiero que me ayudes con esto, mi niña —dijo sonriendo, mostrándome un papel con algo escrito en cirílico—. Es una de las recetas que me pediste.

Cierto, la llamé hace unos días pidiéndole algunas, obviamente no le dije que sería Matteo quien acabaría cocinándolas, eso si seguía vivo para entonces. Por desgracia Polina se había formado una idea

equivocada y ahora pensaba que de verdad me interesaba la cocina, aunque fuera por mero aburrimiento.

— ¿Qué tengo que hacer? —suspiré, alargando la mano hacia un *blini* con *smetana* de la bandeja preparada en la encimera.

En cuanto la crema agria tocó mi paladar, tuve que contener un gemido. No recordaba que los aperitivos de Polina estuvieran tan deliciosos. Casi resultaba obsceno que algo tan simple pudiera arrancarme ese placer en mitad del nudo que me estrujaba el estómago. Quizás, si me entretenía con esto, la imagen de Matteo siendo destripado por mi padre con el cuchillo de caza de mi estantería desaparecería de mi cabeza.

—Corta la cebolla en juliana y dórala en esa sartén con un poco de mantequilla —señaló con la pala de madera antes de regresar a su salsa para darle unas vueltas—. No la quemes, solo que quede doradita. Luego añades el pollo en tiras. Y que no esté frío, sácalo de la nevera, eso arruina la cocción. Y muévete, que no tenemos todo el día.

Obedecí, a regañadientes.

Agarré uno de los pepinillos encurtidos del plato al pasar en dirección a la nevera, llevándomelo de una a la boca. Saqué el maldito pollo y volví a agarrar otro pepinillo de vuelta a los fogones, dándole un bocado esta vez y dejándolo entre mis labios.

¿Qué mierda se suponía que sentía por Matteo? No lo tenía claro aún. Las últimas semanas habían sido… Di otro mordisco, comenzando a cortar la cebolla y sin pensarlo agarré una rodaja con los dedos y me la llevé a la boca junto al resto del pepinillo.

Eché la cebolla mal cortada a la sartén y dirigí una mirada hacia la puerta, esperando verlo aparecer vivo y con una de sus sonrisas arrogantes tatuada en la cara. ¿Era normal que me doliera el pecho al no tenerlo delante sano y salvo?

Mis ojos de deslizaron hacia Polina. Tarareaba una vieja canción rusa de fondo mientras terminaba de untar mantequilla y removía esa salsa brillante de vez en cuando. Parecía sacada de una postal. De esas que mandan desde un sitio tranquilo, donde no hay secretos ni amenazas. Mi mente, sin embargo, seguía a kilómetros de esa

cocina, o a unos metros mejor dicho, en la habitación en la que había dejado a Matteo a su suerte mientras yo devoraba otro encurtido.

Polina dejó un plato de caviar con pan negro y mantequilla a mi lado. Me metí uno entero en la boca, apenas masticando antes de engullir. El sabor salado se mezcló con el ácido del pepinillo y la cebolla todavía en mi lengua, pero me dio igual. Necesitaba otro. Era como si mi cuerpo me rogara llenar ese vacío que no paraba de crecer al pensar en Matteo.

También estaban sus pesadillas. Sin darme cuenta, acabé con otro panecillo entero, esta vez acompañado de un encurtido. Era imposible quedarme tranquila hasta saber que se había calmado del todo y conciliaba el sueño de nuevo. Otro panecillo más. Y si no esa maldita manía de hacerme sentir como si el mundo entero fuera más soportable solo con él cerca.

Eché el pollo a la sartén y me llevé otro bocado de pan con caviar. Si Matteo no aparecía por esa puerta en diez minutos, subiría yo misma. Alargué la mano hacia el cuenco con los pepinillos. Ojalá Polina hubiera dejado más en la despensa, porque yo sola había vaciado el plato prácticamente entero.

No podía negar que, con Matteo, las horas se me pasaban volando, él siempre tenía algo en mente y no solo hablo de sexo, ahí ya me había quedado claro que éramos compatibles al cien por cien, porque en mi vida alguien me había hecho sentir como lo hacía Matteo.

Dios, necesitaba otro *blini*.

—Si sigues así, mi niña, no quedará nada para la cena —dijo Polina.

Ignoré la advertencia y me lo metí entero a la boca, casi sin masticar.

Pero no me refiero a eso, sino al hecho de no hacer nada o solo hablar y que anochezca sin ser consciente de la hora, porque Matteo había comenzado a llegar antes de que el sol se pusiera y solo llegaba tarde si era por algo urgente.

Miré a Polina otra vez, tan ajena a mi cortocircuito emocional que casi me dio envidia. Removía su salsa con un ritmo sereno, sin saber que yo me estaba volviendo loca por dentro a cada vuelta.

— ¿Puedo hacerte una pregunta? —solté, con un hilo de voz que no reconocí como mío. Debía ser culpa del ácido de los encurtidos.

Polina levantó una ceja sin dejar de mover la pala.

—Sabes que sí.

Me pasé la lengua por los labios, de repente secos, y fingí que la cebolla necesitaba toda mi atención, de hecho, debería haberla sacado, estaba negra.

— ¿Tú quieres a Boris?

Polina soltó una carcajada. Una pregunta estúpida supongo, al fin y al cabo se casó con él por propia voluntad, y tras meses de insistencia por parte de Boris que nos llevaron a todos locos. Él perdió la cabeza por ella en cuanto Polina puso un pie en casa de mi padre buscando trabajo. Quizás se sintió obligada… ¿Podía ser? ¿Tal vez yo también me sentía obligada a querer a Matteo por estar casada con él… aunque fuera temporal? Eso justificaría el caos interno de mi cabeza.

—Depende del día. A veces me dan ganas de atarlo a una silla y lanzarlo por el balcón del piso de arriba.

La imagen me arrancó una sonrisa floja. Yo también había fantaseado con hacerle algo así a Matteo. Peor incluso.

— ¿Pero lo quieres?

—Claro que sí.

Fruncí los labios y me llevé otro panecillo a la boca.

Ahí iba mi verdadera pregunta:

— ¿Y cómo lo sabes? —mascullé masticando.

Polina detuvo el movimiento de la pala y me miró un segundo antes de sonreír y volver a su salsa.

—Mmmh… lo sé cada vez que me mira como si no hubiera nada más en el mundo que valiera la pena. O cuando cuida de mí incluso cuando estoy tan enfadada que podría estrangularlo. —Dejó escapar una pequeña risa—. Cuando sale huyendo de mis amenazas, pero

aun así se gira para asegurarse de que sigo ahí, de que estoy bien. No sé cómo podría no quererlo si siempre cuida de mí como si fuera lo más preciado de su mundo.

Se acercó y me acarició la barbilla con un dedo, como hacía cuando era niña.

— ¿Por qué me preguntas eso?

Me encogí de hombros, tragando.

—Mera curiosidad.

—A mí no me engañas, mi niña. —Su mirada bajó al plato vacío a mi lado—. No me habrías preguntado eso si no sintieras nada por tu marido.

Sentí la garganta seca. La sutileza no es lo mío, y Polina era demasiado directa. Agarré un trozo de pollo de la sartén ya hecho y me lo llevé a la boca concentrándome en el pedazo antes de hablar.

— ¿Y por qué me cuesta tanto demostrarlo? —murmuré tragando con esfuerzo.

«Creo que ya no me gusta el pollo».

—Porque el amor es como las salsas —dijo, volviendo a su olla—. Necesita tiempo. Fuego lento. A veces se pega al fondo. A veces hierve demasiado. Pero si no lo dejas cocer, no sabe a nada.

Me ofreció la cuchara para que probara la salsa. Solo el olor me golpeó como una bofetada. Un regusto amargo me subió por la garganta y el estómago se me revolvió al instante. La saliva se me acumuló de golpe y me llevé la mano a la boca. No era la salsa, era el sabor del pollo lo que no soportaba.

Corrí al fregadero y me agarré a ambos lados, vaciando todo lo que había picoteado mientras preparaba lo que Polina me mandó.

Sentí a Polina a mi espalda en cuestión de segundos, su mano en mi nuca y sus dedos golpeando mi espalda con suavidad.

—Perdón… Tu salsa es deliciosa, yo solo… —Intenté recomponerme, limpiarme la boca con la manga del jersey—. Llevo el estómago revuelto desde esta mañana y… no he comido nada en condiciones y…

Los ojos me escocían. Una lágrima se me escapó sin pedir permiso, deslizándose por mi mejilla incapaz de detenerla. Polina me la limpió con el pulgar antes de rodearme con los brazos y atraerme hacia su pecho.

—Oh, mi niña… —susurró con dulzura—. ¿Desde cuándo lo sabes?

Alcé la cabeza para mirarla, con los labios entreabiertos, intentando que el aire regresara a mis pulmones. Era imposible esconderle algo así a ella, nunca había podido hacerlo, porque con ella siempre me había sentido segura cuando sabía que ninguno de los hombres con los que me había criado podía entenderme.

—Un mes… más o menos —murmuré sintiendo que me caían más lágrimas—. Pero no sé si estoy de más tiempo. No sé por qué estoy llorando.

—Las hormonas.

—Odio las hormonas —bufé, con los hombros sacudiéndose.

— ¿Y él lo sabe?

Negué con la cabeza.

—Todavía no… Uno de sus hombres lo sabe, pero si se lo hubiera dicho, Matteo ya habría venido a hablar conmigo. —Tragué el nudo de mi garganta, notando el amargor que me había dejado tras vomitar—. No sé… Nada ha salido como planeamos. No sé qué hacer.

—No importa lo que se supone que debas hacer —dijo, acariciándome el cabello—. ¿Qué es lo que quieres hacer tú?

Cerré los ojos. ¿Que qué quería hacer? Lo único que quería era que Matteo apareciera por esa maldita puerta. Vivo. Respirando. Que mi padre no lo hubiera asfixiado por soltar esa estupidez. Por decir… mierda, por decir que lo quería.

—Quiero quedarme con Matteo… —mi voz apenas fue un murmullo—. Lo quiero, Polina. Sé que no debería, sé que hay razones para alejarme. Pero no puedo.

Polina se apartó un poco, acariciándome la mejilla como si me viera de nuevo con diez años y limpió otra lágrima que ni siquiera era consciente de que había caído.

—Tu padre…

—Lo sabe.

—Entonces lo entenderá, mi niña. Tú y Viktor lo sois todo para él. Pero ahora tienes que hablar con tu marido. —Puso una mano en mi barriga—. Merece saberlo.

CAPÍTULO 35

MATTEO

Eché un vistazo a Yelena. Estaba sentada a mi lado, con la cabeza apoyada en el cristal, mirando por la ventanilla, absorta en algo que sabía que le rondaba la cabeza desde que me dejó a solas con su padre.

Por un momento, pensé que Nikolai iba a matarme, o al menos a intentarlo, porque no le habría dado la jodida oportunidad de hacerlo. No soy estúpido, en este mundo siempre cabe la posibilidad de que quieran quitarte de en medio en cuanto se presente la ocasión, y con los Ivanov no sería diferente. Lo que nunca imaginé es que fueran a intentarlo a través de Yelena. Pero las cosas habían cambiado.

Me sorprendió que todo se redujera a amenazarme con cortarme la polla si alguna vez engañaba a su hija. El clásico discursito paternal cargado de testosterona y silencios asesinos. La sola idea de traicionar a Yelena me daba ganas de arrancarme las entrañas, y cuando Nikolai se dio cuenta de que hablaba en serio, de que iba en serio, casi me asfixia con un abrazo que no vi venir. Si no quería matarme, lo disimulaba como el puto culo.

Lo que me preocupaba ahora era que Yelena apenas había abierto la boca durante la cena con su familia, y eso no encajaba en absoluto con la dinámica que se respiraba entre ellos.

— ¿Estás bien *principessa*? —inquirí. Agarré su mano y me la llevé a los labios, dejando un beso suave.

— ¿Mh? —Giró la cabeza para mirarme, con ese brillo distraído en los ojos—. Ah... solo estoy cansada.

Apreté los labios. Últimamente lo estaba demasiado. No me gustaba verla así.

— ¿Qué quería mi padre? Parecía de buen humor cuando bajasteis al comedor.

—Ya te dije que tú padre te quiere —sonreí de lado, volviendo la vista al frente. Ya era tarde y había oscurecido, pero los focos de los coches que llevábamos detrás de escolta iluminaban el camino—. Quería rivalizar con el amor que siento por ti —bromeé, aunque en el fondo, eso era justo lo que había pasado.

Yelena soltó una risa baja.

—A veces puede ser demasiado sobreprotector —dijo. Se pasó la lengua por el labio inferior y volvió a apoyar la cabeza contra el cristal—. Por un momento pensé que iba a matarte por lo que dije.

Cierto, eso de que había decidido quedarse conmigo. ¿Era lo que le preocupaba? ¿Perderme? Sonreí, mirándola de reojo.

— ¿Lo de que no puedes vivir sin mí?

Yelena giró la cabeza de golpe para mirarme y luego puso los ojos en blanco arrancándome una sonrisa.

—No dije eso.

—Sonó así —repuse.

Resopló y volvió su cabeza hacia la ventanilla de nuevo.

—Jamás me iré de tu lado, *principessa*. Siempre encontraré la manera de volver a ti, pase lo que pase, y estés donde estés.

Giró el rostro, aún apoyada sobre el cristal, con una curva débil en los labios. Adoraba sus sonrisas, pero esa en concreto fue como si alguien hubiera hundido un puño dentro y lo retorciera.

— ¿Lo prometes? —Su voz sonó baja, casi en un susurro.

—Con mi vida.

La expresión en su rostro se suavizó apenas. Era el momento de tener una conversación seria con mi querida esposa.

— ¿Hay algo que quieras decirme? —inquirí.

Yelena inspiró hondo y sostuvo el aire, soltándolo después en una exhalación mucho más lenta.

—Estoy embarazada.

Por fin. Creí que nunca se atrevería a decírmelo. Ya me la imaginaba de varios meses llevando sudaderas anchas con tal de que no lo viera, y yo fingiendo que no tenía ni puta idea. Ya me estaba despidiendo de las duchas largas con ella.

—Pensaba que volverías a evitar la pregunta —dije con diversión.

Su boca cayó en picado.

— ¿Lo sabías?

—Tenía mis sospechas, César me lo confirmó.

—Maldito traidor —siseó apretando mi mano con fuerza.

—No te enfades con él, me debe lealtad a mí, no a ti.

—Y qué, igualmente me vengaré de él. —Soltó mi mano para cruzarse de brazos, mirando al frente con ese brillo asesino que me la ponía tan dura—. Solo espera y verás.

Me encanta su lado vengativo.

—Espera… —Sus cejas bajaron de golpe antes de fulminarme con la mirada—. ¿Lo sabías y no has dejado de llenarme el vaso a propósito para que lo contara? —dijo indignada.

Mi sonrisa se hizo más evidente, dejando al descubierto los dientes.

—Culpable —admití. Durante la cena había rellenado su vaso de vodka en más de una ocasión y ella lo había intercambiado con el de su padre ya vacío. Nadie se dio cuenta, nadie… excepto yo—. Una niña. —Volví a buscar su mano. La mirada de Yelena se suavizó—. Me gustaría una niña. Un niño, tarde o temprano tendría que unirse a nuestras filas —continué—. Si es una niña, será más fácil mantenerla alejada de toda esta mierda.

—Creía que no te gustaría la idea.

—No lo hacía. —La sola idea de imaginarme como padre me aterraba. No quería ser como el mío. No soy una buena persona, torturo, mato, juego con la vida de otros a placer y nunca he sentido el menor remordimiento por ello, pero sobre todo me he visto tantas veces reflejado en el cabrón que me dio la vida que me asustaba convertirme en él. Y tuvo que llegar Yelena para comprender que

jamás sería así—. Una mini tú ayudándote a poner mi mundo patas arriba suena bastante entretenido.

Yelena esbozó una sonrisa amplia negando con la cabeza.

—Siempre me ha gustado el nombre Jane.

—Mi padre se volverá loco cuando vea que mi hija no tiene un nombre italiano. Me gusta.

Soltó una carcajada suave echando la cabeza hacia atrás. Me encantaba escucharla reír, y no solo escucharla, verla de esa manera, tan natural como la primera vez que la vi en la foto del informe que nos mandó su padre.

—Supongo que la próxima vez que vea a mí padre tendré que decirle que va a ser abuelo. Te aconsejo que lleves chaleco antibalas, lleva eso de envejecer muy mal. Cortó el internet en casa porque me puse a mirar residencias de ancianos con Viktor y los demás.

—Descuida, iré preparad…

Un disparo retumbó contra la carrocería del coche, seguido del sonido de un derrape. Solté la mano de Yelena agarrando el volante con fuerza mientras lanzaba una mirada a través del retrovisor.

Uno de los coches que llevábamos de escolta se había salido de la carretera. Un SUV negro frenó en seco junto a él, levantando una nube de polvo que lo envolvió todo. Antes de que la tierra se asentara, las puertas se abrieron de golpe y unas sombras negras salieron del vehículo. El estruendo de los disparos retumbó al instante, sacudiendo los cristales.

—Es Yuri —dijo Yelena abriendo la guantera del coche. Había guardado otra arma ahí y varios cargadores nada más subir, de emergencia, pero esperaba no tener que usarlos.

— ¿Cuántos hay?

Yelena se mantuvo en silencio unos segundos observando por el retrovisor.

—Tres, parecen blindados.

Maldije. Tendría que haber cogido uno de los coches de Bastian, no el maldito Maserati.

Nuestro otro escolta abrió fuego, desviando parte de las balas que venían hacia nosotros. Teníamos que sacarlos de la carretera y perderlos antes de que nos arrinconaran. Pero estábamos en medio de la nada.

— ¡Gira ahí! —Yelena señaló un camino de grava. Nos verían si salíamos.

—Mierda —escupí, girando el volante con brusquedad. El coche saltó al camino y pisé el acelerador a fondo. A lo lejos aparecieron unas estructuras de cemento. Unas malditas fábricas, ideales para perderlos de vista.

Miré por el retrovisor. Uno de los vehículos había adelantado a nuestros hombres y nos seguían a lo lejos rivalizando con nuestra escolta que trataba de alcanzarlos entre disparos. ¡Joder! Sabía que no era buena idea ir a casa de Nikolai.

— ¡Por la izquierda! —gritó Yelena en cuanto entramos a las fábricas.

Giré en esa dirección. El coche patinó al deslizarse por una superficie mojada pero logré enderezarlo antes de chocar contra el hormigón del edificio.

— ¡Sigue conduciendo! ¡Yo nos cubro! —Yelena abrió la ventanilla y antes de que pudiera detenerla, se quitó el cinturón y sacó medio cuerpo fuera con el arma en mano comenzando a disparar a las ruedas.

— ¡Yelena!

— ¡Pide refuerzos!

El sonido de las detonaciones llegaron con más fuerza, impactando contra la parte trasera del coche. Solté una maldición, no tenía sentido discutir con Yelena en esos momentos.

Marqué el número de Bastian desde el panel GPS del coche pero solo comunicaba. Por la hora que era, debía estar asegurándose que el último cargamento saliera del puerto sin incidentes. Tras unos pitidos, colgué la llamada y probé suerte con César.

— ¡Contesta joder!

Miré a Yelena un segundo, su pelo se revolvía por el viento mientras disparaba hacia atrás con una mirada afilada y la mandíbula tensa.

El estallido de un neumático retumbó entre los almacenes, seguido de un chirrido. Mire por el retrovisor para ver el SUV que nos perseguía derrapar y estrellarse contra un muro.

Yelena volvió dentro y abrió la guantera tomando otro cargador.

— ¡Ponte el jodido cinturón, Yelena! —bramé echándole un vistazo rápido para cerciorarme de que no estaba herida.

— ¡Sigue conduciendo! ¡Hay que perderlos! —Cambió el cartucho del arma a la velocidad de la luz y volvió a asomarse por la ventanilla.

— ¡Yelena!

Maldije en voz alta y colgué el puto contestador. Esta vez marqué el número de Salva ¿Dónde coño estaban todos?

— ¡Matteo! —La voz de Salva sonó al otro lado, amortiguador por los disparos de fondo al otro lado de la línea.

Joder los estaban…

Un vehículo embistió por el lateral, arrastrándonos por la calle a nuestra derecha. Todo se volvió ruido, metal crujiendo, vidrio estallando en mil pedazos.

Y entonces todo se volvió negro.

CAPÍTULO 36

MATTEO

—Matteo.

La voz de Yelena llegó lejana, borrosa. Mi cuerpo pesaba, me dolía cada músculo y lugares que ni siquiera sabía que existían dentro de mí.

—Por favor Matteo… abre los ojos.

Era como si tuviera la cabeza llena de cemento. Intenté levantarla pero todo me daba vueltas. Mis ojos estaban pegados y notaba algo resbalar por mi sien, empapándome el cuerpo entero.

—Voy a sacarte de aquí.

Algo cálido me agarró, unas manos. Las de Yelena. Un pinchazo en el abdomen me arrancó un gruñido y luego un roce áspero me arañó las piernas, seguido de una sensación abrasadora. Mi cuerpo chocó contra una superficie fría y dura, y sentí cómo me arrastraban sobre el suelo rugoso.

De repente, el calor desapareció. Traté de mover los labios, de pedirle que volviera.

—Matteo abre los ojos por favor. —La voz de Yelena sonó más cerca, desesperada.

Mis ojos lograron despegarse. Un halo dorado se desdibujaba frente a mí. La sensación cálida volvió en mi rostro esta vez. Algo húmedo golpeó mis mejillas y sentí un temblor contra mi pecho empapándome. El halo dorado reposaba sobre mí y luego volvió a alzarse frente a mi rostro.

—Yelena… —murmuré. Me costó un esfuerzo sobrehumano alzar el brazo.

La mano de Yelena tomó la mía llevándola a su mejilla. Mi palma se empapó. Estaba llorando.

—Estoy aquí… aguanta por favor…

Mis ojos volvieron a cerrarse. Me costaba respirar, cada intento ardía en mi pecho, pesado, asfixiante.

— ¡No! —El grito de Yelena me obligó a abrir los ojos de nuevo. Ya no estaba conmigo.

Unas figuras oscuras la levantaban en el aire. La vi retorcerse, luchar. Las figuras se detuvieron de golpe y vi a Yelena parada frente a ellos.

—Estoy harto de este jueguecito, querida. Vas a venir conmigo, ahora —dijo una voz que no reconocí. Grave, con un acento ruso muy marcado.

—Antes prefiero morir —siseó Yelena.

—Suponía que dirías eso.

Las sombras volvieron a moverse en su dirección. Un disparo retumbó en el aire, seguido de un alarido masculino. Intenté ponerme en pie pero mi cuerpo no respondía. Mis ojos se cerraron de nuevo.

«Mierda, ahora no».

— ¿Os he dicho que la apuntéis? —bramó la voz.

—No pienso ir contigo.

—Lo harás. O ese italiano tuyo se desangrará en el suelo para nada. Tú eliges.

Silencio.

— ¿Si voy contigo, me prometes no matarlo?

«NO».

—Prometo no matarlo ahora.

Escuché un forcejeo. Golpes, gruñidos.

— ¡Espera! —La voz de Yelena salió desgarrada—. ¡Déjame despedirme, por favor!

—Metedla en el coche.

— ¡No! ¡Matteo!

Más golpes, gritos. Otro disparo. Gemidos de dolor.

— ¡Basta! —La voz me sacudió entero, haciendo eco en mi cabeza —. Si te dejo despedirte, ¿me das tu palabra de que dejarás de oponer resistencia?

Silencio de nuevo.

—Sí.

Escuché unos pasos acercarse a mí y luego el cuerpo de Yelena desplomándose a mi lado, envolviéndome en ese maldito y dulce olor a coco que tanto me gustaba. Sus manos me recorrieron el rostro con desesperación.

—Matteo… —Sentí sus labios rozar los míos—. Matteo abre los ojos por favor…

Mis pestañas se agitaron y logré abrir los párpados de nuevo. Su mirada avellana me atravesó tras una capa de lágrimas.

—No vayas, *principessa*… — creo que logré decir. O quizá solo lo pensé.

—Te vas a poner bien —susurró en mis labios. Mis ojos volvieron a cerrarse solos—. No te duermas. Aguanta, por favor. Aguanta y ven a por mí. —Su mano agarró la mía, algo frío tocó mi palma. No era un arma, sino algo más pequeño—. Te quiero…

Una sensación cálida se asentó en mi pecho.

Me quería. Yelena me quería. Quizás era solo un sueño. Debía serlo. Seguro que estaba muerto. Debía ser eso. El coche que nos había embestido había acabado conmigo del golpe y mi cerebro solo estaba jugando mientras se apagaba lentamente, torturándome una última vez antes de volver a caer en la oscuridad.

CAPÍTULO 37

YELENA

Desperté en un lugar que no reconocía, con la cabeza hecha polvo, la boca seca y una presión en el pecho que hacía que cada respiración se sintiera como si hubiera tragado plomo fundido. Intenté juntar los recuerdos de lo sucedido. Los disparos, el accidente, Matteo desplomado sobre el asiento… la sangre.

Me incorporé demasiado rápido y la habitación giró. Una punzada atravesó mis costillas, arrancándome un gemido y haciéndome apretar los dientes.

«Mierda».

Me llevé las manos al vientre. El golpe había sido fuerte, pero por lo poco que recordaba, solo había sido al estrellarme contra la ventanilla cuando caí de golpe en el asiento. Si le hubiera pasado algo a Jane… lo sabría, ¿verdad?

Inspiré hondo, obligándome a bajar la camiseta. No podía dejar que el pánico me dominara ahora. Tenía que mantener la calma… aunque por dentro lo único que quería era gritar.

No recordaba mucho después de subir al vehículo. Lo último que vi fue a Matteo tirado en el asfalto y luego… un pinchazo en el cuello. Me llevé las manos a la cara. Mierda, ni siquiera sabía si Yuri había cumplido su parte del trato. Solo podía rezar para que mi padre hubiera llegado a tiempo.

Respiré hondo y eché un vistazo a mí alrededor. Lo primero era evaluar el terreno en el que me encontraba para poder trazar una estrategia.

El techo era alto, con molduras clásicas que parecían sacadas de una revista. Las paredes estaban pintadas en tonos neutros, sin

cuadros ni adornos que pudiera utilizar como arma, y unas cortinas gruesas cubrían las ventanas impidiendo que la luz natural entrara del todo. El aire olía a madera encerada y a un perfume floral demasiado fuerte. Si no fuera porque cada músculo me dolía, habría jurado que era un sueño por culpa de la droga que me administró Yuri, uno de esos raros y molestos.

Quizá podría utilizar las cortinas para bajar por la ventana, o para estrangular en caso de ser necesario.

Un crujido resonó al otro lado de la puerta, seguido de unos pasos marcados por unos tacones que se acercaban cada vez más. Segundos después, escuché una cerradura y la puerta se abrió. Entró una mujer. Era alta y delgada, con la espalda recta y el mentón en alto. Parecía mayor, aunque no más que Polina o Valentina, y llevaba el pelo perfectamente recogido en un moño canoso impecable. Sus ojos me atravesaron, fríos, con ese brillo familiar que me recordaba a Yuri.

—Ya era hora de que despertaras —dijo tras mirarme de arriba a abajo con superioridad.

—Quizás si no me hubierais drogado habría despertado antes —repliqué.

La mujer no se inmutó. Alzó una ceja con hastío antes de acercarse a la cama y dejar un vestido a los pies.

—Ponte esto. Yuri quiere verte.

—Dile a Yuri de mi parte que le jodan. El trato era venir sin oponer resistencia, no dije nada de verle la cara después. Puede meterse el vestido por el culo si eso le hace más feliz. Quién sabe, quizás le excite tanto como drogar a la gente.

Los labios de la mujer se tensaron en una fina línea. Alzó aún más el mentón, y sin decir una sola palabra, se giró sobre sus talones y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí. Un segundo después, escuché el sonido de la cerradura. Bien. Por lo menos tenía claro que estaba atrapada en esas cuatro paredes.

—Mejor, márchate —suspiré, hundiéndome en la cama.

Me miré las manos. Ya no había sangre, ni rastros de hollín o gasolina. Me habían lavado, curado las heridas y cambiado de ropa. Tal vez ella, o puede que alguien más. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Si Yuri se había atrevido a ponerme una sola mano encima se las cortaría y se las haría tragar sin molestarme en despedazarlas primero.

Pero ese era el menor de mis problemas ahora. Tenía que encontrar la manera de salir de ahí, y no podía hacerlo con las manos vacías. Me obligué a incorporarme de nuevo, con el cuerpo aún entumecido, la cabeza dándome vueltas y el pinchazo insistente en las costillas que apenas me dejaba margen de movimiento.

Me arrastré a la ventana y corrí las cortinas unos centímetros. Mi idea de escapar terminó ahí mismo, con esos barrotes de acero incrustados en el marco y una cerradura con llave. Además, eran demasiado gruesas y largas como para usarlas de soga. Golpee mi lengua contra el paladar y me di la vuelta.

Abrí el armario de la habitación buscando algo con lo que defenderme. Vacío. Ese monstruo de madera que ocupaba más de media pared no contenía más que polvo. Lo cerré de un portazo y crucé hacia la puerta del otro lado de la habitación, solo para comprobar que era un cuarto de baño. Había una bañera con patas y una manguera colgaba de la pared, firmemente encajada en un soporte metálico. Tiré de ella, pero ni siquiera se movió.

Resoplé dirigiendo mi vista al lavabo incrustado sobre un mueble de dos puertas. Al abrirlo solo encontré varias pastillas de jabón dentro de bolsitas de tela. Ni un bote de plástico del cual arrancar un trozo. Yuri me conocía demasiado bien.

Regresé a la cama. Tendría que esperar a que me trajeran la comida para hacerme con un cuchillo o un tenedor, si sabes dónde clavarlo, un tenedor puede ser mortal.

***

No sé cuánto tiempo pasó cuando la puerta se abrió de nuevo. La mujer de antes volvió a entrar, esta vez con una bandeja de comida

que dejó sobre la mesilla junto a la cama y volvió a marcharse sin dirigirme la palabra.

Mis ojos se deslizaron hacia el cuenco de sopa que había dejado junto a una manzana. Genial, tenía que ser una cuchara.

Me quedé observando la comida de reojo. No me fiaba. Me habían drogado antes y podían hacerlo de nuevo. Pero necesitaba comer, no por mí, sino por Jane. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la última vez que probé bocado, y lo cierto es que estaba hambrienta. La luz aún se filtraba a través de las cortinas por lo que debía ser de día y con suerte solo habían pasado unas horas. Alargué la mano a la bandeja tomando el maldito cuenco. No estaba mal, pero la comida de Polina le daba mil vueltas, y al menos no llevaba pollo.

Cuando pensaba que podía ser comestible, una pesadez extraña se instaló en mi cuerpo. Intenté levantar la cabeza, pero mis párpados se volvieron demasiado pesados. No estaba equivocada, la maldita sopa llevaba algo. La dejé a un lado y me terminé la fruta.

Intenté luchar contra el sueño pero fue en vano. Poco a poco el sedante que le habían echado fue haciendo efecto y acabé quedándome dormida de nuevo. Cuando mis ojos volvieron a abrirse, era de noche y la habitación estaba en penumbra.

Sentía el cuerpo más pesado que antes, pero logré ponerme de pie con dificultad, arrastrándome con ayuda de la pared hasta el interruptor junto a la puerta. Justo en ese instante, la puerta se abrió y la mujer entró con la misma frialdad de antes, pero se detuvo en el umbral al verme en pie. Nos quedamos mirándonos. No lo pensé. Mi puño voló directo a su rostro.

La mujer gritó al recibir el impacto y se llevó las manos a la nariz cubriéndose. En cuanto intenté dar un paso hacia la salida, unas manos enormes me atraparon por los brazos, levantándome en el aire. Me revolví con todas mis fuerzas, pero mi cuerpo seguía demasiado débil para ser de utilidad.

Me lanzaron contra la cama. Solté un gemido de dolor al golpearme la espalda con las baldas bajo el colchón. Lo siguiente que sentí fue el frío del metal alrededor de mi tobillo. Quise gritar al

ver que me había esposado, pero me contuve, observando cómo el hombre se llevaba a la mujer con la nariz sangrando.

Ya sabía dos cosas. Que Yuri quería mantenerme sedada para que no diera problemas. Y que un gorila de dos metros y posiblemente armado custodiaba mi puerta. Ahora solo me faltaba encontrar la manera de robarle el arma y salir de allí.

CAPÍTULO 38

YELENA

Volví a tirar la sopa por el retrete. Me moría de hambre, una fruta no era suficiente para saciarme, pero no podía permitir que siguieran drogándome. Necesitaba estar fuerte y en pleno uso de mis facultades si quería escapar de ahí, al menos todo lo fuerte que me permitían un par de manzanas al día.

Suspiré, apoyando las manos sobre el lavabo. Tenía que encontrar la manera de salir de esa habitación y mandar un mensaje para que pudieran localizarme. Para que pudiera localizarme.

Cerré los ojos ahogando el nudo que se formaba en mi pecho. Seguía sin saber nada de Matteo, si había sobrevivido y si estaría buscándonos. Estaba muy malherido cuando tuve que dejarlo allí a su suerte. La sola idea de que hubiera muerto me dio ganas de vomitar lo que acababa de comer, o quizás fueron las náuseas, lo que fuera, no ayudaba.

Me limpié la boca en el lavabo y me observé en el maldito grifo, porque Yuri también había visto arriesgado colocar un espejo. Por lo menos no me había vuelto a molestar en tres días.

Regresé a la cama y esperé a que Irina regresara por la bandeja. El día anterior había descubierto su nombre de casualidad, cuando el gorila le dijo que Yuri la buscaba, y por ese aire de superioridad que se gastaba, o era una familiar, o puede que el ama de llaves. Cuando escuché sus tacones al otro lado, me levanté de un salto y me escondí a un lado, lista para darle otro puñetazo. Necesitaba que el gorila volviera a entrar, y está vez, le robaría el arma.

La puerta se abrió y mi puño voló directo a su cara. Una mano rápida lo frenó.

Mis ojos se abrieron al ver a Yuri. Llevaba un traje oscuro de pies a cabeza y el cabello rubio perfectamente recortado.

Su mirada se clavó en mí, fría, vacía.

—Sigues igual de terca —dijo.

—Y tú sigues igual de imbécil —espeté, con la voz rasposa. Eran las primeras palabras que pronunciaba tras mandarlo al diablo a través de Irina.

No pareció alterarse. Ni una pizca de tensión en su postura, ni un destello de molestia en su expresión. Yuri era frialdad pura.

—Podrías ahorrarte la energía, *querida* —sugirió con su tono pausado. Entró en la habitación sin soltar mi puño. Le dejé creer que estaba tan débil como esperaba, permitiendo que me llevara hasta el centro de la habitación con él—. Vas a necesitarla.

Irina pasó por nuestro lado y recogió la bandeja, luego giró sobre sí misma con la cabeza bien alta y salió de la habitación dejando la puerta abierta. El gorila de dos metros se plantó bajo el marco, alerta a cualquiera de mis movimientos.

—Si crees que me voy a quedar aquí sin dar guerra —dije llevada por la rabia—, es que eres más estúpido de lo que pensaba.

—Claro que pelearás. Es lo que haces, después de todo. —Hizo una pausa. Sus ojos me recorrieron de arriba a abajo con una lentitud que me revolvió el estómago y luego volvió a mi rostro—. No debí ordenar que te soltaran tan pronto, todavía estás alterada.

El gorila entró en la habitación. No aparté los ojos de Yuri cuando se acercó a mí, ni tampoco cuando sentí sus manos arrastrándome de vuelta a la cama. Me empujó para que me sentara. Era ahora o nunca.

Con un movimiento rápido, agarré el arma de su cinturón y disparé a su cabeza.

El hombre me miró impasible.

— ¿Creías que dejaría un arma cargada a tu alcance? —inquirió Yuri.

Giré la cabeza en su dirección, apretando el arma con más fuerza. El cabrón se estaba burlando de mí.

El gorila me arrebató el arma de las manos sin esfuerzo y me dio un empujón para que volviera a sentarme en la cama. Apreté los dientes con fuerza al volver a sentir el frío del metal alrededor de mi tobillo.

—Eres un bastardo —le espeté a Yuri mirándolo con todo el odio que era capaz de reunir.

—Te dejaré un par de días más para que recapacites, *querida*. Hablaremos después. —Se giró hacia la puerta, pero se detuvo antes de cruzar el umbral y me miró—. Te aconsejo que dejes de tirar la comida y empieces a comer, o mandaré a alguien que lo haga por ti. Y te aseguro que no será agradable.

Mis dientes se apretaron hasta doler. Sentí la bilis subir por mi garganta. Me estaba espiando incluso en el maldito cuarto de baño.

Iba a arrancarle la cabeza a ese hijo de puta.

CAPÍTULO 39

MATTEO

Bip.

Bip.

Bip.

Tenía la boca seca y me dolía todo el cuerpo. Un latido sordo y persistente quemaba en mi costado, punzante, como si alguien hubiera decidido reemplazar mis huesos por plomo fundido. La cabeza me pesaba como el infierno, envuelta en una bruma densa que hacía que cada pensamiento se arrastrara, lento y confuso.

Bip. Bip. Bip.

Me concentré en el pitido. Agudo. Constante. Intenté abrir los ojos pero mis párpados seguían pegados. Forcé el movimiento poco a poco hasta que la luz blanca se abrió paso y tuve que entornar los ojos por la molestia en mis retinas. Todo era blanco y aséptico, y olía a desinfectante.

Gruñí al hacer un esfuerzo descomunal para girar la cabeza hacia la figura de mi izquierda. Tardé unos segundos en enfocar a Bastian que ya se había puesto en pie y se acercaba a la cama.

—Dime que no estoy… en un jodido hospital —murmuré con la voz ronca. Joder, me ardía la garganta.

Bastian me miró con una sonrisa torcida, casi imperceptible, y la mirada cansada. Me acercó una botella de agua con una jodida pajita para que bebiera. Lo habría apartado si no hubiera sido por cómo me miraba, con las ojeras marcadas bajo los ojos y un maldito brillo de preocupación reflejado en sus pupilas. No recuerdo haberlo visto así desde que éramos unos niños y mi padre disfrutaba pagando conmigo los platos rotos.

—Te dislocaste la clavícula, sufriste una conmoción y tuvieron que operarte de urgencias por un balazo. Si Nikolai no hubiera llegado a tiempo estarías muerto.

—Yelena…

—La están buscando.

Cerré los ojos. El recuerdo de lo que sucedió me golpeó con fuerza. Los disparos, los coches, las voces. *Cazzo*. Se la habían llevado. Ese hijo de puta se la había llevado y yo no hice nada para impedirlo. Intenté incorporarme pero Bastian me frenó poniendo una mano sobre mi pecho.

—Has estado una semana en coma y estás recién operado, Matteo. Necesitas recuperarte antes.

—Me importa una mierda —le aparté la mano y volví a moverme, presionando los labios con fuerza al notar cómo los puntos tiraban como si me desgarraran por dentro. Un pitido resonó en mi cabeza taladrándome las sienes y mi visión se volvió oscura.

Bastian dio un paso atrás pero se mantuvo lo suficientemente cerca para agarrarme cuando me fui hacia delante de cabeza.

— ¿Ahora vas a hacerme caso? —inquirió sosteniéndome con una mano.

Resoplé volviendo a tumbarme con su ayuda. Odiaba que tuviera razón. Pero no por dársela, sino porque no podía esperar a estar en condiciones para salir en búsqueda de Yelena. Ella… No, ella no. *Ellas*, me estaban esperando.

— ¿Cómo me encontrasteis? —inquirí, joder, necesitaba más agua, pero me negaba a volver a beber de la jodida pajita.

—Nikolai me llamó. Yelena llevaba un reloj con un localizador. Lo activó y te lo dejó antes de que se la llevaran.

— ¿Qué? —parpadeé, tratando de incorporarme un poco más. El tirón en los puntos me arrancó un gruñido.

«Cazzo»

—Uno de sus hombres está intentando rastrearla a través de las cámaras. Yuri nos tendió una emboscada, y…

—Estábamos en medio de la nada, qué cámaras —le corté.

Bastian dejó escapar un suspiro.

—Están en ello. El hombre de Nikolai, Harvey, cree haber dado con uno de los vehículos. Creemos que se separaron para desviar la atención —hizo una pausa—. Es posible que tomaran un avión. La casa de Nikolai está lejos de cualquier aeropuerto, a la fuerza tuvieron que regresar a la ciudad para atravesarla.

Volví a cerrar los ojos. Me sentía impotente ahí tumbado, incapaz de hacer un solo movimiento, de ir a buscarla por mí mismo. Tenía que encontrarla antes de que fuera tarde. No sé qué planes tenía Yuri en mente, pero estaba convencido de que Yelena no se lo pondría fácil, y no podía permitir que le pusiera un jodido dedo encima. Como se atreviera a tocarla le arrancaría la puta cabeza a ese desgraciado con mis propias manos. Dije que la encontraría allá donde fuera, y eso era justo lo que pensaba hacer.

—Yelena está embarazada —dije volviendo a abrir los ojos. La expresión de Bastian no cambió, lo cual solo podía significar que lo sabía.

—Polina —fue lo único que dijo.

Asentí. Tenía sentido. Yelena confiaba plenamente en esa mujer. Puede que se hubiera criado sin una madre presente, pero por lo que me había contado sobre ella y lo que había visto con mis propios ojos en esa cena, Polina era como una abuela para Yelena. Si alguien lo sabía, esa era ella.

Me pasé la mano por el rostro, frotándome los ojos

—Supongo que nuestro *querido padre* no habrá mandado ningún refuerzo —dije con un tono de desprecio que no me molesté en ocultar.

Negó con la cabeza.

—Nosotros somos el único refuerzo. Los demás están fuera esperando mis órdenes.

— ¿Ha venido siquiera?

La expresión de Bastian se endureció. Claro que no vendría. No sé ni por qué preguntaba. Quizás pensé que al menos se interesaría por el estado del hijo al que había estado a punto de perder. Iluso de mí.

—Qué ha dicho —quise saber, por si el dedo en la herida no era ya suficiente.

Mi hermano me sostuvo la mirada en silencio. No quería decírmelo, sin embargo, sabía que no iba a dejarlo pasar.

—Que eres mi problema —contestó al final.

El músculo de mi mandíbula se tensó.

Asentí. Algún día se lo haría pagar. Ahora debía centrarme en dar con Yelena. Tenía que encontrarla fuera como fuera, antes de que fuera tarde. Puede que nosotros seis no fuéramos suficiente, pero sabía que Nikolai movilizaría a toda la jodida Bratva con tal de encontrar a su hija. Joder, movilizaría un puto ejército si fuera necesario.

Cerré los ojos.

«Eso es».

—Creo que ya sé cómo dar con ella.

CAPÍTULO 40

MATTEO

Ahí estaba el hijo de puta plantado frente a mí. Me daban ganas de arrancarle la jodida lengua y metérsela a la fuerza por el culo antes de dársela de comer por lo que había dicho sobre Yelena en el parque.

—Entonces —Viktor puso una mano sobre su hombro. Sus nudillos se volvieron blancos, pero el cabronazo del sargento, o lo que fuera, no mostró un solo signo de dolor. Estaría sorprendido si no fuera porque estaba demasiado ocupado imaginando mil maneras de destrozarlo sin llegar a matarlo, solo para oírle pedir perdón durante días a Yelena hasta que por fin me sintiera satisfecho y accediera a poner fin a su sufrimiento—. Dijiste que siempre sabes dónde está mi hermana.

El idiota lo miró de reojo con la mirada entornada. No había sido difícil traerlo hasta aquí. Lo único que tuvo que hacer Viktor fue decirle que Yelena estaba ingresada y que había preguntado por él. El cabrón llegó en cuestión de horas, arrastrándose como el patético perro que era. Tenía suerte de que aún estuviera en cama, no por gusto, Bastian y César se turnaban para que no moviera el jodido culo de ahí, pero mis fuerzas comenzaban a volver. Era cuestión de tiempo que las recobrara y entonces le arrancaría las jodidas pelotas por haberse follado alguna vez a Yelena.

—Matteo —susurró Bastian a mi lado. Debía notarse demasiado lo que pasaba por mi cabeza.

— ¿Cómo encontraste a Yelena? —inquirí con frialdad.

—Vamos Graves, si nos lo dices, te podrás ir, solo queremos encontrarla —dijo Viktor en un tono conciliador.

Le lancé una mirada. Y una mierda se iba a ir como si nada. Viktor alzó las cejas cuando nuestros ojos se cruzaron e hizo un gesto con la cabeza hacia el cabrón. Vale, solo intentaba engatusarlo, era consciente, pero aun así me revolvía la sangre.

— ¿Y debo fingir que esto no ha sido una encerrona? Te recuerdo con quién estás hablando, Viktor. He hecho la vista gorda durante mucho tiempo, pero eso se ha acabado.

«Stronzo di merda. Te estás cavando tu propia tumba».

—Tú mismo. —Viktor se encogió de hombros y le metió un puñetazo en las costillas que lo hizo doblarse y luego lo agarró del pelo obligándolo a enderezarse—. ¿Algún problema, Graves? He hecho la vista gorda durante mucho tiempo —lo copió—, por Yelena. Pero eso se ha acabado. Siempre me has caído mal.

—Que te den, Viktor. —Se soltó de él con una llave, empujándolo a un lado para alejarlo. En cuanto se giró para salir por la puerta, Salva y Bruno ya estaban ahí plantados, con los brazos cruzados mientras César bajaba la persiana metálica de la habitación. Enzo seguía con Harvey, tratando de dar con alguna otra pista que nos llevara hasta ella.

—Será mejor que hables —intervine—. Este hospital, es nuestro. Nadie va a venir a ayudarte si decidimos despellejarte vivo aquí mismo.

Desde la cama, vi como el cuerpo de Graves se tensaba y como sus puños se cerraban con fuerza por la rabia.

—Si lo prefieres, llamamos a Boris —lo amenazó Viktor, esbozando una sonrisa peligrosa.

Graves ladeó la cabeza mirando a Viktor por encima del hombro.

—Puse un localizador en uno de sus anillos —dijo tras un largo silencio—. Lleva un chip pasivo que se activa al recibir la señal. Son experimentales, pero ha funcionado.

Y luego los sociópatas somos nosotros. El hijo de puta le había puesto un jodido rastreador a mi mujer sin que ella tuviera ni puta idea, y no parecía tener el más mínimo remordimiento.

Me rechinaron los dientes.

Ese cabrón no la había querido proteger. Solo quería seguir teniéndola bajo control, incluso después de que ella lo mandara a la mierda.

—Bien, me alegra que hayas decidido colaborar. —Viktor se acercó de nuevo a él con cara de pocos amigos. Juraría que casi estaba tan cabreado como lo estaba yo en ese momento—. Ahora dinos, ¿cómo la encontramos?

Graves lo miró de reojo con una media sonrisa de suficiencia.

—Tendré que volver a la base para activarlo. Una lástima. Si la queréis a ella entonces tendrás que dejar que me marche.

«Hijo de…».

Me levanté de la cama de un salto con la energía recobrada. Un fogonazo me atravesó la sien y el tirón en el abdomen casi me hizo caer de nuevo, pero no me detuvo. Bastian y César saltaron contra mí, agarrándome cada uno de un brazo para frenarme antes de que lo alcanzara y le estrellara su patética cabeza contra el suelo hasta abrírsela en dos.

—No es un problema —Viktor me echó una mirada de reojo asintiendo para que me tranquilizara—. Maxim estará encantado de acompañarte. ¿Sabías que antes de unirse a la Bratva era general de brigada? Un par de puestos por encima del tuyo si no me equivoco. Le encantará hacer una visita y recordar los viejos tiempos.

La cara de Graves palideció un instante. Estaba jodido. No tendría forma de librarse de nosotros. Porque después de admitir que había estado espiando a Yelena, vete a saber desde cuánto, ni ellos ni yo íbamos a dejarlo pasar.

CAPÍTULO 41

YELENA

Seguía sin tener noticias de Matteo y eso me estaba matando. Tampoco tenía forma de averiguar nada sobre su estado. Yuri se negaba a darme cualquier tipo de información, y conseguir que Irina soltara algo era más difícil que hacer que Yuri desarrollara una conciencia.

Llevaba más de una semana encerrada ahí, unos once o doce días si no había contado mal. Dirigí la mirada hacia la cámara en la esquina superior del cuarto. No pensé que Yuri se atreviera a vigilarme incluso cuando iba al baño, pero después de que ese día me confirmara que lo hacía, lo comprobé en cuanto tuve la oportunidad. Era un maldito gusano rastrero.

Hundí la cabeza en el agua y aguanté la respiración.

Después de unos días, volví a comer la maldita sopa que me dejaba drogada y sin energía. Yuri no era tonto, sabía que si recuperaba todas mis fuerzas se lo pondría más difícil y, con un poco de suerte, lograría hacerme con un arma y largarme de ahí. Pero tras un par de días encadenada a la cama comprendí que no me soltaría hasta que siguiera sus reglas. Odiaba tener que esperar a que apareciera Irina para pedirle ir al baño, la cabrona no tenía suficiente con vigilarme a través de una cámara, también me obligaba a mantener la puerta abierta.

No me quedó otra, tampoco podía matarme de hambre si el resultado era el mismo, y no quería poner más en peligro a Jane de lo que ya estaba. Me preocupaba que la falta de alimento le afectara de alguna forma. Tampoco podía decir nada porque me aterraba lo que Yuri pudiera hacer si se enteraba.

Salí del agua tomando una bocanada de aire. Al abrir los ojos, di un respingo al ver a Irina ahí parada, con esa cara de perro viejo y la barbilla bien alta.

— ¿Tienes algún fetiche con espiarme en el baño? No te pega —le espeté, apartándome el pelo mojado de la cara.

—Yuri quiere que cenes con él.

Alcé una ceja.

— ¿Va a venir a hacerme compañía a esta pocilga de habitación? Que considerado.

Los ojos de Irina se estrecharon. Resoplé. Bien, se haría como él mandaba. Quité el tapón de la bañera para que fuera vaciándose, luego agarré el champú sólido que tenía sobre una de las esquinas de la bañera y terminé de lavarme el pelo. Cuando acabé, me puse en pie tomando la toalla del perchero que tenía atrás. No me importaba que me viera desnuda, ya lo había hecho cada vez que se plantaba en la puerta del baño para vigilarme.

Me envolví en la toalla sin apartarle la mirada ni un segundo, demostrándole que no me intimidaba en absoluto mientras ella seguía ahí de pie, pegada a la bañera.

— ¿Me vas a dejar salir o has echado raíces? —le espeté. Irina se hizo a un lado alzando más el mentón. Cómo me irritaba.

Nada más poner un pie fuera de la bañera, dio media vuelta y desapareció por la puerta. Alcé una ceja, girándome ligeramente en su dirección. ¿Por fin se largaba? Qué milagro.

Chasqueé la lengua al verla volver segundos después, esta vez con un secador de pelo y un par de cepillos en las manos. Estiré la mano para agarrarlo, pero lo alejó de mí, impidiéndolo. No sé qué se pensaba que iba a hacer con eso, como mucho atizarle a la cabeza.

—Siéntate ahí, tengo que prepararte —Señaló la tapa del váter con un gesto leve de la barbilla. Me ahorré los comentarios y la obedecí sin rechistar. Mejor que pensaran que habían logrado doblegarme, eso me daría algo de ventaja.

Juraría que Irina disfrutó de lo lindo cada vez que el cepillo se atascaba en mi pelo. Si no me arrancó el cuero cabelludo, fue

porque el universo decidió darme un respiro. Además, llegó a quemarme un par de veces con el maldito secador y el recogido que no había pedido me estiró tanto la piel que por un momento pensé que me estaba practicando una lobotomía estética. Por no hablar de que parecía querer sacarme un ojo con la máscara de pestañas al maquillarme.

Cuando salí del cuarto de baño, el vestido plateado de la primera vez estaba sobre la cama.

Tomé una bocanada de aire preparándome mentalmente para enfrentarme a la compañía no deseada de Yuri. Me deshice de la toalla tirándola sobre la cama y me incliné para recogerlo.

El vestido era largo, tipo cóctel, con un cuello halter que se ceñía a mi garganta y dejaba los hombros al descubierto. La tela era suave y ligera, con un brillo sutil que atrapaba la luz al moverse. Pero lo que realmente captó mi atención era la maldita raja en el lateral, dejando ver el muslo con cada paso que daba. Siempre me han gustado este tipo de vestidos, pero no para llevarlos en presencia de Yuri.

Empujé la lengua contra la cara interna de mi mejilla. No sé qué pretendía vistiéndome de esa forma y obligándome a cenar con él. ¿Creía que iba a doblegarme por ponerme uno de esos vestidos con los que disfrazaba a las mujeres que tenía bajo su control? Chasqueé la lengua. La llevaba clara. Quizás no podía salir de ahí por mi propia cuenta, pero pensaba aguantar lo que hiciera falta hasta que Matteo llegara.

El pecho se me encogió al pensar en él.

Necesitaba saber que seguía con vida. No sé cómo, pero necesitaba saberlo. Me llevé la mano al vientre. Si hubiera sabido que esto pasaría, le habría contado mucho antes a Matteo que estaba embarazada. Suspiré, bajando la mirada. Era capaz de suplicarle a Yuri si hacía falta con tal de saber si había sobrevivido.

Un ruido detrás de mí llamó mi atención. Bajé la mano y giré la cabeza encontrándome con Irina.

—Estoy lista —dije, alzando la barbilla.

Salí de la habitación acompañada por Irina. En seguida reconocí la mansión en la que me encontraba. Había estado aquí antes, cuando

mi padre aún hacía negocios con los Vasilyev antes de que Yuri comenzara a interesarse por nuestro territorio en Nueva York para extender su asquerosa red de tráfico sexual. Aquí fue donde conocí a Yuri cuando tenía trece años. La primera vez que lo vi ya me dio mala espina, sus ojos no dejaban de atravesarme, como si por ser una mujer fuera indigna de sentarme a la mesa junto a ellos, y como mi padre nos había criado para no retroceder ante el enemigo y mirarlo a los ojos de frente, eso fue lo que hice. Nunca pensé que plantarle cara ese día haría que se obsesionara conmigo.

Entré al salón principal, guiada por Irina y escoltada de cerca por el gorila de dos metros. Yuri estaba sentado al frente de la larga mesa del comedor. Sus ojos se cruzaron con los míos, fríos e impasibles.

Irina se hizo a un lado y me acerqué a la mesa hasta detenerme en el asiento que había preparado junto a Yuri. Un movimiento en mi periferia me indicó que alguien se había adelantado a retirarme la silla, uno de sus guardias.

Ladee la cabeza fingiendo que miraba a su hombre por encima del hombro. Había una puerta lateral y el brazo de otro hombre asomaba al otro lado. Volví mí vista al frente, pero antes me detuve en el hombre que aún sostenía la silla esperando a que tomara asiento. Era enorme, llevaba un arma en la cadera y otra bajo la chaqueta. La del pantalón era la más accesible, podía alcanzarla.

Me senté mirando de reojo la puerta que había detrás de Yuri como si en realidad lo mirase a él. También estaba custodiada por otro de sus hombres. Quizás podía fingir un mareo por culpa de las drogas y aprovechar que vinieran a socorrerme para robar una de las armas, porque estaba segura de que esas sí iban cargadas.

—Ni lo pienses —dijo Yuri.

Me mordí la lengua y esta vez giré la cabeza en su dirección.

—Solo me preguntaba para qué quieres tanta vigilancia si lo que querías era cenar conmigo.

—Irina me ha comentado que no te encuentras bien últimamente —respondió ignorando mi comentario. Bien, al menos eso me confirmaba que la persona detrás de las cámaras en el cuarto de

baño no era Yuri sino su ama de llaves, lo que no quitaba que me siguiera pareciendo un psicópata pervertido.

—No sé cómo esperas que me encuentre si me drogas en cada comida. —Había intentado contener las náuseas, pero no pude evitar vomitar en alguna ocasión. Que Yuri siguiera utilizando drogas para reducirme, me venía perfecto como excusa—. Tengo el estómago revuelto cada vez que me despierto.

La mirada de Yuri se ensombreció, pero me mantuve firme en mi sitio. Hizo un gesto con la mano y dos mujeres aparecieron por la puerta del lateral con un uniforme ridículamente corto y una bandeja cada una. Las manos de la que se acercó a dejarle el plato a Yuri temblaron. Alrededor de sus muñecas se distinguían las huellas amarillentas de unas ataduras recientes. Aparté la mirada, concentrándome en el plato que la otra mujer había dejado para mí. Un corte de carne roja, servido ya en trozos como si fuera una niña pequeña.

Deslicé mis ojos por la mesa, lo único que tenía a mi alcance era un tenedor. Ningún cuchillo a la vista más que el que Yuri ya tenía en su mano.

—No lleva nada. Espero que no me decepciones, *querida*.

La bilis subió por mi garganta como cada vez que usaba esa palabra para referirse a mí. No era su *querida*, ni ahora ni nunca.

—Confío en ti, Yuri. —Pinché un trozo de carne tragándome lo que realmente quería soltarle y me lo llevé a la boca. Tuve que contener el gemido del placer al notar la explosión de sabor. Después de sobrevivir los últimos días a base de esa sopa que se volvió insípida y la fruta, esto me parecía de otro mundo, y lo cierto es que me moría de hambre, más de lo normal.

Comimos en silencio hasta que llegó el segundo plato. No quería darle motivos para desconfiar de mí, al menos no más de lo que ya lo hacía. Al ver el plato de sopa frente a mí, mi nariz se arrugó con asco. Tenía que ser una maldita broma. Yuri comenzó a comer, pero yo no.

—Come —dijo sin dirigirme siquiera una mirada.

—No tengo más hambre.

Alzó la vista del plato clavándome esos ojos fríos capaces de helar el alma a cualquiera.

—He dicho que comas.

Mis puños se cerraron con fuerza sobre mi regazo.

— ¿Y si no lo hago? ¿Me meterás en el sótano con todas esas mujeres con las que traficas?

—No tientes a tu suerte, *querida*. Empiezas a agotar mi paciencia.

Apreté los labios y agarré la maldita cuchara llevándomela a la boca. El mismo sabor insípido de siempre, y posiblemente la misma droga.

— ¿Qué va a ocurrir ahora? —inquirí tras tragarme otra cucharada —. Creo que al menos me debes una explicación. No sé lo que pretendes hacer conmigo ahora que me tienes aquí encerrada, y tanto tú como yo sabemos que mi padre debe estar moviendo cielo y tierra para encontrarme. Es cuestión de tiempo que dé con este lugar.

—Y lo estaré esperando —Yuri agarró la servilleta de tela y se limpió los labios con toda la parsimonia del mundo.

— ¿Por eso me has traído aquí?

—Veo que has reconocido la casa de invierno de mi familia.

—Cómo olvidarla, fue donde te conocí.

Un brillo oscuro atravesó su mirada, como si mis palabras fueran justo lo que esperaba oír. Sentí la garganta seca y me humedecí los labios, incómoda por haberle dado lo que quería sin proponérmelo.

Tragué saliva y me forcé a mantenerle la mirada.

— ¿Y qué hay de…? —mi voz se quebró antes de terminar la pregunta, temía que si la formulaba en voz alta mi mayor temor se volviera real.

—El italiano ha muerto, si es lo que quieres saber —soltó, sin un ápice de emoción—. Ahora podemos casarnos.

Mi corazón se saltó un latido. El aire se atascó en mis pulmones como si me hubieran golpeado en el pecho. No podía ser verdad. No. Solo quería quebrarme, como llevaba intentando hacer desde que me arrastró aquí. Intentar romperme para poder controlarme.

—Mientes.

— ¿Creías que lo dejaría vivir? —Sus ojos se estrecharon, estudiándome como si fuera una rata enjaulada—. Le disparé en cuanto te quedaste inconsciente.

Un zumbido ensordecedor perforó mis oídos. Un disparo… Le había disparado. La mesa, las paredes, el techo… todo empezó a cerrarse sobre mí, encogiendo la habitación hasta dejarme sin espacio.

—Dijiste que no lo harías —murmuré, incapaz de creer sus palabras.

—Pensé que me agradecerías que acabara con su sufrimiento. Fue un gesto de misericordia, si lo piensas. El dolor por el accidente lo estaba matando, yo solo lo ayudé.

«¿Misericordia?».

La palabra se clavó en mi cráneo como un clavo ardiendo.

El suelo comenzó a desaparecer bajo mis pies. Yuri tenía que estar de broma, una broma ruin y retorcida. Intenté tomar aire pero el nudo en mi garganta me lo impidió.

«*El italiano ha muerto».*

La frase rebotó una y otra vez en mi cabeza. No podía ser cierto. Matteo… tenía que estar vivo. Seguro que me estaba buscando… debía estar buscándome. Él estaba bien. Mi padre llegaría a tiempo. Tuvo que hacerlo.

— ¿Va todo bien, *querida*? Pensé que estarías agradecida de librarte de ese italiano. Por lo que tengo entendido, no estabas muy feliz con ese matrimonio concertado.

Lo miré de reojo sin llegar a escucharlo del todo.

Mis manos se cerraron en torno al borde de la mesa. La imagen de Matteo tirado en el asfalto apareció en mi cabeza. Desangrándose. Solo. El zumbido se intensificó, la habitación se encogió aún más, aplastándome. Matteo había muerto. Allí. En medio de los almacenes. Esperando a que alguien llegara.

«Matteo…»

El ardor subió desde el pecho hasta los ojos y una opresión cruel me cerró la garganta. Me estaba ahogando.

— ¡Prometiste que no lo harías! —grité poniéndome en pie de golpe. Un dolor lacerante me atravesó el vientre. Me doblé sobre la mesa con un gemido ahogado y una mano en la barriga, sintiendo el impacto profundo de la punzada.

Algo cálido y húmedo se escurrió entre mis piernas. Mis ojos se deslizaron lentamente hacia abajo, deteniéndose en la sangre que comenzaba a extenderse por la tela del vestido.

«No…».

—Yuri… —Mi voz apenas fue un susurro que no reconocí como mío —. Yuri, por favor… llama a un médico.

Se limitó a arquear una ceja, observándome con la misma indiferencia de siempre.

— ¿Qué clase de truco es este, *querida*?

Negué con la cabeza, pero el suelo ya no estaba donde lo recordaba. Todo se tambaleaba, como si el aire mismo se hubiera vuelto demasiado pesado para sostenerme.

—No es un truco… —gemí, con la vista cada vez más borrosa—. Estoy embarazada.

Esa palabra pareció tocar algo en él. Sus ojos se entrecerraron apenas y el músculo de su mandíbula se tensó. Luego, con un gesto perezoso de la mano, llamó a uno de sus hombres y le susurró algo al oído que no alcancé a escuchar.

CAPÍTULO 42

YELENA

—Ha estado a punto de sufrir un aborto.

La palabra *«aborto»* sacudió mi mente, obligándome a abrir los ojos. La luz me cegó al instante y tuve que entrecerrarlos hasta acostumbrarme. Sentía la cabeza latirme con fuerza y cada músculo de mi cuerpo me dolía de una forma extraña. Moví los ojos con lentitud. No recordaba nada después de perder la consciencia, pero ya no estaba en el comedor, sino en una habitación amplia, tendida en una cama que no reconocía.

—Posiblemente por estrés.

Alcé la cabeza, notando mi propio pulso retumbar contra mis oídos. Había un médico a los pies de la cama, con una bata blanca impoluta y el pelo gris peinado hacia atrás.

—Tanto ella como el bebé están bien, solo necesita reposo absoluto. Al menos unos días hasta recuperarse —añadió el médico.

Dejé caer la cabeza de nuevo, soltando un suspiro de alivio. Estaba bien. Jane aún estaba bien.

—Quíteselo.

Mi mirada voló hacia Yuri, de pie a un lado de la cama. No podía estar hablando en serio. Tenía que ser una broma. Quizás hablaba de algo que no era capaz de ver desde mi posición.

— ¿Cómo dice? —el médico parpadeó, desconcertado.

— ¿No me ha oído? —La voz de Yuri se deslizó con una frialdad que me heló el pecho—. Creo haber sido muy claro.

— ¡No! —Me incorporé de golpe. Dos manos ásperas me empujaron de vuelta antes de que pudiera moverme un centímetro más.

—Atadla. No lo pondrá fácil.

— ¡Quitadme las manos de encima! —chillé, forcejeando por soltarme.

Una mano voló en mi dirección y me giró la cara de un golpe seco. El ardor me recorrió la mejilla y la visión se me nubló un instante mientras un regusto metálico inundaba mi boca.

La cama crujió bajo el peso de sus hombres. Pateé y me revolví con la poca fuerza que me quedaba, pero no sirvió de nada. Uno me hundió con la rodilla en el estómago, inmovilizándome y haciendo que el aire saliera disparado de mis pulmones, mientras el otro me atrapaba los brazos por encima de la cabeza y me sujetaba hasta que las correas frías se cerraron en mis muñecas, y después en los tobillos.

Apreté los dientes con fuerza, notando como me temblaba la mandíbula, y le eché una mirada cargada de odio a Yuri.

—Voy a matarte por esto —sisee con la voz temblorosa.

Él ni siquiera me miró. Sacó su arma de debajo de la americana y apuntó al médico.

—Hágalo. Ahora.

Los ojos del médico se desorbitaron del pánico, fijos en el cañón que lo apuntaba directo a su frente. No se movió. Se quedó ahí, completamente congelado por la amenaza de Yuri.

Sacudí la cabeza, dirigiéndole una mirada suplicante al doctor

—No lo haga. No lo haga, por favor.

—Hágalo, o me buscaré a otro —lo amenazó con esa calma escalofriante, quitando el seguro del arma.

La nuez del médico subió y bajó con un trago seco. El sudor resbalaba por sus sienes y sus manos temblaban sobre la bandeja, haciendo que los instrumentos tintinearan con un eco metálico que me atravesaba entera.

—Podría ser peligroso —balbuceó—. No tengo acceso a los medios adecuados… podría causarle…

—No estoy pidiendo su opinión —le cortó Yuri, presionando el cañón de la pistola en su sien.

El médico apretó los labios y asintió temblando, con el rostro pálido y los dedos rígidos sobre el instrumental. Bajó la mirada a la bandeja, despacio. El sonido metálico del bisturí al ser tomado hizo que cada músculo de mi cuerpo se tensara.

—No por favor… —mi voz apenas salió.

El filo brilló un instante bajo la luz blanca de la habitación y noté que mi garganta se cerraba.

— ¡No puedes hacerme esto Yuri!

Yuri me dirigió una mirada. Nunca antes había visto algo tan sombrío en sus ojos. Algo que me dejó los pelos de punta.

—Puedo, y lo estoy haciendo, *querida.* — Aumentó la presión de su arma contra la sien del médico, haciéndole inclinar la cabeza aterrado.

—Lo siento —murmuró el hombre, con la voz quebrada. Yuri apartó su arma sin dejar de apuntarlo. La cabeza del hombre bajó pero aún podía ver el cabello grisáceo asomar entra mis piernas.

— ¡No lo haga!

Tiré de las correas como una loca. Sentí cómo la piel de mis muñecas se desgarraba bajo la presión, pero ni siquiera eso me detuvo. Me arqueé, me sacudí como un animal salvaje atrapado en una trampa, con el corazón golpeándome tan fuerte que pensé que iba a romperme el pecho.

—No puedo hacerlo si se mueve. Podría desangrarse —balbuceó el médico, sin levantar la vista.

El peso de uno de los hombres me aplastó contra el colchón.

—Sedadla —ordenó Yuri, sin siquiera tomarse la molestia de mirarme.

— ¡No! —grité con tanta fuerza que noté cómo la voz se me desgarraba desde lo más profundo de la garganta.

Sentí una punzada en el brazo, seguido de una sensación helada que se deslizó por mi brazo, serpenteando bajo la piel, y después llegó la pesadez. No lo suficiente como para desvanecerme, pero sí para robarme el control. Mi vista se volvió borrosa y los

pensamientos se enredaron unos con otros en mi cabeza. Intenté mover la mano, los dedos, cualquier cosa… nada.

Una línea ardiente se abrió paso bajo mi piel, propagándose como fuego líquido mientras que todas las terminaciones nerviosas parecían estallar simultáneamente. Mis labios se abrieron pero no salió ningún grito de mi garganta. Estaba despierta, lúcida… pero atrapada en una prisión de carne que ya no obedecía.

«Jane»

Las lágrimas rodaron por mis mejillas en silencio, mientras el mundo a mí alrededor se diluía, cubierto por una capa espesa y distante. Las voces, los pasos, el roce del látex... todo parecía venir de muy lejos, como si ya no ocurriera en mi cuerpo, sino en una realidad a la que no pertenecía.

El tintineo del metal sobre la bandeja me devolvió a la superficie. Abrí los ojos. El techo ya no parecía techo, sino una masa de sombras líquidas que se doblaban sobre mí.

—Ya he terminado… —dijo el médico, con una voz apenas audible, arrastrada por un arrepentimiento que no me servía de nada.

Dejé caer la cabeza a un lado, observando la figura borrosa e inconfundible de Yuri. Parpadeé varias veces hasta que conseguí fijar su rostro. Sus ojos estaban clavados en el médico, en silencio. Lo más seguro es que estuviera sopesando si merecía la pena dejarlo con vida o no. No sabría decir si me alegraría de que lo matase por haberme hecho aquello o prefería que lo dejase con vida. Después de todo, él solo era una víctima más del jodido psicópata de Yuri.

—Márchese.

Dejé salir el aire aliviada. Definitivamente, esperaba que el hombre se salvara a pesar de lo que había hecho. Por lo menos, su acto le habría valido de algo.

El médico asintió de inmediato. Intentó quitarse los guantes de látex, temblando y errando cada movimiento. Al cruzar su mirada con Yuri decidió dar media vuelta con ellos puestos. Por desgracia para él, no llegó lejos. Yuri solo necesitó una mirada hacia uno de sus hombres y un segundo después, el disparo retumbó fuera de la

habitación seguido del sonido de su cuerpo al desplomarse sobre el suelo.

Cerré los ojos, notando como otra lágrima se deslizaba por mi mejilla. El silencio que le siguió fue absoluto, como si el mundo contuviera la respiración. Cuando volví a abrir los ojos, Yuri me estaba mirando con la misma expresión impasible y fría de siempre.

—Ahora eres completamente *mía*.

Mis dientes rechinaron al oírlo. ¿De verdad creía que lo que había hecho me volvía suya?

Lo miré con un odio que me caló los huesos. Me dolía el cuerpo entero, pero aún me quedaban fuerzas para eso. Para odiarlo. Para prometerme que no iba a olvidarlo jamás y que le haría pagar por cada segundo de este infierno.

Le escupí sin dudarlo, y su bofetada llegó con tanta violencia que me giró el rostro. El sabor metálico de la sangre inundó mi paladar de nuevo, mezclándose con las lágrimas que no habían dejado de fluir. Me forcé a respirar, a mantenerme firme dentro del temblor que me recorría.

—Nunca seré tuya —siseé—. Si crees que alguna vez te perdonaré lo que has hecho es que eres un puto psicópata. Me das asco.

Yuri ni parpadeó.

—Dejaré que reflexiones un rato. Te vendrá bien.

Se giró hacia la puerta, pero antes de marcharse, echó un vistazo a la bandeja de metal. Sabía lo que hacía. Quería que dirigiera mi mirada hacia la bandeja, que me quedara con esa imagen de lo que era capaz de hacer si no lo obedecía.

No le di el gusto de bajar la mirada. Lo observé sin pestañear hasta que la puerta se cerró detrás de él y me dejó a solas en esa habitación.

CAPÍTULO 43

YELENA

La luz se coló por las cortinas y volvió a desaparecer una vez más. No sé cuánto tiempo llevaba encerrada en aquella habitación. El cuerpo me dolía de estar en la misma posición demasiado tiempo. Las muñecas y los tobillos aún me ardían por el forcejeo, pero no había vuelto a intentar soltarme desde que Yuri se marchó de la habitación. Tenía las malditas articulaciones entumecidas y la espalda rígida.

La puerta se abrió con un chirrido bajo, pero no me molesté en girar la cabeza para comprobar quién era. Escuché los tacones de Irina acercarse a la cama. Era la segunda vez que entraba desde que Yuri me dejó atada a esta maldita cama. La escuché dejar algo sobre la silla que había a mi lado.

—Abre la boca —ordenó.

La miré de reojo. La poca luz que quedaba se había desvanecido hacía horas.

—O abres la boca o te meteré la comida a la fuerza. Tú eliges.

—Que te den, zorra —musité, con la voz rasposa de haber estado callada tanto tiempo.

Hubo un momento de silencio.

Sus dedos se cerraron como un cepo sobre mi mandíbula. Me giró el rostro con brusquedad. Sostenía un *pirozhki* en la otra mano. Forzó mi boca con una presión dolorosa hasta que se abrió sola, y me lo empujó de golpe, haciendo que casi me atragantara con el maldito panecillo caliente.

Cerré los dientes con fuerza y se lo arranqué de un mordisco, escupiéndolo lejos. Luego me volví hacia ella, y sin pensar, le hundí

los dientes en la mano.

El chillido de Irina fue tan agudo que rebotó en las paredes. Retrocedió trastabillando, derribando la silla sobre la que había dejado la bandeja con el resto de los platos. Los cubiertos y la comida cayeron al suelo con un golpeteo metálico.

El gorila de la puerta asomó la cabeza.

— ¡Yo lo he intentado! —espetó Irina, con la cara roja de furia y el dorso de la mano apretado contra el pecho. Me aseguré de clavarle bien los dientes. Que se llevara algo de mí, aunque fuera una marca. Dio media vuelta y salió de ahí haciendo resonar sus tacones con furia.

El gorila me lanzó una mirada fugaz. Alcé el mentón, sosteniéndosela sin parpadear. Luego, cerró la puerta.

El aire escapó de mis pulmones de golpe, dejando caer todo mi peso sobre el colchón. Estaba agotada.

Cerré los ojos intentando rendirme al cansancio, esperando que al volver a abrirlos todo hubiera acabado, pero el sueño no llegaba. Si movía la pierna un centímetro podía tocar la bandeja metálica que Yuri había ordenado dejar ahí, al alcance de mi vista. No tuve fuerzas de mirarla. Temía que si lo hacía, si me permitía procesarlo, cualquier esperanza de salir de aquel infierno se haría añicos. Tampoco me permití pensar en Matteo, en cómo reaccionaría cuando se enterase, o tan siquiera si seguía vivo y Yuri solo me mintió.

Una explosión sacudió la casa. El estruendo vibró en mis huesos y me hizo alzar la cabeza de golpe en dirección a la puerta.

Durante un segundo, todo quedó en pausa hasta que el sonido de la conmoción se filtró a través de las paredes. Se escucharon las voces apresuradas de los hombres de Yuri lanzando órdenes en ruso, sus pasos corriendo, el chirrido de una puerta golpeando contra el marco al cerrarse de golpe.

«Es ahora o nunca».

Tiré de las correas con toda la fuerza que no tenía, ahogando un gemido al sentir ardor lacerante que se clavaba en mi piel. Me detuve un instante, jadeando, respiré hondo y forcé el movimiento

de nuevo, conteniendo un grito cuando la fricción quemó mis muñecas.

Mi mano se escurrió lentamente hasta quedar libre con un tirón desesperado y el brazo golpeó el colchón. La piel estaba en carne viva, manchada de sangre y comenzando a inflamarse, pero no era el momento para preocuparse por ello.

Fruncí los labios permitiéndome un segundo para recuperar algo de fuerzas y dejar que la sangre volviera a circular con normalidad por mi brazo. Con un esfuerzo que me pareció sobrehumano, alcé la mano libre para desatar la otra correa. Abrí el cierre con movimientos lentos, sintiendo el hormigueo que me recorría el brazo. Cuando logré liberarlo, tuve que darme un par de segundos para que la sangre bajara de nuevo. Me incorporé con dificultad sobre mis antebrazos y me hice hacia delante para alcanzar mis tobillos. Mis ojos se detuvieron.

La sangre seguía ahí, húmeda, seca, manchándome la cara interna de los muslos.

Tuve el impulso de tocarme el vientre, pero me obligué a detenerme. No podía. No si quería seguir adelante.

Evité mirar la bandeja a mi lado y bajé los pies de la cama, soltando un suspiro al notar la alfombra bajo mis plantas. Yuri debía estar muy seguro de sí mismo para no haber mandado a nadie entrar a vigilarme después de esa explosión. Eso, o lo que estaba pasando al otro lado era peor de lo que imaginaba.

La esperanza absurda de que fuera Matteo el que había venido a por mí cruzó mi mente sin remedio. Aún quería pensar que lo que Yuri había dicho era mentira, pero lo peor de todo es que sabía que no lo era. Yuri no habría dudado en disparar a Matteo faltando a su palabra. No sé por qué pensé que cumpliría por una vez cuando accedí a marcharme con él a cambio de su vida.

Me puse en pie con dificultad, tragándome el quejido que se formó en mi garganta cuando una oleada de ardor me recorrió por dentro.

El maldito tanga de encaje que Yuri había dejado junto al vestido seguía en el suelo, manchado de sangre. Apreté los dientes, me agaché y lo recogí, tambaleándome un instante cuando el mundo

giró bajo mis pies. Me obligué a respirar hondo mientras me lo ponía, con las manos temblorosas y la mandíbula apretada.

Mis ojos se detuvieron en un brillo metálico que asomaba bajo la cama. Fruncí el ceño y me agaché de nuevo, esta vez con más cuidado. Extendí la mano y lo saqué despacio. Un tenedor. Uno de los que Irina había tirado junto a la bandeja cuando salió hecha una furia.

Solté una risa baja, ronca. Irónica. El destino, a veces, tiene un sentido del humor retorcido.

Apreté el mango entre los dedos y me acerqué a la puerta con pasos silenciosos. Coloqué la mano sobre el pomo y respiré hondo. Podía permitirme estar rota aquí dentro, entre estas cuatro paredes. Pero en cuanto cruzara esa puerta, esa debilidad tendría que desaparecer.

Abrí la puerta de golpe. El guardia al otro lado se giró justo a tiempo para ver cómo mi puño se estrellaba contra su garganta. Se atragantó con un sonido húmedo, llevándose las manos al cuello mientras su cuerpo se doblaba por el impacto. Le quité el arma del cinturón con un tirón rápido y sin dudarlo le estampé la culata en la sien, evitando llamar la atención con un disparo. Cayó como un saco de cemento.

Eché un vistazo al pasillo asegurándome de que no hubiera nadie cerca. Los gritos sonaban lejanos, diría que incluso fuera de la propiedad.

Me agaché junto al hombre mientras comprobaba el cargador rápidamente y luego tantee sus bolsillos.

—Bien —susurré al dar con un par de cargadores de repuesto y unas llaves que no dudé en llevarme.

Volví a ponerme en pie sintiendo el escozor entre mis piernas y cómo mis rodillas aún temblaban por el esfuerzo. Sabía que Yuri guardaba un arsenal de armas en una habitación. El muy idiota me lo mostró en una de nuestras visitas pensando que así podría ganarme. Ahora solo tenía que dar con él.

Me adentré en el pasillo, comprobando habitación por habitación con cuidado de no ser descubierta. Al llegar a las escaleras, me

escondí tras una columna echando un vistazo. Había varios hombres preparados en el piso inferior con Yuri al frente, listo para disparar en cuanto esa puerta se abriera.

Me agaché, apretando los dientes al sentir la punzada de dolor que recorrió mis piernas. Tenía que llegar al otro lado.

Crucé las escaleras evitando hacer el menor ruido. En cuanto llegué al otro lado, me incorporé con esfuerzo, apoyando la mano en la pared para estabilizarme. Tenía que darme prisa y localizar esas armas para ayudar a mi padre y a los demás a entrar en la casa.

Seguí recorriendo habitaciones, tanteando las puertas, revisando cada una con el corazón acelerado y el estómago revuelto. Entonces, una de ellas no cedió.

Me incliné sobre la cerradura y saqué el manojo de llaves que le había quitado al hombre de Yuri. Una a una, fui probándolas hasta que escuché ese suave clic. El sonido más satisfactorio del mundo.

La puerta se abrió con un leve chirrido. La sonrisa se extendió en mi rostro al ver los expositores de armas perfectamente ordenados bajo las luces cenitales como si me estuvieran esperando. Casi me reí del alivio.

Agarré un porta cargadores y coloqué el tenedor en uno de los bolsillos. Mi mirada se deslizó por las estanterías hasta detenerme en una caja metálica y mal cerrada. Al abrirla encontré unos explosivos con un temporizador sin conectar. Eché un vistazo alrededor. Si hacía estallar este lugar, sería un auténtico desastre.

Me senté en el suelo con dificultad, con las piernas cruzadas y el arma apoyada contra el muslo. En apenas unos segundos, mis dedos ya estaban ensamblando los componentes. El pitido suave del temporizador se activó con un clic. Cuarenta minutos. Ni más, ni menos.

—Perfecto —susurré.

Coloqué los explosivos cuidadosamente junto a la caja abierta. Me levanté y tomé un par de granadas de mano que había visto al lado de la caja y me las até al cinturón con movimientos mecánicos y rápidos, actuando por instinto. Seguro que Maxim se alegraría de verlas, eso si llegan a él.

Estaba a punto de girarme para salir cuando algo en la pared me hizo detenerme.

Mis ojos se clavaron en el francotirador que colgaba de su propio expositor. No lo dudé y lo descolgué, llevándome también la munición correspondiente.

Volví a salir de la habitación con el arma corta en mano y el rifle colgando de mi hombro. Solo necesitaba encontrar una salida. Una ventana, una puerta, un maldito balcón que me dejara ver el exterior.

Seguí avanzando por el pasillo hasta dar con una puerta diferente. La llave encajó tras el segundo intento y se abrió con un crujido sordo. Había unas escaleras en forma de caracol que subían y el frío se colaba por algún punto más arriba. Sin pensarlo, comencé a subir los escalones. El viento me golpeó el rostro nada más alcanzar el tejado.

La nieve crujió bajo mis pies. Hacía un frío del demonio para ir con ese ridículo vestido sin mangas, pero no podía quedarme atrás. El rugido de las balas atravesaba la noche, el eco de las explosiones vibraba en cada uno de mis huesos. Tuve que agacharme y arrastrarme para no perder el equilibrio y acabar deslizándome al vacío.

Me detuve al encontrar un lugar donde podía ver a la perfección la batalla que se libraba en el jardín.

—Aquí está bien… —murmuré para mí. Me arrodillé para descolgar el francotirador del hombro y lo apoyé sobre el alfeizar del tejado volviendo a agacharme.

Cargué el arma, preparándola, y acerqué mi ojo a la mirilla. Antes de disparar, barrí el terreno. Necesitaba encontrarlo. A *él*. Porque si Matteo estaba muerto… algo en mí también lo estaría.

Vi a Viktor y a Maxim agazapados tras unas estatuas marcadas por los impactos. A Boris, Roman y Kiril ocultos tras el muro del jardín. A varios de los chicos de mi padre moviéndose entre las sombras.

Pero no a Matteo. No estaba.

Tragué saliva, tragándome también el nudo que amenazaba con estrangularme desde dentro.

Dirigí el francotirador hacia los hombres de Yuri que se escondían cerca de la mansión y comencé a disparar. A uno lo desarmé de un tiro en la mano y, cuando gritó, le volé los sesos sin pestañear. Otro cayó como un saco de carne al suelo al recibir una bala directa en el cuello. Cada vez que los tenía a tiro fui disparando a sus cabezas. Uno a uno hasta que escuché gritos y los hombres de Yuri empezaron a replegarse, cubriéndose como las malditas ratas que eran.

Todo se quedó en silencio. Esperé, disparando cada vez que uno de los hombres de Yuri asomaba la cabeza, hasta que un movimiento al otro lado del jardín me obligó a detenerme.

Una silueta emergió entre los escombros. Alcé el arma apuntando en su dirección, lista para disparar.

Mis labios se entreabrieron en una exhalación temblorosa y las lágrimas comenzaron a brotar sin freno, empapándome las mejillas.

—Matteo…

CAPÍTULO 44

MATTEO

— ¿Estáis listos? —la voz de Harvey sonó a través del comunicador. Permanecía en uno de los SUV, monitoreando la operación desde la distancia.

La nieve crujía a cada paso bajo nuestras botas y el aire cortante se filtraba por las rendijas del equipo táctico que Ivanov nos había proporcionado antes de tomar el avión, mordiendo la piel que quedaba expuesta.

—Listos —respondí con un tono neutro, sin apartar la vista de la mansión.

El rastreador que Graves había instalado en el anillo de Yelena nos llevó hasta la jodida Rusia. Tardamos más de lo que me habría gustado en encontrarla, pero por fin estábamos aquí. Todavía me molestaba la maldita clavícula y los puntos de sutura tiraban de mi piel con cada movimiento brusco, pero me negaba a que pasara un jodido día más en las garras de ese bastardo de Vasilyev. Dos semanas habían sido demasiado.

Fijé la vista en la mansión aislada en medio de la nada. Las luces exteriores proyectaban un resplandor frío sobre la fachada de piedra.

—Bien —continuó Harvey—. Tengo el control de las cámaras. Tenéis quince minutos hasta que el bucle se repita y alguien se dé cuenta de que estamos dentro.

—Siempre he preferido ir de frente —murmuré.

Alcé una mano en señal y las sombras a mi alrededor comenzaron a moverse. Nos deslizamos entre la maleza. A pocos metros, dos guardias conversaban junto a una de las puertas traseras, con las manos metidas en los bolsillos resguardándose del frío, demasiado

relajados y cómodos en su rutina como para imaginar lo cerca que estaban de morir.

Viktor me hizo un gesto con la cabeza y yo asentí en respuesta. Se escurrió entre los árboles hasta deslizarse detrás de uno de ellos y, en un solo movimiento, su cuchillo le abrió la garganta de lado a lado mientras el otro aún estaba terminando de exhalar una nube de vaho. Un susurro húmedo, un espasmo, y el cuerpo se desplomó en la nieve tiñéndola de rojo. El otro guardia apenas tuvo tiempo de girarse antes de que mi cuchillo se hundiera bajo su mandíbula, cortando el grito antes de que naciera.

César y Bruno los arrastraron hasta las sombras mientras nosotros removíamos la nieve con las botas para ocultar cualquier rastro de sangre.

—Entrada despejada —murmuró Viktor por el comunicador.

Enzo sacó el dispositivo de apertura electrónico que Harvey había preparado. Abrió el panel de seguridad con cuidado y conectó un cable del dispositivo al monitor.

—Lo tengo —susurró Harvey a través del comunicador tras un minuto que me pareció eterno—. Entrada en treinta segundos.

Esperamos. Un pitido suave indicó que la cerradura había cedido. Empujé la puerta de acero con cuidado. Soltó un pequeño chirrido al abrirse, pero nada que llamase la atención.

Nos deslizamos dentro en una línea fluida. Más adelante, otros dos hombres patrullaban el jardín con linternas y apostados en los alrededores de la casa vimos a varios hombres más.

Nos pegamos al suelo, deslizándonos entre la maleza cubierta de escarcha. Evitamos los puntos de luz, ayudándonos de las sombras para sincronizar cada movimiento con la dirección en la que los guardias miraban.

Un sonido corto y agudo sonó a unos metros de nosotros. Giré la cabeza justo a tiempo para ver el destello de horror en los ojos de uno de los hombres de Ivanov. El calor de la detonación chocó contra nuestros cuerpos lanzándonos hacia un lado, reverberando en la inmensidad del bosque.

El sigilo se había terminado.

— ¡Joder! Tienen un inhibidor —la voz de Harvey llegó a través del comunicador, distorsionada por la interferencia—. ¿Estáis todos bien?

Un brazo reventado cayó a mi lado con un golpe sordo. Me incorporé a medias, con un pitido atroz taladrándome la cabeza. Todo era humo, polvo, y sangre caliente en el aire. El hombre que había pisado la trampa ya no existía. Solo quedaban trozos.

— ¿A ti que te parece? —gruñó Viktor por el comunicador.

— ¡Cubríos! —bramó Bastian. Su orden se perdió entre la metralla y la ráfaga de disparos que reventó el jardín como una maldita zona de guerra.

Los hombres de Yuri no tardaron en aparecer. Brotaron de la mansión como un enjambre rabioso, disparando a quemarropa hacia la verja de entrada donde nos encontrábamos. Nuestro refuerzo quedó atrapado al otro lado, sin posibilidad de avanzar. Los primeros intentos por cruzar terminaron con cuerpos derrumbándose en el suelo, tiñendo de rojo la nieve que ahora relucía bajo los focos que iluminaban el jardín con una intensidad cegadora.

Estábamos jodidos y en clara desventaja.

— ¡Matteo! —gritó Bastian desde unos metros más allá. Me hizo una señal rápida con el brazo, apremiándome a que me cubriera.

Corrí agachado hasta el árbol más cercano y me pegué contra el tronco mientras mi hermano abría fuego para cubrirme de los disparos que silbaban a nuestro alrededor.

Disparé a ciegas desde mi posición, maldiciendo por lo bajo. Casi no podíamos ver a los hombres de Yuri por culpa de los malditos focos de la fachada, solo sombras fugaces entre el resplandor.

Bajé la cabeza un segundo y cambié el cargador con un movimiento limpio. Al alzarla de nuevo, noté que algo había cambiado en el ambiente. El ritmo de los disparos desde la mansión se alteró. Un hombre gritó algo al otro lado del jardín. Un segundo después, una figura cayó al suelo como una marioneta con los hilos cortados. Luego otro, y otro más.

— ¡Francotirador! —rugió alguien desde las filas de Yuri.

Los disparos desde la mansión se interrumpieron y el estruendo se transformó en un silencio espeso. Los hombres de Yuri se replegaron contra las coberturas y las sombras que se dibujaban bajo los focos desaparecieron de nuestra visión.

—No os mováis —ordenó Viktor por el comunicador. Su voz sonó tensa, controlada.

Nos mantuvimos ocultos en nuestras posiciones.

Uno de los hombres de Yuri, lo suficientemente estúpido o desesperado, se lanzó en un sprint torpe hacia una cobertura con el fusil alzado a medio camino en un intento de abatir a uno de los nuestros. Una bala lo alcanzó en plena sien antes de que lograra apretar el gatillo y su cuerpo se desplomó en el suelo.

Me incliné lo justo para mirar hacia la parte alta de la mansión.

A simple vista, no había nada, solo el perfil recortado del tejado contra el cielo nocturno. Pero algo brilló. Un destello breve. El reflejo del metal en la terraza superior. Un segundo después, otro hijo de puta mordió el suelo con la cara.

Una sonrisa lenta y peligrosa curvó mis labios.

—Tenemos que avanzar —murmuré, sin apartar la vista del tejado.

— ¿Te has vuelto loco? —Bastian me lanzó una mirada tensa—. ¡Tienen un puto francotirador!

—No —repliqué, girando el rostro hacia él—. Lo tenemos nosotros.

No esperé su aprobación. Salí del escondite con el arma en alto, sintiendo cómo la adrenalina me quemaba bajo la piel. Las balas volvieron a silbar a mi alrededor, pero cada malnacido que intentaba alcanzarme caía antes de apretar el gatillo. Uno por uno. Preciso y letal.

—Y yo que pensaba que venía a salvarte, *principessa* —murmuré por lo bajo, sin poder borrar la sonrisa de satisfacción que me tensaba el rostro.

CAPÍTULO 45

YELENA

Nuestros hombres comenzaron a moverse, desplegándose como una sombra tras Matteo. Cada vez que uno de los hombres de Yuri intentaba disparar en su dirección, una bala le volaba la cabeza antes de que pudiera apretar el gatillo. No dejé de vigilarlo ni un segundo. Cada movimiento suyo lo cubría yo, disparando antes de que el enemigo pudiera siquiera alzar el arma.

Poco a poco, los hombres de Yuri empezaron a retroceder, arrastrándose hacia el interior de la mansión.

Eché un vistazo fugaz hacia el hueco de la escalera. El frío me había entumecido las manos y sentía los labios agrietados por la helada. Además, el dolor y el cansancio acumulado en el cuerpo me pasaba factura, pero no podía permitirme pensar en eso ahora. Solo era cuestión de tiempo que Yuri apareciera, y estaría preparada.

Cuando vi que Matteo y los demás estaban a salvo, dejé el francotirador apoyado contra la pared.

Volví a comprobar el arma que le había robado al hombre de Yuri. Tenía tres balas, el idiota no se molestó en reemplazar el cargador. Metí la mano en uno de los bolsillos, saqué uno nuevo y lo deslicé en su lugar con un clic. No aparté la mirada del hueco de la escalera mientras lo hacía.

El chirrido de la puerta hizo eco al abrirse. Me puse de pie de inmediato y me oculté tras un saliente.

Los pasos apresurados de alguien crecían con cada segundo.

Levanté el arma, lista para disparar en cuanto viera quién entraba.

Otra detonación sacudió el edificio. Tuve que apoyarme en la pared para no resbalar con la nieve. Escuché una maldición por lo

bajo y también reconocí la voz de Yuri. Afiancé mi agarre sobre el arma.

En cuanto su rostro apareció por el hueco de la escalera, disparé.

La bala rozó su mejilla, dibujando una línea roja antes de poder ponerse a cubierto. Disparé de nuevo, obligándolo a refugiarse tras la estructura de una de las chimeneas de la casa.

— ¡Suelta el arma, *querida*! Tienes las de perder —bramó desde su escondite, con la voz entrecortada por la adrenalina.

—Eso solo lo diría alguien desesperado —repliqué, disparando de nuevo para provocarlo.

Se hizo el silencio. Bajo mis pies, el suelo temblaba de forma intermitente, retumbando con los disparos de las plantas inferiores.

Tenía que volver a bajar. Ahí arriba no era de ninguna utilidad.

Eché un vistazo rápido hacia el hueco de la escalera y comencé a moverme despacio, dando pequeños pasos, con la mirada fija en la dirección donde Yuri se ocultaba y el cañón del arma apuntando.

— ¿Sigues ahí? —pregunté en voz baja, sin obtener respuesta.

Fruncí el ceño. Ya debería haber intentado atacar o huir. Me detuve un instante, ladeando la cabeza apenas lo suficiente para asomarme. Mis cejas se juntaron aún más, no parecía haber nadie.

En una fracción de segundo, Yuri cayó a mi espalda, deslizándose desde el tejado inclinado que tenía detrás.

Me giré con rapidez y disparé en su dirección, pero él fue más rápido. Se abalanzó sobre mí, enganchándome por la cintura y arrastrándome al suelo con todo su peso. El golpe me arrancó el aire de los pulmones y mi arma salió despedida, deslizándose hasta perderse por la cornisa.

Rodé la cadera con fuerza, enganchando su pierna para hacerle una palanca mientras que con mi otro brazo le luxaba el hombro hacia atrás. Yuri soltó un gruñido y, por un instante, logré voltearlo, quedando yo encima. Mi rodilla descendió hacia sus costillas.

Yuri bloqueó el golpe con el antebrazo y me estampó la frente contra la mía. Chispas blancas estallaron en mi visión. Antes de que

pudiera recuperar el control, me agarró de la muñeca y torció mi brazo en una llave que me obligó a girar sobre mi propio eje.

Apreté los dientes y rodé con él, liberando mi brazo con un movimiento seco, y lancé el codo hacia su mandíbula. El impacto resonó en su cráneo, un crujido sordo que lo hizo gruñir. Aproveché la apertura para buscarle el cuello con las piernas, cerrando el triángulo.

Se incorporó, llevándome con él aún enganchada a su cuello, y antes de que pudiera afianzar la llave, me azotó contra el suelo con una brutalidad que me sacudió entera. Mi cráneo golpeó la superficie, un pitido agudo me estalló en los oídos y destellos blancos devoraron mi vista.

—Te lo advertí —gruñó, apretando los dientes mientras sus manos se cerraban en torno a mi cuello.

Seguí forcejeando, recurriendo a la desesperación cuando la técnica no fue suficiente. Mis uñas se clavaron en su rostro, arañando desesperada. Yuri soltó un gruñido cuando conseguí alcanzarle el ojo y una mancha de sangre comenzó a formarse sobre su párpado.

Su cara se contrajo cargada de furia y su expresión se volvió demoníaca.

Me levantó del cuello y volvió a estamparme contra el suelo. El golpe me dejó sin aire. Pateé, forcejeé, pero me tenía atrapada bajo su peso.

—Me estás... ahogando —jadeé, buscando con desesperación el oxígeno que no llegaba. Mis manos forcejearon contra las suyas, cada vez más débiles.

—Lo siento, *querida* —una sonrisa helada deformó su boca—, pero has demostrado que no puedo fiarme de ti.

Sus dedos se apretaron con más fuerza. Mi visión se tornó borrosa. Varias motas oscuras comenzaron a formarse a mi alrededor y mis ojos se cerraron lentamente.

De repente, la presión en mi garganta cedió y mis labios se abrieron de golpe buscando el aire del que me había privado. Una

mano grande y fuerte me agarró del brazo obligándome a ponerme en pie. Cuando mi vista se enfocó, seguía siendo Yuri, y ahora el cañón de su arma apuntaba directo a mi cabeza.

CAPÍTULO 46

MATTEO

Maxim apareció con los explosivos, sujetándolos como un niño con sus juguetes.

— ¿Volamos la puerta o prefieres tocar el timbre? —bromeó con una mueca divertida.

—Hazlo de una puta vez —gruñó Bastian, sin perder de vista la entrada.

Maxim se inclinó y comenzó a pegar los explosivos alrededor del marco. Se notaba que había hecho eso cientos de veces. En cuanto estuvo listo, nos hicimos atrás.

— ¡A cubierto!

Nos refugiamos tras los pilares de piedra más cercanos. La explosión hizo saltar por los aires la entrada con un rugido ensordecedor. Una oleada de calor y astillas ardientes barrió la nieve a nuestro alrededor.

— ¡Joder, Maxim! —Protestó Viktor, sacudiéndose restos de madera carbonizada de la chaqueta—. ¿Era necesario volar medio maldito muro?

—Nunca está de más —replicó él, cargando su rifle con una carcajada seca antes de disparar contra los primeros guardias que se asomaban desde el interior.

El fuego cruzado convirtió el vestíbulo en un puto infierno de plomo y sangre. Las balas rebotaban en las paredes, arrancaban trozos del suelo y perforando cuerpos que no tenían dónde cubrirse. Los gritos se mezclaban con el silbido constante de las ráfagas, y el olor a pólvora impregnaba cada rincón.

Disparé a uno en el pecho antes de girarme y abatir a un enemigo que corría hacia nosotros con un cuchillo en la mano y una pistola en la otra. La bala le perforó el pecho, haciéndolo caer de espaldas y empapando la alfombra de sangre.

— ¡Ve a buscar a mi hermana! —el rugido de Viktor apenas se distinguió entre el estruendo de disparos y gritos, pero no me lo tuvo que decir dos veces.

Me lancé escaleras arriba, con Bastian y César pisándome los talones y cubriéndome las espaldas.

La mansión era un puto campo de batalla. Los disparos resonaban en el aire, mezclados con los gritos agonizantes de los hombres y el sonido sordo de los cuerpos desplomándose sobre la madera pulida.

El pulso me latía en las sienes con violencia. Cada vez que alguno de los hombres de Yuri aparecía frente a nosotros, apretaba el gatillo derribándolo y, si tenía la suerte de sobrevivir, Bastian o César terminaban el trabajo.

El pasillo superior estaba en silencio. Un silencio denso, antinatural. Mis sentidos se agudizaron de inmediato. Bajé el ritmo, afianzando el agarre sobre la Glock mientras me deslizaba por la pared con cautela.

Dos enemigos aparecieron desde una puerta lateral. No tuvieron tiempo de reaccionar. Bastian disparó, derribando al primero con un tiro entre ceja y ceja. César no dudó en volarle la tráquea al segundo con una ráfaga precisa que lo dejó desplomado a nuestros pies.

Un tercero surgió más adelante, cubriéndose torpemente detrás de una estatua. Un error de novato. Me incliné sobre una cómoda, ignorando el tirón de mi piel donde la herida de bala no había terminado de cerrar, y disparé varias veces haciendo estallar en pedazos la estatua.

Vi cómo su cuerpo se estampaba contra la pared, dejando un reguero oscuro en el papel tapiz.

Seguimos avanzando, sorteando los cadáveres que habíamos dejado a nuestro paso, hasta llegar a una puerta abierta. Una mancha de sangre a medio limpiar marcaba el umbral.

Detuve mis pasos observándola. No era reciente.

El pecho se me comprimió. Como Yuri se hubiera atrevido a ponerle una sola mano encima a Yelena…

Hice un gesto a Bastian y César para que cubrieran los lados y entré con el cañón del arma en alto. Las luces estaban apagadas pero la luz de los focos del exterior se filtraba por una rendija de las cortinas iluminando la estancia. La cama deshecha ocupaba el centro, con las sábanas empapadas de sangre, formando manchas secas y oscuras que se aferraban al tejido. Encima del colchón había una bandeja quirúrgica e instrumental médico cubierto de restos oscuros.

Un vacío inexplicable me recorrió por dentro hasta instalarse en mi pecho. Bajé el arma incapaz de apartar los ojos de aquella bandeja.

—Matteo hay que moverse —la voz de Bastian llegó desde la puerta.

Asentí, sin mirarlo. Di un paso atrás, pero mis ojos seguían anclados a la bandeja. Solo cuando logré soltarme de esa imagen, giré sobre mis talones y salí al pasillo, con la escena grabada en la retina y esa sensación extraña acompañándome.

Una puerta se abrió de golpe al otro lado del pasillo y una ráfaga de aire helado se coló en la mansión.

Mi visión se tornó roja cuando vi a Yuri aparecer, con un cinturón de munición colgado de un hombro y su mano aferrada al cabello de Yelena con una brutalidad que me hizo querer arrancarle el brazo de cuajo. La otra mano sostenía una pistola que apuntaba directo a su sien. Ninguno de los dos pareció notarnos.

Mis dedos se afianzaron en la Glock de forma automática, apuntando a su cabeza. Mi mirada descendió sola por el cuerpo de Yelena buscando heridas. Entonces vi la mancha oscura que bajaba por su vestido.

El mundo entero pareció cerrarse en ese puto detalle. La imagen de la bandeja quirúrgica sacudió mi mente. Levanté la vista hacia ella con una pregunta silenciosa, sintiendo que esa opresión en el pecho me estrangulaba con más fuerza.

Las pestañas de Yelena temblaron cuando sus ojos se encontraron con los míos. Un instante bastó para que se empaparan, y aun así, no dejó que una lágrima cayera.

Mi mandíbula se tensó hasta el punto de crujir. Iba a matarlo. Pero no de cualquier forma. Iba a hacerlo lento. Iba a arrancarle las costillas una por una antes de despellejarle vivo. Haría que deseara la muerte y luego se la negaría.

Al vernos, Yuri se detuvo a una distancia prudente. Nuestras miradas se encontraron. Mis fosas nasales se abrieron y cerraron con violencia mientras la sangre me martilleaba las sienes.

—Llegas tarde —dijo, con un acento marcado.

Yelena soltó una carcajada amarga.

—Te va a matar —le escupió, con una rabia que me hizo querer besarle la boca allí mismo—. Y lo pienso disfrutar.

—Ten cuidado, *querida* —murmuró Yuri, tirando de su cabello hasta que su rostro estuvo pegado al suyo—. A estas alturas deberías saber que no me gusta que me desafíen.

El latigazo de furia que me recorrió desde los pies hasta las manos, hizo temblar la culata del arma en mis manos. Iba a matarlo.

—Contrólate —susurró Bastian a mi espalda.

Mi dedo se tensó sobre el gatillo. Tenía razón. Si disparaba ahora, Yuri apretaría primero. No podía permitir que me afectara. No con el arma tan cerca de su cabeza.

Inspiré hondo por la nariz, luchando contra el rugido de sangre que me llenaba los oídos.

—Te daré una oportunidad —dije con una calma que no sentía—. Suéltala y haré que tu muerte sea rápida.

Yuri esbozó una sonrisa torcida, fría. Presionó el cañón contra la sien de Yelena hasta hundírselo en la piel.

—Si aprietas el gatillo, lo único rápido aquí será el agujero en su cabeza. ¿Verdad, *querida*?

Tiró de Yelena con brusquedad, inclinando su cabeza hacia atrás, forzándola a arquearse contra él. El gemido ahogado que salió de sus labios me cortó en dos. Mis nudillos se crisparon alrededor de la

Glock, pero me forcé a mantenerme inmóvil a pesar del temblor que me recorría el cuerpo.

Los dientes de Yelena se apretaron con fuerza sin apartar los ojos de Yuri.

—Yo de ti le haría caso, Yuri—siseó Yelena. Una de sus manos comenzó a moverse con lentitud—. He visto lo que es capaz de hacer con un solo bisturí. Créeme que no quieres averiguarlo —hizo una pausa, dirigiéndome una mirada de reojo rápida antes de volver a mirarlo a él—. Pero te daré una pista.

En un movimiento rápido y brutal, Yelena hundió un tenedor en la entrepierna de Yuri.

El rugido que salió de su garganta fue tan animal que reverberó por las paredes. Su cuerpo se retorció de dolor y su agarre se aflojó un segundo. Yelena le retorció el brazo librándose de su agarre y lo empujó contra la pared a su derecha.

Apreté el gatillo, destrozándole la rodilla de un balazo.

Yuri cayó al suelo con otro grito y el arma se le escurrió de la mano. Intentó alcanzarla, pero Yelena lo interceptó con una patada y la pistola salió volando por el pasillo.

— ¡Yelena!

Se tambaleó hacia la barandilla, chocando de espaldas contra la madera. Solté mi arma sin pensarlo y corrí hacia ella, dejando que Bastian y César se encargaran del resto.

La rodee con mis brazos, atrayéndola hacia mí, sintiendo el latido errático de su corazón contra mi pecho.

Su cuerpo estaba helado, y temblaba con un frenesí casi imperceptible en mis brazos.

—Ya no está… —murmuró.

El ruido de la guerra a nuestro alrededor se apagó de golpe. Busqué sus ojos, pero Yelena mantenía la cabeza baja. Estaba allí, en mis brazos, y al mismo tiempo, parecía estar en otra parte. La presión en mi pecho se volvió insoportable. No dije nada. Porque si lo hacía, si abría la boca en ese instante, sentía que algo dentro de mí se rompería de una forma en la que ya no habría vuelta atrás.

Me limité a asentir, apretando la mandíbula hasta casi destrozarme los dientes, sintiendo el ardor en mis ojos.

Apoyé la frente contra la suya, cerrando los ojos. Su aliento tembloroso se mezcló con el mío, y por primera vez desde que todo empezó, deseé desaparecer de ese lugar con lo único que me importaba: ella.

—Vámonos a casa —murmuré con voz ronca.

Porque lo único que importaba ahora era sacarla de allí. Porque, si no lo hacía, iba a quedarme atrás y destrozar hasta el último vestigio de ese lugar con mis propias manos.

—He puesto explosivos—dijo.

Quizá no tendría que hacerlo yo después de todo.

CAPÍTULO 47

MATTEO

Yelena estaba acurrucada en el asiento junto a mí, con la cabeza apoyada en mi regazo. Su respiración era lenta, constante, aunque todavía irregular en los bordes, como si su cuerpo no supiera si ya estaba a salvo. Le había puesto mi chaqueta por encima en cuanto se sentó y no tardó en quedarse dormida.

Pasé los dedos por su pelo dorado con suavidad. Mi pulgar rozó el pequeño moratón de su mejilla casi curado, pero ahí estaba. Otro recordatorio más de los que ese bastardo había dejado sobre ella.

Desvié la mirada.

Bastian estaba en el asiento frente a mí, hablando por teléfono. Asentía con gesto tenso mientras Salva le daba un informe desde Nueva York. Alguien tenía que mantener las cosas en movimiento mientras nosotros estábamos fuera, si algo salía mal en nuestra ausencia, nuestro padre nos lo haría pagar caro. Para esas cosas estaba Salva. Siempre ha sido el más frío después de Bastian. El más político.

Bruno y César ocupaban el sofá del centro, conversando con Viktor y Aleksei mientras tomaban un trago de vodka y ellos de whisky. Enzo ocupaba una de las mesas, con los ojos fijos en la pantalla del portátil mientras Harvey le explicaba algo que me sonaba a chino. Tecnología. Códigos. Lenguaje de otro mundo. Uno que a mí no me importaba.

Volví a mirar a Yelena. Tenía la comisura de los labios seca y había perdido bastante peso en esas dos semanas, pero se negó a recuperarse en casa de Olga antes de regresar a Nueva York. El médico que Olga hizo llamar a su casa no tardó en llegar después de

que la sacáramos de allí. Un hombre mayor, serio, con ojos grises que no preguntaron nada. Dijo que había sufrido un desgarro grave. Que su cuerpo estaba débil a causa de las drogas y la pérdida de sangre, y que era un milagro que hubiese aguantado todo lo que ocurrió.

«Un puto milagro…»

Mi mano se cerró con fuerza al reposabrazos del asiento, esta vez clavando la mirada en el vendaje de sus muñecas, subiendo luego a la marca que rodeaba su cuello. Si hubiese llegado antes. Si hubiese sido más rápido… No habría tenido que pasar por todo ese infierno. Pero no lo fui. Fui incapaz de alcanzarla a tiempo. Y eso me perseguirá siempre.

Deslicé un mechón que le caía por el rostro detrás de su oreja y me incliné ligeramente hacia ella. Su aliento cálido chocó contra mi muñeca. No pude evitar cerrar los ojos un segundo. Solo uno.

Ella seguía aquí. Y yo haría todo lo que estuviera en mis manos para que jamás volviera a pasar por algo parecido. Porque Yelena no era solo la mujer a la que había jurado proteger.

Era todo mi mundo.

EPÍLOGO

MATTEO

— ¿Qué te parece una luna de miel en Italia? —Apoyé los antebrazos sobre la encimera de la isla de la cocina mirando a Yelena. Se había teñido unas mechas rojas hace poco, y no podía gustarme más.

— ¿En Italia? —su voz sonó distraída. Tenía los ojos fijos en la pantalla del móvil, deslizando su dedo por la superficie mientras que con la otra mano acariciaba la cabeza de *la rata,* encajada a contra su cuerpo.

—Mi padre quiere enviar a Bastian por negocios. Si es así, tendré que acompañarlo. No quiero dejarte sola.

— ¿Y planeas convertirlo en nuestra luna de miel?

— ¿Crees que mi padre nos permitiría tener una? —pregunté con ironía. Ambos sabíamos la respuesta.

Yelena soltó una pequeña risa nasal y sacudió la cabeza.

—Cierto. Además, me muero por ver la cara de fastidio de Bastian cuando me vea aparecer con las maletas. ¿Alguna vez cambia esa expresión de yunque oxidado?

— ¿Ves? Solo hay cosas buenas en torno a ese viaje.

Crucé la distancia que nos separaba y me hundí en el sofá a su lado. *La rata* alzó la cabeza dejando entrever sus diminutos y ridículos dientes. Le devolví el gesto y volvió a agachar la cabeza con un quejido. El pecho de Yelena vibró con una risa baja. Esa *cosa* nunca me apreciaría, y no le había hecho nada. Joder, me gustaban los perros. ¿Por qué ese bicho demoníaco la tenía tomada contra mí? Pensaba hacerme con un gran danés solo para que se la tragara de una.

Atraje a Yelena con facilidad hasta que quedó encajada contra mi cuerpo. Mi brazo se deslizó alrededor de su cintura y mi mano encontró su cabello en una caricia distraída, enredando mis dedos en las hebras doradas mientras ella seguía concentrada en la pantalla. El resplandor azul iluminaba su rostro, resaltando la curva de sus labios y la línea suave de sus pómulos.

—Este lugar tiene buenas opiniones. Podríamos probar ahí —murmuró, alzando el móvil para que pudiera leerlo.

Bajé la vista. Otro nombre más en la lista. Otro intento por reparar lo que ese malnacido de Yuri le había hecho. Habían pasado un par de meses desde que Yelena se recuperó del todo, pero todavía estábamos atrapados en el mismo círculo vicioso. Semanas de médicos, especialistas y respuestas que no queríamos escuchar. Bajas probabilidades. No imposibles, pero casi. Lo único que nos ofrecían era una esperanza vacía que no llevaba a ninguna parte.

No lo aceptaba y no lo iba a aceptar nunca. Y yo tampoco. Porque rendirse nunca había sido una opción.

—Si quieres ir ahí, iremos —dije, besándole la parte alta de la cabeza.

Ella soltó un suspiro y bajó el móvil.

—Por probar…

No terminé de escucharla porque ya le estaba quitando el teléfono de las manos y lanzándolo a un lado del sofá.

—Matteo. —Alzó la cabeza para fulminarme con la mirada, pero ni siquiera se molestó en apartarse de mí.

—Lo conseguiremos —dije con una certeza inquebrantable, atrapando su barbilla entre mis dedos para que no me evitara—. Si no es ahí, será en otro lugar.

Su sonrisa fue pequeña, torcida, y no me gustó.

—Quizás deberíamos hacernos a la idea.

Mi mandíbula se tensó.

—Ni se te ocurra decir eso —mi voz salió más dura de lo que pretendía.

Yelena me miró en silencio, sus ojos buscaron los míos, pero no dejó que la conversación tomara el rumbo que ambos sabíamos que iba a tomar. En su lugar, presionó su dedo contra mi entrecejo, relajando la línea profunda que se había formado ahí.

— ¿Me traes una galleta? —preguntó, cambiando de tema con esa facilidad descarada.

La miré, entrecerrando los ojos, sabiendo exactamente lo que estaba haciendo. Y funcionó. Resoplé y me incliné para besar su frente antes de levantarme.

— ¿De las que has quemado o las que he logrado salvar de ti?

—Solo se han quemado un poquito.

—Están carbonizadas.

—Tú tráeme una.

—Más te vale que las quieras de verdad, *principessa*, o te haré comértelas todas, las quemadas también.

Yelena sonrió, encogiéndose de hombros con fingida inocencia, mientras yo caminaba hacia la cocina sin dejar de pensar en todo lo que habíamos perdido… y en todo lo que aún pensaba recuperar.

Fui a la cocina, abriendo la caja de galletas que habíamos hecho anoche. Se veían… mejor que el primer intento sin duda, al menos ya no parecían cemento con incrustaciones de azúcar y chocolate. Aunque, cubiertas de coco, seguían teniendo un aspecto algo dudoso. Dejar a Yelena a cargo de la mezcla fue una pésima idea.

Cogí una y me la llevé a la boca, pero me detuve a mitad del mordisco al verla tocarse el vientre de nuevo.

Mi mandíbula se tensó.

Dejé la caja de cualquier manera y me lancé de vuelta al sofá, hincando una rodilla a su lado con una rapidez que la hizo soltar un pequeño grito de sorpresa. *La rata* gruñó, pero la ignoré.

— ¿Qué haces? —rio, mirándome con diversión.

Gruñí sin responder y moví la cabeza en dirección a su mano, que aún reposaba sobre su abdomen. Sonrió con suficiencia y se inclinó hacia adelante para darle un bocado a la galleta.

Mis brazos se cerraron alrededor de su cuerpo y, antes de que pudiera reaccionar, la levanté con facilidad y la lancé sobre mi hombro como el día de nuestra boda.

— ¡Matteo! —exclamó, entre sorprendida y divertida, retorciéndose en vano.

—Mejor ahorra fuerzas, *principessa* —mascullé, palmeando su trasero con una sonrisa depredadora, aún con la galleta entre los dientes mientras la puta *rata* comenzaba ladrarme otra vez—. Las vas a necesitar.

Sus uñas se hundieron en mi espalda en un intento de hacerme soltarla, pero su risa la delató.

Atravesé el salón sin darle oportunidad de escapar y al entrar a la habitación la lancé caer sobre la cama, observando como su cuerpo rebotaba. Sin darle tiempo a recomponerse, me posicioné sobre ella.

—Las galletas me han dado hambre, *principessa* —ronroneé, dejando caer la galleta mordida de mi boca, sin preocuparme de dónde aterrizaba.

— Deberíamos quitarlas de la dieta —murmuró con una sonrisa traviesa.

Me incliné más, atrapando su barbilla entre mis dedos mientras mis labios rozaban los suyos.

—Mmmh… No. Pero aún hay que mejorar esa receta para poder comer más de una sin que se caiga ningún diente.

Yelena entrecerró los ojos, dedicándome una mueca de reproche que solo consiguió hacerme sonreír aún más.

No le di oportunidad de replicar.

Mi boca se apoderó de la suya en un beso lento y profundo, saboreándola y exigiendo más. Sus dedos se deslizaron por mi cabello, aferrándose con más fuerza cuando mis manos comenzaron a deshacerse de la ropa que nos separaba.

Mi lengua se deslizó por su labio inferior antes de morderlo con suavidad. Un jadeó escapó de sus labios acariciando mi piel cuando nuestras pieles se encontraron sin barreras. Su cuerpo se arqueó

bajo el mío y mi agarre en su cintura se intensificó, sintiendo el calor que se extendía entre nosotros.

La observé unos segundos, recorriendo cada curva con mis ojos, cada estremecimiento bajo el toque de mis dedos, grabando en mi memoria la forma en que su pecho subía y bajaba con respiraciones entrecortadas.

—Siempre tan ansioso —murmuró, con una sonrisa que intentaba parecer burlona, pero la delataba el deseo en sus ojos.

Mi mano descendió lentamente por la línea de su vientre pero Yelena se tensó bajo mi caricia.

Me incliné sobre ella, atrapando su muñeca y guiando su propia mano hasta nuestro punto de contacto.

—No pienses en nada más —le susurré contra los labios—. Solo en esto. Solo en mí.

Sus pupilas se dilataron. Entré en ella con un movimiento lento, sintiendo cómo su cuerpo me recibía con la misma hambre con la que yo lo buscaba. Cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás, dejando escapar un jadeo.

—No.

Llevé una mano a su mandíbula, obligándola a mirarme mientras comenzaba a moverme dentro de ella con un ritmo profundo y muy lento.

—Ojos en mí, *principessa*.

Porque este momento era nuestro. Solo nuestro. Y nadie nos lo volvería a arrebatar.

CAPÍTULO EXTRA

YELENA

—Matteo nos van a pillar. —Una risa escapó de mis labios al sentir el roce de sus dientes recorriendo mi cuello, enviando un escalofrío por mi columna.

—No si nos damos prisa —susurró contra el pliegue de mi cuello, con voz ronca.

Traté de mantener la cabeza clara, pero su boca siguió descendiendo, arrastrando mi voluntad con ella.

—Se supone que yo no debería estar aquí —insistí, acunando su rostro entre mis manos, obligándolo a mirarme.

Matteo alzó una ceja con esa maldita sonrisa arrogante que me desarmaba siempre.

— ¿Y qué quieres que te diga, *principessa*? Me ha puesto muy cachondo verte torturar a ese cabrón.

Rodé los ojos.

—Apenas lo he tocado —apunté. Porque era cierto, lo único que había hecho era un par de cortes superficiales con uno de los cuchillos de sierra de Matteo—. Aún quería probar eso del sacacorchos que te enseñó Boris.

Su mirada se volvió oscura, hambrienta. Una sonrisa de depredadora se formó en sus labios.

«Oh, mierda».

—Y eso ha sido suficiente para ponérmela dura.

— ¿Por eso hemos venido cuando no había nadie? —pregunté, con una mezcla de burla y diversión.

—Por eso mismo. Sabía que iba a ser todo un espectáculo. Esto, no aquello.

Un grito ahogado escapó de mi garganta cuando Matteo me alzó sin esfuerzo y me sentó sobre la mesa de billar. Su boca apresó la mía es un beso desesperado, haciéndome gemir cuando su lengua se abrió paso entre mis labios. Su mano descendió por mi espalda y me acercó bruscamente contra su cuerpo, hasta que pude sentir cada línea dura y tensa de su cuerpo presionando contra el mío.

Mi centro palpitó cuando noté su erección entre mis piernas, la tela de mis pantalones creó una fricción deliciosa contra él. Su mano descendió sin prisa, deslizándose por encima de mi pantalón, acariciando con sus dedos mi sexo.

—Alguien está ansiosa… —murmuró contra mis labios.

Entreabrí los ojos para mirarlo. Mis párpados pesaban, completamente rendidos a él.

No me di cuenta en qué momento me había quitado el cinturón y desabrochado la cremallera de los vaqueros. Su mano se coló entre la tela presionando donde lo necesitaba, justo encima de mis bragas.

Gemí al sentir sus dedos sobre mi carne. Lo necesitaba, y lo necesitaba ya.

Matteo sonrió con arrogancia en mis labios, leyendo cada uno de mis pensamientos, y me bajó los pantalones hasta los tobillos, seguidos del sonido de mis bragas al romperse una vez más. El frío de la madera contra mi piel desnuda hizo que se me erizase la piel.

—Cada vez que juegue en esta mesa me acordaré de cómo has gemido y te has corrido sobre ella para mí —murmuró con ese tono juguetón y malditamente sensual que me volvía loca.

—Sí, y de cómo de corté la mano por romper otra de mis bragas.

—Ya veremos si lo recuerdas después de esto.

Mi cuerpo tembló cuando Matteo se arrodilló frente a mí, sin apartar la mirada de la mía. El hambre en sus ojos me hizo olvidar todo.

Su boca se cerró sobre mi centro arrancándome un gemido de placer. Mi cabeza cayó hacia atrás, apoyando mi peso sobre mis antebrazos en la mesa, entregándome por completo a la sensación. La lengua de Matteo recorrió mi clítoris en suaves círculos que me

hicieron enloquecer, tomándose su tiempo para saborearme. Mi cadera se inclinó en su dirección sola y al bajar, me alcé sobre los antebrazos. Quería verlo.

Un dedo se deslizó dentro de mí con una facilidad deliciosa, explorándome, llenándome.

—Creía que había que darse prisa —dije entre jadeos.

Matteo gruñó contra mi piel, separándose apenas unos centímetros, sin dejar de follarme con la misma lentitud exasperante que me tenía al borde. Definitivamente, nos iban a pillar. Y en ese momento no me importaba en lo más mínimo.

—He cambiado de opinión —su voz ronca acarició cada fibra de mi piel—. Vas a gemir tan alto que te escucharán desde el otro lado de la puerta.

Mi cuerpo se tensó y un gemido escapó de mis labios cuando entró con dos dedos, hundiéndolos de una dentro de mí.

—Matteo… —intenté replicar, pero mi voz se quebró en un grito desgarrado de placer.

—Primero te vas a correr en mi boca, *principessa* —murmuró—, y luego te voy a follar sobre el billar.

Sonó como una amenaza. Y maldita sea, me encantó.

La sonrisa de Matteo se fundió contra mi piel antes de que hundiera su lengua entre mis pliegues con más intensidad, lamiendo y besando sin dejar de mover sus dedos dentro a medida que me deshacía en su boca.

El orgasmo me golpeó sin aviso, arqueando mi espalda. Clavé las uñas en la madera de la mesa mientras mis caderas se alzaban contra su boca persiguiendo ese intenso placer. Matteo me sujetó con firmeza, sin detener el movimiento de sus dedos, devorándome mientras temblaba bajo su lengua.

Me tomó varios segundos recuperar el aliento. Para cuando lo hice, Matteo ya se estaba incorporando, con una sonrisa de puro orgullo masculino en sus labios.

Alcé la cabeza a tiempo para verlo alinear su erección con mi entrada. Su pecho subía y bajaba con cada respiración.

—Joder… —gruñó entre dientes al hundirse en mí de una estocada.

Mi cuerpo se arqueó con el impacto. El placer se mezcló con la sensación de estar completamente llena de él.

— ¿Por qué nunca me sacio de ti? —Matteo apretó la mandíbula. Su mirada permanecía fija en la unión de nuestros cuerpos mientras daba una embestida lenta pero profunda—. Date la vuelta —su voz sonó más ronca.

Me soltó y salió de mí, dejándome vacía y jadeante. Obedecí sin pensarlo, apoyando las manos sobre la mesa mientras él me sujetaba de las caderas con firmeza. En un solo movimiento, Matteo me arrastró hasta el borde de la mesa, dejando mis piernas suspendidas en el aire.

Volvió a deslizar su miembro dentro de mí, esta vez deleitándose con un movimiento lento que me hizo gemir de necesidad.

Mis uñas se clavaron en el tapizado verde de la mesa.

—Matteo…

Su brazo se deslizó por mi cintura, obligándome a incorporarme contra su pecho. Una de sus manos subió por mi cuerpo hasta rodear mi garganta con suavidad, inclinándome hacia atrás, dejándome completamente expuesta a él.

—Te tengo, *principessa*.

Siguió balanceando sus caderas contra las mías, entrando y saliendo lentamente de él. Cada movimiento suyo era una tortura deliciosa que me hacía perder el control. Su boca encontró la curva de mi cuello y sus dientes mordisquearon justo el punto donde el placer se convertía en algo insoportable. Su lengua se deslizó sobre mi piel, succionando con la misma paciencia con la que se movía dentro de mí.

Golpeó justo donde lo necesitaba, deteniendo el movimiento mientras se presionaba contra mí, arrancándome otro gemido alto. Giré la cabeza, buscando su mirada, suplicando sin palabras que dejara de torturarme. Matteo sonrió con pura malicia.

—Esto es por haberte corrido antes de que pudiera comerte el coño como quería —murmuró contra mi oído, acompañando sus palabras con una embestida perezosa.

Antes de que pudiera responder, embistió de nuevo con fuerza, arrancándome un gemido que quedó ahogado en su boca cuando me besó con fiereza.

Los pitidos de la puerta llamaron nuestra atención y traté de apartarlo de mí. Matteo me sostuvo con fuerza dando una embestida tan fuerte que me hizo gritar. El seguro de la puerta saltó pero nadie entró.

—Mensaje captado —dijo Matteo con deje de diversión en su voz.

—Matteo te voy a matar —lo amenacé pataleando sobre la mesa. No llegaba al suelo, me habría sentido ridícula si Matteo no hubiera vuelto a nublarme la mente con sus embestidas.

Él solo rio, completamente inmune a mis amenazas, y se limitó a seguir follándome, ignorando la audiencia al otro lado de la puerta.

Gemí su nombre llevada por el movimiento de vaivén de sus caderas contra mi cuerpo. Un orgasmo brutal estalló dentro de mí, haciendo que todo mi cuerpo temblara contra el suyo y la mesa de billar donde me sostenía. Matteo se movió más rápido sosteniendo las réplicas de mi orgasmo hasta que dio una fuerte embestida y sus brazos se cerraron con más fuerza sobre mi cuerpo, tensándose antes de gruñir en mi oído y derramarse en mi interior.

Por un momento, el mundo se redujo a su respiración agitada contra mi piel, a sus manos aún aferradas a mis caderas, a la forma en que su pecho subía y bajaba contra mi espalda.

Entonces, con un suspiro satisfecho, Matteo se separó y me dio una palmada en el culo.

—Vístete rápido, me da que tenemos reunión —dijo sin borrar esa estúpida sonrisa de suficiencia de la cara.

Lo fulminé con la mirada y bajé de un salto apoyando los pies en el suelo. Me agaché para recuperar mi ropa que había caído al suelo cuando me dejó colgando en la mesa. Volví a vestirme, mirando entre la puerta y Matteo, guardándose mis bragas rotas en el

bolsillo. Seguía sonriendo, disfrutando que su hermano y sus amigos supieran lo que acabábamos de hacer en la oficina de Modesta.

—Como estén ahí fuera esperando, te mato —espeté, clavándole un dedo en el pecho.

Matteo atrapó mi rostro con una mano, estrujando mis mejillas antes de robarme un beso descarado.

—Estás tan mona cuando te enfadas, *principessa*.

—Sigue jugándotela y le diré a Harvey que bloquee el ascensor para que no puedas entrar.

Su expresión cambió en un instante.

—No lo harás.

Alcé una ceja, disfrutando de la tensión en su mandíbula.

—Te libras… por ahora, y solo porque me has quitado a César de encima.

Matteo chasqueó la lengua y negó con el cabeza, divertido.

—Ya claro, sabes que no puedes vivir sin mí —se jactó, dándome otro azote en el culo—. Además, empezaba a temer por la vida de César.

Puse los ojos en blanco e ignoré el comentario sobre César, lo había dejado encerrado un día entero en el balcón la última vez.

—El ego bien ¿no?

—Perfectamente, *principessa*.

Los golpes en la puerta nos hicieron girar la cabeza al mismo tiempo. Solté un resoplido y me apresuré a recomponerme, intentando poner la expresión más natural e indiferente posible antes de salir, como si no acabara de follarme a Matteo sobre la mesa de billar con los demás esperando al otro lado.

Nada más cruzar el umbral, Bastian me dedicó una mirada de pocos amigos, lo normal en él. No me fijé en los demás. No me importaban. Matteo tenía razón cuando decía que fastidiar a Bastian era entretenido.

Le dediqué una sonrisa de fingida inocencia mientras pasaba a su lado, disfrutando de la forma en que su ceño se fruncía aún más.

Odiaba que bajara ahí aunque solo fuera para vengarme del cabrón de Yuri que colgaba en la otra habitación.

—Adiós —canturreé mientras me alejaba, agitando los dedos en el aire a modo de despedida.

Definitivamente, Matteo iba a pagarlas todas. Pero, maldita sea, había valido la pena.

FIN

Querida lectora, el siguiente fragmento aún está en corrección. Es un adelanto de lo que encontraréis en el siguiente libro, de la voz de Bastian y el comienzo de su historia. Podría cambiar algo hasta la fecha de publicación pero he considerado que estaba lo bastante pulido para poder añadirlo.

ADELANTO

BASTIAN

No podía más.

Miré de reojo a mi hermano y a su mujer. El viaje se me hizo eterno, no solo porque Matteo y Yelena se pasaron la mayor parte del vuelo susurrándose cosas al oído y metiéndose mano como si ni César y ni yo no estuviéramos ahí, sino porque tuvo los cojones de llevarse a su esposa sin avisar a nadie. Se suponía que este era un viaje de negocios, no su jodida luna de miel. No veía el momento de aterrizar para perderlos de vista.

El sol se estaba poniendo sobre el horizonte de Nueva York cuando recogimos el equipaje y nos dirigimos al SUV donde Salvatore ya nos esperaba con el motor en marcha. Subí al asiento del copiloto sin pensarlo dos veces, cualquier cosa con tal de poner distancia entre mí y la parejita feliz. César, se resignó a aguantarlos en el asiento trasero.

Salvatore nos puso al día de lo que había ocurrido en nuestra ausencia. Era la segunda vez que lo dejaba al mando y tiene toda mi confianza, pero no me gusta dejar nada al azar, es algo que en mi posición no me puedo permitir. Antes de viajar a Italia, me aseguré de que tanto él como el resto tuvieran instrucciones claras de todo lo que debían hacer.

—Fabiano ha organizado una cena para daros la bienvenida en *in Boca de Lupo* —dijo al acabar, sin apartar la vista de la carretera.

Siempre íbamos al mismo restaurante, en nómina con la *Famiglia* desde que abrió sus puertas hace unos veinticinco años. El propietario, Emilio, y mi padre siempre han tenido una relación estrecha, todo basado en los negocios. Era un sitio discreto y seguro

al que podíamos ir a comer y hablar de lo que hacíamos sin correr el riesgo de que la policía nos detuviera.

Me pellizqué el puente de la nariz. Lo único que quería en ese momento era regresar a mi ático y darme una ducha, no ver a mi jodido padre.

—Por supuesto, sus malditos hijos siempre son lo primero —agregó Matteo con un deje de sarcasmo.

No me sorprendía que estuviera molesto. Nuestro padre nunca nos llama solo para vernos, y mucho menos organizaba cenas de bienvenida. Si lo hacía ahora, debía haber otra razón, alguna que sin duda no sería de nuestro agrado. Pero, sinceramente, no tenía ni ganas de pensar en eso. Me dolía la cabeza y no estaba de humor para sus juegos.

— ¿Yo también tengo que ir? No os lo toméis a mal pero aborrezco a Fabiano —intervino Yelena desde el asiento trasero.

Le lancé una mirada de reojo. En eso coincidíamos.

—No me dejes solo en esto, *principessa*.

— ¿Sabes lo difícil que es ponerle buena cara y fingir que no entiendo nada cuando me insulta en italiano? Tu padre es un imbécil.

—Mejor no se lo digas a la cara —escuché decir a César.

Cerré los ojos, ignorando su conversación. Solo quería descansar un poco, al menos lo que quedaba de trayecto.

Sus voces se fueron apagando hasta quedar en un murmullo lejano, demasiado bajo como para no entenderlo, pero lo bastante presente como para no dejarme dormir del todo.

El coche se detuvo frente a nuestro edificio. Los primeros en bajar fueron Matteo y Yelena. Apenas teníamos tiempo para prepararnos, una ducha rápida y un traje limpio. No hacía falta ser un genio para saber que se iban a entretener, así que le ahorré a César ese espectáculo y lo dejé prepararse en mi apartamento.

Esperamos abajo. Cuando los vimos salir, Salvatore y César tiraron sus cigarros al suelo, los apagaron con la punta del zapato y subimos al coche.

— ¿Has pensado en quitar esa cara de amargado alguna vez, hermano? —soltó Matteo en cuanto las puertas se cerraron. Tenía esa jodida cara de haber follado, y de Yelena ni siquiera quiero hablar.

—Llegamos tarde. Sabes que padre odia esperar.

—Hemos aterrizado hace una hora, el vuelo podría haberse retrasado.

—Pero no lo ha hecho —repuse.

Chasqueó la lengua, haciéndome un gesto de indiferencia con la mano.

—Déjame adivinar, sigues molesto por lo de Italia.

Lo miré de reojo. Sí. Lo estaba, pero no lo admitiría en voz alta.

—Eso, o estás celoso.

Lo fulmine con la mirada. Matteo soltó una carcajada y se hundió en el asiento, agarrando la mano de su mujer.

El viaje al restaurante fue corto, aunque lo bastante largo para aguantar las miradas de Matteo y Yelena y esas indirectas que soltaban de vez en cuando y que prefería no escuchar.

El local había sido cerrado solo para nosotros. Dentro, los hombres y mujeres de la *Famiglia* nos esperaban sentados en una gran mesa que se extendía a lo largo de la sala principal con nuestro padre al frente. Al vernos, nos lanzó una mirada acusadora por la tardanza, que enseguida disfrazó con una sonrisa falsa.

—Disculpad, el vuelo se ha retrasado —dije antes de inclinarme hacia María y besarle la mejilla. No pude evitar reparar en el ojo morado oculto bajo el maquillaje.

Mis puños se cerraron con fuerza. Tuve que contener el impulso de acariciarle la mejilla. Como futuro Don, mostrar ese tipo de sentimientos era un lujo que no me podía permitir, así que se lo dejé a Matteo y me senté junto a mi padre.

Entre plato y plato, llegaron las bromas envenenadas hacia Yelena, todas en italiano, todas disfrazadas de chistes. Ella aguantó el tipo. Matteo también, aunque estaba a un mal comentario de

hundirle el cuchillo en la garganta a nuestro padre, nada nuevo. Sin embargo, me preocupaba más que fuera Yelena quien abriera la boca y respondiera a uno de esos insultos.

Aquella cena era una farsa. Un teatro barato disfrazado de celebración por nuestro regreso. Una excusa más de nuestro padre para aparentar lo que no éramos. Pero dentro de lo que cabía esperar, la comida resultó soportable gracias a María. Se pasó la velada preguntándonos por Italia, interesándose por cada detalle o anécdota que no tuviera que ver con los negocios de la *Famiglia* de la Cosa Nostra de Sicilia.

En cierto modo, agradecí esa conversación ligera. Prefería mil veces hablar de catedrales y playas que escuchar los planes que mi padre compartía junto al resto de sus Capos. Necesitaba un respiro.

—Siempre he querido visitar Venecia, vine aquí de muy niña y solo…

—Por Dios, mujer, ¿no te cansas de preguntar? —le espetó mi padre sin dejar que terminara de hablar.

—Quizás si la llevara a verlo, no preguntaría tanto —intervino Yelena, con una sonrisa inocente que no engañaba a nadie.

Mi cuerpo se tensó al instante. Si mi padre cargaba contra Yelena tendría que contener a Matteo y mantenerlo al margen por su propio bien. Pero en lugar de eso, él soltó una carcajada falsa y Yelena sonrió más. Sabía que no podía tocarla. Nikolai se enteraría, y la Bratva no perdonaría una afrenta así. Bastante tensas estaban ya las cosas desde que mi padre se negó a mandar refuerzos cuando Yelena fue secuestrada por Vasilyev.

Emilio se acercó con otra botella de vino tinto justo a tiempo. Rellenó nuestras copas vacías, pero antes de apartarse, mi padre lo invitó a unirse a un brindis. Siempre ha tenido esa necesidad jodida de aparentar frente a los demás, el comentario de Yelena lo dejaba en mal lugar, necesitaba taparlo con algo. Se puso en pie, alzando la copa para que toda la *Famiglia* lo viera, soltando palabras falsas sobre el trabajo que habíamos llevado a cabo en Italia.

Mis ojos se deslizaron hacia Matteo. Tenía esa mirada vacía que utilizaba para ocultar el odio por nuestro padre. Tanto él como

yo sabíamos que las palabras que salían de su boca eran falsas. Nunca nos había querido. Ni a él ni a mí. Y mucho menos a Matteo, siempre lo había considerado el hijo débil. Tal vez por mi culpa, por empeñarme en protegerlo de él.

El grito repentino de Emilio atravesó la sala. Un segundo después, el ventanal estalló y una bala lo atravesó por la espalda, tiñendo el mantel de rojo.

El tiempo se detuvo un instante.

Un grito demasiado cerca me perforó el oído. Vi a Emilio desplomarse en el suelo. Y entonces todo estalló.

Las mujeres chillaban, las sillas caían al ponerse a cubierto, los disparos afuera hacían eco en la noche. Lancé un vistazo rápido a mi padre para asegurarme de que estaba bien. Emilio había parado la bala destinada a él y era Claudia quién gritaba junto a la barra, clavada al suelo, con los ojos fijos en el cuerpo inerte de su marido.

Matteo atravesó la distancia que los separaba y la empujó al suelo poniéndola a cubierto.

Los disparos cesaron de golpe y se escuchó el rugido de un coche al salir disparado. No me detuve a contemplar por mucho más tiempo el caos desatado a nuestro alrededor.

— ¡Que no escapen!— grité.

Nuestros hombres no tardaron en mover el culo. Nadie, excepto yo, tiene derecho a acabar con el bastardo de mi padre. Esa muerte me pertenece, y yo decidiré cuándo y cómo.

Pasaron minutos antes de que uno de los soldados regresara. Se acercó a nosotros, con la mirada esquiva y la mandíbula tensa.

—Han huido.

Mi padre intercambió una mirada con su *Consigliere*. Bastó ese gesto para que Christopher se pusiera en marcha. Él y Salvatore reunieron a varios de sus hombres y, en cuestión de segundos, ya se dirigían hacia la salida del local.

Me agaché junto a Emilio y le busqué el pulso. Tardé unos segundos en encontrarlo, débil, pero ahí estaba. Solté el aire en un

suspiro de alivio. A mi alrededor todo era ruido. Gente corriendo, gritos ahogados en llantos, platos hechos añicos bajo los zapatos. Vi a Matteo sujetar a la esposa de Emilio, temblorosa, intentando incorporarla del suelo mientras ella murmuraba el nombre de su marido una y otra vez, sin apartar la vista de él.

Afuera, la policía ya había sido avisada por los transeúntes, así que saqué el móvil del bolsillo de la americana y pedí una ambulancia. El lugar se llenó de agentes y paramédicos en cuestión de minutos. Se movieron rápido. Emilio fue cargado en la camilla y, en cuanto la ambulancia arrancó, mi padre desapareció con el inspector de policía a cargo. Cuando regresaron, su expresión era distinta. No hay nada que el dinero no pueda comprar.

—Está arreglado. Vámonos antes de que lleguen periodistas —ordenó mi padre.

Asentí, echando un último vistazo al caos antes de abandonar el restaurante. Esta vez fue César quien nos llevó. Se quedaría con Matteo, mientras que Salvatore pasaría más tarde por mi apartamento por si había otro ataque.

Al llegar, me quité la americana y la dejé sobre una de las sillas de la cocina. Fui directo a la botella de whisky, serví un vaso cargado y le di un trago antes de dejarme caer en mi butaca favorita. Nunca me ha gustado compartir asiento con otros, al único que tolero es a Matteo por el hecho de ser mi hermano, y si no hay más remedio.

Encendí la televisión con el mando. Las noticias no decían una mierda sobre lo ocurrido, y nunca lo harían. Solo hablaban de un altercado en la zona y de un vagabundo detenido como sospechoso.

Alcé la cabeza al escuchar el ascensor. Las puertas se abrieron y Salvatore entró en mi apartamento haciéndome un gesto con la cabeza que le devolví. Se quitó la americana y la dejó en la silla al lado de la mía.

—Sírvete —murmuré, cambiando de canal. Más de lo mismo, ni una mención que nos involucrara.

Escuché cómo destapaba la botella y llenaba otro vaso antes de acercarse al sofá.

— ¿Habéis dado con el responsable? —inquirí tras volver a cambiar de canal.

—No, pero mi padre cree que tiene que ver con lo que ocurrió en Rusia.

Di un trago al whisky sin apartar los ojos de la pantalla.

—No lo creo, Nikolai nos habría puesto sobre aviso. Tienen controlado el territorio allí, si la familia de Yuri se estuviera moviendo, lo sabríamos.

—Quien haya sido, daremos con él.

Asentí, sacando el móvil del bolsillo para mandarle un mensaje a Matteo.

Bastian: Búscalos. Al menos uno con vida.

Bloqueé el móvil sin esperar su respuesta y tiré el móvil sobre la mesa frente a nosotros.

Bebimos en silencio durante un rato. Nuestra vida tiene muchas ventajas: dinero de sobra, comidas lujosas, mujeres hermosas a nuestra disposición e incluso el privilegio de matar sin recibir castigo. Pero lo malo de esta vida es que debemos permanecer alerta si queremos seguir vivos. Si no fuera por Emilio, mi padre estaría dentro de un ataúd al día siguiente, y desearía que así fuera, por muchas ganas que tuviera de acabar con él con mis propias manos.

***

A la mañana siguiente, llamé a Claudia para saber cómo se encontraba, y sobre todo, si alguien estaba investigando el ataque a nuestras espaldas. Afortunadamente, Emilio estaba estable y se recuperaría.

No soporto poner en peligro a personas inocentes, y aunque Emilio esté involucrado con nosotros, sus manos están limpias. No dudaría en arrancarle el corazón al enemigo, incluso lo disfrutaría. Pero hay una diferencia entre un enemigo y alguien ajeno a nuestro mundo. Y esa línea la respeto.

—Dale a tu padre las gracias otra vez por haber venido —dijo Claudia.

Fruncí el ceño.

—Lo haré.

Colgué la llamada. Ir a ver a alguien herido de bala no era propio de él. Ni siquiera lo hizo por Matteo tras el ataque de Vasilyev y casi muere, mucho menos lo haría por el dueño de un restaurante, por muy amigos que fueran.

— ¿Están investigando?—inquirió Salvatore sirviéndose otro café.

—No. Pero mi padre ha visitado a Emilio en el hospital.

—Quizás no es nada malo.

Arqueé una ceja mientras tomaba un sorbo de mi propia taza.

— ¿Desde cuándo mi padre ha hecho algo de forma desinteresada? —dije, inclinándome para dejarla en la mesa de cristal frente a los sofás. Volvía revisar las noticias de la mañana, canal por canal, asegurándome que todo siguiera en orden.

Salvatore se encogió de hombros

—Nunca.

—Algo trama.

— ¿Con un camarero? Me parece que estás un poco paranoico, Bastian. Más de lo habitual.

Le lancé una mirada asesina, pero al igual que Matteo, Salvatore era inmune a mis intentos de intimidación.

—Avisa a mi hermano, hoy se encargará él del negocio, que César y Bruno lo acompañen. Tengo que ir a ver a mi padre.

Apuré el café y me dirigí a la habitación para ponerme uno de mis trajes a medida antes de dirigirme hacia su casa. A esas horas, mi padre solía estar reunido con Christopher.

Cuando llegué, llamé a la puerta del despacho. Tuve que esperar unos jodidos veinte minutos hasta que me permitió entrar. Tenía esa sonrisa falsa que solía ponernos cuando hacía algo que nos perjudicaba y con lo que él ganaba algo. Tomé asiento y acepté

el vaso de whisky que me ofreció Christopher, señal de que iba a necesitar alcohol para digerir lo que fuera que iba a anunciarme.

—He ido al hospital a visitar a los Moretti.

«Algo que ya sabía gracias a mi llamada».

— ¿Emilio se encuentra bien? —pregunté, dando un trago largo al whisky. Necesitaba notar el ardor bajando por la garganta para aguantarlo.

—Está en la UCI, parece que se recuperará. Me he ofrecido a pagar los desperfectos del local y la factura del hospital. Después de todo, el tiroteo de anoche fue por nuestra culpa.

Me contuve para no alzar una ceja.

—Seguro que están agradecidos.

—Lo están. Pero no es suficiente.

Me acabé whisky de una. Debería haber bebido más rápido, el alcohol aún no hacía efecto y ya sabía por dónde iban los tiros.

—No sé qué otra cosa podríamos hacer. La policía no investigará lo ocurrido, y podrán abrir en cuanto el restaurante vuelva a estar operativo. Nuestro equipo de limpieza ya se habrá encargado de arreglarlo. Con suerte volverán a abrir sus puertas en dos semanas, no notarán las pérdidas.

—Aun así… me siento en deuda con ellos por lo ocurrido. —Hizo una pausa y se inclinó hacia delante, entrelazando las manos sobre el escritorio—. ¿Recuerdas a Kiara Moertti?

Mis dedos se cerraron alrededor del reposabrazos de madera.

—Cómo olvidarla.

Kiara era la única hija de Emilio y Claudia. Tenía la misma edad que Matteo, César y Bruno. Cuando éramos niños, la hacían llorar a menudo. Siempre estaba en el restaurante, detrás de la barra, encorvada sobre sus deberes mientras nosotros comíamos y hablábamos de nuestras mierdas.

Mi padre solía alabar a Emilio por tener una hija tan aplicada, tan inteligente. Y eso nos jodía. A nosotros nunca nos dedicó una sola palabra amable. Ni una puta vez. A veces parecía preferirla a ella antes que a sus propios hijos.

Recuerdo cómo se burlaban de sus gafas, de sus pecas, de lo callada que era. Le hacían bromas crueles. Y ella lo soportaba, en silencio, solo por el bienestar de su familia. Sin embargo, nunca intervine, ni para bien ni para mal. La crueldad hacia los demás es algo que llevamos en la sangre desde que nacemos, pero jamás he visto la gracia en humillar a los más débiles.

Con los años, las burlas siguieron hasta que un día Kiara dejó de venir al restaurante, probablemente para evitar encontrarse con nosotros. Nunca volvimos a verla, y no volví a pensar en ella hasta ese momento en que mi padre la nombró.

Estaba convencido de que Kiara me odiaba tanto como a ellos. Después de todo lo que le hicimos pasar, sería imposible que no lo hiciera.

—He llegado a un acuerdo con Claudia. En cuanto Emilio esté recuperado, su hija y tú os casaréis.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por haber llegado hasta aquí y espero de corazón que hayas disfrutado acompañando a Matteo y Yelena en esta historia, tan llena de fuego, caos y contradicciones como ellos.
Te confieso algo: esta no fue la primera historia que escribí sobre ellos. Hay otro libro que no sé si algún día verá la luz y que contiene la historia con la que empezó todo y del cual he rescatado el capítulo extra, aunque solo dos personas muy cercanas a mí han llegado a leerlo.
Este libro no sería lo que es sin ciertas personas que me han acompañado en este viaje: por sus consejos, por las veces que me empujaron a seguir escribiendo cuando dudaba, y por todas esas palabras de ánimo que parecían llegar justo a tiempo.
Por eso, espero que decidas quedarte, porque aún quedan muchas historias que contar de la Famiglia Lombardi.

¿Próxima parada? Nuestro gruñón Bastian Lombardi.

Bienvenidas a la Famiglia